

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

008 (83) (05)

SUMARIO

Luis Alberto Sánchez.
Romaia Rolland.
Enrique L. Marshall.
Amanda Labarca.
Ricardo A. Latcham.

Luis Enrique Délano.
André Maurois.
Alejandro Reyes.

Indagación del espíritu incaico. II.
Europa, ¡ensánchate o mueres!
Racionalización.
Meditaciones breves.
Historia del Jesuita, de Gaby y el
millonario.
Poemas.
La biografía moderna.
El antiamericanismo de Pío Baroja.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

R. Blanco Fombona

El proceso de la idea republicana en
el alma de España.

Alberto Guillén.

La nueva poesía brasilera.

Manuel Rojas.

La familia y el matrimonio de compañía.

Manuel Ugarte.

Espontáneos y librescos.

Christian Zervos.

Importancia del objeto en la pintura de hoy.

Nestali Agrella.

La influencia del mar en la poesía de
Salvador Reyes.

Carlos Pereyra.

Un libro genial.

Julián Sorel.

Notas al fascismo.

Alberto Hidalgo.

Arco para que pase Reverdy.

LOS LIBROS—LAS REVISTAS

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otras de países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría General de la Universidad en Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

008(83)(05)

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176
Lima - Perú

REVISTA CHILENA

PUBLICACION MENSUAL

Diplomacia,
Historia,
Artes,
Letras.

Fundador:
Enrique Mátta Vial

Director:
Félix Nieto del Río

DIRECCIÓN POSTAL: CORREO 8,
SANTIAGO DE CHILE

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

INDICE

ORGANO del GRUPO INDICE

Mensuario de cultura
actual, informaciones,
crítica y bibliografía.

DIRECCION POSTAL:

Clasificador 24 A. - SANTIAGO

CHILE

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar
sobre la aplicación del Cine a la
educación en cada una de sus ra-
mas (universitaria, primaria, se-
cundaria, agrícola), así a la cien-
tífica como a la popular, y a la
higiene social. Se publica en cin-
co ediciones: inglesa, francesa,
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la
edición española: dólares 4;
pesos chileno, 32.

ATENEA reaparece, tras un breve silencio, con el mismo programa, elevado y eficaz, de reunir a los escritores chilenos e iberoamericanos, sin parcialidades de cenáculo, en amplia confraternidad, en tenaz propaganda de cultura. ¿Qué es la América de hoy? ¿Qué será la América de mañana?

En este programa de cultura, abierto a todas las direcciones del espíritu moderno y mediante el cual queremos encontrar respuesta a esas dos interrogaciones del destino americano, caben también las sugerencias e inquietudes del pensamiento europeo, que en colaboraciones periódicas ha encontrado y seguirá encontrando en estas páginas, la más cordial acogida.

LA DIRECCION.

La cultura es un concepto amplio y complejo que incluye los valores, las normas y las creencias que guían el comportamiento de una sociedad. La cultura puede ser transmitida de generación en generación a través de la educación, los medios de comunicación y las experiencias personales. La cultura también puede variar entre diferentes grupos y sociedades, lo que contribuye a la diversidad humana.

La cultura es un elemento fundamental para comprender a una sociedad y su evolución. Incluye desde aspectos como el arte y la música hasta las formas de organización social y política. La cultura también juega un papel crucial en la formación de la identidad individual y colectiva. En un mundo globalizado, entender y respetar las diferencias culturales se vuelve esencial para fomentar la armonía y el progreso humano.

LA CULTURA

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII — Marzo y Abril de 1931 — Núm. 73-74

Luis Alberto Sánchez.

INDAGACION DEL ESPIRITU INCAICO ⁽¹⁾

LA TRISTEZA DEL MITIMAE

NO es preciso que mencione aquí testimonios concretos, fáciles de comprobar, como los de Lizárraga, Cristóbal de Molina, el cuzqueño; el P. Las Casas; otro Cristóbal de Molina, llamado el almagrista, el P. Cobo, Betanzos y sobre todo Cieza de León. Este dice:

Acuérdome que estando en la provincia de Jauja pocos años ha, me dijeron los indios con harto contento y alegría: *Este es tiempo alegre, bueno, semejante al de Topainga Yupangue.*

Pero esta alegría pánica, puesta de manifiesto en su literatura y en su música, tiene mucho de ritual. De postiza. A medida que aumentaron los *mitimae* y se fortalecía el gobierno incaico, la nostalgia echaba raíces en el alma de los pobladores del Imperio, enfermándolos con esa tristeza indecisa que los portugueses llaman *saudade*. El Inca sabía «cuánto se siente por todas las naciones dejar sus patrias». De ahí que

(1) Ver la primera parte de este trabajo en el número anterior de *Atenea*.

aumentó el espionaje y con él aumentó el sufrimiento de los trasplantados.

Y con esto—dice Cieza—estaba seguro, y los *mitimaes* temían a los naturales, y los naturales a los *mitimaes*, y todos entendían en obedecer y servir llanamente.

Es pues muy veraz la afirmación de los d'Harcourt y Valcárcel cuando señalan la nostalgia como la raíz de la tristeza indígena. Fué un pueblo alegre, al cual el crecimiento excesivo volvió triste. En 1621 el P. Arriagada observaba cómo los indios hacían el *Pacaricuc* «que es velar toda la noche, cantando endechas con voz muy lastimosa».

Así era el indio que encontraron los españoles: el absolutismo había enjaulado su alegría de antaño. El anonimato y la nostalgia produjeron una pasajera alegría, que no debe confundirse con el júbilo espontáneo. Si hoy mismo, con estas voceadas libertades democráticas e «irrestringidas», vemos cómo los periódicos, llamados voceros de la opinión pública, relatan fiestas y alegrías que sólo existen en la imaginación de sus interesados directores, ¡qué no ocurriría entonces! El indio peruano sufrió un trágico dualismo: tristeza íntima y alegría pública. Esto, en el indio de toda laya, excepto el Inca: los de esta tribu eran los vencedores, el clan gentilicio, subyugador. Habían perdido la personalidad. Según Felipe Segundo—pésimo psicólogo—eran hombres «ociosos y holgazanes»; según el oidor Matienzo, observador, pero no profundizador, «no tenían concepto del mañana».

El virreinato acentuó, pues, el achatamiento del indio. El excesivo humanitarismo de las Leyes de Indias provocó un sentimiento de inferioridad humillante. Y todos estos elementos adjetivos extraños, contribuyeron a falsear nuestro concepto sobre la espiritualidad incaica.

EL AMAUTA Y EL QUIPUCAMAYOCS: EL TEATRO

A pesar de todo lo anterior, floreció la literatura incaica. El jesuita Anello Oliva que escribió a fines del quinientos, rescata el nombre de un *quipucamayocs* o *escriba* incaico: Catari. El Capitán Sarmiento de Gamboa exalta el recuerdo de Pachacutec, especie de Netzahualcoyotl peruano. El P. Cobo recoge abundantísimos datos sobre cantares y *teatro* incaico; y el teatro que es una manifestación literaria que aparece cuando ya han surgido el género lírico y el épico necesita plasmarse en gestos y comunicarse al público. Cieza de León escribe en su *Señorío de los Incas* que el Emperador mandaba venir a los *quipucamayocs* para que le relatasen los hechos pasados, «siendo escogidos los más retóricos y más abundantes en palabras». Tales relatos se hacían en las festividades o sepelios, tal como en la Edad Media hubo, en Europa, los *digesta* o especie de cantos históricos; entre los griegos, los epos; entre los romanos, los *Cantos conviviales*, y semejante literatura entre germanos, iberos y celtas. El acento histórico del relato incaico se diferencia del que usaba el juglar, en que el *quipucamayoc* era cantor oficial y el *haravec* o *harábicus* es el poeta libre del Incario.

Los narradores incaicos, continúa Cieza, «para cada negocio tenían ordenados sus cantares o romances que viniendo a propósito se cantasen». Los reyes ordenaban cantar. Los hijos de los relatores recibían de sus padres el sagrado secreto, como los escribas del Egipto. Y su memoria era tan pronta. «Que hoy día entre ellos cuentan lo que pasó ha quinientos años, como si fuera diez». El oidor Hernando de Santillán refiere, con su habitual probidad que los indios conservaban «en *quipus* y *cantares*» las antiguas hazañas. Cuando se realizaban las fiestas, se recitaban los mis-

mos relatos, debiendo el rapsoda mirar al Inca, pero, añade Cieza, era costumbre silenciar los nombres de los Emperadores sin lustre. Tal vez la corta nomenclatura de Incas obedezca a eso y, no sea sino una especie de antología de los mejores Incas. Se explicaría entonces la larga nómina de Reyes que trae Montesinos en sus *Memorias Historiales*. El orgullo nacional actuaba como seleccionador literario y crítico histórico. Igual en *La Chanson de Roland*.

El mismo Cieza de León cuenta que en las fiestas del *Intip Raymi*, los hombres acostumbraban contar «con voz alta los villancicos y romances», y que luego concurrían a las representaciones teatrales para las cuales,

en mitad de la plaza pública tenían puesto, a lo que dicen, un teatro grande con sus gradas muy adornadas, con paños de plumas llenos de chaquería de oro y mantas grandes, riquísimas de y tan fina lana, sembrados de argentería de oro y pedrería. En lo alto de este trono ponían la figura de su Ticiviracocha, grande y rica... bajo de este trono se tenía la figura del sol.

Betanzos describe, igual que Cobo y Molina, una escena coreográfica análoga a la de todo teatro primitivo. Morúa y Huamán Poma de Ayala, fuentes de primera mano, aportan iguales datos. En el moderno, pero auténtico en información, libro de Vienrich *Azucenas quechuas*—aparece un baile, seguramente de tiempos de la conquista, con todos los elementos de un teatro en embrión. Recorriendo el Perú, especialmente la sierra, se encuentran rezagos de ese teatro, en las costumbres de *pallas, son de los diablos, moros y cristianos*—esto ya de la conquista—, y en algunas ruinas de escenarios derruídos.

Había, pues, una literatura teatral entre los Incas. El Inca Garcilaso escribe en sus célebres *Comentarios Reales* que los encargados de *componer* las tragedias que se

representaban en el Imperio, eran, además de los *quipucamayocs*, los *Amautas* o «rápsodas oficiales»— así los denomina Raúl d'Harcourt,—o «filósofos»— como los denomina el propio Inca Garcilaso. Tenían estos filósofos o *amautas* especial habilidad «para componer comedias y tragedias», cuyos temas eran generalmente «de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares», tales como las que narra el mismo cronista. (Parte I, libro II, cap. XXVII; libro c. II).

Insisto en la existencia de un teatro incaico, porque constituye la mejor prueba de que hubo en el Imperio una literatura evolucionada. El teatro florece cuando se han diferenciado lo épico y lo lírico. Es un resultante, no un principio. La danza representa el arranque; el teatro, la llegada. Y esto se explica mejor, si se apela a la analogía. Así como se afirma que hubo uniformidad en la evolución de la escritura rupestre, así también vemos que aztecas, mayas etc., conservaban piezas teatrales. Los quichés tuvieron el *Rabinal Achi*. Los peruanos tenemos el *Ollantay*, el *Uskal Paucar*, etc.

El *Ollantay*, de evidente estructura castellana, posee un innegable fondo indígena. Su antigüedad viene del Incario. Hacia 1580, en la crónica del P. Cabello Balboa aparece (cap. XVI) una historia semejante a la del argumento de *Ollantay*. Hacia 1608, en el poema *Armas Antárticas* del hipotético Juan de Miramontes y Zuásola, figura la trama del drama con pequeñísimas variantes (Cantos XI y XII). Son pocos los que creen que Justiniani o Valdez fueron los autores del drama. Algunos avanzan a sospechar que lo escribió el famoso doctor *Lunarejo*, don Juan de Espinosa Medrano, autor de un vibrante *Apologético* en favor de don Luis de Góngora (1662). No he de examinar aquí esta ni otras tesis, entre las que sobresalen las de Tschudi, Middendorf, Markham, V. F. López,

Barranca, Pacheco Segarra. Me basta apuntar que la leyenda del drama es incaica; que su espíritu es quechu, y que ello mismo corrobora la versión de que hubo teatro en el Imperio, tal como lo manifiestan los cronistas citados y también, Pachacuti Yamqui y Gutiérrez de Santa Clara. El folklore, por boca de Vienrich; la psiquiatría por boca de Hermilio Valdizán (véase *La Alienación mental entre los primitivos peruanos*, 1915, p. 20 y 38, y *Medicina popular*, 1922, t. I); la interpretación arqueológica y estética, por boca de Valcárcel (véase *De la Vida Inkaika*, 1925) y la síntesis documentada, por boca de los esposos d'Harcourt (véase *La Musique des Incas et ses survivances*, 1925, p. 180) ratifican ampliamente la versión de los cronistas.

LA LITERATURA INCAICA Y LOS ESPAÑOLES

Como todo arte, el incaico tiene dos aspectos: uno público y oficial, otro íntimo e inoficial, casi insurgente. Aquel está representado por el *amauta* y el *quipacamayoc*; éste por el *harávec*. El *amauta* era el literato cortesano, el sabio oficial, el filósofo del trono; el *harávec* es el poeta, el «creador», hombre libre. De la literatura oficial, *amautesca*, nacen el teatro, el género coreográfico, los cantos religiosos, las versiones guerreras o historiales de los grandes *taquis* (bailes). De la literatura del *harávec* surgen los cantos líricos, idilios, pastorales, elegías y, sobre todo, los apólogos. De un lado, la liturgia, transmitida en fragmentos de Molina, Cobo, Betanzos, Morúa; de otro lado, la literatura íntima que impregna las páginas de Garcilaso y da vida a nuestro folklore.

Las manifestaciones coreográficas, preludeo de teatro, se realizan en las festividades religiosas. *Amautas* y *Villacs* (sacerdotes) componían oraciones que el pueblo repetía a coro: *Parsifal* pentatónico de un

Wagner incaico. En las oraciones que recoge Molina (véase *Ritos y fábulas de los Incas*, Lima, 1916), hay algunas que revelan sentimientos mestizos, pero cuyo fondo ancestral no es difícil de percibir. Fatalismo trasmutado ya en providencialismo por la acción del catequista; clamor del Inca por la paz interna, signo de intranquilidad, y ansia de extender aún más las fronteras. Las oraciones y los bailes seguían un ritmo prefijado. Cobo observa que aquellos *taquis* no eran manifestaciones caprichosas, sino reglamentadas. Todos participaban en los bailes. Al principio grave y mesurada la danza, vertiginosa y dionisiaca después, sin la ferocidad de los aztecas. Los cantos tenían también sus períodos establecidos. Para la fiesta de la cosecha, la *Situa*, cantaban al *alausitua*, con el fin de expulsar a los malos espíritus, mientras la *antara* o siringa modulaba los sonos del *ticatica*, danza especial para ese día. Para el *Huarachico*—fiesta de la virilidad—se bailaba el *taquihuara* (baile del pantalón); para el *Intip Raymi*, el *huayllina*, y los jóvenes elegidos ejecutaban el acelerado *taquicollo*. La *cashua*, que aun subsiste, pertenecía a la categoría de los bailes rituales. El *cacharpari* era la canción de la despedida. Salir con sus *cacharpas* es un término local que equivale a «levantar su carpa», o abandonar un lugar.

Como esos *taquis*—baile y canto, música y poesía—se relacionaban con la mitología quechua, no es raro sorprender en el ceremonial—por ejemplo el *Raymi*—un arte coreográfico avanzado. Cronistas ignorantes de tales menesteres, como P. Pizarro, lo declaran sin rebozo. Luego esos cantos y poesías se mestizan al influjo de la liturgia católica. También sobre el Coricancha (Templo del Sol), se levantó el convento de Santo Domingo del Cuzco. Pero el espíritu de la paganidad subsistió y subsiste. El mestizaje fué más aparente que real. El Inca Garcilaso refiere, aludiendo a los cantares, que en su niñez, hacia 1552, el maestro

de capilla de la Catedral de Cuzco compuso «una chanzoneta en canto de órganos para la fiesta del Santísimo Sacramento, *contrahecha muy al natural al canto de los Incas*».

La mistificación se vió coronada, luego—en el camino de extinguir los recuerdos incaicos, tenidos por paganos—, con la persecución sistemática que tanto el virrey Toledo, desde 1570 como el Concilio Provincial de Lima de 1583 organizaron con un éxito considerable. *No debe olvidarse que este Concilio mandó destruir los quipuas*, es decir, la *escritura incaica*; en 1614, las *Constituciones Sinodales* del Arzobispado de Lima prohibieron las fiestas y cantos en *idioma nativo*, es decir, que *se atacó la lengua quechua*, vehículo de su literatura. Luego vino la cruzada. Se prohibió el uso de los instrumentos musicales autóctonos, permitiéndose solamente los tambores grandes o *huáncares*. El Arzobispo Villagómez, los P. Arriagada, Avila, etc., se jactan de haber cumplido a conciencia su misión destructora. Las *Leyes de Indias* prohibieron los libros de imaginación; en 1780 se desterraba hasta la lectura de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso. Y así creyeron haber agotado, extinguido, deshecho el espíritu imperial del Incario. Su literatura desapareció como literatura técnicamente considerada, en medio de ese vendaval destructor y mistificador. Lo que ha sobrevivido—que es considerable—prueba como nada la hondura, amplitud y magnitud de la evolución cultural del pueblo incaico.

EL HARÁVEC Y EL AMAUTA; ROMANTICISMO Y CLASICISMO

Al lado de esta literatura oficial—representada por el Amauta—se insinúa una eminentemente lírica, íntima. Mientras aquella se perpetúa en oraciones litúrgicas y relatos oficiales, ésta llega a nosotros merced a la música, como arte subalterno o mixto, ya que

al igual de todo pueblo primitivo, el quechua unió letra y música, verso y tonada, es decir tuvo su canción.

Nos encontramos ante el *harávec*, el «inventor». Cantor bohemio, en él no se encuentran las huellas imperiales del Amauta y el quipucamayoc. El *harávec*, o inventor, según Garcilaso, representa cuanto de íntimo y vernáculo encerrara el alma incaica. Brote del dolor popular, en él se encarna la insatisfacción tímida y la protesta indirecta. Su poesía es de égloga, de amor, pero siempre insatisfecha. Su dolor revela descontento. Si como Lalo observa (*L'Art et la vie sociales*, 1921, p. 211), bajo los regímenes despóticos la literatura tiende a ser descriptiva y erótica, nada lo comprueba mejor que la poesía de los *harávec* y los *amautas*: en éstos, es descriptiva, rapsodista; en aquellos, erótica, amatoria. Tiene el *harávec* el culto de la mujer. Para ella florecen las madreselvas y acuden las tiernas *urpis* y *cuculíes* (tórtolas y palomas). La tristeza del *mitimae* da vida a un sentimiento distinto al de la literatura oficial. Para él no existe el cantar histórico, porque sustituirá la historia con la remembranza. Y su remembranza encierra o lejanías cuando pertenece a la tribu inca o derrotas cuando nace de tribus ajenas. Por fuerza sus labios entonan los cánticos oficiales en las festividades religiosas, pero su espíritu destilaba melancolía, y la melancolía cavaba los hondos surcos de su romanticismo.

El *Amauta* fué el primer clásico, una especie de Lope de Vega del Incario, poeta cortesano. El *Harávec* fué el primer romántico, una especie de Byron. Aquél era el intelectual áulico; éste el bohemio. En el *Amauta* la alegría es nota forzada, consonante obligatoria; en el *harávec*, la tristeza es la nota íntima. El *Amauta* recoge y expresa; el *harávec* recuerda y concentra. Cuando se entienda bien la diferencia entre ambos personajes y sus respectivas expresiones, se comprenderá mejor la verdadera espiritualidad incaica.

Existió, claro está, la alegría, la alegría del fuerte, del vencedor, pero cada alegría de esta índole se traducía en la correspondiente tristeza de un grupo de pueblos, absorbido por los vencedores Incas y trasplantados, luego, en ese cruel sistema de los *mitimaes*. Con el correr de los tiempos, la ficticia alegría no pudo ocultar ya la disconformidad; mas los Incas, para remediarle, apelaron, como los Estados autocráticos modernos, a un júbilo forzado; y entonces, la que fué primitiva alegría de hombres sinceros, agricultores sin dobleces, se trocó en risa obligada de súbditos descontentos y temerosos. La risa constituyó uno de los medios para unificar el Imperio del Tahuantinsuyu. De ahí la frase que oyera Cieza y a la que me he referido anteriormente; de ahí la frecuencia de tantos festejos que provocaron la indignación del tudesco Tschudi. La alegría del *amauta* obedecía a imperioso mandato del monarca. La tristeza del *harávec* a ineludibles, pero secretos impulsos del corazón. Por eso hay tanta diferencia entre el acento de uno y otro. El himno guerrero o religioso de los grandes *taquis* rebosa fiera seguridad de éxito. En las canciones amorosas hay, en cambio, apagamiento y dulzor: sordina. La *quena*, que orquestaba en los grandes *taquis*, denuncia hasta en su forma tiesa y solitaria, su origen individualista. El tambor y la antara—la siringa—revela solidaridad, colectivismo.

Al estudiar, pues, la literatura no oficial o *haravequesca* de los Incas se debe considerar la unidad de letra y música. El origen de sus tropos, el carácter de sus leyendas, el tono general de su poesía y hasta las reglas de su versificación, fluyen de ambas. Así como el teatro demuestra el grado de evolución a que llegó la literatura oficial incaica, así, de la música se deduce el grado de desarrollo de su lírica. Los testimonios de cronistas como el Inca Garcilaso y el P. Cobo, y los estudios de Albiña y de técnicos

como los d'Harcourt sirven para esclarecer esta cuestión.

«CONTRE LA MUSIQUE»

Los incas alcanzaron un espléndido desarrollo musical. La música, sin embargo, en una brillantez tal, lejos de significar un progreso social considerable, delata, a menudo, estancamiento e inconformidad. No se debe olvidar la frase de Laprade en su libro *Contre la musique* en que, contestando a Falloux y atacando a Napoleón III, dijo: «La música es el arte de los pueblos serviles.» Si esto es bastante cierto, nada tan peligroso como constatar según la frase de los d'Harcourt, que «desde el punto de vista musical, el Perú estuvo a la cabeza de los pueblos americanos». La serie de instrumentos musicales que usaron, tanto de percusión, como de viento y de cuerda, bastan para demostrar la exactitud de semejante afirmación. A pesar de esa variedad de instrumentos, se comprueban siempre dos fenómenos: primero, que la música estuvo ligada al hecho político, como se desprende de los testimonios de Garcilaso, Cieza, Molina, Cobo; y segundo, que a pesar de esa relación íntima, la música quechua precolombina amó más la dulce melodía de flautas, pitos y *quen*as, que el estruendo de tambores y trompas. La *quena* y la *antara* o siringa se entronizaron en el Perú. Dentro de la gama pentatónica, característica del arte musical quechua, se desarrollaron la poesía lírica y el cancionero incaico. La *antara* fué la predilecta. Los d'Harcourt llegan a decir:

Probablemente en las costas del Pacífico y en las altas montañas bolivianas es donde la siringa,—el viejo instrumento que los griegos creyeron bien amado de Pan—adquirió sus formas más completas».

El contenido de esa música se relaciona directamente con su letra. Se trata—dicen los d'Harcourt—de una «monodia primitiva», «más rítmica que melódica, *cerca de la palabra*, a veces del grito, sin carácter modal netamente definido». Música triste, pero no tanto que convenga «generalizarlo demasiado». Música y letra—las del *harávec*—impregnadas de melancolía desgarradora. Todo cuanto roza esa música se contagia de su tristeza. Hay casos típicos de canciones mestizas, que en labios de cantores indígenas adquieren el acento quejumbroso del legendario *harávec* (D'Harcourt, 131).

Pero la música mestiza—la del *yaraví* criollo—aguza la tristeza. En la incaica existen también el contentamiento y el entusiasmo, cuando brotan del *amauta*. Cuando del *harávec*, es eminentemente elegíaca, lírica. Un detalle ilustrativo: en la música y la poesía indígena no se conoce la *berceuse*, porque las indias arrullan a sus críos a compás de su marcha, al cargarlos sobre sus espaldas.

Los cantos indígenas se dividen, según los técnicos, en canciones de amor, religiosas, al Sol, idílicas, pastorales, eglógicas. En todas ellas se advierten dos notas fundamentales: *ternura* y *gravedad*, como dice Riva Agüero en *Paisajes peruanos*. El sentimiento erótico y el de la naturaleza priman sobre todos los demás, según Valcárcel. Su característica dirán los d'Harcourt, el ser una poesía *severa* y *pastoril*. Y en la mayor parte un dejo de tristeza, aumentado, seguramente, con el Virreinato y la República, a juzgar por el folklore, pero, antaño, la dualidad de alegría y tristeza. En la danza llamada *cashua* se advierte un anticipo de ritmo religioso; el *tacteo* anuncia el zapateado mestizo; la *cachampa* denuncia un pueblo guerrero. Sin embargo, el *harávec* aulla su soledad, lamentándose.

Y había y hay una fuerza persuasiva intensísima en las canciones autóctonas. El Inca Garcilaso nos

refiere que una india topóse con un español en las afueras del Cuzco y como éste la quiso obligar a volver a su posada, ella le dijo:

Señor, déjame ir donde voy, sábeta que aquella flauta que oyes en aquel otero, me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá; déjame por tu vida que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido. (*Comentarios Reales*, I, II, c. XXVI).

LA VERSIFICACIÓN QUECHUA

Los versos de las canciones eran, según el mismo Garcilaso, «cortos y largos *con medida de sílabas*» para los cantares amorosos. Para referir las hazañas de los Incas, usaban pocos versos, pero «compendiosos como cifras». Desdeñaron el consonante, prefiriendo el verso suelto o blanco, porque el quechua no es idioma campanudo como el castellano, y, al contrario, se presta a las declinaciones y aglutinaciones semejantes a las del latín, en el que tampoco fué esencial la rima. Las estrofas quechuas se parecían a la redondilla española, no en la consonancia sino en el número de versos y en la brevedad del metro. Garcilaso copia este cantar:

<i>Caylla llapi</i>	Al cántico
<i>Puñunqui</i>	Dormirás
<i>Chauptuta</i>	Media noche
<i>Samusac</i>	Yo vendré.

Entre los papeles del famoso padre Blas Valera, sigue refiriendo Garcilaso, halláronse otros versos, llamados espondaicos, de tres y cuatro sílabas, alternados. Cantaban asuntos teogónicos o cosmogónicos, a modo de fragmentos de un Hesiodo quechua. *Valera sacó esos versos de los «ñudos» o quipus, y los vertió*

al latín. Hubo, en consecuencia, versificación incaica, y existió una literatura, plasmada en un sistema de escritura que no hemos logrado descifrar todavía.

Los versos eran escritos, generalmente, por los *harávec* o *harabicus*, que quiere decir «inventores», según Garcilaso. He ahí a los poetas, inventores divinos. En la crónica de Morúa, en las de Betanzos, Montesinos, Sarmiento, Huamán Poma de Ayala, Garcilaso, etc., se conserva multitud de esos cantares de los *haravec*, es decir la poesía incaica.

LOS SENTIMIENTOS: EL APÓLOGO

Toda ella revela un marcado acento erótico y un profundo amor a la Naturaleza. Está frecuentemente impregnada de nostalgia. La tristeza, que al principio era adjetiva, se acentuó con el mestizaje. El *yaraví* criollo es triste. El erotismo indígena es casto: la amada es comparada con liana, flor, paloma o tórtola. Un género de poesía indígena recibe el nombre de «palomita». Los poetas se lamentan por carecer de «nido». Llaman padre al Sol. Invocan a la Luna, como cualquier romántico de 1850. Aman a los animales: refleja sentimiento rural su poesía. Del animal también sacan sugerencias para sus fábulas: el indio es el único fabulista peruano. Usan el verso corto, que ya castellanizado da el *yaraví* de Melgar (1812).

El apólogo delata una insatisfacción contenida. Y un hondo sentido de observación, Garcilaso elogia a las llamas con mal disimulada pasión. Melgar, por el 1800, escribe varias fábulas. En *Azucenas Quechuas* de Vienrich (Tarma, 1905) encontramos una docena de estupendos apólogos. Viajando por la sierra, a menudo se constaba la alusión al animal, para criticar al hombre. Quien lea *Nuestra Comunidad indígena*—

formidable estudio de Hildebrando Castro Pozo—hallará abundantes relaciones entre el hombre y el animal, para criticar a aquel.

Hubo, pues, una literatura incaica inconfundible. El Inca se formó un concepto del universo y lo realizó a su manera: la colectividad incaica procedió también independientemente. Verdad que el sistema comunitario extinguió la personalidad: la literatura incaica es, pues, esencialmente anónima.

Todo alarde de insurgencia—eso era la libertad de criterio—fué hábilmente disfrazado y resuelto por el Inca. Al aparecer los *mitimaes*—órgano de dominación—el pueblo que era alegre conoció la tragedia de la disciplina inflexible y el dolor de la ausencia: así nació la tristeza en la literatura incaica.

El mismo origen político es el de la literatura oficial, del *Amauta*, forzosamente alegre; y la íntima, del *Haravec*, llena de melancolía. Garcilaso refiere que los caballeros incas no entonaban canciones guerreras ni históricas antes sus damas o *ñustas*, sino que lo hacían en los grandes *taquis*; en cambio, la dulcedumbre del hogar amparaba los cantos eróticos y los lamentos del desesperado. En suma, la literatura oficial y pública es la que contiene los cantos épicos transmitidos por los *quipucamayocs* y *amautas*; leyendas cosmogónicas y teogónicas; entremeses y piezas teatrales que eran como autos sacramentales, pero sobre temas pastoriles, guerreros o religiosos. La literatura íntima, espontánea, popular, es la que se refiere al género lírico, canciones de amor, elegías, pastorales, en verso blanco y breve. El *amauta* y el *quipucamayoc* eran como cronistas, dramaturgos y contadores oficiales; los *harávecs*, inventores o poetas. Todos, sometidos al Inca, pero mientras los más ricos testimonios de la vida imperial se los debemos a los primeros, al *harávec* le debemos los más encendidos idilios y las más apasionadas elegías.

Las emociones preponderantes fueron el orgullo guerrero, la alegría del triunfo, la fe religiosa, en la poesía oficial; el amor a la mujer, la ternura para la naturaleza, cierto panteísmo ascendrado y dulcísimo en la íntima. Para los primeros hubo un ritornelo expresivo, el *Haylli*, que quiere decir «triunfo»; para los segundos, el *hahuay*, *hahuay*, signo de honda lamentación.

Del amor a los animales surge la observación y, luego, la fábula. De la convivencia con la naturaleza, las comparaciones rurales. De la infinita ternura de aquel gran pueblo, hecho para vencer y sufrir, brota un acento nostálgico que, cuando se transforma y ríe, se aniña, se infantiliza, como si a fuerza de sufrir y callar, hubiera olvidado el saludable ejercicio de la risa plena y el optimista vivir.

PROYECCIONES

Si la cultura incaica se interrumpió con el advenimiento de los españoles, no se puede decir que muriera. Un país en el que todavía las tres cuartas partes de la población son de indígenas ligeramente mestizos en parte, y otra auténticamente puros, ha recogido con orgullo y afán las leyendas de la vieja edad. Además perdura el acento nostálgico, vaciado—ya con grandilocuencia española—en los moldes del *yaraví* mestizo. A través de la literatura peruana aparecen muchos intentos de resucitar el espíritu indígena. Este subsistió en la sierra, pero avergonzado y silencioso. En la literatura oficial surge con fuerza avasalladora, después de la guerra del 79. Antes de ésta, los románticos realizaron incursiones en los predios de las leyendas incaicas, para captar solamente el paramento, el escenario (Salaverry, R. Palma, N. Rocca de Vergallo, Carrasco); pero a raíz de la guerra del 79, cuando en los campos de batalla se comprobó que tanto va-

lían para morir y matar el señorito capitalino y el indio desdeñado, entonces surgió el sentimiento de ir al indio para justificarlo. Manuel González Prada dió vida a tal movimiento. Una novela intencionada—anticipo de *Pueblo sin Dios* de César Falcón—de la señora Clorinda Matto de Turner, titulada *Aves sin nido*, lleva a la literatura tan profundo y novedoso anhelo de reivindicación. La poesía y el cuento han enriquecido notablemente sus acervos a costa de tragedias indígenas, tratando de otear en la psicología del poblador de la sierra peruana. Ventura García Calderón populariza en París un tipo de serrano del Perú que suscita discusiones, pero que ha limado mucho su espíritu primitivo. En la poesía, surgen libros como el formidable *Ande* de Alejandro Peralta, los de Mercado, Varallanos, Bustamante y Ballivián, en que se ansía captar sentimientos indígenas. Estudiosos de todo matiz acuden a analizar ese elemento hasta ahora inédito de nuestra raza. Porque he ahí lo asombroso. En algunas partes se cree que hay *literatura* en este apasionado hurgar el alma indígena que caracteriza a la última generación peruana. Y no es así. Cuando se piensa que en un país de seis millones de habitantes hay cuatro millones de indígenas; que en una república con cien años de vida y un estadio previo de trescientos de coloniaje, sólo se miró al indio para utilizarlo,—entonces se comprende que es un anhelo realista y práctico, justiciero y necesario el que hoy suscita el interés de todos los hombres de pensamiento hacia el indígena. Y que éste dueño de una tradición política, económica y cultural considerable, merece que se le reivindique y se le conozca. Luis Baudin acaba de publicar un nutridísimo estudio sobre *L'Empire Socialiste des Inkas*. Otros franceses, los esposos d'Harcourt, han estudiado su música. Un alemán, Walter Lehmann, ha difundido—aunque muy incompletamente—el arte

peruano, especialmente la cerámica y los tejidos. Lógico es que algún estudioso indague en el folklore y trate de descubrir el secreto de los *quipus* que, hasta ahora y a través de cuatrocientos años, están esperando su Oppert y su Champollion.

Si para descubrir el misterio del viejo Egipto fué necesario que pasasen decenas de siglos, no es extraño que dentro de algunos años, coronando las múltiples tentativas realizadas, se conozca también el secreto de los *quipus* peruanos. La riqueza lírica y documental que de ello surja transformará, seguramente, muchos dogmas de nuestra prehistoria americana. Y será un aporte magnífico para conocer a fondo el espíritu del Imperio, cuya gran tragedia—la máxima expansión y la suma sujeción—se revelan, como no lo ha logrado documento alguno en la viva antinomia entre su literatura oficial y su género lírico íntimo, entre el *Amauta* y el *harávec*, entre el rapsoda y el *inventor*, entre la alegría obligatoria y la tristeza contenida y delictuosa....

Romain Rolland.

EUROPA, ¡ENSANCHATE O MUERES!

RESPUESTA A GASTÓN RIOU

EL artículo de Gastón Riou con el cual se abre el primer número de la *Nouvelle Revue Mondiale* plantea una de las más graves cuestiones de la hora presente para los espíritus libres de Europa. Aunque afectado todavía por una fatigosa dolencia, me veo obligado a responderle sin tardanza. Excúsenme si mi pluma tal vez obedece imperfectamente a mi pensamiento.

Agradezco a Gastón Riou la amistosa cortesía con que se expresa respecto a mí. Pero se equivoca sobre mi verdadero carácter y sobre la acción que persigo. No es una razón si, en el curso de mi carrera literaria, he tratado de despertar las potencias del ensueño, las fuentes salvajes y profundas de la energía mística, musical o subconsciente, que duerme en el corazón del Occidente, para que haya el derecho de hacer de mí un sentimental que cierra los ojos a lo real y sueña en la Tierra Prometida. Soy un historiador, no sólo de oficio, sino de naturaleza, con la mirada sin ilusiones, habituado al espectáculo de las villanías y las perdiciones crónicas de la especie humana; un libre francés de las Galias que no se engaña con las

mentiras de la política con que los estados de todos los tiempos y de todos los países visten su sagrado egoísmo.

Si algunos de mis libros me han creado, por un éxito acaso desproporcionado responsabilidades morales frente a un público que espera de mí la comida, y si la preocupación de estas responsabilidades me ha obligado a menudo a medirle la parte de verdad que podía ingurgitar, no la mediré aquí a los compañeros intelectuales que forman, o deberían formar, el estado mayor del pensamiento democrático de Occidente, a la espera de los grandes combates.

Cuando rehusé asociarme a la *PanEuropa* del Conde Coudenhove-Kalergi y de M. Briand, a la cual Gastón Riou ha venido a aportar el cálido aflujo de su sangre generosa, no lo hago en nombre de una utopía, de una «Ciudad de Dios», que se hará en veinte siglos o que no se hará nunca. Se trata del terreno mismo en que ponemos los pies, del recinto amenazado en que nos hemos reunido, durante la vigilia de las armas. Se trata de los asaltos que sufriremos mañana.

Los intelectuales idealistas de la Liga *Francia-Europa* no se dan cuenta de ello suficientemente. Permítanme recordárselo. Si mis palabras les parecen a veces duras y amargas, les ruego perdonármelas. Porque yo he sido, como ellos cegado y engañado, hasta los últimos meses de 1914; porque yo, después, he descubierto el abominable engaño, es por lo que creo tener derecho de arrancarla de sus ojos.

Desde que ha sucedido en los grandes estados de Occidente y de América, porta-estandartes de la civilización blanca, la ideología democrática a la de los absolutismos monárquicos, la fuerza brutal y astuta de la política que gobierna al mundo ha sentido la necesidad de disfrazarse bajo la decoración de la pretendida voluntad de los pueblos, no consultados, y bajo la ideología de sus *élites* intelectuales, enga-

ñada. A decir verdad, aun en el tiempo del «poder absoluto», los amos han recurrido siempre a la mentira de los altos móviles: religión, patria, etc., para cubrir sus pasiones personales. Pero el contraste se marca más llamativo hoy entre el cinismo desvergonzado de las potencias del dinero que, en el hecho mueven a los estados y la ficción democrática, con sus sublimes fantasmas: Derecho, Justicia, Libertad, de las cuales ellos usan como estandarte y biombo.

Entre nosotros, compañeros: ¡no se engaña sino el que quiere! Nosotros lo sabemos muy bien: los pueblos de nuestras democracias no gobiernan nada y no conocen nada del gobierno. Pues su única fuente de informaciones es la prensa, hoy en día casi enteramente vendida a las potencias del dinero; y su energía de reacción crítica está reducida a cero. Nadie les ha enseñado a controlar y razonar las razones y los hechos, o mejor las pasiones ciegas y contradictorias que se les inoculan, a medida de las necesidades de los amos de la política. Es una educación difícil que, muy lejos de alentar, el estado prohíbe a sus profesores dar al pueblo, puesto que tal saber tendría como primer objeto abrir los ojos al pueblo sobre los abusos del estado. Y en cuanto a los libres intelectuales, que podrían y deberían ser hermanos mayores, son —¡ay!—incapaces de dar esta enseñanza a sus hermanos menores, puesto que su propia educación social está apenas más avanzada que la del pueblo y ellos son los primeros juguetes de las astucias del estado.

Cuando la guerra se libraba entre las dos mitades de la Europa, los dos campos tenían necesidad, para abrigar sus innobles connivencias secretas de partición del mundo (territorios y negocios), sus explotaciones y sus crímenes, de nobles voces que cantaran el himno a la patria y el puro sacrificio, la alegría heroica de la inmolación. No tuvieron que trabajar mucho para tenerlas. Yo sé con qué sinceridad y qué

abnegación los mejores de entre los intelectuales de nuestro desgraciado Occidente han cumplido su misión, al precio de qué sacrificios, sea de ellos mismos, sea de los suyos, y entre los universitarios, mis compañeros de ayer, qué abismos de duelo, ofrecidos al Dios Moloch, se les hacía invocar. Pero también sé, sé cuánto han sido engañados y cuántos engañados hicieron ellos. Y de haberlo dicho no me han perdonado.

¿Qué otra cosa habrían podido hacer?... En esos tiempos, cuando me desprendía yo mismo, lentamente, con trabajo y dolor, de todas las ilusiones que habían ligado mi juventud (mentiras de historia oficial, mentiras de las convenciones nacionales y sociales, de tradición y de Estado), comenzaba yo apenas a oír, con temblor, la respuesta libertadora que habrían debido dar los pueblos. Yo no me atreví a decirla. Ahora la diré. Es la de Lenin en 1917: la revuelta de los ejércitos de Europa contra los amos de la guerra, y su fraternización sobre los campos de batalla.

¡Pero no volvamos al pasado! Es una larga confesión, que debo escribir si me queda tiempo, pues ella podría servir a dar luz a las almas de los millares que llevan estos pensamientos, sin atreverse a ponerlos en claro. No hablemos más de ayer. El presente no basta. Hablemos del grande y temible hoy.

Los intelectuales generosos de la Francia de hoy, de los cuales Gastón Riou se hace el corifeo, entonan la nueva antífona: «¡Europa, mi patria!» Y no se dan cuenta de que sirven los intereses nuevos de los amos astutos del día (1).

(1) Hay hoy día dos corrientes que parecen opuestas en la política francesa: la de maneras fuertes, que pretende mantener por la violencia, y la de la mano de terciopelo, que trata de contratar con Europa una seguridad de paz, permitiendo a los vencedores una magnanimidad sin riesgos y sin gastos.

Entre las dos corrientes hay una diferencia de inteligencia política, pero no de espíritu nacional.

Una y otra profesan el Credo de la victoria y la intangibilidad de sus estatutos.

¿Qué quiere una política «realista» francesa? Conservar los beneficios de la victoria, sin los riesgos de verlos amenazados por una nueva guerra. Luego, establecer la paz y los estatutos de una Francia-Europa sobre la base de los tratados de 1919. Pero se guarda no mucho de examinar si estos tratados son justos o injustos, si reposan sobre un abominable abuso de la violencia triunfante, sobre un andamiaje de abusos intolerables y de iniquidades que se perpetúan. En el hecho, el *statu quo* establecido por los tratados de 1919 es insostenible para los dos tercios de Europa. Sufrimientos de los países vencidos, gritos de miseria para los cuales los informadores franceses se tapan las orejas; Alemania exasperada, cuya enorme energía que renace, hambrienta, no podrá soportar esta compresión más de uno o dos años, sin convulsiones sociales y nacionales que harán temblar al Occidente; torturas infligidas por los aliados de Francia como la Polonia de Pilsudsky, a los pueblos que ellos oprimen y a los partidos; Hungría reducida a la desesperación y empujada hasta el crimen, para sustraer su heroica raza a la tumba, etc... Es claro que tal Europa es un insulto a Europa, una irrisión criminal, y que el primer jefe de hordas, a lo Mussolini, que quiera arruinar la supremacía francesa, hará el mejor juego al juntarse con todos estos desesperados...

Si hay entre los «europeos», como Riou, un verdadero sentido «realista», como a ellos les gusta decir, que lo prueben, dejando de ser por más tiempo los bobos de una generosidad sólo verbal, que ofrece la paz al mundo después de haberse sentado encima y mientras la pisotea. Que ellos tomen la iniciativa de una revisión de la paz europea, ofreciendo todas las garantías de prudencia política, pero sincera, leal, y tratando de eliminar las peores injusticias y los fermentos de odios. Que sean tan lucidos y magná-

nimos como para buscar ellos mismos los errores y los engaños que su propio país ha causado a la Europa, y que ellos ofrezcan repararlos. Ciertamente, una revisión así, por mesurada que sea, produciría fatalmente fuertes sacrificios de parte de los vencedores. Sería necesario que se repartieran las cargas de la Europa arruinada. Y el que se arriesgara a predicar tal tesis a Francia no deberá esperar popularidad. Pero el que quiera la paz con el corazón y no sólo de los dientes para afuera, debe saber pagarla con su propio sacrificio. Pido que se abran grandes Cortes de Justicia Europeas, en que los representantes de los pueblos revisen lealmente en común las condiciones posibles de una convivencia. Hasta que ellas sean encontradas y aceptadas no sirve de nada repetir: «Europa». No hay Europa. Hay pueblos al aguaite, que roen sus cadenas. Hay otros que mantienen las cadenas. ¿Con cuáles está Ud.?

Esto no es sino el primer punto. Pasemos al segundo.

La preocupación, casi exclusiva de los «Europeos» de Occidente es, como es natural, el establecimiento durable de la paz en el Occidente, por la reconciliación franco-alemana. Y ciertamente la labor es grande; en ella he trabajado siempre. Pero la tarea es parcial. Y, para decir el fondo de mi pensamiento, su realización no es el principal problema del momento. El más grave de los riesgos no es, en la hora actual, el de un nuevo conflicto franco-alemán. Conozco demasiado a Alemania para creer que solas, las minorías gritonas, pero impotentes, piensen seriamente en una guerra nueva con Francia. Las condiciones económicas en que se encuentra el país hacen, en el hecho, imposible esa guerra. Y es bien curioso que el generalísimo de la guerra anterior, Ludendorff, inunde Alemania con sus opúsculos alucinados, a fin de alejarla de una guerra nueva en que, visto el estado actual de las cosas,

sería, como en la guerra de Treinta Años, el campo de batalla y de ruinas de Europa. De ese cementerio Ludendorff rehúsa ser el sepulturero. Declara de antemano que si la guerra estalla, él no tomará parte. Las griterías de los hitleristas tienen menos que ver con la acción que con la intimidación. Todas estas agitaciones de los partidos políticos no son actualmente sino una mera parada de circo. Hoy el verdadero envite se juega en el interior del mundo de los negocios. Hace poco más de un año denunciaba yo violentamente, en la revista *Europe* (1), los tratados secretos, mantenidos desde varios años, entre Arnold Rechberg, el magnate de la potasa en Alemania, y los negociantes del nacionalismo francés, esos proyectos espantosos (confirmados públicamente por el mismo Rechberg) de una alianza militar franco-alemana, que permitiera a las grandes industrias alemanas revivir, asociando a sus beneficios a los capitanes de las industrias francesas. En la hora presente, se rumorea que estas negociaciones son más activas que nunca. Las grandes industrias alemanas, a las cuales la crisis económica actual no permite colocar en los armamentos capitales muy importantes, buscan la ayuda financiera de Francia para levantar la industria de guerra alemana, ofreciendo a Francia, con una parte de las utilidades, la ocasión de aumentar también los armamentos franceses. Estos monstruosos proyectos de asociación guerrera forman uno de los resortes secretos de la nueva Pan-Europa. Tengo curiosidad de saber lo que piensan de esto los intelectuales franceses de la Liga Francia-Europa y si ellos están dispuestos a coronarlos con sus flores. No les permito apartar los ojos de allí y no buscar por qué su Francia-Europa sería fatalmente arrastrada por tales protectores. Los dos más poderosos estados de Occidente

(1) *La Piraterie de la Paix; Europe*, Noviembre de 1929.

no reforzarán sus armamentos y sus ejércitos para quedarse con las armas al brazo. Esos vientres hambrientos buscan evidentemente presas, que en vista de no poder destrozar aisladamente, tratan de repartirse. ¿Dónde están las presas?... Gastón Riou, que me compara gentilmente a la María del Evangelio, la amada mística del Maestro, que, sentada a sus pies, sueña, con los ojos cerrados, toma para sí el papel de la buena Marta, la que hace la cocina del Maestro. ¿Gastón Riou ha levantado los ojos hacia el rostro del Señor? ¿Puede decirme quién es el amo? ¿Quién lo será mañana? ¿Será el Comité de las Fraguas o bien la Standard Oil y Sir Henry Deterding? Dudo de que la buena Marta no dé vuelta su cacerola, con un temblor de pánico, cuando vea quién ha tomado el sitio del señor amado y soñado. Yo que no he abdicado nunca del papel de María, pero cuya línea francesa se acerca más a Diderot que a Rousseau, soy un hombre sin amo y no delego en nadie el cuidado de guardar mi casa. Mi abuelo Colas Breugnon desde la infancia me ha enseñado la cuerda desconfianza de los corderos del Nivernais:

Moutons de Chamoux, n'en faut que trois pour étrangler un loup!... Pauvres moutons! Si nous n'avions à nous défendre que du loup, nous saurions bien nous en garder! Mais qui nous gardera du berger?

No duermo sino con un ojo, y vigilo, desde hace años, los manejos de los malos pastores para encarcelarla a la U. R. S. S., sus oscuras conclusiones con los blancos emigrados y los partidos de la reacción, nuestras misiones militares encargadas de organizar los ejércitos mercenarios de Polonia y de los Balkanes. El reciente proceso de Moscú no me ha enseñado nada que yo no sospechara; y, al hacer la parte de las exageraciones suplementarias, de las cuales los canallas como Ramzin, para salvar su cabeza, han podido

dar cuerpo a sus confesiones, el fondo de esas confesiones no es sino muy fácilmente verificable. La U. R. S. S. es la presa esperada. Si todos los planes contra ella hasta el presente han fracasado, es porque, para su felicidad, los grandes ladrones internacionales, los capitanes de las rapiñas anglo-germano-franceses, se han disputado torpemente la piel del oso, sin llegar a entenderse. Desde el día en que la inteligencia fuese lograda y en que se realizara el bloque europeo de negocios y de ejércitos, ¿se imagina que permanecería inactivo, frente al mundo soviético, que es socialmente su negación y cuyo éxito amenazaría su existencia?

Se lo pregunto a Riou: ¿qué posición tomaría él, él y sus amigos? ¿En qué campo? ¿Continuaría sirviendo ideológicamente al amo de los aceites y petróleos y el bloque de los negociantes de Occidente? ¿O bien qué haría? ¡Juego limpio! Yo despliego el mío. Si la U. R. S. S. es amenazada, cualquiera que sean sus enemigos, me pongo del lado de ella. No dejo de ver, y lo he dicho a menudo frente a lo que me parecían sus errores. Pero creo y sé que ella encarna la experiencia más heroica, la más sólida esperanza social del porvenir. Si ella desaparece, no me interesaría ya en el futuro de Europa. La juzgaría socialmente condenada para los siglos.

No es todo aun. Otro incendio llamea, a las puertas de nuestra casa. La bella Europa, de la cual Gastón Riou es el caballero servidor, se ha compuesto, para su corte de jóvenes enamorados, una cara ajena de hermosa niña de 1789, diosa razón de pechos florecidos, que lleva el nuevo Evangelio de los Derechos del Hombre. Pero ella tiene, bajo el colorete, otros rasgos menos amables; y el resto del mundo conoce su boca de tigre. Las democracias de hoy en día son Imperios (algunos dirían vampiros). Entre dos o

tres grandes fieras se han repartido los despojos de la tierra. Su apetito es inmenso. Se hartan con el oro y la sangre de pueblos veinte veces más numerosos que ellas. El leopardo británico tiene sus garras incrustadas en los flancos de la India y aun cuando no las puede retirar, tampoco puede vivir alejado de su presa. Nosotros los franceses que les hemos dejado tomar esa presa magnífica, en los tiempos del infortunado Lally y de Luis el Bien Amado, nos hemos indemnizado muy bien, después; y es notable que nuestra expansión imperial haya coincidido con el establecimiento de nuestra Tercera República. En «república», habría podido decir Victor Hugo, hay «publicanos». La gran República Romana ha sido el reino de los Grasos y de los Verres. Bien entendido, nosotros no nos hemos apropiado de un cuarto del planeta sino para llevarle el presente de nuestra civilización, nuestra cultura y nuestra lengua, que son, entre todas, las más bellas y las más perfectas. Pero nuestros felices pupilos tienen el mal espíritu de preferir las suyas. La ingratitud es, como se sabe, la ley de la vida. Y las grandes razas del Asia, que tienen la pretensión de revivir, no han dejado de tenerla hoy. El primero, el Japón, con la fuerza de las armas, se ha declarado mayor. La China, despertada, no se volverá a dormir. Y, consciente de su fuerza, la India de Gandhi acaba de dar la señal de la gran emancipación. El resto del Asia no tardará en seguirla, y nuestro imperio indochino ha manifestado ya los primeros estremecimientos, que los procónsules de nuestra democracia han, naturalmente, ahogado en sangre. El mismo temblor de despertar recorre el cuerpo inmenso del Islam, que cubre, de un extremo al otro, un tercio del antiguo continente.

La cuestión va a plantearse mañana, se plantea ya hoy mismo: ¿en qué lado van a colocarse? Gastón Riou y sus amigos. ¿Del lado del dios caucho, sin duda

flanqueado de su panteón, de su harem sagrado: las diosas Libertad, Luz del Espíritu, arte, ciencia, progreso, civilización? ¿O será del lado de los grandes hermanos del Asia y de Africa, que quieren romper sus cadenas? Prohibo andar con rodeos. Cuando se abra el duelo, que hace poco menos que inevitable el egoísmo ciego de Europa, ¿quiénes serán los soldados dóciles de los aventureros de Europa contra la independencia del mundo sublevado?

Por mi parte respondo, sin comprometer a nadie más, pero comprometiéndome yo entero: «Yo no seré soldado tuyo, Europa, si entras en ese monstruoso combate; marcharé contra ti, contra tu despotismo y tu rapacidad, para mis hermanos de la India, de la China, de la Indochina y de todas las naciones explotadas y oprimidas. Lo haré no sólo en nombre de la justicia y de los derechos sagrados que tú invocas mentirosamente en tus declaraciones ideológicas. Sino en nombre de la civilización misma, de la mayor civilización, de los progresos del espíritu humano ilimitado, puesto que su necesidad vital es, en la hora presente, ser enriquecido y renovado por el aporte intelectual y moral de esas razas magníficas, a las cuales siglos de rapiñas han podido extirpar el oro, pero que guardan intactos los tesoros espirituales de sus civilizaciones milenarias, hoy resucitadas».

Quiero, contra toda esperanza, esperar que estos grandes choques de pueblos puedan ser todavía evitados entre las dos mitades de la humanidad. Pero si terminan por producirse, estoy demasiado cerca de la muerte para disfrazar mi pensamiento. Digo a la U. R. S. S. de Lenin y digo al Asia de Sun-Yat-Sen y de Gandhi:

«Hermanos, contad conmigo. No soy sino un hombre solo, entre millones. Pero este hombre es, ha sido toda su vida, una voz libre de Occidente, la voz de los Juan Cristóbal y los Colas Breugnon, un libre

trabajador, hermano de los trabajadores libres del mundo, que quieren abrir el camino a la Unión del Trabajo universal, desprendido de prejuicios y de yugos de razas, de castas y de clases.»

Y digo a Europa:

«¡Ensánchate o mueres! ¡Desposa todas las fuerzas libres y nuevas de la tierra! Te ahogas en tu cascarón de ayer, glorioso, pero carcomido. ¡Arráncatelo! Respira y déjanos respirar. Tenemos necesidad de una casa, de una patria más grande que Europa».

Mi patria no es *ayer*. Mi patria es *mañana*... Y ya el angelus de mañana ha sonado.

Exclusivo para ATENEA en Chile.

Enrique L. Marshall.

RACIONALIZACION

EL CONCEPTO

EL período de crisis porque atraviesa la economía universal y particularmente la nuestra dan a este curioso neologismo singular actualidad. Los tratados corrientes de Economía Política no determinan su alcance ni precisan su sentido. A través de los contextos, los espíritus afinados en el análisis de las ideas procuran formarse un concepto de racionalización que les permita identificarlo con todo lo que es y distinguirlo de lo que no es. Los resultados dependerán de la mayor o menor propiedad con que el término haya sido empleado en los textos leídos, de la variedad de las citas de que se disponga, de la capacidad de análisis y de síntesis del lector y de sus conocimientos de ciencia económica. Después de todo, el concepto así formado distará probablemente mucho de constituir una idea clara y distinta, en conformidad a la aspiración cartesiana. Y como se trata de un término de significación en alto grado sintética, que resume, puede decirse, las realidades y las aspiraciones del pensamiento económico-social contemporáneo, curiosa yuxtaposición de conceptos preexistentes que origina una fábrica ideológica de manifiesta novedad, construída no siempre con el mismo conjunto de elementos por todos los autores y, por lo tanto, empleado el concepto en diversas acepciones, unas con mayor alcance y más hondo sentido que otras, no será cosa difícil hacer uso de él en forma vaga, analógica, sin saber exactamente de qué se habla. El objeto de esta primera disertación es determinar el concepto de racionalización, señalar sus diversas interpretaciones, y dar a conocer, brevemente, su génesis y el origen del movimiento racionalizador.

Distinguiré dos categorías de definiciones o, lo que es lo mismo, dos conceptos fundamentales de racionalización, según que la síntesis expresada por el término abarque un número menor o mayor de conceptos preexistentes y suponga una concepción más superficial o más profunda de los problemas económicos y sociales que le han dado origen.

M. Hernán Capiou, profesor de la Escuela de Minas de Mons, en un estudio sobre la racionalización de la industria carbonífera belga presentado a la Conferencia Internacional de Ciencias Económicas Aplicadas celebrada en Bruselas en Septiembre de 1930, la define así:

Dentro de los límites de una empresa consiste en la investigación de todos los métodos y en el empleo de todos los recursos para aumentar la eficiencia del trabajo humano, para reducir al minimum los gastos de producción. Dentro del plan colectivo, sus características principales son la concentración de las empresas, las combinaciones horizontales y verticales la organización comercial de las compras y de las ventas, etc.

M. Parent, Secretario del Comité Central de las Minas de Carbón de Francia, es autor de la siguiente definición:

Consiste en poner en ejecución, sistemática y ordenadamente, el conjunto de métodos y de prácticas para obtener del esfuerzo humano el máximo de rendimiento en el minimum de tiempo; al capital invertido, el máximo de eficacia; a las materias primas y a las fuerzas consumidas por las empresas, el máximo de efecto útil; a los procedimientos de distribución y de venta, el máximo de flexibilidad; en una palabra, en organizar la actividad económica de tal manera que se pueda alcanzar de ella el máximo de resultados a fin de suministrar, al precio de costo más bajo posible, mercaderías de un tipo regular, adaptado al consumo.

Estas dos definiciones corresponden al primer concepto fundamental de racionalización; las que vienen en seguida, al segundo. Federico Leitner, profesor de la Escuela de Altos Estudios Comerciales de Berlín, dice:

La racionalización u organización de la economía integral consiste en intensificar en alto grado la economía en los procesos de la producción y de la circulación, tanto en la economía nacional como en las economías privadas.

Y en seguida agrega:

El abastecimiento de la colectividad por los medios menos costosos es la tarea social de la producción y de la circulación de las riquezas. En el sentido de tarea social la racionalización aspira a crear los bienes por medio de las empresas mejor establecidas, con los costos de producción menos elevados, y a reducir los caminos de la circulación desde el productor hasta el consumidor.

El economista francés André Fourgeaud sintetiza esta segunda manera de concebir la racionalización diciendo que «es la doctrina del dogmatismo económico que se inspira en la filosofía del deber social, de la tarea social.»

La Conferencia Económica Internacional de Ginebra, celebrada en 1927, a iniciativa de la Sociedad de las Naciones, patrocina el movimiento racionalizador de las economías y su criterio para apreciar sus orientaciones parece oscilar entre ambas tendencias. He aquí el texto oficial:

La Conferencia considera que uno de los principales factores para aumentar el rendimiento, mejorar las condiciones del trabajo y bajar el precio de costo, debe buscarse en la organización racional de la producción y de la circulación.

Considera que esta racionalización aspira igualmente:

- 1.º A dar al trabajo su máximum de eficacia con el mínimum de esfuerzo;
- 2.º A facilitar por medio de una menor variedad de tipos—cuando dicha variedad ofrezca ventajas evidentes—el estudio, la fabricación, el empleo y el reemplazo de piezas en serie;
- 3.º A evitar el derroche de materias primas y de energía;
- 4.º A simplificar la distribución de las mercaderías;
- 5.º A desembarazarla de transporte ilógicos, de cargas financieras ruinosas y de la superposición de inútiles intermediarios.

Considera que su aplicación discreta y continua puede aportar;

- 1.º A la colectividad, una estabilidad creciente y un nivel más elevado de las condiciones de vida;
- 2.º A los consumidores, precios más bajos y productos más cuidadosamente adaptados a la generalidad de las necesidades.
- 3.º A las diversas categorías de productos, remuneraciones mayores y más segura para repartirlas equitativamente entre ellos.

Estima que su aplicación debe ser conducida con prudencia a fin de no atentar contra los intereses legítimos de los trabajadores y que, al tratar de realizar el proceso de racionalización, deben tomarse las medidas adecuadas para el caso en que, en la primera fase de su realización, traiga consigo privaciones de empleo o un trabajo más penoso.

Considera, por último, que dicha aplicación importa, para todo lo que concierne a la organización propiamente dicha del trabajo, la colaboración del personal, el concurso de las organizaciones profesionales y el de los expertos científicos y técnicos.

En consecuencia, la Conferencia pide a los Gobiernos, a las instituciones públicas y a las organizaciones profesionales y la opinión pública:

1.º Que orienten en el sentido indicado el esfuerzo de los productores y especialmente:

A) Que provoquen y favorezcan, por todos los medios, la investigación y la comparación de los métodos más edacuados y de los procedimientos más prácticos de organización científica del trabajo, como también de los resultados obtenidos en el orden económico y social;

B) Que apliquen este esfuerzo en la industria, la agricultura, el comercio y las instituciones financieras, no solamente a las grandes empresas sino también a las medianas y a las pequeñas y, eventualmente, a los artífices y artesanos, teniendo en cuenta las felices consecuencias que puede tener para la organización de la vida del hogar;

C) Que atiendan en este esfuerzo a la adopción de medidas que asegu-

ren el mejor, el más sano y el más digno empleo del hombre, tales como la selección, la orientación y la preparación profesionales, la distribución del trabajo y del reposo, la forma de remuneración que asocian equitativamente al trabajador al aumento de su rendimiento, y en general, las condiciones de trabajo y de existencia favorables a la formación y a la conservación de la personalidad;

2.º Que persigan metódicamente, no solamente sobre el plan nacional, la standardización de los materiales, de las piezas y de los productos para todos los tipos de importancia internacional, a fin de eliminar las trabas a la producción y a los cambios que podría originar una política de standardización exclusivamente nacional;

3.º Que emprendan, sobre la base del plan internacional, investigaciones que permitan establecer cuáles han sido los mejores métodos empleados y los resultados más concluyentes obtenidos en todos los países, en la aplicación de los principios antes indicados, para utilizar las investigaciones hechas en ciertos países en los demás y para favorecer el intercambio de informaciones entre los interesados;

4.º Que hagan llegar a todos los círculos la clara conciencia de las ventajas y de las obligaciones que traen consigo la racionalización y la organización científica del trabajo, del mismo modo que las posibilidades de su realización progresiva.

Del análisis de las definiciones que acabo de citar se desprende, ante todo, que el concepto de racionalización abarca una serie de métodos, de procedimientos, como la normalización de los productos y de los sistemas de administración y de venta, la organización científica del trabajo, las concentraciones industriales, etc., que conducen a dos fines bien determinados, bajar los precios de costo y evitar las crisis de sobreproducción. Hasta aquí ambas categorías de definiciones coinciden. El primer concepto fundamental es sólo una expresión amplia que resume una serie de conceptos preexistentes—los métodos a que acabo de referirme—unidos por el lado de la común finalidad, cuya determinación constituye el aporte doctrinal, bien pobre por cierto, de sus autores a la ciencia económica. Mucho antes de que se comenzara a hablar de racionalización, los hombres de negocios, principalmente los industriales, habían comprendido las ventajas e iniciado el empleo de dichos métodos. Si no se ocasiona una ampliación de los mercados ni una mejora efectiva de los salarios—el alza, acompañada de una elevación concordante de los precios es sólo aparente—si no hay fomento de las economías nacional o universal ni del bienestar de la comunidad, si sólo se persigue y obtiene el lucro, es decir, una mayor ganancia del empresario, no hay racionalización dentro del innovador sentido social del término, tal como lo comprenden los autores de la segunda categoría de definiciones.

El segundo concepto implica, pues, como finalidad del proceso, la incorporación de un mayor número de individuos a la ci-

fra de los que hasta antes de realizarlo habían gozado del consumo o del uso del bien producido, la elevación de la capacidad adquisitiva de los operarios de la empresa o del conjunto de empresas racionalizadas, y la colocación de un mayor número de individuos—en la medida en que el proceso racionalizador o los progresos del maquinismo no provoquen un resultado opuesto—dentro de las actividades de la empresa acrecentadas por la mayor demanda. Más adelante me referiré a la serie de repercusiones favorables que estos fenómenos originan y a sus posibilidades de renovamiento indefinido. Para el concepto económico-individualista la racionalización es un medio de aumentar las ganancias; para el concepto económico-social, una manera de cumplir la tarea social, el deber social, y sólo secundariamente, como consecuencia de su cumplimiento, un medio de acrecentar las utilidades. A las finalidades inmediatas—baja del costo y evitación de las crisis—se agregan las finalidades mediatas, el fin último del proceso, que da a la racionalización un carácter teológico profundo, el fomento general de las economías y el logro de una mayor suma de bienestar para la colectividad. El cumplimiento de la tarea social provoca una mayor demanda, la cual permite al empresario ampliar sus actividades y obtener una utilidad también mayor. Esta repercusión del cumplimiento del deber social en la economía del empresario, en un sentido favorable, origina una correspondencia de intereses tenidos por contrapuestos, una síntesis de contrarios, que constituye, a mi juicio, el aspecto más novedoso del movimiento racionalizador.

Resumiendo podríamos decir que la racionalización se nos presenta bajo tres aspectos fundamentales:

1.º Como un conjunto de procedimientos para evitar las crisis de sobreproducción y los efectos de la competencia, y para bajar los precios de costo;

2.º Como una concepción teleológica superior en que, a la finalidad inmediata del proceso señalado en el número anterior, se superpone una finalidad mediata, un fin último; el fomento de las economías así nacionales como particulares y del bienestar social, provocado por la ampliación de las ventas y el alza de los salarios; y

3.º Como una armonización de intereses considerados inconciliables. Mientras los que se preocupan de la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores tratan de obtener para ellos un mayor bienestar a costa de los empresarios, cuyos derechos a los beneficios de la producción son puestos en duda, los productores, con criterio individualista, quieren pagar los salarios más bajos posibles y determinar así, a costa de los obreros, el acreci-

miento de las utilidades. La baja de los costos y el reemplazo del criterio exclusivamente individualista por el criterio social en el manejo de la economía del empresario, permiten realizar simultáneamente ambas aspiraciones y crean entre asalariados e industriales lazos de reciprocidad.

El capitalista que aprovecha la baja del costo para alzar los salarios y bajar los precios de venta antepone, con criterio social, las finalidades superiores de orden económico y de bienestar colectivo al fin inmediato de su propia economía, fomentar sus ganancias.

Conviene detenerse un momento en los efectos. La baja del precio de venta origina un aumento del número de individuos que pueden consumir el bien producido y una mayor capacidad de compra de los antiguos consumidores. Redundará, según la naturaleza del producto y las circunstancias peculiares de cada caso, en un acrecentamiento del consumo de los bienes producidos por la empresa racionalizada, en un mayor consumo de otros bienes o en ambas cosas. Dicho con otras palabras:

1.º Hay un aumento del bienestar social, porque se ha incrementado el número de individuos capaces de adquirir ciertas mercaderías y los antiguos consumidores han acrecentado su capacidad de comprarla y la de obtener otros bienes;

2.º Hay fomento de la economía particular del empresario que puede, gracias a la mayor demanda, incrementar su producción y elevar así sus beneficios;

3.º Hay también fomento de otras economías particulares, indirectamente favorecidas con el alza de la capacidad general de compra de los antiguos consumidores del artículo cuya producción ha sido racionalizada.

En seguida, el aumento de la producción de la empresa racionalizada y de las fábricas indirectamente favorecidas con la baja de los precios de los bienes producidos por aquella, permite colocar un número mayor de operarios, o, por lo menos, neutralizar los efectos de una disminución del personal originada por la labor racionalizadora. Así aparece una nueva fuente de bienestar colectivo. El empleo de desocupados, a su vez, favorece a las demás empresas, en cuanto individuos cuya capacidad de consumo estaba reducida al *mínimum* se incorporan a la categoría de compradores de numerosos artículos y aumentan su consumo de los indispensables para la conservación de la vida.

Por otra parte, el alza de los salarios provoca un mayor bienestar entre los obreros de la empresa racionalizada, una mayor capacidad de compra de los artículos por ella ofrecidos y también una mayor capacidad adquisitiva general, que favorece a los

demás productores. Hay, por lo tanto, aumento del bienestar social y fomento de la empresa racionalizada, de otras empresas y de una y otras a la vez.

Por ambos medios—el alza de los salarios y la baja de los precios—el empresario que realiza la racionalización de una empresa con criterio social origina una serie de repercusiones—que se desarrolla en un proceso de acción recíproca y de intensidad decreciente—siempre en sentido favorable a la comunidad porque ocasiona un mayor bienestar a las clases obreras y favorece su propia economía, las demás economías productoras, la economía nacional, la economía del Estado, que es sobre todo parásita de aquélla y, en cierta medida y en cierto casos, la economía universal.

Mas todavía, una mayor producción permite el ensayo de nuevos y más perfeccionados métodos de racionalización, cuyo acertado empleo puede ocasionar nuevos procesos de intensificación de la vida económica y de aumento del bienestar colectivo. Y queda abierta así la ruta a la satisfacción de las aspiraciones del proletariado—siempre justas, pero no siempre económicamente realizables—no a base de lucha sino de armonía social, sin arrebatarse al capitalista los medios de producción que ha logrado reunir, para entregarlos a un órgano directivo del Estado, que, sin llamarse propietario de dichos bienes, va a serlo, prácticamente como usufructuario del poder económico a ellos inherentes—no olvidemos lo que pasa en las sociedades anónimas—sino distribuyendo los nuevos márgenes de utilidad con el criterio económico-nacional y con el criterio social que los principios racionalizadores aconsejan. Es lo que ha realizado mejor que nadie, con amplia comprensión de la unidad íntima que hay entre los factores económicos, sociales y psicológicos de la vida, antes de que se hablara por primera vez de métodos racionales de economía, el gran industrial norteamericano Enrique Ford.

Hay autores que van más lejos aun y creen ver (Fourgeaud) en el concepto del deber social, de la tarea social, en la actitud del empresario que persigue las finalidades mediatas del proceso racionalizador antes de atender, con visión imperfecta e inarmónica de la realidad, sólo el aumento de sus ganancias, el cumplimiento de un mandato divino. La Providencia habría colocado a los empresarios en el lugar que ocupan y su rol no consistiría en alcanzar ganancias exageradas sino en satisfacer, en la medida en que dispusieran de medios para ello, el interés general de la sociedad y el interés particular del consumidor, percibiendo la justa remuneración que por su desempeño les corresponda.

Los empresarios tendrían la tarea de hacer gozar a la colectividad de las riquezas que Dios habría puesto en sus manos, o sea, desempeñar lo que Forgeaud llama la función providencial.

Es así como, a base de un criterio económico de hombres de negocios, de una severa aplicación de métodos científicos y de prácticas rigurosamente controladas, procedimientos reservados hasta ahora al individualismo capitalista, la nueva doctrina edifica, primero, una teoría de idealismo social, especie de socialismo realista y conservador, y después, elevándose al aspecto religioso, una concepción mística, que interpreta la nueva tendencia como una voz divina. Esta síntesis de elementos considerados contrapuestos, los intereses del empresario y los del trabajador, el interés del empresario y el del consumidor, el individualismo y el socialismo, lo económico y lo religioso, constituye—lo dije antes—el aporte de mayor novedad que los prometedores del movimiento, principalmente los alemanes y sus predecesores norteamericanos, han hecho a la ciencia económica y, en general, a la sociología contemporánea.

Tarea larga, llena de interés y profundamente orientadora sobre los caminos del espíritu en la busca de la verdad, que oscilan siempre alrededor del proceso hegeliano de la tesis, la antítesis y la síntesis, sería la de establecer las vinculaciones de la doctrina de la racionalización, de carácter eminentemente sintético, con las grandes tesis y antítesis económicas y sociales que pretende unificar con criterio idealista y sobre base positiva. De aquí el vivo interés que despierta. Sus procedimientos no pueden ser más conservadores; aconseja no dar un paso sino después de haber obtenido resultados concretos. Su audacia no puede ser mayor; aspira a solucionar el vasto problema económico-social contemporáneo o, por lo menos, a abrir una senda para llegar, por el esfuerzo continuado de varias generaciones, a su solución integral. Es idealista y experimental. El empresario, siempre que incorpore a su criterio individualista la finalidad social, y el soñador socialista siempre que se allane a hacer su camino con lentitud, sin forzar la realidad económica para conseguir el ideal social, pueden mantenerse indefinidamente en actitud de mutua inteligencia.

Herbert Hoover, siendo Presidente de la Federación Americana de Ingeniería, fundó, en 1921, un Comité para el estudio de la eliminación del derroche en la industria compuesto de diez y siete ingenieros especializados en las seis industrias que consideró más importantes—la metalurgia, la industria textil, la de construcciones, las fábricas de calzado, las imprentas y las confecciones para hombres—el cual debía estudiar, bajo su di-

rección, las fuentes y las causas de los consumos innecesarios en dichas actividades. Los resultados fueron difundidos el mismo año por medio de un opúsculo «El Derroche en la Industria», y puesto en práctica inmediatamente por el Gobierno, que llamó a Hoover a desempeñar la cartera de Comercio.

El Comité clasificó las causas y las fuentes de las pérdidas ocasionadas por una defectuosa administración, muchas de las cuales eran hasta entonces totalmente desconocidas, en cuatro grandes categorías:

A) Producción débil, provocada por una distribución irracional del material de las empresas y del aprovisionamiento de los obreros;

B) Producción interrumpida o intermitente, causada por las fuerzas del trabajo, el material, las empresas y las instalaciones no empleadas.

C) Producción retenida o floja, producida por los empresarios, por la administración de la empresa o por los obreros;

D) Producción perdida a causa de las defectuosas condiciones de higiene, por el incumplimiento de las prescripciones de seguridad, por defectos físicos o por siniestros industriales.

Más del 50% de las pérdidas son atribuidas a la dirección de las empresas y menos del 25% a los obreros.

El informe del Comité reveló la existencia de una falta de adaptación entre los elementos que colaboran dentro del proceso productor, la cual origina una pérdida sensible de tiempo, de energía, de materiales, es, decir, de riquezas. Hoover y sus colegas, con criterio práctico, señalaban los remedios. Hoover, gobernante, crea la Oficina de Standardización, que inicia en el acto su labor racionalizadora de la industria norteamericana. Aparentemente todo había concluído. Los miembros del Comité habían estudiado con criterio técnico un problema y un organismo igualmente técnico debía llevar a la práctica sus conclusiones. Pero había en los propios Estados Unidos un empresario que tenía una visión más amplia de las posibilidades que los hechos establecidos ponían en evidencia y consideraba llegado el momento de aprovechar la incorporación de nuevas riquezas a las economías productoras para subordinar su desarrollo, bajo ciertos aspectos, al idealismo social, Enrique Ford. Los problemas técnicos que apasionaron al actual Presidente de los Estados Unidos y a sus colegas del Comité cambian de matiz, toman un tinte nuevo. Ya no interesan sólo al empresario, al hombre de negocios, al economista. Cuantos se preocupan del porvenir de las sociedades ponen el oído atento a las iniciativas del célebre fabricante. A los estudios técnicos de Hoover y a las audaces

y afortunadas realizaciones de Ford, siguen las investigaciones sistemáticas de los economistas alemanes, verdaderos fundadores de la nueva doctrina.

La última década es un período de transformaciones para Alemania. Agobiada con las obligaciones financieras que le impuso el Tratado de Versalles, con su territorio mutilado y con su población disminuía y empobrecida, perturbada económicamente con la ocupación del Rhur y con la política de extensión de las empresas seguida por los industriales ante la fantástica depreciación de la moneda, único medio de convertir en bienes reales los beneficios obtenidos y los créditos de que podían disponer, procedimiento audaz iniciado por Hugo Stinnes con su inmenso consorcio de empresas heterogéneas, volvió al terreno de las realidades económicas con la aparición de la moneda estable.

Se da comienzo primero a una política de simple adaptación de las empresas al momento económico. Pero bien pronto se manifiesta una tendencia a ir más lejos. Los alemanes desean desarrollar un plan análogo al que comenzaban a practicar con éxito los norteamericanos. Aparece entonces, patrocinada por las universidades, una vasta literatura que estudia, a través de la vida industrial americana, los nuevos métodos de producción, de organización del trabajo, de standardización y de administración científica de las empresas que llaman «métodos racionales de economía».

Por todas partes surgieron grupos de productores que aspiraban a racionalizar sus actividades. El Gobierno comprendió la necesidad de orientar el movimiento, coordinando la labor de las asociaciones formadas espontáneamente, para que dichas iniciativas no perdieran su eficacia por falta de correlación. Así nació el Instituto de Racionalización del Reich, fuertemente subvencionado por el Estado, pero autónomo en sus decisiones, con la autoridad propia de un servicio público. Existía desde 1921, por un acuerdo entre el Ministerio de la Economía Nacional y la Federación de Uniones Técnicas y Económicas, mas sólo en 1925 adquiere, junto con la subvención fiscal, su verdadero carácter.

Entre los autores alemanes que se ocupan del problema de la racionalización conviene citar a von Hinnenthal, Director del Instituto, y al profesor Zimmermann, que han estudiado el movimiento bajo su aspecto general. Hay, además, una bibliografía abundante sobre el sistema Taylor, sobre fordismo y fordización, sobre la ciencia de la empresa, la del trabajo, etc.

Gracias a la hábil política del Gobierno y a la cooperación in-

teligente de los industriales y de los universitarios, que estudian la obra de Hoover y de Ford en Estados Unidos, se emprende la racionalización de la Economía Nacional Alemana. Posteriormente, bajo el patrocinio de la Sociedad de las Naciones el movimiento se ha generalizado y todas las naciones reconocen la urgencia de alcanzar su realización progresiva (1).

La nueva doctrina, puede, por último, ser considerada como la postrera manifestación del principio orientador de la vida económica, de raigambre biológica, que se revela primero en forma obscura, instintiva, que se aclara paulatinamente con el desarrollo espiritual y social de los pueblos y que alcanza, con dicha teoría, su máxima nitidez el principio hedonístico.

La ley del menor esfuerzo, el principio del interés personal de los economistas clásicos, es, como afirma Novicow, universal en la naturaleza, se aplica tanto al mundo de los astros como a los fenómenos geológicos, fisiológicos, psicológicos y económicos; pero es en el orden biológico primero, y en el psicológico y social más tarde, con carácter instintivo en aquél o instintivo al principio y racional después en éste, donde manifiesta su índole peculiarmente teleológica: todo ser vivo procede de tal modo que pueda subsistir con el menor dispendio posible de sus propias fuerzas. El hombre, instintiva o conscientemente, busca el placer y evita la fatiga, aspira en todo momento a obtener el máximo de bienestar con el desgaste mínimo de energía. Trata de proceder en la forma más económica posible, obedeciendo al instinto vital que le pide, con imperiosa afirmación de existencia imperecedera, el mantenimiento de su propio ser.

Un economista inglés del siglo XIX, cuyas doctrinas participan igualmente de los principios de la Escuela Austriaca y de los de la Matemática, Stanley Jevens, ha dicho que el objeto de la Economía Política es «determinar el máximo de bienestar que puede realizarse obteniendo la mayor cantidad de placer con el menor esfuerzo posible». La racionalización, con sus procedimientos de economía de tiempo y de trabajo, de normalización, de concentración industrial, permite alcanzar el máximo de efecto útil a la actividad humana y a los bienes instrumentales, realiza el fin señalado por Stanley Jevens a la Economía Política, y constituye la manera más perfecta como el principio director de la vida se objetiva. Su orientación en un sentido social constituye la fórmula más avanzada y compleja—instintiva y vital a pesar del aparato ideológico de que se presenta revestida

(1) Véanse los primeros capítulos de *El Problema Agrario*, por Pedro Aguirre Cerda.

—del principio hedonístico, que se manifiesta en formas diversas, pero siempre idéntico a sí mismo, a través de las diversas etapas del desarrollo de la humanidad.

Determinados los conceptos fundamentales de racionalización, expuestas las diversas interpretaciones—la económico-individualista, la económico socialista, la hedonística y la religiosa—, señalados la génesis del concepto y el origen del movimiento racionalizador y sus primeros pasos en Estados Unidos y Alemania, corresponde analizar los métodos y, a grandes rasgos, la labor desarrollada en las dos naciones que han alcanzado una organización más perfecta y mejores resultados. Los demás países, incluso Chile, unos más rápidamente que otros, se han limitado a imitarlas. Para concluir, inferiré algunas consecuencias fundadas en los principios generales de la nueva doctrina, en sus orígenes realistas y en los resultados obtenidos con su ensayo parcial, relativas a las posibilidades que engendra y a sus relaciones con el capitalismo.

II

LOS MÉTODOS

Normalización o Standardización.—Este procedimiento, descubierto y aplicado con mucha anterioridad a los comienzos del movimiento racionalizador, pero al cual éste da, como a todos los elementos que participan de su síntesis doctrinal, un sentido más hondo y un mayor impulso vital, ha sido definido por Fourgeaud diciendo que «es un acuerdo entre productores, intermediarios y consumidores para unificar y simplificar por selección, teniendo en cuenta la mejor adaptación de los bienes a las necesidades que están destinados a satisfacer, de especies, géneros, cualidades y medidas, las herramientas, las máquinas y sus piezas, denominaciones y condiciones de venta, con el fin de bajar los costos de producción y evitar la pérdida de riquezas». Implica simplificación, unificación y selección, para reducir los gastos y mejorar las condiciones de vida, ampliando el número de consumidores y haciendo menos onerosa la adquisición de los bienes standardizados a los que ya lo eran.

Puede decirse que el primer paso hacia la normalización fué dado el día en que la Convención, en Francia, en 1801, adoptó el sistema métrico decimal, generalizado más tarde.

Antes de la Gran Guerra, los productores, presionados por la necesidad, lograron ponerse de acuerdo sobre ciertas unificaciones; pero ha sido durante el desarrollo del conflicto y con pos-

terioridad a él, cuando se ha sentido, con fuerza suficiente para provocar un movimiento más o menos general en los grandes países productores, la urgencia de proceder a la normalización de las economías. Anteriormente me he referido a las felices iniciativas de Herbert Hoover, primero como Presidente de la Federación Americana de Ingeniería y después como Ministro de Comercio. Las condiciones anormales en que se desarrolló la vida económica de los países beligerantes ejercieron una presión extraordinaria, agudizadora del espíritu de previsión y de progreso de las mentalidades que tenían la responsabilidad de las grandes economías privadas y de las economías nacionales. Nada hay que contribuya más poderosamente al adelanto económico, si un país tiene hombres capaces de inferir sus lecciones y de obrar en consecuencia, que las crisis. Los trastornos de la vida económica, al extremar las dificultades obligan a solucionar problemas de gravedad puramente relativa en los tiempos normales, y la fórmula salvadora para el momento de inquietud, incorporada a la vida económica, se convierte en fuente de bienestar una vez que, vuelta la normalidad se hacen menos precarias las condiciones de subsistencia.

El movimiento de racionalización sistemática de la industria alemana se inicia en 1917. El Consejo de Normas de la Industria Alemana, creada en dicho año, fué reemplazado en 1926 por el Consejo de Normas Alemanas, del cual depende una serie de consejos especializados, compuestos de técnicos de cada rama de la industria. Este nuevo organismo atiende no sólo a la normalización de los productos sino también a la de los sistemas administrativos y de ventas.

La adopción de una norma constituye un hecho de importancia vital para las economías afectadas. Los errores cuestan muy caro a la industria y pueden provocar su ruina. Un procedimiento riguroso permite alcanzar el máximum de seguridad respecto a las ventajas de las normas que se adopten. Las proposiciones son presentadas al Consejo especial respectivo, que tiene soberanía suficiente para rechazarlas; la aprobación está reservada al Consejo de Normas Alemanas. Primero las estudia un comité preparatorio. Producido el acuerdo entre sus miembros, se somete el proyecto al examen de un comité de verificación, que debe hacer un estudio comparativo más profundo y determinar sus ventajas. A fin de producir críticas, se le da a conocer, en seguida, a todos los interesados. Oídas las observaciones, si el Consejo especial lo considera realizable, es elevado a la Oficina de Control del Consejo de Normas Alemanas, que lo estudia con referencia a las demás normas establecidas en el

país y en el extranjero. A instancias suyas, el Consejo abre una nueva encuesta para provocar todos los reparos. Si éstos se originan, el proyecto vuelve al Consejo especial respectivo para su reconsideración. El procedimiento se renueva cuantas veces sea necesario hasta obtener un acuerdo completo. Alcanzado éste, el Consejo de Normas Alemanas presta su aprobación al proyecto y la norma o las normas correspondientes son incorporadas al Registro de Normas Alemanas.

Las condiciones de oferta y de venta de las mercaderías han sido también standardizadas. Se ha unificado la terminología y se han determinado exactamente los caracteres y cualidades de las diversas denominaciones. Así se facilitan las ventas y se da al comerciante por menor y a los consumidores la seguridad de obtener un artículo cuyo precio está de acuerdo con sus propiedades, con su utilidad. En 1925 fué creado un Consejo para atender a este aspecto del proceso racionalizador.

El precio de las mercaderías sufre, a veces, más la influencia de los gastos generales que los del costo. De aquí la necesidad de racionalizar la actividad administrativa de las empresas. Para ello se creó un organismo especial, el Consejo para la Administración Racional, al cual se subordinan numerosos subcomités, que estudian cuestiones relativas a la organización de las oficinas y de la contabilidad, a las ventas, a la terminología, a la banca, etc

El movimiento alemán, a diferencia del norteamericano—que se tradujo en la creación de la Oficina de Standardización del Ministerio de Comercio—ha sido obra de los propios interesados; pero el Gobierno le presta su apoyo financiero y da a sus organismos la autoridad correspondiente a un servicio público. Todos ellos emplean un procedimiento análogo al del Consejo de Normas Alemanas, incluso el Instituto de Racionalización del Reich, a que me referí en la conferencia anterior. Una serie de publicaciones permite a los interesados imponerse de la labor de los diversos Consejos.

Para comprender la importancia del movimiento de normalización, basta decir que el Registro de Normas Alemanas comprende 2,200 rubros sobre los distintos dominios de la técnica y que, según cálculos del Ministerio de Comercio Norteamericano, a fines de 1925 los productores de los Estados Unidos habían realizado una economía de 450 millones de dólares, gracias a la labor standardizadora de la Oficina creada por Hoover en 36 productos de uso corriente.

Es de esta manera cómo Estados Unidos y Alemania, casi paralelamente, la República anglosajona estimulada por el

extraordinario sentido realista de los promotores de su florecimiento económico, y la segunda por los violentos trastornos provocados en su economía por la guerra y por el tratado de paz, ofrecen los dos casos más avanzados de economías normalizadas.

(Concluirá.)

Amanda Labarca.

MEDITACIONES BREVES

JUSTICIA

—«¡No pido nada más que justicia!»—claman los que sufren castigos, humillaciones u ofensas inmerecidas. ¡*Nada* más que justicia! Les parece ésta algo tan inherente a la naturaleza humana que como el aire en la corteza terrestre, así debería respirársela en la sociedad de los hombres.

Justicia, dicen los clásicos, es asignar a cada cual lo que le pertenece. En tratándose de bienes intangibles, es conferir estimación y honores de acuerdo con los méritos.

Alguien ha escrito que en cada uno de nosotros existen, por lo menos, tres seres bien distintos: el que somos en realidad, el que querríamos ser y el que perciben los demás. Desde el exterior, las gentes nos divisan, desde un ángulo perfectamente opuesto, sin duda, a aquel en que íntegramente nos colocamos para juzgarnos. Y entre lo que en verdad somos, y lo que ambicionaríamos ser, ¿quién es capaz de trazar el límite? ¡Nos tratamos todos con tanta indulgencia, sabemos excusar tan prolijamente nuestro íntimos defectos y cortos alcances!

¡Y cómo juzgamos a los demás...! Con escasísima referencia a sus méritos (que no nos cuidamos de averiguar) y sí en relación a la simpatía o animadversión

que nos inspiran instintivamente. Una gota de soberbia en nuestro criterio basta para que alabemos de talentosos a los que piensan como nosotros y para que tildemos de gentes de poca valía, si no de imbéciles, a los que nos contradicen o desestiman. ¡Empleáramos para considerarnos el mismísimo criterio que aplicamos a los demás, en qué poco nos tendríamos!

Incapaces de justipreciar, ¿cómo esperamos que el consenso ajeno sea equitativo? ¿Por qué? Justicia implica amor, virtud y sabiduría. Hacen bien los católicos al esperarla solamente de Dios. Quejarse de la injusticia de nuestros semejantes es en el fondo tan insensato como dolerse de que la humanidad no sea bella, sapientísima y libre de todo mal.

Miremos la verdad tanto como nos sea posible, con valor y sin arrogancia. Admitamos humildemente que participamos en la infinita variedad del mal y del bien, que dentro de nosotros, en amasijo fecundo, luchan todas las perversiones y todas las virtudes. ¡Así somos hombres! En esta actitud, troquemos nuestra ofrenda: te amo, a pesar de tus pequeñeces; te aprecio conociendo tus yerros; te siento mi hermano sabiéndote miserable como yo, y como yo caminante de una senda que quién sabe después de cuántos milenios, quién sabe si en esta forma humana o no, logre la soñada e imposible perfección, para la cual, quién sabe si el sacrificio de nuestras vidas ha debido ser necesario! No nos cuidemos de exigir justicia, ni bondad, ni ninguna virtud perfecta. Así la que recibamos tendrá un doble y dulce significado: el de un don que no merecemos.

Ricardo A. Latcham

HISTORIA DEL JESUITA, DE GABY Y EL MILLONARIO

ENTRE la fatiga del tiempo se yergue grávido el maestro, pleno del obscuro sentido de Loyola. El Padre Edgardo Nonell, de Tarazona, abrupta en su cintura de colinas. Aragón clavó la garra en su pasta dura; la cara de aguilucho místico; la espalda curvada por íntimos dramas teológicos; el mentón pétreo, como corozo montañero; los hábitos, amplios, con faldamenta de mochuelo. El Padre Edgardo había confesado a Tía Mercedes por ocho años y arrancó de su seno al niño, temeroso de infiltraciones protestantes. La casa de Tía rutilaba de novenarios, de aromas místicos, de incienso y la naranja quemada para los mates que suceden al rosario isócrono. Mi adolescencia estuvo vetuada de sacristía. Venían los niños ricos de la vecindad, arcángeles rubios de broma, vestidos de monaguillos, para procesiones improvisadas.

En los rincones levantábanse altares minúsculos con imágenes de Fray Andresito, del Padre Claret y de Nuestra Señora del Rosario.

El Padre Nonell rengueaba, con su breviario sudado y sus recuerdos aragoneses. Ese nombre sugerente—Tarazona—estaba siempre encandilado en su memoria. Soñábamos una villa alta, diademada de muros,

con huellas de invasión napoleónica. Se nos hablaba de un obispo rugoso, de un seminario estricto, de una disciplina que no teníamos.

Los primeros años del Instituto San Luis no infundieron en mí nada de misticismo. Los actos religiosos sucedíanse con rutina frailería, sin estampar huellas de incendio ni poner fulgores de divinidad.

El Padre Nonell me arranca de esos curas laxos, olorosos a mundanismo, con misas alegres donde floripondeaban las serenatas italianas y una capillita blanca, como alcoba, que verificaba el matrimonio de los ex-alumnos notorios. No olvido aún el día en que un antiguo profesor, más tarde ministro de justicia, casó en esa iglesuca, tiesa de rango, con angelillos perfectos y un San Luis Gonzaga que simboliza castidad marmórea para uso de colegiales.

Los jesuítas significaban otra latitud. El Colegio del Salvador erguía aleros de piedra, sombras sobrenaturales, misas tempraneras, rezos continuos y un régimen severísimo. El gran sueño blanco se turbaba por el resbaladizo espiar del Hermano Inspector. El Hermano Inspector tenía un solo ojo vigilante, que se erizaba, sobresaltando nuestro descanso. La campanita madruguera recordaba a los Luises para la comunión rutinaria.

¡Qué sugestión tenía, no obstante, ese gran colegio sombrío, con sus corredores anchos y su academia barroca! Asistíamos medrosos a los actos escolares que congregaban a un lucido grupo de bizarros contendores. Joaquín Bernales resplandecía de metafísica, bajo su traje Luis XV. El Gordo Unzurrunzaga, hijo de millonarios vascos, hacía olvidar a los prestamistas con fervores de un catolicismo improvisado. Su madre gallardeaba en un «Rolls Royce» y las hermanas tejían con sus manos gozosas de perfección unas casullas para deleite de capellanes mórbidos.

Vivo aún estos recuerdos, nostálgicos y alargados,

que suelen hervir en la memoria y pintar de fiebre las noches. El Colegio del Salvador fué desmochando las alegrías de mi niñez. Pulió las aristas de la libre paganía de tres jocundos años. Había diferencia insondable entre esa religión alegre, con altarcillos, colaciones y soconusco y la nueva fe de los Padres de Aragón y de Cataluña.

Entre los jesuítas no se toleraba al individuo. Poco a poco la podadera nos iba abecerrando. La Congregación, con sus misas, rezos y comuniones mecánicas, arrancaba el fervor y la emoción religiosa. La rutina era mayor cada vez. Perdura, sin embargo, un recuerdo alegre en la evocación del Padre Fernando. El Padre Fernando sentía la existencia de distinto modo. En largas meditaciones y lecturas continuas palpitaba otra alma, un sentido diverso de la educación infantil. Amaba a los obreros, se desvivía por los asuntos sociológicos y trasnochaba enseñando a los artesanos del Instituto Nocturno de los Padres.

¡Los Padres! Bastaba este nombre seco, cual un martillazo de la retórica antigua, para significar que eran ellos. Corteses, melados, finos, nunca me ganaron del todo. La confianza, la humanidad, la simpatía desaparecían por detrás de un muro elevado que ocultó siempre la parte emocional de estos religiosos severos consigo mismos y con los alumnos.

El Colegio del Salvador se transformaba en los días finales. Había concursos de ingenio. Afilábamos las ideas como puñales para riñas banalísimas. Los niños se amontonaban en torneos de destreza, en que se discutía la libertad cristiana, conciliable con la opresión a los adversarios que no buscasen el reino de Dios. El liberalismo, la democracia, los derechos del hombre eran conceptos que desfilaban en una procesión caudalosa, sólo iluminada por los resplandores de cirio que vertían unos nombres de prestigio inmarcesible: Lacordaire, el Padre Félix, Donoso Cortés y Aparisi y Guijarro.

El Padre Nonell, estampa aragonesa, con su pañuelo de yerbas y su rapé estruendoso, solía visitar a Tía Mercedes.

«Este hombrecito marcha mal. No deja los hábitos libres que debe a su padre. ¡Qué manera de echar a perder los niños tienen estos liberalotes ingleses!» Después de un clásico estornudo y de un rezongo trivial, me echaba unas miradas sibilinas, que nunca se vistieron de bondad. La Compañía era el enigma de nuestra vida. La temíamos en el fondo, pero nuestro sobresalto nunca salía a la superficie. Pedro Wilshaw, muchacho listo del puerto, prestó un día el libro que atormentaría un ánimo: *Sebastián Roch* de Mirbeau. Este contrabando, cuya clandestinidad provocó más tarde la salida de su autor, fué demoliendo muchos cimientos de convicción entre el aborregado mundo estudiantil.

Los juegos y deportes liberaban los ánimos. Juegos simples y que tampoco se escapaban a la inquisición rasurante. Bolitas y trompos bailaban bajo miradas escrutadoras y su deleite se desleía un poco ante tanto cuidado.

La confesión solía entrar en un mundo turbio y sedicioso. El Padre Nonell se iba metiendo, poco a poco, en ese abismo que formaba la primera erótica que obsequia la vida. En las noches alguna fricción, algún despertar brusco, sobresaltos inopinados, daban, poco a poco, la idea de que ciertas cosas de Dios eran un poco raras. Mi teología se agrandaba, pero también había chicas que se hicieron para algo.

Eso sucedió en una noche de Agosto que acotorró el dormitorio. El Hermano Inspector había descubierto ciertas cosas que no estaban bien. Sus escrúpulos estallaron y en la semana hubo un par de huecos en las rollizas filas de los niños buenos.

Si estos instintos eran obra del Señor ¿para qué neutralizarlos tanto? Y si no lo eran, ¿qué fuerza ciega nos estaba desmontando la armadura teológica? Las

confesiones tornábanse más frecuentes y un vértigo solía debilitarnos. Muchos niños palidecían. Otros comulgaban de mala fe y un día descubrimos a un sacrílego, que se tragó un panecillo de chocolate, minutos antes de recibir las Sagradas Formas.

El Padre Nonell me obsequió un día la vida del Santo Fundador. Los jesuítas de ahora parecían de broma, si los comparamos con esos varones heroicos que no visitaban beatas ricas y nunca conocieron la molicie de las cortes. El Santo era simpático, aunque le hallamos ciertos peros. Sus banderas realzaban una imagen cómica del mundo, con dos bandos o porciones: una de selectos; otra de réprobos. ¿Y el dulce Jesús, amigo de todos los pecadores, señor tierno, rabí y poeta? ¿Y ese gesto con la Adúltera y sus visajes con los Fariseos y el látigo sobre los mercaderes?

Un niño rubicundo y enanizado moralmente me dijo un día, muy serio, que los Padres no tenían sexo, porque leyó en Tertuliano que tales cosas eran frecuentes. Me agregó que sus primas—las Aldaniz—veraneaban en unas playas lejanas, montadas para gusto de hombres especiales y que había también cosas distintas, más lejos del hacinamiento de metáforas para grabar el sexto mandamiento. Contóme que en una tarde arrebolada de misterio puso sus manos entre unas piernas y unas cosas cedieron, más allá de esas longitudes, que no recordaba particularmente, pero devino un pesado sopor, que la fatiga se hizo para justificar ciertos climas morales y la repetición no era sólo un término escolar sino una cosa muy rica, que los del curso medio mejor debían ignorar.

Otro día miramos unas estampas, que escandecían vendidas por un español—Joaquín de los Ríos—, quien tenía unos librotos de Jaurés y otros sobre cuestiones sociales. Esas cosas se tocaban en el Congreso, por aquellos días, y las señoras vitoreaban a los diputados católicos, que el Padre Nonell comparaba a los Ma-

cabeos. Así también las mujeres—nos dijo en clase—reconfortaban a los defensores de la fe. Los guerreros no eran misóginos, pero, 'además, el Señor los alumbraba en determinados casos.

Las mujeres—pensaba—deben estar compuestas para deleite de hombres musculosos. En la noche soñé que tenía una espada y que derruía las murallas de una novísima Jericó. También pensé que el Espíritu Santo bajaba a aventar infieles y en la noche profunda, iluminada con hogueras altísimas, se desfloraban mujeres especiales que no usaban la etiqueta de lo prohibido. ¿Había hembras de uso guerrero que nada tenían que ver con el bullado matrimonio, recomendado por los confesores como un calmante patentado? En la mañana comulgamos y hubo chocolate con rosquillas de un pastelero, que era amigo del Padre Creixell, catalán e integrista.

Otras veces soñaba, en un soñar resplandeciente, que me casaba en la otra capilla, compungido y decrepito de solemnidad, mientras unos ángeles tocaban alguna Marcha Nupcial y el Ave María de Gounod otorgaba su postrecillo musical. Los niños engordaban, a pesar de tanta teología. Otros, los menos, vivían macerados por una ardiente constancia. San Luis Gonzaga no me entró nunca. Prefería a San Ignacio, encorajinado en su Contra Reforma. Canisio—en latín *canis* significa perro—se me aparecía como un gozque flamígero que les mordía rodillas y talones a esos puritanos, que sumieron de nostalgia a la abuela paterna y afilaron los cachos al Abuelo Tomás.

Lo cerúleo estaba contrarrestado por lo árabe de mi madre. Esos españoles de Rioja, que dieron tanto brío a los Heredia, escaladores de Cartagena que partían el trópico en tajadas de conquista.

Wilshaw me halló una vez en la calle Estado y me hizo beber unos whisky sower clandestinos y acibarados en el Salón Centenario. Vi unas chicas con pan-

torrillas donairosas, hubo cine y llegué a las nueve y media a la casa. Papá me dió con un bastón, cuya elegancia se desrostró de un golpe. La comida se enturbió de visiones y me acosté amodorrado y fiebroso. Un día vino doctor y me tendieron en una especie de lecho de operaciones, albo como la toilette del Arcángel Gabriel. Me descubrían ciertos indicios de pubertad. Me estaba metiendo por un sendero peligroso, que la reticencia de los moralistas enigmatiza con floreos académicos. Hubiera deseado ardientemente que las primas viniesen de esa lejana tierra y que una mujer embelleciera mis vigiliadas moradas.

Así como la vida nos pinta ojeras en balde, los curas y confesores debían ser como el Padre Fernando, que ganaba corazones y nos daba maní.

Tía Mercedes me soltó su deseo un día:

¡Lindito! Debías ser padre. ¿Qué mayor felicidad podías dar a tu viejecita?

Vacilé, pero mejor hubiera piloteado un barco mercante para Tierra del Fuego o me hubiese ido con Papá a una aventura científica en el Altiplano.

La tía me dió mucho dinero y compré libros y estampas. Me leí entero a Spencer, que colmaba los estantes. Papá, que soñaba entonces con desmochar mi teología, me entregó a Draper y a Huxley. Papá escribía como este último. Fué su alumno en Inglaterra y estaba averiguando unas relaciones entre insectos. El sabio Porter se entraba por casa y oía palabras que no se me olvidarán ya: evolución filogenética del hombre, antropoide y estaciones paleolíticas.

La madurez no llega y esperarla es un sueño vano de ilusos. Sin embargo, paseaba en mí una vaguedad de emoción que presentía de antes. Estos trajes que compré con parte del dinero prodigado por Tía Mercedes, me causaron una impresión de conquista. El sexo rige todo el tocado de ambos lotes humanos. El hombre se arregla para mover a la hembra y ésta para

voltear al primero en su altar, donde la puso Jehovah cuando con la hoja de parra empieza a meter enredos en la vida de los pueblos. Helena en su Troya, Judith en el campamento de Holofernes, Essex en las cámaras de Isabel, Lady Hamilton en el sueño que precedió a Trafalgar y los espadones que encendían a Isabel II, forman sólo parte del enredo y laberinto que dibujan tales mujeres. La historia es un exceso de relaciones peligrosas y no concebiría una vida novelesca sin tumultos sexuales y prodigiosas poluciones que superan al hombre. Eterno femenino es un reverso del demonio que cita el Padre Nonell. ¿Tendría razón Tertuliano al cortarse las complicaciones en su sueño africano, más allá de todo el eufemismo de la teología, sin enredo, laxitud, ni escrúpulos de Estilita que hace quites a los inevitable en una columna de zarzuela? Fué entre tanto sueño, agavillado de experiencia mórbida, cuando saltó Gaby, la frutal comprobadora de que la teología se humaniza en los adolescentes. Su drama nos enreda en sobresaltos y si se quitaran estos tal vez sería como comer huevos sin sal, porque es un dulce deleite el de tener cargados con pecadillos los zurriones que escruta el confesor. El Padre Nonell nos habló siempre de las ventajas del matrimonio y de la «pureza». ¿Por qué la «pureza» se desgarrá toda vez más acá de este cercado propio y ajeno y no hay nunca impureza en los tálamos benditos? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué manera de complicarse! Santo Tomás, Suárez y Leibnitz se mezclaban durante el curso superior de filosofía con estas evocaciones profanas y con los cigarrillos rubios. Conocí a las Aldaniz en un intervalo de Viña. Los niños, ya no tan inocentes, las aludían con obscena malicia. Un día me trompeó un pariente que pasaba cuando las comentábamos con picor de adolescentes viciosos. ¿Y los otros, de la mosca muerta o sea la Congregación dulzarrona, serían lo mismo?

Recuerdo que las elecciones presidenciales nos dividían en dos bandos, porque lo primordial no separaba aún los pareceres. Ambos candidatos simulaban su religiosidad. En ese Chile viejo se visitaba al Señor Arzobispo para fingirle adhesión y no sobresaltar a la Santa Madre Iglesia. En estas elecciones cogí una pedrada, porque los liberales desfilaron frente al Santo Cristo de la Catedral y rompieron sus fanalillos. Los policías cargaron, con los sables desenvainados y los jóvenes liberales se dieron a la fuga, entre vítores a la Alianza. Ese año, el fruto de la vida se dió sabroso cuando pasó la herida y sólo quedaban unos tafetanes en esta cabeza que se desmoronaba de pensamientos trascendentales. Gaby surgió en Viña. Wilshaw siguió siendo mi amigo. Nos prestigiaban su figura, sus trajes claros, su automóvil amplio como un boudoir, su gesto displicente en el tennis y una querida oculta que tenía en la subida de El Barón. Un día todos los veraneantes de la playa de juguete lo vieron pasar con la morocha, mientras se subrayaba la indignación en la cara de las señoras que tomaban el aperitivo y rajaban la piel de las ausentes. Wilshaw pierde el alma de ese infeliz—decía el Padre Nonell. La costumbre hacía que lo tolerásemos, pero Tía se dolía de ver su trabajo en guisa de naufragio. Gaby tenía dos o tres años más que yo. Había perdido a sus padres y habitaba una casa clara, con sello inglés, en la calle Traslaviña. El Papá prolongó mi veraneo, porque la dispepsia de mi madre y otras complicaciones selectas, que se sacan para este tiempo, justificaban muy distinguidamente la temporada en Viña.

Tía Mercedes se extinguía en su fundo del norte, donde solían ir los capellanes del contorno y se decían novenas al Niño Dios de Sotaquí, a Nuestra Señora de Andacollo y a una virgen que fué traída por don Fernando de Heredia, escalador de villas muradas y modelador de fundaciones coloniales. La ciática y,

CACION

CO

RECCION

V

Medio

Anular

Meñique

LA

1 = w
 2 = 0
 3 = m

Presi/2s

1 = 0

2 = e

3 = 1

Vertical

1 = arco

2 = Presi/2s

3 = "

4 = Vertical

extrema

extrema

más tarde, el cáncer empujaban ese destino gallardo, que puso algo de su bizarría en mí. Mezcla de fanatismo y de valor, en su religiosidad hubo siempre un hueco magnífico para esconder ímpetus y rampar, en último tiempo, por entre las severidades de los jesuítas. Así debió ser Felipe II, que con todo su hervor religioso metió camorra al Papa y sabía lavar con agua bendita muchos atropellos a los señores Pontífices. En todos los Heredia hubo una cosa muy ardiente y mixta, donde se cruzaban estocadas flamencas y sumisiones monásticas. Salieron de ahí monjas toledanas, espadachines corajinosos, curas abrutados y unos generales del trópico que fusilaban obispos y clérigos.

Gaby elevaba un talle airoso y unos ojos que se metían por la piel. Sus miradas escarbaron el corazón y aceleraban el ritmo de todo nuestro desdeñoso orgullo. Otras hubo que amamos más por la vista, pero ella se hizo para el dulce tacto, junto a esas playas nocturnas, donde la luna se demora en salir del sopor veranero, porque está poniéndose complaciente cuando queda en juego con astros enloquecidos de noche pesada.

Gaby no pudo ayuntar conmigo su primer amor. Tenía el alma fatigada de otros amigos. Nunca sentí celos de semejantes cosas primigenias y creo, ahora reviviendo su fina silueta, que tal experiencia sirvióme en la vida. Gaby se sentaba ante un piano melancólico, que sacaba notas por la calle y cubría de ensueño la estancia. Cantaba unas canciones francesas, de ritmo lento y ponía los ojos algo entornados al hacerlo. Juntaba su rostro al mío y me embriagaba con suavidad. Sus dos limones subrayaban la blusa de seda y sentía golosamente un clima nuevo que seducía, con redes inéditas, con pinturas fantasmales, con soberanos deslizamientos, unidos a un insensible irse del tiempo. Mamá notaba que el adolescente navegaba en el vacío y mis ojos se empurpuraban, faltos del sueño.

¿A qué dormir si tenía el sueño en esa calle saudadosa, esmaltada de jardines, junto a un cerro que sólo turbaban militares y las criadas, que también amaban a unos hombrecillos venidos de otra parte?

Gaby disfrutaba la lectura y poseía una voz deliciosa, que hacía borrar, poco a poco, el recuerdo de las aulas jesuíticas. ¿No era mejor esta muchacha musculosa, atlética y deportiva, que la fémica fuerte de Landriot, figura convencional de los Padres? ¿Qué fortaleza mejor había: la de resistir o la de entregarse de un modo normal, tan tranquilo, tan definitivo? Recuerdo también esos sueños en común; esos sueños, tapizados de felicidad, tan comunes como el dormir con la muerte o con su hermana, que nos puso bruma de sobresalto: la teología. Dormir en común es una parte de la juventud, algo de su ardiente secreto. Los años, junto con rasurar de encanto al amor, standardizan su intensidad y acaban por podar su deleite verdadero.

El encanto de la entrega, el cálido mensaje de los primeros besos, el impulso que nos sacaba de los brazos mortales de la sombra.

Una alegría nueva, palpitadora y fina, pulía nuestro cuerpo y aligeraba el corazón.

Valparaíso sedujo mejor al adolescente. Prefería su clara alegría, de las zonas veraneras, sus mujeres ligerísimas, con piernas estilizadas de ascensión. Cada cerro marcaba una latitud distinta. Unos alegres y blandiendo un cordialismo europeo; otros mugrosos y elevados, con ascensores que trepan con angustia. Las lavanderas clavaban sus banderolas de nieve y todo el contorno flameaba con gallardetes de intimidad. Camisolas, sábanas y fundas colgaban, con albuza de caperuza montañera. Los navíos empena-

chaban la bahía. Era un placer distinto, con horizontes y una saludable sugestión de lejanía, el que colonizaba esas noches del puerto.

Gaby visitaba a una amiga que vivía en un cerro llamado de Los Placeres. Este nombre se quedó en mí como un tatuaje de amor. En una calle aldeana vivía Ester Watson. Sus padres, ingleses, le estamparon ese candor que no se asusta y ese alborozo con todo. Tomábamos té con pastelillos y conocimos a una abigarrada concurrencia de muchachas que se fugaban a dancings y cinemas. Eran curiosos los *parties* de placer, donde lo promíscuo disuélvese por el común denominador de ingenuidad grandota y pesada de estos británicos. Todos los hijos de ingleses, que desbrozó Mackay, me hicieron comprender que entre mi educación y la de ellos medraba una latitud inmensa.

Valparaíso es como un país diverso, que arrojó el acaso entre complicaciones labradas por la vida chilena. Una galería de mujeres trabajadas de hastío, que entonces leían y fumaban, fué surgiendo como revelación de un mundo distante. Ese tren lento que conducía a Santiago se parecía a un transiberiano que saca del coloniaje y conduce a otra existencia. Por aquel tiempo tenía aficiones literarias primerizas, que conoció antes el colegio en un semanario—*El Gato de Nueve Colas*—donde flagelaba al Padre Nonell. Todo este instinto se aviva en el puerto, donde trato a María Antonieta Lefrevre, a una chica González y a menudas mujeres desprejuiciadas, que vientos diversos bataron después por adustas playas.

La casita de Ester Watson era coqueta, blancuela, y sus paredes lisas, sin decorados capitolinos, se poblaban con estampas que vendió Collins, viejo librero alegrador de navidades escocesas.

Deambulé mucho por cerros que nutrían sensaciones muy encontradas. En uno sentí que Escocia desbordaba su corpulencia. La Unión Church y el Sal-

vation Army montaban covachuelas para pobres y un resplandor de himnos evangélicos brota en esas colinas de fracasados. El Deán Priston sacaba una vocecilla de gozque con catarro y me contó asuntos pintorescos de las Islas Malvinas, donde había toda una colonia de casas blancas, carneros como elefantes y ballenas de verdad, en el mar antes sobresaltado por los cruceros de combate de Von Spee.

En el Cerro Alegre burbujeaba una existencia olorosa a confort, a casas lindas y a plum pudding. Fué entonces cuando prendí para siempre a Madame de Beaumont, casada con un profesor del Colegio Mackay, al alegre viejo Gilbert y a Johny Forbisher. Este último había heredado al viejecito vendedor de paños y supo disipar con premura todo el caudalejo que éste apañó colocando telas inglesas. La vida del puerto me sabía mejor que Viña, con su simulación elegante y su cosilla pesada de un Santiago, que está colocado en extracto, junto con las esencias equívocas traídas de la capital. El Hotel Francia y el Gran Hotel se animaban con modelos vivos, con muestrarios de traje, con exposiciones veraniegas, con perritos lindos, que se acollaraban silenciosamente, mirando con desprecio a los canecillos del criollaje. Esas calles embalsamadas de Viña, que con todo quiero, sabían a escándalo, estremecidas de voces femeninas y sacadas de su letargo por ladridos de claxons. La Iglesia Mayor Católica retumbaba alegre también con su misa de ricos y los sermones famosos del Señor Pérez. El Señor Pérez es un cura especial para la mundanidad, pero eriza de condenas su voz meliflua, que se estira en delgadas inflexiones y sugiere, a veces, la idea de que está haciendo bromas con el Evangelio.

Viña del Mar era la envidia de otros compañeros empobrecidos o de los que no podían derrochar. La capital se desbordaba en sus callejas límpidas, en su Club alegre, en sus partidas de sociedad y en las pla-

yas que el invierno marca con salivazos de océano. Las alegres casetas y las pintarrajeadas verjas saltaban a mucha distancia, y siempre hubo un casco negro que recordaba las impacencias del Pacífico, más allá del Recreo.

Los tranvías eran largos como la esperanza y sonaban de un modo único, a la manera de barcos que sacan a la gente a cambiar de aire, a convalecer. Pero de Viña se soltaban los bríos a medida que escalábamos los cerros del puerto. Algo menos puntilloso, más libre, como un escape natural de tanto gesto superfluo, de tanto saludo estilizado, de tanta complacencia sudorosa al ritmo mecánico de esas gentes acaudaladas y que sentían la nostalgia de pergaminos, que solía fabricar Fernández, u otros señores de lentes, sacudidores de las polillas de la Real Audiencia o el Archivo de Escribanos.

Gaby me enseñó muchas diversiones que costaban menos y me ayudaba a buscar libros viejos en la Avenida Francia. Ibamos a un cine, que se familiarizó con nuestros besos y se recataba en un rinconcillo donde no había hijos de rico. Otras veces llegábamos hasta las Torpederas, donde la mesocracia revuelve la trepidación sorda de su alegría criolla, con cadetes navales y otros militares, escapados de la broma que enseñan profesores alemanes para fingir maniobras de guerra (pura filfa) y devorar racioncillas del presupuesto.

El Cerro Alegre no lo era tanto, pero, sin embargo, no sabía del todo a la pesadez anglosajona. Cuando mi tía Ethel, protestante, me quiso enseñar el respeto debido a Kitchener, a French y a Lord Roberts, solía acordarme que, en el ápice del espíritu, había un rescoldillo irreverente por todo lo que predicaba el Deán Priston y otros pastores, que miré mejor en los instantes del Arbol de Pascua.

Gaby me dijo un día, para probarme, si no me entusiasmaba con la prima, que al fin llegó y que unas

parientes enseñaron a contenerse dentro de un convento de monjas francesas. Le contesté que sólo había curiosidad, porque antes, pero mucho antes, hablamos de amor y me dijo que no le displacería un novio tal como un retratito que me tomaron, donde resplandecía de perfección militar, con una corneta y un sable rutilador y un uniforme inglés caki, como los usaron los Tommies durante la guerra grande.

El amor llega, no obstante nuestros pensamientos ligeros, y lo confuso de esa hora lo anima de sobresalto. Gaby fué para mí la emoción más directa y más simple a la vez. Más tarde sentí el regusto de ella y la ví reanimando a otros cuerpos que no me decían tanto. ¿Sería por el halo metafísico que tuvo o por un sabor de besos que se encuentran sólo en el despertar a la vida o en hembras melancolizadas y especiales que lo aguardan en el crepúsculo? Hembras primordiales de la iniciación y hembras definitivas y crepusculares son los únicos puntales que dan la nítida perfección en el deleite. Los amores escrupulosos también saben a ámbar, con mezcla de incienso, porque en este último se saborea mejor el pecado y las llamas de la condenación arden más lentas y pesadas. Gaby envolvía a todo eso y algo más, junto con la eufonía de su nombre y un sistema propio de decir las cosas sin rubor ni cinismo, de un modo historiado y lento, que no tenía por qué no dejarme clavado de emoción o suspenderme por horas en espacios altísimos de subconsciente.

Ester Watson nos atisbaba con sus ojos azules, donde se escondía un fulgor marino y nada parecía pensar del rumbo de tales relaciones. Muchas veces sospeché cosas endemoniadas y aun me pareció que debajo de su relativa indiferencia sólo había cinismo de hembra que ha frecuentado más de alguno. No obstante, en estas semi inglesas de los cerros, el pudor es una funda para asistir en el Domingo a la Unión Church, cuando el anciano Macqueen, casi centenario, iba con galera

y leva a rezar los oficios y cuando, a la salida, se reconocían aún los pocos sobrevivientes, verdaderos «Old Timers», ingleses antañones que vieron navíos volteados por el rumoroso mar donde está hoy la Plaza Pinto. Todavía alentaba un viejecito que conoció esa madrugada trágica, con redobles de tambor y sones marciales, secas descargas y abscóndita sugestión mortal, en que fueron fusilados el traidor Vidaurre con Florín y otros, en un sitio arrancado al océano.

Valparaíso, con sus mezclas de razas y religiones, sus bares descomunales, el «Café del Pacífico» y otros chiquitos, que suspenden linternas avizoras en los contrafuertes de los cerros. También degusté cerveza de marineros y el seco gin legítimo con whiskies innúmeros en esas tabernuchas que no se borran. Otras chilenas, que se abren como grietas en los subterráneos del puerto. Hundidas, con angustia oscura, vomitan marineros ebrios, interjecciones criollas y blasfemias de contrabandistas. En una había un letrero donairoso: «El Canario Navegante»; otra se llamaba «El Terrible Gil»; la de más allá, «El Doce de Febrero»; también sucedíanse rótulos como estos: «La Aconcagüina»; «El Comodoro» y «La Mahonesa». Evocaban crudos nombres de veleros mercantes, bautizos marinos improvisados entre polvorazos y degüellos, ecos de edades difuntas y el instinto sordo, secreto y vencedor del mar. Me perdía, como sobreviviente de una raza navegante, en esos bares, donde mujeres asquerosas y botellas polvorientas hacían compañía a taberneros enronquecidos y a maleantes de latitud divergente.

Con Gaby anímase la interior alegría en cerros muy distantes, en paseos y plazas, y un día alquilamos una barca para remontar hasta cerca de Concón. Mis días de entonces se alargan hoy en el recuerdo. Son el escape libre de la adolescencia a una pubertad pulida de iniciación y derrocadora de soledades traidoras.

Valparaíso era una antena de Europa colocada en esta tierra larga y hosca. Sus mensajes venían en la púrpura de las chimeneas mercantes, en las pastas de los libros ingleses comprados a Paton, en los acorazados tardíos que teñían de guerra al puerto y en esas encontradas estampas de lejanía que esculpían los veleros.

Ester Watson, sin misterio ni alegría, me dijo que se casaría con John Mac Allister, el escocés dos veces millonario. Conocí bastante a este producto degenerado de Oxford, donde perdió el protestantismo en un oleaje de nuevo rico que frecuentaba a los señoritos parisienses, «pèle melè» de Acción Francesa y de Henri Massis y los americanos catolizantes que dirigía en lo espiritual el Padre Martindale, hermano agudo del Reverendo Edgardo Nonell, Societatis Jesu.

Mac Allister era largo, delgado y su rostro tenía un poco la dureza de los escoceses, con su avaricia y su esplendidez súbita y desorbitada, que es un intervalo de sordidez a su manera. Por su voz salía de todo en ringleras ora nerviosas, ora mecánicas: la teología mal digerida, las citas de nuevos autores franceses: Claudel, Ghéon, Massis y Montherlant; los escrúpulos de su padre, protestante decidido y venerable, junto con las incoherencias neurasténicas de la madre, diletante, pintora y literata amanerada en ratos de ocio. Mac Allister bebía con solemnidad de rito toda clase de alcoholes. Su mente, su corazón, su memoria, su propio monólogo turbio estaban alcoholados. Dejaba caer las palabras como hojas desprendidas de libros que bebió, mejor que leyó, en un estado de pesadez alcohólica. Su borrachera erraba por puertos y sabía canciones y nombres de mujeres y de escultores lejanos. Divagaba sobre música, pero tenía más apego a su vicio que a otros instintos, que un médico advirtió. Nunca las mujeres enervaron tal voluntad alcohólica, con cimeras de ensueño y burdas incoherencias de emigrante no desbastado. El escocés es miope inte-

lectualmente. Toda su historia medioeval forma un sucederse de comilonas entre barones, asesinatos entre reyes y príncipes, nobles y cortesanos, por derechos de sucesión a un trono pastoril. De todo ello había en Mac Allister una nobleza extraña, alta y punteada de escrúpulos y sobresaltadas fierezas de un catolicismo nuevo y brumoso. La castidad pulió su cuerpo, sin que los licores lo abotargaran ni hicieran adiposo su vientre, bodega de bebedizos absurdos.

Ester Watson conservó el secreto de su corazón y dijo que sí por uno de esos casos de aburrimiento o desconsuelo frecuentes en las mujeres que trabaja el hastío o la curiosidad sexual. El matrimonio que predicaban los pastores pule de costumbre los oídos y deviene en una necesidad que asalta de repente.

Fuí a la boda, que tuvo de sorpresivo y de inaudito. Hubo dudas puntillosas porque ella se educó en el protestantismo y todos los amigos de su madre (el padre feneció), eran anglicanos. Mac Allister no quiso ceder y entonces sobrevino una boda civil previa, que tuvo la virtud de soliviantar los escrúpulos del cura Mac Nab, amigo de Mac Allister, quien aconsejaba intentar la conversión de la tozuda escocesa. El Presbítero Mac Nab, irlandés y pecoso, hacía de sota cura católico en el Cerro Alegre, cuya iglesia romana (según los disidentes) levantaba una provocación en el hostil coto de los reformados. En Valparaíso abundaban estos pleitos religiosos, propios de la promiscuidad reinante en la recepción de los Sacramentos. El Arzobispo Casanova, cuando fué Cura del Espíritu Santo, batalló como un cruzado contra las logias inglesas y los «canutos», derivación pintoresca que se formó con el apellido de un pastor Canut de Bon, introductor del protestantismo entre los pacíficos rebaños católicos. Un día Ester Watson cedió y hubo una boda nocturna que la une ante Dios, cuya delegación tuvo ese día Herbert Mac Nab, cuyas pecas ardían en la cara agu-

dísima y cuyos hábitos haldudos se agitaban a compás de sus nervios rabiosos. La boda fué un poco fúnebre y Madame de Beaumont fué madrina. Asistió Gaby y un cotarro escaso de amigos protestantes, mucho más tozudos que los católicos en estas riñas de creencias.

La cena fué sombría y puntiaguda de cortesía en un comienzo. El cura temía herir la susceptibilidad exacerbada de sus vecinos «canutos» y los protestantes tenían la sensación de pisar en falso. Los platos selectos y las copiosas libaciones empujaron algo esta distancia en un abrazo de vecindad. El Cura Mac Nab, sudoroso y olímpico, dijo unas frases pensadas y finas en que sugirió tan sólo aquéllas cosas que entre puros feligreses lo habrían inflamado de ardor apostólico.

Ester Watson, pálida y concentrada, no podía ocultar sus nervios. ¿Qué secreta caída, qué pobreza vergonzante, qué espíritu de sacrificio o qué historia cruel pulía de angustia su rostro y la lleva a este indudable holocausto? La señora Watson rutilaba de satisfacción, envuelta en un horrible traje sastre, en una de esas indefinibles vestiduras de cocinera o institutriz que se ponen las inglesas y que, no obstante, sacan de sus *Weldon's Magazine* o del *Lady's Home Journal*.

El novio bebió como en sus mejores días y nos salpicó de incoherencia y de alegrías súbitas de dipsómano trascendental.

Esa noche dormí en Valparaíso. En la mañana siguiente hubo la despedida y un saco de arroz se vertió en homenaje de los novios disímiles. Los novios partieron para Buenos Aires y desde ahí hacia Europa. Mac Allister volverá a tener un sitio en estas páginas y Ester Watson murió un día de un mal misterioso, de una enfermedad incontenible, que dejó viudo a este hombre de los millones. Oí muchas versiones de tal muerte, pero algunos dijeron que la vida alcoholada de Mac Allister y la enfermedad de Ester obligaron

a ambos a viajar con un médico. Este se habría enamorado de la inglesa y un día la asesinó, en vista de que su extraño pudor puritano no la hizo ceder, no obstante el abandono evidente de Mac Allister.

Los recuerdos que forman la trama de mi rescate al tiempo dicen aún algo de esa temporada, en que sucedieron tantos saltos en mi vida. El amor rompe su capullo; la religión se humanizó al contacto de la existencia; la mujer sobresalta mis noches y desgarras las mejores porciones de mi corazón.

Junto con el regreso a la capital, se apaga el fervor que Gaby tuvo hacia mí. Un hombre más fuerte, tal vez más experimentado, la condujo a poner ceniza donde alentó tanta ternura. Mis estudios alejaron su sombra familiar; la vida de los libros volvió a tentarme. Fueron días sencillos y plenos en que sentí la sensación de haber roto las amarras de una etapa vital. Hoy día veo un montón de sombras, familiares en el tiempo. Una mujer nueva que entona una sensibilidad, otra enigmática y tal vez ardorosa que se muere envenenada misteriosamente en un sanatorio suizo; una adolescencia que dejamos, como vestidura vieja, junto con los primeros escrúpulos depositados por la educación férrea del Padre Nonell. A éste lo encontré también de nuevo, en un día de arrepentimiento, cuando comulgué en la Iglesia barroca del Salvador y deposité junto con mis culpas una rosa de sobresalto que se pasó a su cara. El Padre Nonell, desde hacía tiempo, se inhumanizaba más y los cilicios se tornaban evidentes detrás de su vestidura trágica. Un día lo hallaron muerto, como un buho cansado de peregrinar. Estaba muy tieso, muy largo, en su cama de fierro. En la cara el ascetismo había trabajado túneles y surcos de abatimiento. Se pudrió muy pronto y su olor fué como un desconsuelo más que se añadió al acíbar de un amor disipado. Acababa las humanidades y con ellas sólo me encenizé de prejuicios, de con-

fusas nociones y de unos nombrecillos clásicos, que bailan en la memoria como duendes.

La gracia no golpeaba en este corazón rebelde. Las comuniones y la asistencia al mes de María no borra-
ban tampoco ese regusto del pecado. Era todo inútil, todo inútil. Leí a San Alfonso María de Ligorio, al Padre Eymieu y su *Guía de nerviosos y escrupulosos*.

Trataba de rezar, pero las imágenes más antagónicas asaltaban al cerebro ensoporado de pasión lejana de familiares evocaciones. Un día me llegó un cablegrama conciso: «Tía Mercedes enferma de cuidado. Te espera ver en sus últimos días».

Me embarqué en un vapor de la «Pacific Steam Navigation Company». Veinticuatro horas después me hallé ante la limpia paz de esa ciudad, con diez y ocho torres y una campiña mirífica, donde pasarán meses de angustia, al lado del cáncer, sin tener cuidado ni sentir su miedo. Tía Mercedes estaba muy grave. Su rostro se acababa, sus manos eran sarmientos que apenas subraya la vida. Su mirada cansina se hundía en un mundo ingravido, donde los ángeles, los serafines y la Virgen del Rosario formaban un coro inaudible. Pero Tía Mercedes tuvo su historia—vida fué la suya muy rica y fecunda—, cuyo giro merece un recuerdo también.

Tía Mercedes estaba encadenada con siete cadenas al pasado. El presente sólo vivía para ella con relación a lo que significa en su derivación de otro tiempo. «Entonces» era un término predilecto de su habla rica y castiza. La época en que nace se graba para siempre en su corazón y una invencible repugnancia acompaña sus actos con relación a los días en que, vencida de los recuerdos y pesadillas, entrega su cuerpo a esta tierra que nunca amó. Tía Mercedes y el Padre Nonell forman dos estampas de la galería familiar: una angulosa y fiera; la otra santificada por un amor que sólo yo conocí, porque todas sus raíces profanas las secó el

ascetismo católico. Tía Mercedes pasó a mí algo de su ser. Le debo una doble y violenta maternidad; la espiritual, que enraíza mejor y se siente más en el rescoldo de mi corazón. El año de 1918, junto con el armisticio de la guerra grande, comienza la etapa de mi ser que me pone de nuevo en contacto con tan extraña alma, hecha de diamantinas durezas y de bondades sobrehumanas. En ella se junta el sustituto de una maternidad fallida y el nervio de acero de un masculinismo frustrado. Año de 1918, convivido en un ambiente embalsamado de claveles, de floripondios y de dulces árboles norteros.

Luis Enrique Délano.

POEMAS

ESTIO

*Es la tarde de sol
del estío que muerde como las víboras.*

*Lala, caída en un rincón
del jardín familiar
dormita como un pájaro.
A su lado Loti canta poemas náuticos
desde las páginas de Ives.*

*Sobres sus labios entreabiertos
navegan mariposas de cretona.*

*El estío el estío
acuchilla la tarde que dormita.*

*El sol, de un martillazo certero,
rompe la esbeltez
de una rosa distraída.*

CHILOE

*Bordada de canales, cifrada de naufragios,
oh vieja isla donde los piratas
llevaban el tesoro de sus voces*

y sus antiguos juramentos.

*Isla donde las rocas
fingen amorosos pedestales
para que los pingüinos
y los pájaros del mar, esos que
aturden la costa de gritos destemplados,
posen sus estaturas, Oh
isla donde caen las goletas
de comercio con las velas vencidas,
triste derrota de los navegantes,
salud de los pastores, ahora voy,
ante mí estás, corro hacia tus costas
con el entusiasmo doloroso
del que nada conoce, pero que ama
las albas transparentes, las noches que dan hospedaje
a colonias de estrellas en el cielo,
el viento el viento y la marea,
la costa desolada, el silbato de los capitanes,
el cabello rubio de las indias que bajan de los cerros,
y las iglesias donde los humildes
caen arrodillados.*

*Piratas sombríos llevaban sus canciones
para hacerlas vibrar entre sorbos de fuego
junto a los cuerpos de tus hijas desnudas.*

*Ah tesoros de voces, de senos olorosos,
de copihues y alerces,
Ah Chiloé, ahora llenas mis ojos
de sueños y naufragios.*

*Bordaba de vientos
cuya ruda huaraca desata temporales,
oh Chiloé yo amo tu estructura siniestra,
tus canales cruzados de peces de plata
y el viento que te mece,
que te aleja cada vez del continente.*

CON LA SOMBRA AMARILLA DE TU RECUERDO

Oyeme la canción que me duele.
Quiero decirte sólo
que recién nace mi voz.

Con tu amor y tu ausencia,
con el viento y el ruido de la marea que crece,
siento de nuevo aquí
la nostalgia imbatible
de tus ojos lejanos.

Suena abajo la música.
El armador de barcos y el poeta
oyen la melodía que se junta
con las rapsodias múltiples del mar.

Es la noche de Chiloé, oscura,
extensa, oceánica noche. La goleta está pronta.

Sobre la popa reluce el claro nombre: María Baudelia.
Cuando la marea cubra
el blanco pavimento de la playa, el capitán
dará su orden jurando
e iniciará su curso la goleta.

Nunca como hoy y aquí
cabe toda tu ausencia.

Nunca como hoy he sentido
el implacable asalto del recuerdo.

Ah la llegada de la sombra, ah
el rostro que nace de la sombra,
amarillo, que crece,
que adquiere ojos mongólicos,
que dura bajo la luz fría de las linternas del cielo,
que se abre al fin junto a la Cruz del Sur, que
derrota mi alma, que tiene la acidez de las rocas,
la esquiveza de los pájaros marinos,
el zumbir incesante de las avispas rojas
y el color amarillo de la tierra y la muerte.

*Nunca como hoy, eso es, podría yo decirte
lo que jamás te dije, pero que tú conoces.*

*Yo estoy arriba, bajo la noche austral, bajo
la lívida luz de la amanecida que sin
dudas, sin lugar a dudas, las goletas,
saben aprovechar.*

*Oigo que beben. Apúrense compañeros,
dice el armador: María Baudelia va a zarpar.*

André Maurois.

LA BIOGRAFIA MODERNA

Invitado por la Universidad de Cambridge, André Maurois, el exquisito biógrafo de Shelley, Disraely y Lord Byron, dió una serie de seis conferencias sobre el tema de su predilección: la Biografía. Damos a continuación la primera conferencia, traducida especialmente para nuestra Revista por don Guillermo Gandarillas.

EXISTE un tipo de biografía que pueda llamarse moderno que difiera, en sus rasgos constantes y definidos, de las biografías escritas con anterioridad a nuestro tiempo? Es este un tema sobre el cual la Inglaterra literaria de hoy se encuentra muy dividida. La palabra «moderna» irrita a un buen número de excelentes espíritus ingleses. Los movimientos literarios, como los movimientos políticos, son oscilatorios, y después de una crisis de anti-victorianismo, el péndulo, por sí solo, ha vuelto a caer.

En 1918, Mr. Lytton Strachey podía escribir:

El arte de la biografía parece haber atravesado, en Inglaterra, por un período desgraciado... Estos dos gruesos volú-

menes, con los cuales acostumbramos conmemorar a los muertos, con su masa de documentos mal digeridos, su estilo descuidado, su tono de aburridor panegírico, su lamentable falta de elección, ¿quién no los conoce? Nos son tan familiares como el cortejo del empresario de pompas fúnebres. Tienen hasta el mismo aire de lenta y mortuoria barbarie.

Tal juicio fué entonces aprobado por la mayoría de los que lo conocieron. ¿Lo sería todavía en 1928? No lo creo. Los más avanzados de vuestros críticos ponen hoy una sabia coquetería en elogiar el genio, la sencilla abundancia, de los grandes biógrafos victorianos y afirman, aún más, que sus métodos eran los más sanos.

Esta reacción, sin duda, ha sido útil. Los contemporáneos de la Reina Victoria habían creado convencionalismos sobre los cuales una sociedad estable, y tal vez feliz, había vivido. Esta misma estabilidad y esta felicidad habían hecho dudar de la utilidad de las convenciones, y toda una generación más joven se había habituado a tratarlas como supervivencias vanas y un poco cómicas. Era ya muy bueno que a la admiración le tocara su turno y viniera a mezclarse con el humor.

Pero se pueden admirar muy sinceramente las cualidades de un tipo de biografía y admitir, sin embargo, que existen otros. Leed una página de una biografía victoriana y leed en seguida una página de Strachey. Veréis inmediatamente que tenéis delante dos tipos de libros muy diversos. Un libro de Trevelyan o de Lockhardt, todo lo bien hecho que pueda estar, es ante todo un documento; un libro de Strachey es, ante todo, una obra de arte. Strachey es, sin duda, al mismo tiempo, un historiador exacto; pero ha sabido hacer entrar su materia en una forma perfecta y es esta forma lo que constituye en él lo esencial.

Lo mismo que los imitadores de los grandes historiadores de ambas épocas, algunos autores mediocres

han ensayado explotar el éxito literario de Strachey aplicando sus procedimientos.

La manera de Macaulay—escribe Mr. Desmond Mc Carthy—fué luego desacreditada por los imitadores que no tenían para aplicarla su saber. M^{rs} Lytton Strachey tampoco ha tenido felices imitadores, pues la mayoría de sus admiradores firman sus métodos sin comprender su discreción. La forma que pusiera a la moda exige el tacto literario más fino y las investigaciones más minuciosas.

Pero si, victorianos o modernos, muchos imitadores tienen la característica común de ser escritores condenables, forman además especies muy distintas. Una mala biografía victoriana es una masa amorfa de materiales mal digeridos. Una mala biografía moderna es un libro de un falso brillo que anima un espíritu que quiere ser irónico y que sólo sabe ser cruel. Buena o mala, hay una biografía moderna.

* * *

Séame permitido preguntarme cuándo cesó de existir la biografía antigua y cuándo nació la biografía moderna. Virginia Woolf y Harold Nicholson están más o menos de acuerdo al señalar la fecha del cambio. Este último fija el año 1907 y la primera hacia fines de 1910.

Yo no pretendo—dice ella—que una mañana salimos a un jardín y vimos que una rosa había florecido. El cambio no fué tan inmediato ni tan definido, pero fué sin embargo un cambio. Admitamos que date de alrededor del año 1910; sus primeras señales las encontramos en los libros de Samuel Butler; las piezas de Bernard Shaw son otro ejemplo. En la vida misma se puede ver el cambio, para emplear un ejemplo familiar, en el carácter de nuestras cocineras. La cocinera victoriana vivía en las profundidades de la tierra, como un monstruo formidable, silencioso, oscuro; la cocinera georgiana es una criatura de sol y de pleno aire. ¿Quiéren ustedes ejemplos más importantes

del poder que tiene la raza humana para cambiar? Todas nuestras relaciones recíprocas han variado: las entre amos y criados, entre marido y mujer, entre padres e hijos, y cuando las relaciones humanas cambian, se producen al mismo tiempo cambios en la religión, en las costumbres, en la política, en la literatura. Admitamos que algunos de estos cambios se verificaran hacia 1910.

¿No ven ustedes—contestan numerosos ingleses— que la misma precisión de esta paradoja prueba su absurdidad? No, la naturaleza humana no ha cambiado; no puede cambiar. Las pasiones humanas son iguales. Las relaciones entre amos y criados, entre padres e hijos, sufren modificaciones aparentes, temporales, pero luego causas más profundas restablecerán las relaciones necesarias. Lo que ha cambiado es superficial, y justamente porque se han descuidado los elementos profundos y durables en beneficio de una ligera transformación superficial, es por lo que ustedes escriben novelas extravagantes, biografías crueles, injustas y estériles.

Yo, que admiro mucho a Virginia Woolf, admito que su actitud es, en el párrafo que acabo de citar, paradójal. Pero paradoja no significa siempre error. Sin duda la naturaleza humana no cambia sino muy lentamente, pero no es menos cierto que hay en la historia de la Humanidad algunos períodos en que, en un tiempo muy corto, se han llevado a cabo inmensos trastornos. Se puede citar como ejemplo el transcurso del libre pensamiento de los filósofos griegos al pensamiento teológico de la Edad Media o bien, en tiempos de Bacon y después de Descartes, el transcurso de este pensamiento teológico al pensamiento científico y positivo. A comienzos del siglo XX, tanto Inglaterra como el resto de la Humanidad, han atravesado por uno de esos períodos de trastorno intelectual. ¿Cuáles son los rasgos que nos permitirán reconocer los cambios introducidos en el período en que vivimos?

* * *

El primero es la invasión en el dominio de la psico-

logía y de la moral de los métodos del pensamiento científico. Sobre qué cosa, un joven de 1910, y mucho menos uno de 1928, se preguntará: ¿qué estoy obligado a creer? Cualquiera que sea la cuestión, está decidido a estudiarla por sí mismo con espíritu resuelto y a aceptar los resultados de la experiencia; no retrocederá ante ninguna de las consecuencias intelectuales a que lo conduzcan sus investigaciones. Esta libertad de espíritu de la nueva generación ha debido tener, evidentemente, una gran influencia sobre vuestros novelistas y si no, comparad la libertad de un Forster, de un Aldous Huxley o de un Sitwell, con la presión moral voluntariamente sufrida por un Dickens o un Thackeray.

Dicha influencia se ha hecho sentir, al mismo tiempo, sobre la historia y sobre la rama particular de la historia que se llama biografía.

El biógrafo moderno, si es honrado, se abstiene de pensar: «He aquí un gran rey, un gran ministro, un gran escritor; alrededor de su nombre se ha tejido una leyenda; es esta leyenda y sólo ella la que pienso exponer.» No; piensa: «He aquí un hombre. Poseo sobre él cierto número de documentos y de testimonios; voy a tratar de pintar su verdadero retrato. ¿Qué resultará? No lo sé, ni deseo saberlo antes de haberlo terminado; estoy dispuesto a aceptarlo tal como una larga contemplación del modelo me lo hará ver, y a retocarlo de tal modo que pueda descubrir nuevos hechos.» Considerad el caso de Byron; observad el retrato pintado por Harold Nicholson en *The Last Journey*: todo observador imparcial encontrará que Nicholson se preocupa mucho más que Moore de la verdad.

Nuestra época ha hecho de la verdad una idea tan precisa que se asemeja a la que de la verdad científica ha trazado Pearson en su *Gramática de la Ciencia*. No queremos que el biógrafo base sus juicios y apre-

ciaciones en ideas preconcebidas; queremos que los hechos observados conduzcan por sí solos a las ideas generales; que estas ideas generales sean en seguida verificadas por nuevas investigaciones imparciales, hechas con cuidado y sin apasionamientos. Deseamos que todos los documentos que puedan esclarecer algún aspecto nuevo del sujeto sean revisados y que nunca la timidez, la admiración o la hostilidad hagan que el biógrafo descuide o pase en silencio alguno de ellos.

Sé muy bien que aun los sabios mismos no están siempre exentos de sentimientos parciales; los vemos admirar teorías y sistemas porque ellos son sus inventores, y se recuerda la trágica historia de aquel físico que observó durante diez años rayos que no existían. El historiador no siempre puede tener su espíritu libre y el biógrafo aun menos; son hombres; sus héroes les pueden inspirar amores y odios que a veces perturban sus juicios. Sería absurdo imaginar al biógrafo moderno como un ser perfectamente imparcial; pero, a lo menos, puede decirse que es más raro que antaño verlos aceptar su tarea para complacer a una familia o a sus amigos.

El biógrafo victoriano — continúa Virginia Woolf—estaba dominado por la idea de la virtud. Nobleza, castidad, severidad, son las cualidades que nos presentan todos los héroes victorianos. La estatua es siempre más grande que el modelo, con sombrero alto y levita, y este modo de presentación llega a ser cada día más y más ridículo y trabajado.

La costumbre y la familia se unían para imponer este trato convencional.

En América, durante el siglo XIX, cuando moría algún ciudadano distinguido, fuera abogado, juez, comerciante o escritor—dice William Roscoe Thayer—, era admitido como evidente que su pastor escribiría su vida, salvo que su mujer, su hermana o su prima fueran preferidas para esta tarea.

Los hombres prudentes, antes de morir, elegían un biógrafo de la misma manera que designaban un albacea. Tales elecciones fueron algunas veces lamentables; así fué como Carlyle encontró en Froude un íntimo y peligroso enemigo. El Príncipe Consorte y el Cardenal Manning fueron puestos en ridículo por dos biógrafos llenos de buena voluntad. Otras elecciones fueron felices; por ejemplo la de Monnypenny y Buckle por los herederos de Lord Beaconsfield; la de Carlos Whitley por la familia de Lord John Manners.

Pero en las viejas biografías victorianas la cualidad más apreciada por las familias de los héroes era el respeto de los convencionalismos. La vida privada del hombre, sus ocupaciones cotidianas, sus debilidades, sus locuras, sus faltas debían pasarse por alto, y si su vida había sido notoriamente escandalosa, sólo era necesario hacer vagas alusiones.

¿Qué derecho, decía Tennyson, tiene el público para conocer las locuras de Byron? Byron le ha dado hermosos poemas y debería contentarse con eso.

Si se ponía a disposición del autor una montaña de datos: cartas, diarios íntimos, etc., era lógico que tanta generosidad lo obligara a una estricta lealtad; debía mostrarse discreto y elogioso. Cuando había una viuda, ésta supervigilaba el retrato de su marido y la actitud que ella misma deseaba atribuirse delante de la posteridad. Los resultados de tales obras nos son demasiados conocidos.

Libros tan atestados de virtud—dice un escritor—no hacen sino hacer dudar de la existencia de la virtud.

De repente, en esta tranquila abadía en que se amontonaban los monumentos adornados de pesados ropajes, Strachey produjo sus *Eminent Victorians*, seguido de *Queen Victoria*. Al lado de las estatuas de piedra del siglo XIX estas porcelanas irónicas y

graciosas extrañaron y gustaron. Todo aquí era diferente de la tradición en el género. Los biógrafos victorianos habían narrado la vida de héroes que admiraban sin reservas; los habían escogido a causa de esta misma admiración. Strachey parecía haberlos elegido porque no le causaban dicho sentimiento.

La elección de un punto de vista — escribe en un artículo reciente—no implica en manera alguna la simpatía; se podría aún decir que esta elección implica lo contrario. Por lo menos es muy curioso observar que grandes escritores en muchos casos han procedido de esta manera.

Y muestra que Gibbon, una de las personas más cultas que hayan existido, escogió una época bárbara como tema de su obra principal y que Michelet, republicano y romántico, nunca ha sido más grande historiador que al tratar del siglo de Luis XIV. La observación se aplica maravillosamente a Strachey mismo. Prefirió la época victoriana porque su espíritu experimentaba una fuerte reacción contra el victorianismo. No es ya el escultor de monumentos funerarios; es el pintor perfecto de retratos póstumos, ligeramente caricaturescos.

El método de Strachey no tiene pesadez alguna; no critica; no juzga; expone. Su procedimiento es el de los grandes humoristas; el autor no aparece nunca; se pasea detrás de la reina, detrás del Cardenal Manning, del General Gordon; calca sus gestos, sus expresiones favoritas, y obtiene así excelentes efectos cómicos.

Cuando este método es empleado por Lytton Strachey, por Nicholson y por algunos otros todavía, produce libros excelentes porque sus autores son muy buenos artistas para no sentir cuánto importa que una deformación artística sea delicada y medida. Si por el contrario es aplicada por escritores sin simpatía para los seres humanos y sin penetración psico-

lógica, sucede que sólo produce efectos cómicos de mala clase. Algunos discípulos de Strachey, sin poseer su profundo conocimiento de los hechos y de los hombres, han usado simplemente sus recetas. En vez de elegir como héroes de sus biografías a grandes hombres cuyas virtudes sean dignas de imitarse, se han contentado con hombres despreciables, para que podamos reírnos de sus locuras.

Aun cuando sea manejada con arte, con moderación, con gusto, la actitud del biógrafo moderno ha sido a menudo condenada. Críticos e historiadores profesionales han dicho: «Tal vez los personajes tradicionales que se nos había descrito, el Wellington de la leyenda inglesa, el Washington de la leyenda americana, no sean verdaderos. Es posible, ¿pero qué nos importa? No toda verdad es para ser dicha. Muy a menudo conocemos historias desagradables sobre nuestros amigos, que nos guardamos bien de contar. ¿Por qué mostraríamos menos lealtad hacia nuestros amigos muertos y con los grandes hombres? Sin duda no eran perfectos; sin duda hay una parte de leyenda en el retrato demasiado bello con que se les ha pintado, pero esta leyenda ¿no podría inspirar grandes cosas? Ella serviría de ejemplo a los hombres débiles que han levantado por encima de ellos mismos. Por lo demás, ¿será tan falsa? A menudo las acciones de un hombre rebasan su personalidad. ¿Que no hay grandes hombres para sus criados? Esto no prueba que no existan; sólo nos muestra que no hay grandes criados.»

Para contestar a la cuestión de la lealtad hacia el héroe, se podría citar al Dr. Johnson:

El valor de toda historia—dice—depende de su veracidad. Una historia es la pintura, o de un individuo, o de la naturaleza humana en general. Si resulta falsa, no es la pintura de ninguna cosa.

Sin duda que puede haber casos en que es penoso

decir la verdad, sea por respeto a un amigo muerto, sea porque ella ofendería a su mujer o a sus hijos. En este caso, la solución es sencilla: no hay que escribir esa vida. Si se escribe debe escribirse la verdadera.

En lo que se refiere al ejemplo, al valor de la leyenda para la formación del carácter del lector, sería fácil a Strachey defenderse. Ciertamente que es excelente mostrar a los hombres, y en particular a los jóvenes, grandes modelos, pero éstos no tratarán de imitarlos sino cuando los modelos sean verosímiles. La biografía elogiosa por sistema no tendría ningún valor educativo porque nadie creería en ella. Una generación educada en el respeto de la verdad científica exigiría, para entregarse al entusiasmo, la sinceridad del biógrafo. Además, la grandeza de un carácter nos impresiona tanto más cuanto más próximo a nosotros lo sentimos. Si un ser que tiene nuestras debilidades ha llegado, por la fuerza de su voluntad, a la santidad o a la gloria, nos sentimos animados y quizá mejorados. ¿Pero quién desearía imitar las actitudes de una estatua de piedra?

Será falso, igualmente, sostener que un método como el de Strachey quite toda grandiosidad a sus héroes. El General Gordon, tal como nos lo ha pintado, y aun su príncipe Alberto, son personajes que tienen nobleza y que nos son simpáticos. En el caso de la Reina Victoria, tal vez Strachey comenzó su libro con intenciones irónicas, pero lo terminó con un retrato lleno de majestad y de poética sencillez. Fué uno de ustedes quien me decía que el fenómeno más notable de la biografía moderna es la conquista de Strachey por la Reina Victoria. Lo que Strachey ha enseñado no es que el héroe sea un hombre ordinario sino que un hombre o una mujer ordinarios pueden llegar a ser un héroe o una heroína. Me parece que esta idea es beneficiosa para el lector medio. Si yo fuera uno de los héroes de Strachey me gustaría

ser admirado por lo que realmente he sido, con mis cualidades y mis vicios, y no por un alma demasiado bella que no hubiera sido nunca la mía.

Walt Whitman ha dicho sobre esto mismo hermosas palabras:

He aquí por ejemplo Abraham Lincoln... Se cuentan sobre él toda clase de historias, verdaderas y apócrifas; volúmenes enteros de ellas, decentes e indecentes, le son atribuídas... Y sin embargo, sé que el héroe es después de todo más grande que cualquiera de sus idealizaciones..., sin duda alguna... lo mismo que es todo hombre más grande que su retrato, un paisaje que el cuadro que lo representa y los hechos más grandes que cualquier poema que nos los describa. Me digo a menudo que cada hombre es completamente diferente al hombre que encontramos en los mitos, en esos mitos en que se han olvidado o explicado mal las circunstancias, los incidentes, el alcance de momentos concretos. Es difícil extraer la personalidad real de un hombre—de cualquier hombre—de tal masa caótica, de tales deshechos históricos.

Y el hombre que ha sido para Whitman lo que Boswell para Johnson, Traubel, apunta esto:

Whitman me repitió la otra noche algo que ya me había dicho otras veces: «Un día Ud. escribirá sobre mi persona; tenga cuidado de escribir honradamente; resulte lo que resulte, no me embellezca. Ponga allí mis juramentos, mis insultos...» Y agregó: «He detestado la biografía en literatura porque no era verdadera... Vea nuestras figuras nacionales desfiguradas por mentirosos, por gentes que creen que pueden embellecer el trabajo de Dios Todopoderoso, que agregan una pincelada suplementaria aquí, otra más allá, y así sucesivamente hasta que el hombre real queda inconocible.»

Whitman tiene razón; el biógrafo que cree mejorar el trabajo de la naturaleza, corrigiendo el ridículo en los grandes hombres, omitiendo una carta amorosa escrita en un momento de debilidad, negando un cambio de doctrina, mutila, afea, en último análisis, disminuye a su héroe. Sólo es más peligroso el bió-

grafo que descuida o suprime elementos de belleza. de grandiosidad moral de su personaje.

*
* *

Hemos tratado de definir el primer rasgo de la biografía moderna: la búsqueda atrevida de la verdad. Pero el gusto de la verdad sería una fórmula insuficiente para caracterizar a la vez la biografía moderna y nuestro tiempo, pues no es esta la primera vez que una humanidad escéptica rehusa aceptar una verdad deformada. Fué lo mismo en tiempos de los griegos y después en el Renacimiento, pero, con todo, el tipo de biografía que nos interesa no se produjo en esas épocas. Los personajes de Plutarco o los de Vasari, el gran biógrafo de los pintores del Renacimiento, no son nunca hombres completos, hombres verdaderos. ¿Por qué?

Parece que los escritores de nuestro tiempo tuvieran, más que los espíritus que los precedieron, el sentido de la complejidad y de la movilidad de los seres humanos, y menos que ellos, el sentido de su unidad. Esta actitud puede ser explicada, por una parte, por la renovación de las viejas filosofías de la movilidad hecha por Bergson y sus discípulos y, por otra parte, por los progresos de la física y de la biología modernas que, detrás de las construcciones relativamente simples edificadas antaño (en tiempos en que el átomo y la célula parecían las unidades indivisibles que formaban los cuerpos) han descubierto nuevos universos, infinitamente pequeños, pero tan complicados como los que los contienen.

El psicólogo, en este punto, ha imitado al físico. En el espíritu humano también se ha creído descubrir átomos indivisibles. Se habían definido los caracteres y pasiones; tal hombre era bueno; tal otro era malo; Dickens era el hombre de hogar y Byron era

el don Juan. Detrás de estas construcciones simples el historiador moderno busca la red casi invisible y sin embargo presente que las sostiene. Desde que mira profundamente, encuentra una vía misteriosa y a veces ignorada del sujeto mismo.

Sin duda que se ha ido muy lejos con el método de Freud y tal vez se ha dado mucha importancia a lo inconsciente, término aun mal definido, en la explicación de los caracteres con perjuicio de la voluntad y libertad humanas. Pero se ha comprendido que un ser humano, que un acto humano son amalgamas más complejos que lo que hasta entonces se había creído. Así como para explicarse los fenómenos observados en física hay que imaginarse los átomos como sistemas de electrones que giran alrededor de un núcleo central, igualmente para comprender a un individuo hay que percatarse de que está formado de personalidades diversas que ora obran en conjunto, ora se suceden unas a otras. Hay no solamente el personaje real, ya de muy difícil definición, que creemos entrever cuando nos examinamos sinceramente nosotros mismos, sino que también el que hace poco llamábamos la máscara y que, en el caso de Disraeli, era el cínico mientras que el hombre real era la timidez misma. Existe el personaje tal como lo ven los demás y que varía para cada cual, pues siempre exhibimos a cada amigo una faz nueva de nuestro carácter. El Byron descrito por Shelley no era el que nos describe Trelawney, ni el de Lady Blessington, ni el de Claire Clermont, sin que por esto ninguno de ellos haya dejado de ser sincero.

El hombre moderno cree que es imposible poder comprender algo de la psicología del ser humano sin examinar sus diferentes fases y sin ir a las infinitamente pequeñas. En la novela francesa Proust ha hecho este análisis de detalle, que creo ha ejercido una gran influencia en vuestros propios novelistas.

En la historia todos admitimos que acontecimientos que otrora habían sido explicados y como producidos por una causa sencilla o por la acción de algún gran personaje son, en realidad, la suma de pequeños actos y de pequeñas voluntades. De ello tenemos un ejemplo en la transformación experimentada por las teorías acerca de la revolución americana y de la guerra de la Independencia. En biografía reconocemos que un hombre no es un bloque de virtudes o de vicios, que no se trata de abarcarlo con un juicio moral ya que no permanece inmutable desde su adolescencia hasta su vejez. En Proust, el personaje de Saint Loup tiene, al comienzo, un bello carácter, para llegar al fin a ser igual a su monstruoso tío, M. de Charlus; asimismo se explica que Disraeli, habiendo comenzado su vida con graves defectos de carácter, la haya terminado con una serenidad que no deja de tener grandiosidad y belleza.

No hay que creer que en toda época se ha sabido que el hombre era un ser complejo. Sin duda un Montaigne, un Shakespeare, han conocido tan bien como Proust la complejidad humana, pero después de ellos, por una parte la Reforma, con su idea de la predestinación, restringió las posibilidades del cambio de las personas; por otra parte, en Francia los psicólogos clásicos del siglo XVII, al construir sus caracteres abstractos, los conciben necesariamente más simples. Comparad, por ejemplo, la complejidad de matices de un personaje como Hamlet con la relativa sencillez de los personajes de Corneille. Nicholson ha anotado esta influencia destructiva de los moralistas franceses del siglo XVII y, de una manera general, en la moda de los «caracteres» sobre la biografía.

La popularidad de los caracteres al modo de Teofastro dió método y unidad a las investigaciones psicológicas, pero por otra parte su influencia fué nefasta. Condujo a los biógrafos

a escoger ciertas cualidades y ciertos tipos y a ajustar los detalles de manera que pudieran encuadrar en el escogido. Este método deductivo, que se opone al realismo inductivo en nuestro genio natural, puede reconocerse en muchos retratos históricos de este período y es la causa de que las Vidas de Walton alcancen la perfección de la biografía pura.

La influencia de esta psicología clásica, que necesitaba admitir por razones morales que el hombre no cambia, se prolongó durante todo el siglo XVIII y aun durante una gran parte del XIX. El romántico byroniano se abandona a la fatalidad de su carácter. Un personaje como Byron nos parece extraño por la ninguna conciencia que tiene de las causas reales de sus pasiones. No se analiza; no ensaya como Meredith transformar su carácter; lo acepta porque lo cree homogéneo, lo que es falso.

Mucho más tarde, con los grandes novelistas rusos, y en particular con Dostoyevsky, comienza a reaparecer la idea de una multiplicidad viviente en el interior de una misma alma; más tarde el análisis de Proust reduce a polvo la idea de personalidad. Después del análisis proustiano, parece que no queda para reconocer a un hombre sino su nombre, su cuerpo, su traje y algunos signos exteriores. Allí dentro se desarrolla la realidad, es decir, una sucesión de estados y de sentimientos juntos, pero que no están entrelazados y que hacen que el hombre se asemeje a esas colonias de animales marinos que viven en el fondo de los mares. Es una colonia de sentimientos, un conglomerado de personas distintas.

¿Es esta una imagen verdadera del hombre? Ninguna imagen del hombre es verdadera. Lo único que hay de cierto respecto del hombre, como de todos los fenómenos naturales, es que obedece a ritmos, lo que hace que haya veces en que se siente más consciente de su complejidad y otras en que comprende que no vale como ser social sino en la medida en que

puede imponerse una unicidad, aun cuando esta fuera artificial. En este momento preciso de la historia, es el sentimiento de la complejidad el dominante, y de aquí que podamos indicar como un segundo rasgo de la biografía moderna *la preocupación por la complejidad de la persona*.

Queda aún un tercero. No creo que el hombre moderno busque en una biografía lo mismo que buscaba el hombre del siglo XVII. El hombre clásico, encerrado en una doctrina religiosa y moral más estricta, sostenido más sólidamente por ella, buscaba sobre todo en los libros que leía una confirmación de esa actitud. De aquí su gusto por los tratados de moral, por los pensamientos, por las biografías plutarquianas. *El hombre moderno es más inquieto*. Solicitado por sus instintos, desprovisto en muchos casos de creencias arraigadas que pudieran ayudarle a resistirlos, turbado por sus hábitos de análisis, desea en el curso de sus lecturas novelescas o históricas encontrar hermanos de inquietudes. Las luchas que emprende, las largas y penosas meditaciones a que se entrega, desearía encontrarlas en otros, y por eso acoge con mayor entusiasmo las biografías más humanas, las que muestran a sus héroes atormentados por esas mismas inquietudes. Platón sostenía que toda alma humana estaba siempre aparejada por dos caballos, uno blanco y otro negro, que la tiraban, el uno hacia lo alto, el otro hacia lo bajo de su naturaleza. La Humanidad durante algunos siglos se había esforzado en olvidar la existencia del corcel negro. Nuestro tiempo niega, tal vez con alguna ligereza, la del caballo blanco, pero el buen biógrafo parece ser el que sabe ver lo blanco y lo negro y que nos muestra cómo un hombre teniendo que dirigir esta pareja tan difícil puede tener éxito, sea para su bien o para su mal.

La biografía—dice Nicholson—es una preocupación, una consolución, no de la certidumbre sino de la duda.

Esto me parece profundo y verdadero, y como atravesamos una época de duda, nos place buscar en la vida de los grandes hombres la prueba de que ellos también han dudado y sin embargo han logrado tener éxito en la acción.

Creo que hemos ahora señalado los rasgos esenciales de la biografía de nuestra época. Por razones que hemos ensayado explicar, pedimos al historiador la verdad pura de toda pasión y creemos encontrarla en los variados aspectos de una personalidad compleja. Vamos a examinar ahora si es posible conciliar estas dos exigencias de nuestro espíritu. La preocupación de la verdad supone todo un archivo de documentos; ¿no será temible que la personalidad se ahogue bajo su peso? La rebusca de la verdad histórica es obra de sabio; la de la expresión de una personalidad es más bien una obra de artista; ¿pueden emprenderse ambas a un mismo tiempo? Harold Nicholson no lo cree; piensa que habrá siempre lucha entre el contenido y la forma y que si es necesario sacrificar uno de los dos, más vale que lo sea la forma. Virginia Woolf se expresa así:

«El objetivo de la biografía—decía Sir Sidney Lee—que había tal vez leído y escrito más vidas que ninguno de sus contemporáneos, es la trasmisión verídica de una personalidad.» Ninguna frase nos parece plantear mejor el doble problema de la biografía tal cual se nos presenta hoy en día. De un lado está la veracidad; del otro, la personalidad. Y si pensamos acerca de la verdad como de algo que tiene la solidez del granito y de la personalidad como de algo que tiene la intangibilidad del arco iris; si reflexionamos que el fin de la biografía es reunir estos dos aspectos en un todo sin costura visible, admitiremos que el problema es difícil y nos nos extrañaremos si la mayoría de los biógrafos no tienen éxito al resolverlo. Porque la verdad de que habla Sir Sidney, la verdad que exige la biografía, es la verdad bajo su forma más dura, la más resistente; es la verdad tal como se la encuentra en el British Museum; es la verdad en que todo vapor de falsedad ha sido expulsado por la presión de la rebusca. Sólo cuando tal verdad había sido establecida,

Sir Sidney la aprovechaba en la construcción de un monumento. Y nadie podrá negar que las masas de hechos sólidos que acumuló, ya se trate de la que llamó Shakespeare, o de la que intituló Eduardo VII, son dignos de nuestro mayor respeto, pues en toda verdad hay una virtud. Tiene un poder casi místico. Como el radio, parece capaz de arrojar infinitos elementos de energía o de átomos de luz. Estimula el espíritu en mayor grado que una ficción, todo lo matizada que esta pueda ser. De aquí que para explicarnos el hecho de que la vida de Shakespeare por Sir Sidney sea aburrida y su vida de Eduardo VII, ilegible, debemos suponer que aun cuando las dos estén cargadas de verdad, no supo escoger las verdades que transmiten la personalidad. Para que la luz de la personalidad pueda brillar a través de los hechos es preciso que estos sean manipulados; algunos de ellos deben ser aclarados, otros deben dejarse en la obscuridad, y sin embargo, al hacerlo, no deben perder nada de su integridad.

Es la verdad. Parece que la preocupación de la verdad y el deseo de la belleza fueran contradictorios. Trataremos, con vuestro asentimiento, en las conferencias que seguirán, de la *Biografía considerada como obra de arte* y de la *Biografía considerada como ciencia*, y espero poder mostrar que el arte y la ciencia pueden reconciliarse. Un gran libro científico, si es perfectamente acabado, es una obra de arte. Un hermoso retrato es, a la vez, un trasunto de la persona y una trasposición artística de la realidad. Es cierto que la verdad tiene la solidez de la piedra y que la personalidad tiene la imponderabilidad del arco iris, pero Rodin, y antes que él, los escultores griegos, han sabido muchas veces dar al mármol las curvas fugitivas y las luces cambiantes de la carne.

Alejandro Reyes

EL ANTIAMERICARISMO DE PIO BAROJA

CUANDO hace unos diez años apareció el libro de Pío Baroja titulado *Juventud o Egoatría* en el que el recio escritor vasco propinaba a los americanos el duro la tigazo de que «América es el continente estúpido», su opinión no provocó en nuestro país mayor revuelo. Por el contrario, esta obra en la que el autor habla con un poco de engreimiento de sí mismo, fué acogida entre los numerosos admiradores de este gran novelista con viva simpatía. Habla el autor en este libro bastante de su vida, de su infancia, de su juventud, de su formación literaria, de sus predilecciones, de sus preocupaciones éticas y estéticas, de sus simpatías y antipatías por hombres o libros. Tenía una obra con la seducción de todo aquello que nos habla de la vida interior, de las inquietudes, de las cosas íntimas de un escritor que ha avasallado las preferencias de nuestro espíritu desde la más temprana juventud.

Sin embargo, en otros países latinoamericanos este concepto despectivo y un tanto arbitrario, levantó entre los intelectuales verdugones de amor propio herido. Así, el escritor peninsular Eduardo Zamacois, que recorría entonces, por segunda vez, nuestro continente, en gira de propaganda intelectual de España, ilustrando sus conferencias con proyecciones cinematográficas,

sufrió en Colombia un incidente bastante ingrato. Al anunciarse en la tela el nombre de Baroja, la juventud universitaria de Bogotá irrumpió—en un gesto muy americano, por cierto—con la más formidable de las silbatinas, vociferando estrepitosamente: «¡Baroja no, es enemigo de América!...»

Algunas semanas más tarde actuaba Zamacois en Santiago y sus conferencias fueron recibidas por el público de la capital con grandes simpatías. Cuando habló de Baroja y proyectó algunos de sus personajes sobresalientes, como Aviraneta, hubo grandes aplausos. A nosotros esta divergente actitud de dos públicos ante un mismo acontecimiento, se nos antojaba consecuencia del clima. En Chile, por razón de latitud, la gente es de un temperamento frío (a veces llega a ser glacial) que la hace reaccionar de una manera diferente a los habitantes del trópico. Tal vez por esta misma razón, el número de simpatizantes de Pío Baroja es aquí mayor que en otros países de habla española.

Me ha sido necesario este preámbulo, antes de entrar en la materia, motivo de esta charla, que cobra actualidad ante la reciente aparición de una nueva novela del escritor vascongado: *La Estrella del Capitán Chimista*. Es esta una novela de aventuras marinas, género muy grato al autor, cuya acción se desarrolla en las costas de Chile. Dista Baroja de estar escrupulosamente informado sobre nuestro país, y así se explica que en su último libro se consignent errores geográficos de importancia, y etnográficos más graves aun, pues el autor afirma que en nuestro pueblo hay mezclas con la raza amarilla. Sus conceptos sobre el americanismo en general, no son tampoco nada amables.

Para explicarnos la actitud mental de Baroja frente al continente americano y a sus hombres, será necesario conocer previamente algo de la recia personalidad de este escritor. Después trataremos de esbozar en una sinopsis de los países hispanoamericanos, su aspecto

social, su mentalidad, sus aptitudes morales e intelectuales.

Nació Pío Baroja en San Sebastián en 1872. Va, pues, camino de los cincuenta y ocho años. Hizo sus estudios secundarios en Pamplona y se graduó de médico en la Universidad de Madrid. En la corte hizo sus primeras armas literarias. Después ejerció su profesión, durante un tiempo, en el pueblo vasco de Cestona. Sus antepasados son todos vascongados: sólo por línea materna presenta un resquicio donde se filtra sangre italiana, y más exactamente, lombarda. «Mi paralelo geográfico (y racial) está entre los Alpes y los Pirineos», afirma orgullosamente él mismo. El país vasco—digo país en el sentido de región—es zona montañosa en donde no puede haber grandes ciudades; hay tan sólo caseríos, aldehuelas. Región áspera en que la vida es dura y que produce, por lo mismo, fuertes individualidades. Este es el tipo de vasco que Baroja exalta en sus novelas y cuentos, el vasco de los Pirineos, agreste, montaraz, ágil y valiente, amante de la naturaleza. Lo es, también el vasco aventurero, trotamundos, casi siempre marino, de un fondo escéptico y burlón. Por el vascongado de las grandes ciudades, desteñido, poco pintoresco, sin carácter para la literatura, desvirtuado por la vida urbana, clericalizado, tiene el autor más desdén que entusiasmo.

Literariamente Baroja pertenece a lo que se conoce en la península como «generación del 98». Conviene no perder de vista la partida de bautismo de esa juventud española. Su aparecimiento es de una honda significación en las letras hispanas y coincide históricamente con momentos trágicos, patéticos de la política del reino. En ese año termina, con un desastre naval, la guerra de Cuba, que marca el fin del período colonial de España. Es el desastroso final de una guerra absurda sostenida por las cegueras y fanfarronerías de los políticos de la Restauración, guerra impopular por un poderío tam-

bién absurdo. Esta juventud entristecida, amargada ante una ruina que es más moral que material, esta generación de jóvenes idealistas, con conciencia histórica del momento, con visión profética de su misión, se propone llevar a cabo la redención de España.

Fué una generación excesivamente literaria, dice el mismo Baroja, que creyó encontrarlo todo en los libros, se lanzó al intelectualismo, se atracó de teorías, de utopías que la alejaron de la realidad inmediata. Pretendió conocer lo que era España, lo que era Europa, y quiso sanear el país.

En efecto, esta generación del año 98, con fe en sus destinos da la espalda al siglo XIX cuyos desaciertos pesan como un lastre sobre la nación, quiere fecundar una nueva España, hacerla de nuevo, sin oratoria, sin grandilocuencia, sin políticos venales. Y ante la tumba de Mariano José de Larra, que encarna para estos jóvenes intelectuales un símbolo, jura solemnemente fundar la España Nueva.

Esta generación que yo llamo neoromántica y que sus coetáneos apodaron modernista, fué activa. Su romanticismo no es aquél derretido y melodramático romanticismo estilo 1830, del joven vestido de negro que se suicida en la tumba de su novia; ni el de la chica descalza que implora una limosna a la salida de la ópera, o de la joven que enloquece de verse burlada por un amante... No: su romanticismo es depurado, aspira a exaltar lo más noble y delicado que lleva en sí el individuo. Es un romanticismo inteligente que comienza por la crítica de la época en que vive. Hace el balance social e histórico del pasado, estudia las causas que mantienen en lapso las energías de la nación; reacciona contra los defectos de la raza, analiza los vicios del medio-ambiente y procura modificarlos, apelando para emprender su reconstrucción, al sedimento sano que todo pueblo guarda en sí.

Predominan en esta juventud analítica, con severo

espíritu crítico, tendencias anárquicas, místicas y filosóficas. Esta juventud desprecia a los políticos y se hace, por tanto, apolítica. ¿Consiguió esta juventud renovadora la realización de sus propósitos de redención nacionalista? En política, no. Pero dió a su país en la literatura y en el arte sus frutos más vigorosos que han enriquecido la cultura española con valores universales, como Azorín, Pérez de Ayala, Baroja, Zuloaga, Maestre y tantos más.

Entre todos éstos es sin duda, en Baroja en quien domina, por temperamento, un criticismo más ascenderado, un ansia constante de disección de sus contemporáneos, sean hombres, ideas o acontecimientos. Hay en él un poderoso deseo de revisión de todos los valores presentes y pasados, del que participa también Martínez Ruiz (Azorín). Ambos son caballeros andantes de esta misma aventura de depuración. Sus armas no son sin embargo, las mismas. Azorín, fino, culto y acucioso, encuentra en la crítica literaria el medio de deponer valores falsamente consagrados, de reparar injusticias sancionadas, devolviendo a otros el prestigio de que los ha privado una lápida de injusticia u olvido. Baroja, inteligencia maciza, penetrante y analítica, se interna por los callejones de la crítica social. Es el ensayo, el artículo de prensa, la polémica, el vehículo que utiliza para encaminarse a conmover los cimientos, no muy sólidos, de la organización social. Aprovechará sus cuentos y sus novelas para verter en ellas su espíritu corrosivo y demoledor. La ironía, el sarcasmo, el ataque contundente, la crítica despiadada serán sus armas, que él maneja sabia y oportunamente.

Se reprocha a Baroja el tono agresivo de su estilo, común por lo demás a todos los escritores de su tiempo. Se ha dicho que su obra destila rencor para la sociedad. Olvidan tal vez sus impugnadores que el escritor es también un hombre, una conciencia clara y alerta que vive las inquietudes de su tiempo, que se angustia con

la tragedia de sus contemporáneos, que sufre con los que están en torno suyo. Por eso no abandona sus tendencias combativas ni aun en sus novelas y en ellas sus opiniones campean, ya en boca de sus personajes, o como comentarios del autor. No es, mi intención, ni tampoco la oportunidad, ni tengo yo la autoridad suficiente para trazar una monografía literaria sobre este escritor: sólo me propongo dar una impresión de sus tendencias, de su temperamento y tal vez de su carácter. Baroja antes que nada es un hombre de ideas, después un novelista. Con su advenimiento a las letras españolas se realiza el milagro de hacer que la literatura se acerque al hombre, que adquiera sentido humano, que aparezca piedad por sus imperfecciones, indulgencia para sus errores, comprensión para su debilidad; entra en escena en el arte de la península una calidad antes desconocida. Oigamos la opinión de Baroja sobre este fenómeno:

Yo me tengo que sincerar de mi fama de hombre sombrío: Primero, porque es muy agradable hablar de sí mismo, y después porque tengo una fama de hombre tétrico que no la merezco. Yo escribo en triste porque el medio ambiente me molesta, el sol me ofusca, lo que escribo me irrita; pero en el fondo *amo ardientemente la vida*. Yo no sé qué tiene nuestra literatura para ser tan desagradable: no hay blandura de corazón en sus escritores, ni en los modernos, ni en los antiguos, ni en los del Norte, ni en los meridionales, ni en los de Levante, ni en los del Poniente.

Por mi parte, yo distingo dos clases de escritores: los unos puramente literarios, los estetas puros; los otros con tendencia social o más propiamente humana. Baroja pertenece íntegramente a la segunda categoría: su posición en la vida y en las letras es la del *literato-hombre*, no la del *literato-literato*, huérfano de toda calidad humana.

En toda la obra de Baroja domina la filosofía de la acción: sus personajes son andariegos, inquietos, diná-

micos; se preconiza la acción como redentora de las miserias humanas, la acción como fuerza inhibidora de la bajeza cotidiana del hombre gris del siglo. Baroja es un optimista que, antes que las complejidades espirituales de personajes literarios, canta el dinamismo redentor del hombre moderno, envilecido por una sociedad y un siglo prejuiciados. Si algún calificativo enaltecedor quisiera aplicársele a Baroja sería éste el de *poeta de la acción*.

Su crítica no es una crítica estéril, desquiciadora. Hay que destruir para crear: por eso destruye, corroe el edificio moral de una sociedad despiadada e injusta; por eso también su obra entera resume pasión, vehemencia, agresividad; pasión del hombre dominado por la iras santas: Oigamos en sus apóstrofes de hace treinta años:

En esta vida triste que padecemos, ante esta sociedad de burgueses sin corazón, de gente baja y mezquina la *infamia cometida extralegalmente es un crimen; la infamia legal es un negocio*. Haced infamias, pero hacedlas siempre dentro de la ley; la ley actualmente no es como decía Montesquieu, una tela de araña donde se enredan las moscas y que deja pasar a los moscardones; la ley es la defensa de los fuertes, de los hábiles, de los egoístas. La ley es inexorable, como los perros: no ladra más que al que va mal vestido.

Su acritud va contra su propio país, cuando, refiriéndose a un falso espíritu de austeridad que impera en su tiempo, dice:

Somos el pueblo del *mínimum*: *mínimum* de inteligencia, *mínimum* de vicios, *mínimum* de pasiones, *mínimum* de alimentación, *mínimum* de todo. No encuentro por donde miro más que vida ñoña; arte ñoño, literatura ñoña, gente ñoña. Y por encima de ésto, una estúpida capa de austeridad espesa e impenetrable. Yo creo que un pueblo vicioso, revuelto es capaz de algo: un pueblo ñoño no es capaz de nada.

Ha sido Baroja un curioso del socialismo; pero su doctrina le repugna:

Dada la adoración por el número y por la masa que hoy se siente, yo me figuro que el porvenir será socialista; pero a pesar de ésto, siento una antipatía profunda por esa doctrina y por ese partido, que trae la glorificación de la manada, el apabullamiento del individuo por los demás. Le interesan sus hombres, pero encuentra que sus intelectuales «son en la mayoría una colección de profesores pedantes que escriben libros muy grandes y artículos muy pesados, para decir de un modo vulgar y pedestre lo que otros han dicho bien y con gracia. Califica a la Democracia del absolutismo del número y no cree en el gobierno del pueblo por el pueblo, el pueblo que no ha mandado nunca ni aun en los tiempos más revolucionarios y que tampoco mandará en el porvenir.

Entre el socialismo y la doctrina anárquica, está por ésta última: le irrita pensar en la tiranía de la multitud, en el dominio de la masa; defiende bravamente su individualidad de toda coacción. Todos los fanatismos le parecen execrables, así el rojo como el negro:

El fanatismo religioso y el fanatismo liberal han de ser un obstáculo enorme para la redención de España; los fanáticos en religión han de impedir la evolución del sentimiento religioso; los fanáticos de la democracia han de impedir la evolución de las ideas políticas.

Ya en sus horas de juventud en *Camino de Perfección* y más aún en *El árbol de la Ciencia* plantea el problema sexual—que es una tragicomedia en los países de moral católica—en una forma alta y digna afrontándolo con sinceridad. Encara esta cuestión desde un punto de vista científico, que muchos años más tarde, vemos confirmado en Freud. Su novela *La Sensualidad Pervertida*, de una época posterior, es francamente psico-analítica.

Encuentra en la mujer contemporánea ausencia de idealismo y falta de sensibilidad (hecho biológicamente comprobado):

Para estas mujeres españolas, dice, el trabajo, sin remuneración inmediata de dinero o de gloria, pasa a formar parte de

las chifladuras, y en general, la mujer en vez de alentar y sostener al hombre en su trabajo, lo desalienta.

Más adelante, conciliando, termina:

No me preocupa si la mujer es igual, inferior o superior al hombre; me atengo a la hermosa frase de Shakeespeare: «Ni más arriba, ni más abajo: a la altura de mi corazón.

La maldad del hombre aparece en todas sus obras, lo mismo que en la vida, como una cosa fatal e inevitable: el hombre animal de presa, el hombre lobo para el hombre surge por todas partes. Niega Baroja aquello de que el hombre nace bueno y que la sociedad lo hace malo:

La vida no es ni buena ni mala: es como la naturaleza, necesaria.

Igual cosa ocurre con la sociedad: será buena para el sujeto adaptado al ambiente, mala para el que no está acorde con ella. Descubre en ello un problema de sensibilidad humana:

El hombre debe tener la sensibilidad que necesita para su época y para su ambiente: si tiene menos, vivirá como un menor de edad; si tiene la necesaria vivirá como un hombre adulto; si tiene más, será un enfermo.

Mas en todas las épocas ha habido hombres que se adelantan a su tiempo—la naturaleza se complace en crearlos—, superiores a su ambiente, con una sensibilidad que rebasa la de sus contemporáneos: será el tipo de hombre insumiso, fermento de rebeldía—agitador lo llamará la sociedad. Siempre habrá esos apocalípticos anunciadores de un mundo mejor, encargados, en todos los tiempos, de indigestar la tranquila sobremesa de los buenos burgueses. Ahora, que sin ellos no habría evolución, no habría progreso concebible, es también cierto.

Ante el ideario barojiano complejo, proteiforme; ante su nihilismo intelectual, frente a su espíritu anárquico; ante su agnosticismo filosófico, frente a su epicureísmo en la vida real, ante todas estas cosas paradójicas, estas actitudes contradictorias, llega uno a preguntarse cuál es la verdadera ideología del eminente novelista. Su buen amigo Azorín, compañero en sus luchas juveniles, que conoce bien su formación literaria, nos despejará el camino.

Baroja arremete siempre contra dos abismos que encuentra en el alma de los hombres: *la estupidez y la crueldad*.

La estupidez, adornada de pedantería o de suficiencia se le hará aún más odiosa; la maldad, disfrazada de falsa piedad, la maldad encubierta, calculada le parecerá más abominable que la maldad en bruto. Y la estulticia y la ruindad tienen derecho a levantarse tanto en el alma de los reaccionarios, como en los progresistas, de los conservadores y de los liberales; tanto en las clases altas, como en las bajas, tanto en los católicos, como en los socialistas. La estrechez de espíritu, la mezquindad de sentimientos domina a su alrededor, y por eso su actitud hosca frente al hombre. Por eso empuñará enérgicamente su lanza combativa hacia en cualquier campo en que divise las aspas de estos molinos de inferioridad.

No siempre se nos pinta Baroja como este juez implacable con los vicios de sus semejantes, pesimista y sombrío. El individualista formidable, orgulloso de su personalidad fuerte, con un sentido nietzscheano de la vida, tiene en los repliegues de su espíritu blanduras sentimentales, a pesar de ese fondo insobornable que le reconoce Ortega y Gasset:

Si Mefistófeles tuviera que comprar mi alma, no la compraría ni con una condecoración ni con un título; pero si tuviera una promesa de simpatía, de efusión, de algo sentimental, creo que entonces se la llevaría muy fácilmente.

Como no es un hombre rectilíneo, si le reprochan su inconstancia, su versatilidad, su falta de dogmatismo en las opiniones, contestará irónicamente: «No comprendo por qué un escritor ha de manifestar en sus ideas la consecuencia de un político...». Este antidogmatismo, este polimorfismo ideológico, esta variedad de matices literarios, constituyen precisamente una de las virtudes más estimables de este escritor. Su estilo antiretórico—es irreconciliable con la retórica y el lugar común—, su espíritu antiacadémico, le dan a su obra un sello profundamente simpático. Cuando abandona su «tendencia al impropio», sabe ser cáustico y fino, suave y burlón: manejará ductilmente el sarcasmo, la ironía, las situaciones grotescas o tragicómicas; como es un gran humorista empleará a menudo el chiste, fino, de buena ley. Dice en *Los Ultimos Románticos*:

Quando don Fausto se encontró libre de su suegro no supo en qué emplear su energía; en parte, porque no encontraba una ocupación adecuada; y en parte, porque su energía era tan insignificante que no le hubiera bastado para ser ministro en España.

En otra obra, para dar a conocer el concepto que a las mujeres merecieron los hombres de 1840, dice:

Las mujeres de ese tiempo no tenían antipatía profunda por este tipo de hombres: los miraban como a niños farsantes, petulantes, a quienes habría que dejar que hablaran en la calle, a condición de que obedecieran en casa. El hombre sería anticlerical entre sus amigos, pero los niños irían al colegio de los jesuitas, y las niñas serían hijas de María e irían al Sagrado Corazón...

Por lo que se ve la generación de 1840, supervive aún entre nosotros... Y ésta otra (de *El Gran Torbellino del Mundo*):

Thor y Jehová, cazaron juntos con sus amos, algunos zorros; pero nunca gran cosa. Como ninguno de los dos perros legitimaba su nombre, decidieron ponerles otros más modestos, y al que

tenía aire más serio y más tonto le llamaron Wilson, y al que parecía más petulante y más ridículo, Mussolini.

En sus novelas de aventuras o de alcance histórico, Baroja abandonando un poco su criticismo vital y dejando un poco de lado su habitual misantropía, deja libre curso a su afición por lo pintoresco—una de las características más notables de toda su obra,—y a su entusiasmo por lo anecdótico. Domina este rasgo en casi todos sus personajes y sin querer se advierte el irresistible atractivo que sobre el novelista ejerce la gente pobre, por la originalidad bravía de sus tipos, siempre más interesantes que los ricos, igualmente opacos y aburridos en las cinco partes del mundo. En su novela histórica *Memorias de un hombre de acción*, a pesar de sus diez y siete volúmenes, de carácter eminentemente episódico, movidamente pintoresca, de un conocimiento tan real de las épocas pasadas, de una erudición tan liviana, resulta de una amenidad que no sólo se lee con deleite sino que apasiona. Lo ha llevado a este género de literatura un espíritu de restauración de valores, es decir, de reparación de injusticias, al desear ver colocados en el sitio que les corresponde, a personajes que han sufrido una preterición por parte de la historia oficial. Tal el caso del conspirador Aviraneta y del guerrillero don Juan Martín «El Empecinado». Su agudizado sentido crítico, su afán reivindicacionista lo llevará a un análisis cruento de los episodios que conmovieron a España desde la invasión francesa, y a juicios inflexibles para cortesanos, generales y aun para el mismo monarca Fernando VII. Sus pinturas de la guerra Carlista están trazadas con aquel movimiento, aquel estilo sobrio y animado, tan suyo y tan diferente del engolado, arcaico y retórico del de la generalidad de los escritores peninsulares. Hasta aquí, Pío Baroja, «El Hombre Malo de Itzea», escéptico, misántropo y antiretórico, sencillo y genial.

*
* *

Tendamos por un momento la mente hacia el pasado y evoquemos las figuras gloriosas y heroicas de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, consolidando hace ciento veinte años la libertad de los pueblos americanos.

Imaginemos estar presenciando aquel solemne juramento de los padres de nuestra patria cuando con la diestra sobre el pecho prometían solemnemente: «No reconocer otros gobiernos que aquellos elegidos por la libre y espontánea voluntad popular». Aquella escena reproducida por un cuadro de la época, conmueve aun hoy, nuestro civismo de hombres «siglo XX», negadores y críticos.

Pero si observamos atentamente el curso de la historia, notaremos cómo trascurrido algún tiempo, nacen divergencias en el seno de la familia americana: Bolívar sueña con establecer la confederación de los Estados de Sud-América, paralela a aquella organización formidable que Washington ha hecho con los EE. de la América del Norte. Pero hay suspicacias, malentendidos e incomprensiones; también ambiciones personales desmedidas: San Martín quiere hacer de todo esto una monarquía, a cuyo trono se le suponen pretensiones; O'Higgins, de un republicanismo acendrado, lo resiste tenazmente. Los que Bolívar soñara EE. Unidos de América del Sur, son luego después, hermanos rencorosos que se disputan una herencia, y hay por fronteras más, por fronteras menos, por hegemonías absurdas, guerras cruentas, luchas estériles, entre pueblos de una misma sangre, que hablan una misma lengua, que sienten de una manera afin: la libertad ha sido en manos de estos países bisonños, como un arma de fuego en las manos de un niño. Quedan de esta manera, constituidos «Los EE. desunidos de América del Sur».

En la vida interna de cada nación hispanoamericana-

na sucede a la independencia, un período turbio de agitaciones, revueltas y asonadas, militares o políticas, que perdura por casi todo el siglo XIX. En este lapso turbulento las constituciones de los pueblos pasan a ser letra muerta, las garantías individuales un mito: son conculcados todos los derechos y sojuzgadas las conciencias por tiranuelos y advenedizos que no tienen otro miraje que una desmesurada ambición de mando. Se desvanece el concepto de libertad, obscurecido por la tiranía y el principio de democracia es prostituído bárbaramente, despóticamente arrasado por caudillos sin escrúpulos, a quienes siguen masas analfabetas o india-das sumisas e inciviles. En Chile pone término a las asonadas el llamado «Gobierno Fuerte de Portales» que no es sino una tiranía, un gobierno absolutista, prolongación del espíritu realista de la Península, ultra-reaccionario. Hay una quietud—la paz varsoviana de esta república—que dura 60 años. En 1891, una oligarquía conservadora, que ha perdido terreno con los últimos presidentes de tendencias avanzadas, coaligada con la plutocracia y el clero, retrotrae al país a esas fases tenebrosas de la historia política, en que yacen sus demás hermanas de América.

Países hay en que un César omnipotente se entroniza por casi cuarenta años; otros en que sus tiranos abusan del poder desde hace veinticinco; cual con un dictador civil, que agita una bandera de reivindicación nacionalista y que encarcela o expatria a aquellos intelectuales de conciencia recta que lo estigmatizan con la marca de fuego de su pluma, que ahoga en las prisiones las voces que claman por el imperio de la justicia y de la libertad. Tal otro, en que las turbas fanáticas, instigadas por un clero ensoberbecido, asesinan a un presidente de ideas liberales, y arrastran por las calles su cadáver ensangrentado!...

Quizás se encuentre un exceso de realismo en la manera de trazar este panorama siniestro, truculento, del

estado cívico de las jóvenes repúblicas americanas. Pero él era imprescindible para conocer las determinantes que han condicionado el desarrollo del intelecto en estos pueblos de habla española. Son estos países así convulsionados, comparables a las regiones azotadas de continuo por fenómenos sísmicos y en los que los habitantes no podrán desplegar actividad alguna, que no sea la destinada a la propia conservación. De igual manera, en las naciones sacudidas constantemente por las conmociones políticas, será precario el desarrollo del pensamiento; la tensión de los espíritus producida por la inestabilidad civil hará estéril todo afán de investigación, anulará toda pasión de estudio, ahogará todo anhelo de meditación. Las actividades intelectuales girarán en torno de la política y llegarán escasamente a la oratoria. Un ejemplo nos lo da la misma España en el siglo XIX, siglo de asonadas, pronunciamientos y motines, en cuya literatura hay sólo dos valores perdurables: Larra y Bécquer.

En América el pensamiento del siglo pasado toma su inserción en dos figuras cumbre: Lastarria y Sarmiento. Ambos viven horas angustiosas de tiranía política, a la que oponen el ariete de su vigor intelectual y de su entereza de alma; dejan obras de literatura, sociología y política, que en la actualidad sólo conocen algunos pocos estudiosos. Gran parte de la intelectualidad del continente lo constituyen una legión de poetas —América exuberante en su vegetación lo es también en esta clase de ingenios—, pero de poetas huecos, sonoros, de escasa sensibilidad. El resto lo forman exclusivamente los oradores, porque las actitudes tribuniicias, el empaque, la facundia verbal son malezas extendidas en el suelo americano.

Se le puede encontrar a este fenómeno una explicación biológica: un pueblo al estado naciente, un país en formación no *puede* producir hombres ni obras, que actúen en profundidad. Se hallan en este fase, en el pe-

ríodo *sensbriäl* de su desarrollo; producirá músicos, poetas, tal vez pintores, artistas que reaccionan frente a la naturaleza por medio de sus sentidos, por *impresionismo* ante las manifestaciones de la vida externa. Actuarán, pues, en función de belleza, de armonía, mas sin intelectualizar los fenómenos que los rodean. Su obra podrá ser hermosa, mas sin llegar a la belleza perfecta; ese arte no será en consecuencia, un arte clásico: será un balbuceo de arte, arte imperfecto, arte primitivo. Si aspira a la perfección, a la belleza absoluta —podrá intentarlo cuando esté en contacto con otras civilizaciones—deberá buscar sus fuentes de clasicismo en otros pueblos. Tendrá que copiar lo que otros hacen, necesariamente deberá imitar; y ya entonces, ese arte dejará de ser clásico, genuinamente clásico, autóctonamente clásico en su tierra; llegará a ser arte clásico, pero clásico de otra cultura.

Algunos ejemplos de nuestra literatura continental nos van a servir de confirmación en nuestro aserto. José Enrique Rodó, maestro un tiempo de la juventud de América, es un parnasiano, un mármol del Pentélico animado de ática espiritualidad, y el clasicismo de este cultor de la belleza—Rodó es más esteta que filósofo—es más que americano, universal. Juan Montalvo, el admirable estilista que escribiera los *Capítulos que se olvidaron a Cervantes*, llega en su perfección a ser un clásico de España, pero no de América. Si consideramos a Rubén Darío, la máxima expresión lírica del continente, el vaso más armonioso en que se haya vaciado el sentimiento poético de América, la más alta y refinada culminación que nuestro lirismo haya alcanzado, vemos que el poeta ha necesitado salir de su tierra natal, emigrar hacia las viejas fuentes de la cultura, arraigarse en Francia, asimilar sus tradiciones de belleza y realizar después su maravillosa transformación. Estudia concienzudamente la lírica francesa, se compenetra de sus técnicas, que domina perfecta-

mente y, empapada su alma de la clásica serenidad de Grecia y de la gracia aristocrática de las Galias, entra en la poesía castellana; irrumpe en el arte poético de la Península con nuevos elementos más dúctiles que habrán de dar flexibilidad a sus formas anquilosadas, y sustituyendo sus viejos moldes, innova, revoluciona, marca una era nueva en la poesía castellana. Es sin duda un hermoso triunfo, un grandioso triunfo en lo que significa el aporte valiosísimo, la ofrenda de oro, mirra e incienso de este nuevo rey mago, al verso castellano. Pero el alma de Darío es griega y francesa al mismo tiempo: no es el «poeta de América» sino cuando su estro tiene un acento profético, como en *Los Cisnes*, o apocalíptico, como cuando apostrofa a Roosevelt. Es un gran lírico de la raza latina que pensó en francés, se expresó en buen romance castellano, enriquecido por él mismo, y que lloró por América.

En la evolución de los pueblos se cumple una ley de la naturaleza, por la cual el individuo, en las diversas fases de su desarrollo, reproduce, en pequeño, los diferentes estados que ha tenido la especie en su desenvolvimiento. Así como en el despertar intelectual del niño priman los fenómenos de la subconciencia sobre los de la inteligencia conceptual, las sociedades no pueden llegar a las profundidades del pensamiento sino en una fase más avanzada de su cultura. A los poetas suceden los cultivadores de la prosa, historiadores, ensayistas, etc. Y cuando ya hayan transcurrido algunos siglos, que permitan asentar sólidamente una civilización, tendrán cabida los filósofos, los sabios y los investigadores.

En los pueblos americanos no hay grandes preocupaciones filosóficas, no hay inquietud por la sabiduría y hay más bien desamor por la investigación. La excusa está en que el continente americano no ha tenido la estabilidad indispensable para este progreso de la mente. Ortega y Gasset al despedirse en Argentina, de su gira

por estas tierras americanas, hizo esta declaración rotunda:

América no está aún madura para la filosofía; el americano resbala sobre las ideas o los hechos: es incapaz de penetrarlos.

Este juicio lapidario del pensador español, tal vez más drástico que el del mismo Baroja, no ha merecido réplicas sino de algunos intelectuales argentinos que, con más amor propio que razón, lo han impugnado. Pero en el fondo, permanece en pie. Es que la respuesta no se puede buscar en las polémicas, sino en la demostración de nuestra aptitud para captar las grandes ondas del pensamiento humano, de nuestra capacidad filosófica, y esto es por ahora difícilmente demostrable.

Se ha censurado a los escritores sudamericanos un pecado literario común a la mayoría de ellos: es el *tropicalismo*. Creemos entender por tal la superabundancia verbal, la ampulosidad en la forma y la ausencia de autocrítica; va aparejada en la vida con una tendencia a manifestar en forma exagerada las pasiones (a sentir de una manera literaria), a actitudes espectaculares y a una verborrea desmesurada. Acompaña a la exuberancia tropical, con la misma fidelidad que la sombra al cuerpo, una cualidad que no es exclusivamente americana: la *megalomanía*. En virtud de ella cualquier ensayista mediocre se siente un Emerson o cree reencarnar el espíritu de Nietzsche; cualquier orador de asamblea un Cicerón; el que haya publicado una novelita provinciana, superior a Dickens o Dostoyevsky, un comediógrafo cualquiera igual a Ibsen. Es que la imaginación caldeada de la zona tórrida, que todo lo mira con lente de aumento, cree encontrar genios a cada paso. Tal vez por esto es que en los americanos está tan escaso el sentido de la medida: aquella noble máxima griega que aconseja: «De nada demasia-

do», no ha encontrado eco entre nosotros. La esencia de estas virtudes negativas la encontramos palpable en la obra de un individuo funesto para la reputación de las letras americanas: Vargas Vila, a quien se puede consagrar como maestro del mal gusto y corruptor literario de la juventud.

Ese atributo de tropicalismo literario, la vacuidad abundosa y elegante, la inflación verbal, es en parte herencia de la Península, hipertrofiada por el influjo de la vegetación lujuriosa de los trópicos. En el aspecto moral, aquella «perfidia de mujer» que Baroja achaca a los americanos, es también fruto de la fusión de razas, del mestizaje: Colón y sus navegantes engañan a los indios para quitarles sus tesoros; Cortés también engaña y tortura en forma cruel a Moctezuma para arrancarle el secreto de dónde tiene sus riquezas; Pizarro, que ha apresado a Atahualpa, le promete *perdonarle* la vida, si llena de oro el cuarto que le sirve de prisión, y después de que el Inca ordena a sus súbditos que accedan a tal exigencia, inventa un motivo para darle muerte. La nobleza de alma del europeo, no nos llegó con los conquistadores; tampoco aparece entre los colonizadores, entre los encomenderos, que explotan a los aborígenes con tanta sordidez, con tanta inhumanidad, que el sentimiento cristiano de Las Casas se rebela contra ellos. La solución que se le busca no es de las más piadosas: la esclavitud negra. Tampoco se ve piedad en los guerreros de la conquista, que mutilan con crueldad espantable a los indios que no acatan su misión y vasallaje, y les procuran suplicios martirizantes, tormentos inquisitoriales. Por un lado el español orgulloso, despótico, codicioso (en la codicia hay compendiadas muchas bajas pasiones), ambicioso y cruel; y por el otro, el indio receloso, suspicaz, rencoroso, taimado, oprimido... De esta alianza moral, de esta fusión de sangres, no va a resultar seguramente el superhombre.

En un pasaje de unas de las novelas de Baroja, alguien pregunta si Rubén Darío era negro, y contesta uno de los personajes:

Espiritualmente sí, un tanto negro; era un *snob* sin imaginación, con talento puramente verbal.

En esta opinión del novelista sobre el lírico americano, no hay la malevolencia que pudiera creerse. Esa poca simpatía es el producto, más que de una falta de estima, de una incomprensión. En una entrevista que para *La Nouvelle Revue Française*, Georges Pillement traductor francés de una de sus novelas, le hizo en su casa de Vera del Bidasoa, dice refiriéndose a su vida en París:

Vivía yo en el Hotel de la Normandía: a mi casa solían venir dos o tres escritores españoles y alguna vez el poeta americano Rubén Darío, que quería que yo le ayudara a escribir una revista hispanoamericana que se iba a editar en París. Darío aprovechaba la existencia del «Bistro» (mesón) del hotel para meterse en el cuerpo algunos «whiskyes» al llegar y al marcharse. Estaba siempre alcoholizado y contaba una serie de *cosas que no existían más que en su imaginación*. No se le podía hacer caso.

Es claro, entre un escritor realista, que tiene los pies bien sentados en la tierra y los ojos en las miserias de la vida, y un poeta creador de cosas bellas y fantásticas, no hay empalme espiritual posible; son dos temperamentos opuestos entre los que no cabe ajuste.

En cuanto a los americanos con aires de negro, de los que suele hablar con frecuencia don Pío, es conveniente recordar que la existencia de razas negras en América, es una consecuencia de la colonización española; desde entonces se hallan muy esparcidas en Cuba y las antillas, poco en Méjico, bastante en América Central y Panamá, algo en Colombia y Venezuela, más en el Ecuador y Perú, mucho en el Brasil, muy poco en el Uruguay y Argentina y *nada* en Chile, porque

durante el coloniaje no hubo necesidad de importar a este país ébano africano.

Lo que en el individuo americano se manifiesta como tropicalismo y delirio de grandezas, en la masa de todos estos pueblos se condensa en un estado de ánimo frente a los acontecimientos políticos o sociales: *el mesianismo*. El estado de semi-analfabetismo, de civilización a la sordina, de semi-incultura calculada en que los dirigentes mantienen a las masas proletarias de estos países, el número escaso de exponentes de alta cultura que hay entre ellos, no ha permitido aún que penetre en la conciencia de los pueblos el espíritu de obtener por sí mismas la liberación. Es por eso que las muchedumbres de todos los países de este continente, esperan su redención no de la capacitación para las luchas sociales, sino de una fuerza sobrenatural, extraterrena, y que la «macuquería» criolla encarna siempre en un caudillo.

Influyen notablemente en el concepto que de nosotros se tenga, ciertos tipos representativos del medio social americano que circulan en Europa. Tenemos en primer lugar «el rastacuero», que va a París como quien va de juerga, que cree que sus millones lo autorizan a toda clase de excesos y que todo lo arregla con su dinero, cordialmente antipático para los dueños de casa. Otro tipo es el del político emigrado, solemne y campanudo, que conserva aún sus humos dictatoriales; el del militar expatriado, con grandes sueldos de algún estado americano, imaginando siempre una contrarrevolución que le permita regresar a mandar en su país. Todos comparables a ese producto europeo del rico de la post guerra, del nuevo rico, francés, italiano, español o lo que se quiera, grotesco y pesado siempre.

En lo que respecta a representación intelectual americana, aunque sea duro reconocerlo, es bien menguada: está casi siempre acaparada por snobs, jóvenes bien con pretensiones literarias; poetas o escritores

autoconsagrados, que no brillaron mucho en su tierra y aspiran al Olimpo en Europa; pseudointelectuales, periodistas, propagandistas de los gobiernos sudamericanos; literatos mercenarios o domesticados por alguna tiranía republicana del continente, y algunos pocos bohemios, que viven de lance acorralados por la miseria. Es cierto que esta fauna última, no es exclusividad del continente americano, y a que idénticas cualidades encontramos en el «golfo» madrileño intelectual o en el vividor parisién, híbrida mezcla de dandy y apache.

En síntesis, del panorama intelectual de Sud-América, de su sociabilidad, de sus tendencias raciales, del desconocimiento que de los valores puros, escasos todavía, se tiene en el extranjero no pueden esperarse juicios optimistas sobre nuestros hombres y sus obras.

Ahora bien: ¿cuál deberá ser nuestra actitud frente a las críticas, justificadas o no, que se nos hagan? Creemos que antes que el alarido de protesta, que el chillido histérico, debemos tener una actitud serena, y por lo mismo, viril. Debemos sobreponernos a la crítica, reconociendo nuestros defectos y aprovechando nuestras cualidades. Debemos dejar que la censura actúe como estímulo, que nos obligue a una acción constructiva, que nos lleve a descubrir el continente moral e intelectual de América. Que sea el punto de partida para que se disciplinen nuestras inteligencias, se templen nuestros caracteres en el estudio, se ahonde nuestra cultura entrando por los caminos de la investigación, se afine nuestra sensibilidad por un entrenamiento ético, estético e ideológico, inteligentemente encauzado. Debemos, además, expurgar en nosotros mismos, eliminando los mistificadores en arte o en ideas, dando a conocer sinceramente a los que realmente valen, ubicándolos justicieramente. Abandonemos la indolencia tropical, huyamos de la palabrería estéril, trabajemos, con tenacidad y método y esperemos los frutos mo-

destamente. El «res non verba» de los latinos, es aplicable a los grupos sociales americanos, más que a cualquiera otros. Imitemos aquella generación que hace treinta años consiguió la redención espiritual de España y *descubramos la nueva, la verdadera América, que nos aguarda*. No temamos a la verdad y afrontémosla, cara a cara, con serenidad, con optimismo. Recibámosla con filosofía y tengamos presente este aforismo del sabio español Ramón y Cajal: «La verdad es un ácido corrosivo, que muchas veces salpica al que la maneja».

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL PROCESO DE LA IDEA REPUBLICANA EN EL ALMA DE ESPAÑA

LOS hombres que cuentan hoy cincuenta años de edad han presenciado en su medio siglo de vida acontecimientos interesantísimos. Han visto triunfar, en ciencias: la teoría de Einstein, la aviación; en arte: los rasccielos de Nueva York, a Picasso, a Rodin; en política: la guerra mundial, la caída de los antiguos imperios de Rusia, Austria, Alemania, el advenimiento al poder de los comunistas, en algunos países, y del socialismo, en otros.

Una de las cosas más interesantes que hemos podido presenciar ha sido la revolución política en los espíritus, antes de consumarse en los hechos.

El que esto escribe lo ha observado de cerca en el país en donde vive: en España.

* * *

España ha sido tradicionalmente ignorante, pero no por su culpa. La ignorancia del pueblo ha sido política de ciertos elementos mayoritarios y dirigentes. Es la misma política que hemos censurado a España en las colonias y que hacía confesar paladinamente al Rey Carlos IV: «no conviene que se haga general la ilustración en América». Y negaba el derecho para establecer cátedras de inofensivas matemáticas. En España tampoco convenía, ni conviene el que se haga general la ilustración; o conviene que sea unilateral, tendenciosa. Así el clero la regenta. La ignorancia del país no es, pues, espontánea, ni por pereza, ni de vocación. Es obra exclusiva de política, conseguida adrede, meticulosamente.

De igual modo ha sido España, máxime de los Habsburgo para acá, país de poco civismo. País desatento de la política. Le han inculcado que su destino no está en su mano, sino en la

mano de Dios. Qué será lo que deba ser. Lo que Dios y el Rey quieran.

El terreno para semejante prédica parece abonado. España es, en el fondo, un país escéptico. Escéptico para cuanto no sea la vida eterna. En el fondo no le presta importancia a nada sino a la eternidad, a la salvación del alma. En la medida que se desentiende de las cosas ultraterrenas, se ocupa y se preocupa de las terrenales, entre las cuales es una de las primeras saber quién nos manda, por qué nos manda y cómo nos manda. Recuerdo cierta frase de un andaluz. Esta frase pinta la raza, mejor que un tratado de psicología española. El andaluz discute con otro y el otro se le enfada. Al enfado, comenta: «a qué te molestas, si vas a morir».

La ignorancia y esta indiferencia para las cosas terrenas,— los extranjeros a menudo no comprenden esta indiferencia, por tanto, la juzgan mal—han solido convertir hasta ahora a los españoles en juguete de los gobiernos, y a los gobiernos en juguete de los Reyes y a los Reyes en juguete de camarillas palatinas, a veces de sacerdotes o de monjas desaprensivos.

Pero los grandes acontecimientos de nuestra época, que no podían ser mantenidos en secreto, una mayor facilidad de viajes, una mayor libertad de prensa y sobre todo la caída ruidosa y merecida de imperios seculares y poderes irresponsables, han servido de escuela a las grandes masas populares de la nación española. El espíritu español del campesino y del hombre de la ciudad, del ciudadano, han evolucionado hacia la ciudadanía.

Esta evolución acelerada por el espíritu avizor de los dirigentes de opinión pública, principalmente los periódicos de las grandes ciudades,—empieza a cuajar sus frutos.

España se ha puesto en pie. No quiere ser más instrumento de la irresponsabilidad dinástica, ni de unos políticos sin pudor que viven de la engañifa y del cubileteo, al servicio de sus propios intereses o de los intereses de la Corona.

La evolución de los espíritus se ha cambiado, dentro de los mismos espíritus, en revolución. Han precipitado esa revolución espiritual los mismos excesos de la irresponsabilidad del régimen y siete años de dictadura sin control.

Esa revolución en los espíritus y la revolución en los hechos que amenaza seguir, como fatal secuencia, es uno de los espectáculos más interesantes a que he asistido.

* * *

Cuando vine a vivir en España, expulsado de París por los alemanes, como lo fueron el mismo Presidente Poincaré y su

gobierno, toda o casi toda España era sinceramente monárquica, aunque parece imposible que lo fuera después de 1898. A mí me extrañaba mucho semejante indiferencia por la forma de gobierno; sobre todo en hombres y grupos de hombres acondicionados para sentir los mayores nexos de la democracia y la libertad con la República. Los socialistas decían:

—¿Monarquía? ¿República? Tonterías, preocupaciones de burgueses. Lo esencial es lo otro: mayor salario, menos horas de trabajo, seguros de vejez para los obreros.

Sucedió, sin embargo, lo que tenía que suceder. Los socialistas, despreciando la simpatía y afinidad de grandes sectores de la opinión, se lanzaron a la lucha en 1917; y su huelga revolucionaria, reprimida con rigor sangriento, fracasó. Entonces pudieron observar donde estaban sus únicos amigos, fuera de las masas proletarias. Aun continuaron indiferentes a la forma de gobierno. Pero en 1923 se produjo el golpe de Estado, origen de una abominable dictadura que iba a durar siete años. Esta dictadura ha sido el fundente de varios partidos y divulgada, contra su deseo, del sentimiento republicano.

Conviene saber cómo y por qué se produjo la dictadura. La dictadura fué, primero, la cuartelada de un militar, férvido monarquista. Le parecía un atentado el que la opinión pública pidiese sanciones y responsabilidades por los desastres nacionales en la guerra de Africa y la derrota de Annual que costaron la vida a muchísimos miles de españoles, millones al tesoro y crédito a la nación. Se exigían explicaciones. ¿Estaba el país gobernado irresponsablemente? ¿Qué mano oculta dirigía todo y lo dirigía mal? La opinión se manifestó tan resuelta que aun la corte y el gobierno parecían arrollados por ella. La corona se sintió amenazada, no en sus prerrogativas sino en sus posibles extralimitaciones. Se tendría que dar cuenta al país. Entonces, misteriosamente, se produjo en Barcelona el golpe de Estado. Después se instaló la dictadura militar, se anuló la constitución y se gobernó por el sistema absolutista, sin sujeción a constitución alguna, sin responsabilidad, como en la época de Luis XIV: el Estado soy yo.

Durante esos siete años dictatoriales, que en España llaman «ignominiosos», se fué evolucionando hacia la idea de que la monarquía y la libertad eran incompatibles. Los socialistas, como miembros de la nación, también fueron aceptando tal sentir. Así se ha ido extendiendo de espíritu en espíritu y de grupo en grupo y de partido en partido el sentimiento anti-dictatorial, primero, anti-dinástico después, y, por último, francamente republicano.

En el último movimiento armado contra la monarquía (Diciembre de 1930), los socialistas aparecen colaborando con los republicanos para implantar la República. Fracasado aquel movimiento, siguen unidos.

* * *

Para colaborar con los socialistas el partido republicano que apenas existía antes de la dictadura tenía que haberse constituido como entidad numerosa. Así fué. Aunque dividido en fracciones políticas distintas, el sentimiento republicano se produjo unánime en todo lo más brillante e inteligente de la burguesía. Periodistas, literatos, profesores, médicos, abogados, ateneístas, estudiantes, y alguna oficialidad—sobre todo en el cuerpo de aviadores— y aún algunos sacerdotes—como el de Burgos de Osma— se habían convertido en republicanos.

Innúmeras personas de la burguesía—principalmente entre capitalistas, empleados de Banco, de Bolsa, etc.— que no se sentían francamente republicanos, se declaraban anti-Alfonistas. Otros se decían monárquicos y, sin embargo, no lo eran. Todo el mundo atribuía a la corona la ruptura de la constitución, para escapar a responsabilidades en que hubiera incurrido.

Muchos católicos sinceros que antes suponían unidos la religión y la monarquía, fueron saliendo de su engaño. Y numerosísimos conservadores de buena fe—a quien lo conservador no quitaba lo patriótico ni lo legalista—se confesaron monarquistas, pero no de una monarquía que puede salirse cuando quiere de la constitución. En este número se cuentan los abogados, ex-ministros conservadores don Angel Osorio y Gallardo, don José Bergamín y el Jefe del Partido Conservador don José Sánchez Guerra. Estos eminentes y convencidos, han ejercido mucho influjo contra la tendencia absolutista en ciertas zonas tímidas, vacilantes e incoloras de la nación. Y al predicar contra el absolutismo, herían de soslayo la idea monárquica.

Otros políticos—entre ellos don Melquíades Alvarez, Jefe del Partido Reformista—pedían no República abiertamente sino Cortes Constituyentes, lo que, en el fondo, equivale casi a lo mismo. Un Congreso Constituyente con mayoría republicana instauraría la República.

El pueblo ganado a esta reciente ideología política se condujo, cuando llegó el momento de poner a prueba sus nuevas convicciones, con una energía ejemplar, con una decidida vocación de sacrificio y un imperioso anhelo de triunfo. Es decir, de República

Como se advierte, un nuevo ideal ha aparecido en el alma española. En el alma española se ha realizado, dentro del orden político, una revolución: se quiere que lo que ha sido no pueda volver a ser

Espectáculo magnífico para el curioso de los estados de alma colectivos.—R. BLANCO FOMBONA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.
Madrid, Febrero, 1931.

LA NUEVA POESIA BRASILEIRA

(SELECCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ALBERTO GUILLÉN)

NO es poesía de salón ni de almanaque. No piensan estos nuevos del Brasil en la señorita suspiradora. Tampoco es poema de elites para todos. Pan de cada día, caliente del horno, donde se cuecen ideas, imágenes, bollos líricos.

Corre la vena de esta poesía como la acequia regadora del lechugal. A veces se mete en la ciudad. Pero el agua no olvida el panorama que recogió en el campo. Voz de pueblo, para acompañarse con el violón de los vientos. Canción empecinada en cualquiera esquina aldeana. Raíz en la tierra del Brasil, fecunda, maravillosa, musical. Cada negro es un instrumento en la sinfonía. El sabiá, (nuestra alondra) es, más bien, un tic literario. . .

La poesía brota tibia de los pezones de la tierra, borboteante de lirismo y succulenta como la leche de las vacas.

Lejos de la literatura. Vuelta a la voz pura de la tierra. Nativismo. O el famoso color local. Nada de cantar en cifra. Ni de hacer poemas-acertijos, donde las imágenes hacen de palabras cruzadas. Y este poeta, ¿qué querrá decir?

No, este poema nuevo del Brasil, esta voz potente y sana, ingenua y pura, tiene la sencillez de las primeras cantigas.

¿Qué es un poco bárbara? Quizá.

¿Qué tiene del balbuceo primitivo? Quizá.

Pero sea en buena hora, sobre la tierra de labor de nuestra América, este vientecillo joven que viene del Brasil. Este remozamiento que nos viene del país inmenso y niño, cuando nosotros, tantos de nosotros, la mayoría de todos nosotros, poetas de las Américas, andamos cogiendo imágenes con trampa, o ensayando meticulosamente el calco de las caligrafías europeas. Esto me hace recordar a aquel viejo sastre chino a quien se le

pidió hiciera un traje igual a «éste». Lo copió exactamente, agujeros y todo, manchas y arrugas. Y a veces, ¡caramba! el traje-cito no nos sirve. Nosotros queremos traje nuevo, nuestro, sin arrugas, agujeros ni manchas.

Acaso, en América, quienes están realizando una poesía de—América y para América, son estos brasileros, musicales, elásticos, alegres. Con qué voz pura cantan. Se ve el juego muscular de la raza bajo la dorada epidermis de la música! Hay alegría de amaneceres en esta canción engreída de su mulatez! Poesía pura. Esbelta, maravillosa mulata que han dorado soles nuestros! Agiles canciones de alegres tobillos danzadores.

Brasileros sueltos a cantar sobre la tierra recién nacida. Adrede han despreciado el tema poético. Dignificaron lo que los preceptistas llaman el tema prosaico. Hélos aquí, cantando a toda voz, la emoción de su tierra. Voz de violón que está trenzando el chal de la mañana. El día nace de las manos transidas de música nueva de estos muchachos. Sus árboles, sus florecitas, su maxichas. Su papagayo, no! Su mico, no! Ni remedan ni repiten. Dicen la voz inédita, primera.

Las cosas vulgares, la vida de todos los días, el terrible cotidiano, que exasperaba a Laforgue, es precisamente el hallazgo de estos ojos recientes. No son malabarismos cerebrales. No imágenes bonitas. No síncope líricos de cualquiera de los Ismos en moda, como los tantos y tantos americanos poetas sin personalidad, sin cara y sin acento.

Es el canto de las cosas de América. La aldea aburrida con su peluquero y su casa de penados, su gallinazo y su bocinazo de ford. Quizá un cartel de discos Víctor. Quizá... La florecita silvestre con su nombre caboclo. (No hay que tener vergüenza a la sangre india que corre en las voces más lindas de nuestra América india!) La cantiga de la lavandera y el ojo del buey donde está danzando el mundo. El grito del pescador—no el de estrellas!—La selva estremecida de sonos y el humilde abecedario del sapo. Y, y la infancia del niño, maravillosa aventura de todos los Robinsones—de todos los hombres—del mundo.

En fin... Ya Luis C. López, el estupendo tuerto colombiano, tentó esto, me diréis. Sí. Pero sin esta ternura de nodriza por el poemita infante, sin esta india unción por la cosa nuestra: nuestro cielito de vidala y nuestra montaña—maestra de—escuela. No está—en la poesía de López—este río que viene corriendo en nuestras venas, enjaezado de infancias y cantos de lavanderas. Cantó sin esta ingenuidad de palabra verdadera, con una prevención de notario pueblerino y un sarcasmo de peluquero deslenguado. (Y conste que López es santo de mi Santoral!).

Sin embargo. Sin embargo, hay tantos poetas que se llaman *de América*. La cantan como quien hace madrigales a la Luna. De pura memoria. La pintan como para decoración de Teatrillo. Brocha Gorda. Teatro. Poesía Gorda. Grasa. Decrepitud. Enfasis. Trombón. Aire. Pestilencia. Literatura zancuda, digo: de zancos. Gigantomaquía de feria literaria. Se subasta una lira! Quién da más. (Aunque den menos, se subasta siempre!) Se canta a voluntad del cliente y sobre medida. ¿La medida? Bille-tes... Pero... Tuércele el cuello al cisne y al Farsante. Etce-tera.

Pero, ¿decía? ¿Y todo este hervor de imágenes que están cua-jando en nuestras manos? Ah! Imágenes! Imágenes de imáge-nes! Cosa ficticia y deleznable, que el viento disipa, que la ola borra. Signos en el humo. Eco.

Volvamos cara y corazón a la tierra. Bebamos la fuente que brota allí perenne en el alma de las razas. Tonifiquemos nuestra literatura con la leche de nuestra burras lecheras. Pero ¿es esto sermón de cuaresma literaria? Perdón: es apenas un comadreo de canciones. Deslenguadas canciones comadres. Se están gri-tando todas las mañanas de balcón a balcón en mis sienes. Y cuando pelean las comadres...—A. G.

Mario Andrade es uno de los talentos más sólidos del Brasil. Cosa compacta íntegra y considerable. Cultura y sensibilidad. Es uno de los pioners de la nueva sensibilidad. Dirigió con Os-waldo Andrade la revista nueva ANTROPOFAGIA. Ha hecho li-bros de teoría *La Esclava que no era Isaura*. Poema: *Clan de Jaboti, Remate de Males, Paulicea Desvairada*, etc. Y algunas novelas. Entre ellas su estupenda *Macunaima*, uno de los libros decisivos en la nueva literatura de América. Pocos más brasile-ros. La imaginación del poema se alia aquí a la riqueza nativa del paisaje y la palabra genuina. Hoy Mario Andrade sigue su ruta de bondeirante dirigiendo REVISTA NOVA. Fecundo, pron-to, inagotable. Mario hará la gran novela del Brasil, por qué...

IMPROVISACION DEL MAL DE LA AMERICA

Grito imperioso de blancura en mí...

Cosas de mi tierra, pasados y formas de ahora,
ritmos de síncope, y olores lentos del desierto,
subiendo a contracorrientes el bosque impenetrable de mi ser...

No me completan más que un balanceo de tango,
que una reza de indiano en el templo de piedra,

que la hazaña del chim comunista guerreando,
que la plantita de piá, encastada de nieve, hija de la pón.

Son ecos. Aún ecos con la misma insistencia filtrada
que ritmos de síncope y olor de matto mío.
Me siento blanco, fatalmente un ser de mundos que nunca ví.

Y pido a la vida que mude la dirección de estas razas fatigadas
y haga ir yendo todo de rodada mansamente,
al mismo rodar del río de las aspiraciones y de las pesquisas...

No hallo nada, casi nada, y mis oídos van a escuchar amorosos
otras voces de otras lenguas de otras razas, más en formación, más en fuerza.
Me siento blanco en la curiosidad imperiosa de mi ser.

Allá afuera el cuerpo de San Pablo escurre la vida al pulso de los rascacielos,
y danza en la ambición compacta de los diluvios de penetraciones.
Van llegando italianos didácticos y nobles;
va llegando la habladuría barbuda de Unamuno
emigrada para el cuarto—de—huéspedes acogedor de Sur América;
paletadas de húngaros, búlgaros, rusos, se despejan en la ciudad...
Traen vodka en la cantimplora peluda,
detestan la caníña, la mandioca y la pimienta,
no danzan maxixa, ni catira, ni saben amar suspiradito.

Y de noche, monótonos, reunidos en la barraca, tramando conspiraciones,
las mujeres fuman hechas chimeneas, solitas,
os hombres destilan vicios aldeanos en la catinga;
y, como siempre, entre ellos tienen uno que manda en todos...
Todo calló de sopetón, y en el aire pesado de la noche que suda...
—Coro? Dónde se vió un coro a cuatro voces mi gente?
Son coros, coros ukranianos, golpeados o místicos,
Sehnsucht de más allá del mar!
Home... Sweet home... Que sean dichosos aquí!

Mas yo no puedo no sentirme negro ni bermejo!
De cierto que esos colores también tejen mi ropa arlequinal,
pero yo no me siento negro, ni me siento bermejo,
me siento sólo blanco, desbordando caridad y acogimiento,
purificado en la revuelta contra los blancos, las patrias, las guerras, las po-
[ses, las perezas las ignorancias!
Me siento sólo blanco ahora, sin aire en este aire libre de América!
Me siento sólo blanco, sólo blanco, en mi alma cribada de razas!

Manuel Bandeira es una de las más finas sensibilidades de Brasil Nuevo. No sé qué acento sentimental endulza esa voz que quiere ser sarcástica, como que el poeta tiene el valor de ir riendo de la muerte que le pisa los talones. Ha publicado varios libros. *La Ceniza de las Horas*, en que aun vacila sin encontrar este acento de ironía y ternura que lo hará tan distinto. *Carnaval* donde comienza su voz verdadera. Y *El Ritmo Disoluto* donde ya se le oye inconfundible. Pero el ariete contra la vieja retórica grasa es su libro *Libertinaje*. Aquí el poeta... Debe traducirse este libro para airear nuestros salones y camarillas literarias.

EN LA CALLE DEL JABON

Cae, cae el globo,
cae, cae el globo
en la calle del Jabón.

Lo que costó hacer aquel globito de papel!

Quien lo hizo fué el hijo de la lavandera.
Uno que trabaja en la composición del diario y tose mucho.

Compró el papel de seda, lo cortó con amor, pegó las tiras oblongas...
Después ajustó el champón de pez en la boca de alambre.

Y hélo ahora que sube,—pequeña cosa brillante en la oscuridad del cielo.

Llevó tiempo para criar aliento.
Balanceábase, temblaba todo, mudaba de color.

La chiquillada de la calle del Jabón,
gritaba con maldad.

Cae globo! Se cae el globo!

Súbitamente, sin embargo, entesóse, inflóse y arrancó de las manos que
[tonteaban.

Y fué subiendo...

para muy lejos...

serenamente...

Como si lo llenase el soplado tísico del José.

Cae globo! Se cae el globo!

La chiquillada lo acribilló con sus cachas de jebe, silbidos, griterías, pe-
[dradas.

Cae globo! Se va a caer el globo!

Un señor advirtió que los globos están prohibidos por los reglamentos
[municipales.

El fué subiendo...

muy serenamente...

para muy lejos.

No cayó en la calle del Jabón.

Cayó más lejos. Cayó en el mar, en las aguas puras del mar alto.

Raúl Bopp es acaso el que mejor ha realizado el poema de la floresta brasileira, el matto maravilloso que invade la roca viva y el nuevo poema. No es el pintor. No da sólo el color. Es la vid

turbulenta del bosque en que pulula la larva y la isla flotante. En *Cobra Norato*, poema amazónico, publicado fragmentariamente asistimos a un desdoblamiento hacia la vida interior de la selva. Bopp trae el Brasil en la boca, como dice uno de los Andrades.

COBRA NORATO

I

Mañana abundante.
El solcito infantil creció
engordado y alegre.
Los arbolitos nuevos maman la luz con leche que resbala de las hojas.
—Quite la mano de ahí. No me empuje.
Vientres de florestas vacías gritan:—Llenadme!

Pasa un río apresurado y fangoso
tirando cuerdas de agua estirada para ahorcar la tierra.
De repente cae allá, en el fondo, un barranco desbordado.
Arboles arrastrados mueven las ramas: Adiós! Adiós!
Entonces la selva se desata en grandes voces braceando:
—Usted está robando tierra, ladrón.
Los sapos toman nota para contar todo allá abajo.

II

Oiga compadre. Repare una cosa:
Allá viene un navío.
Viene—que—viene, viniendo de prisa, todo iluminado parece hecho de plata.
—Aquello no es un navío, compadre!

Más los mastiles, aquellas luces, el casco dorado?
—Aquello es la Cobra Grande. Lo sé por el olor.

Más las velas de paño blanco hinchadas de viento?
—Son las mortajas de los difuntos que yo cargué.
Lo sé por el olor.

Y aquella casacona bordada?
—Son camisas de las novias de la Cobra Grande. Lo sé por el olor.

Ay compadre!
La visión se va sumiendo por las ribera del Macapá.
En este silencio de aguas asustadas parece que aún oigo un ay-ay que
[brándose en el fondo de la noche.

—Quién será esta vez la muchacha
que va allá dentro sollozando,
encerrada en aquel botijo de plata?

Qué ternura por la cosa propia hay en la poesía de *Jorge de Lima*. Difícilmente se hallará en América una sensibilidad que absorva así la savia folklórica para convertirla en poesía nueva.

Ha publicado *Nuevos Poemas* que es uno de los libros decisivos de la nueva poesía brasilera. Su *Nega Fuloo* es uno de los poemas que no se olvidan nunca y quedarán como el acento perenne de un momento nacional.

FLOS SANCTORUM

Santa Bárbara que nos libra de la quemadura
San Bento que cura la mordida de cobra
San Gonzalo cazador,
San Jorge que me cedió su nombre
para que mi madre me bautizara,
que escogió su día
para que yo llegara a este mundo,
que sólo no me dió su caballo
porque el pobre bichito
no podía descender de la luna!

Salté tantos tachos de hacienda!
Pasé tantas torrenteras,
conocí tantas pozas profundas!

Y tú, Angel de mi Guarda,
nunca me dijiste tu nombre
para hacer un poemita para ti!

SANTA RITA DURAN

Durán! Qué apellido bueno para un campesino pachola
campesino de ingenio o bandolero del sertao
capaz de engañar un caramurú en el bando de Lampeao.

Más tu Brasil, Caramurú, no tiene sertao
ni sur ni norte; ni en tu floresta
hay catolé, oiticoró, cabazo de marimba, barbatimao.

En tus rocas no hay bananas—samburá,
no hay mandioca—gomo—roxo, no hay frejol mulatito,
no hay nada Seo Durán.

En tu camino ni hay mal—me—quieres,
flor—de—reloj, escoba de botón,
no hay Seo Durán,
esa florcita espía-camino que muchacha no puede ver.

Tus semanas santas no tienen flores de cuaresma
para alegrar Nuestra Señora que perdió Nuestro Señor!
Tus frutas son como esas frutas de cera
(adornos de ciertas mesas).

Tus cantares no tienen burras-lecheras
que dan leche,
no tienen palo-de-sangre que vierte sangre,

como una campesina todas las lunas,
 no tienen pechistos de jaracatías,
 no tienen besos de maracujás de estalo,
 no tienen imbés
 chupando troncos de baraunas tan gruesas
 tan negras como preta-minas!

Y tus hortales no tienen plantado,
 en un tiesto de barro,
 un pie de sauda-roja para entierro de los Manuelito
 que si no se muriese, quien sabe Seo Durán,
 podrían ser banderos en el grupo de Lampeao
 y ahora,
 ahora van a ser angelitos para la gloria de Dios! Amén.

Ascencio Ferreira, dicen que recoge sus cantos en las fuzarcas de negros. Su canción tiene sabor de cantiga, de arrullo de vieja nodriza, de música popular de maxixa barullenta y dengosa. Hay paisaje y olor, todos los olores del mato. Ha publicado un libro *Catimbo* en que el negro se expresa por primera vez en su saudade y su voluptia. Esta poesía es negra de verdad y no de receta.

MULA - DE - PADRE

Un día en el ingenio
 ya tarde de la noche,
 que estaba tan negra
 como carbón
 la gente hablaba de aparecidos:
 —El tío de Pinga-Fogo apareció muerto en el bosque con el pecho roto
 [por la canilla de Pe-de-Espeto.
 —El Perro de Bravo-Manso llevó el viernes una zu ra de las Caiporas!
 —La Mula-de-Padre quiso beber la sangre de la mujer de Chico Lolao.
 En la noche tan negra como carbón
 la gente hablaba de aparecidos.
 Allá abajo la almanjarra
 gemía que el ingenio Alegría
 era buen moledor.
 —Eh, golondrina!
 —Eh, moza blanca!
 —Eh, Picaflor!
 Por la bagaceira
 los bueyes rumiaban
 y las yeguas pastaban
 esperando la vez
 de entrar a trabajar...
 La gente hablaba de aparecidos.
 Fué cuando se dió la cosa extraña:
 Mordiéndose ululando, dando saltos,
 poniéndose de pie como un perro
 surgió una Bestia que no era de allí...
 —Ataja la bicha, Baraúna.

—No largues el lazo, Maracuná!
Y la Bestia agarrada
entró en la Almanjarra,
la zurrámos tanto
hasta de mañana...
Después que fué suelta se escabulló en un hueco del mundo
En un abrir y cerrar de ojos la maldita se encantó!
De tardecita, gente venida de la ciudad,
trajo la nueva de que la Ama y su padre Serrador
amaneciera tan zurrada que causaba compasión.

Difícilmente se dará en América un poeta que desprecie más el prejuicio retórico que *Jorge Fernández*. Su poesía es sensación pura. Sensación auditiva, altiva visual. Poesía subconciente. Nada de literatura. Dicen que Fernández no lee, ni quiere leer. Hace lo suyo, sin pensar en el público, sin preocupación literaria ninguna. Su *Libro de Poemas* es uno de los más originales que haya producido América.

A M A N E C E R

El día nace gruñendo por los picos
de los urumaraes,
de los azulones de ala blanca.
Mama la leche caliente que borbotea en los tiestos espumando.
Los esquilonos repican en la alegría del choto de las vacas.
Las ventanas de las sierras están todas adornadas de cipó florido.
Y el coen! Coen! del día nuevo
va subiendo en las alas tãimizadoras de los caracarás
corriendo en los campos en el mugido del ganado,
en el men! afanoso de los abejorros,
en las carreras de las cotías,
en el zum zum de alas de las abejas,
en las piruetas de los cabritos,
en los trotes fuertes y alegres de los potrillos,
y todo ensangrentado del bermellón de ia nubarra
lleva el primer baño en los pozos
y es envuelto en la toalla caliente del sol,
y se va mudando, a la primera pasada por los campos,
todo forrado de gramalote.

MI POEMA PARNASIANO N.º 4

Noche de luna.
Tiembra por la calle desierta
la voz azucarada del trovador.
Y el violón empecinado ronca en una vieja esquina
como un sartén lleno de pez frito y de alcohol...
—Dorón-don-don! Dorón-don-don!
Y la voz parece subir a las torres y los edificios altos
y encapotados de sombras...

Y la voz fuerte y temblorosa como una bandera flameando en el viento...
 Y el refrán-violón:-Dorón-don-don!
 y la afinación:-Din-din-din-púm! Don...

Y otra voz exprimida sale rodando por los paseos,
 fríos como un papel inservible danzando en el viento.
 y el violón, borracho en do menor... en segunda...
 en floreos, en fa, en ré, va roncando calle afuera
 modulando modiñas sentimentales.

En *Carlos Drummond de Andrade* encontramos el sarcasmo criollo. Hasta en sus paisajes hay una sonrisa de sátiro furtivo. Ha publicado un libro admirable *Alguna Poesía*. Es de los nuevos que junto con Murillo Méndez, Enrique de Resende, Rosario Fusco, Martins Méndes, Ascanio López y otros animaron la revista *Verde*. Poesía serrana llena de un vientecillo tónico y alegre.

INFANCIA

 Mi padre montaba a caballo, se iba para el campo.
 Mi madre se quedaba cosiendo.
 Mi hermano pequeño dormía.
 Yo sólo, pequeñito entre las mangueras
 leía la historia de Róbinson Crusoe,
 larguísima historia que no acaba más.

 Al medio día blanco de luz, una voz que aprendió
 a arrullarnos lejos del traspatio y nunca se olvidó
 llamaba para el café.
 Café tan negro que ni la negra vieja,
 café sabroso,
 café bueno.

 Mi madre se quedaba cosiendo,
 mirando hacia mí:
 —Pish... No despierte al niño.
 Para la cuna donde se posó un mosquito.
 Y daba un suspiro... qué hondo!

 Allá lejos mi padre cabalgaba
 en el matorral sin fin de la hacienda.
 Y yo no sabía que mi historia
 era más bonita que la de Róbinson Crusoe.

INICIACION AMOROSA

 La hamaca entre dos mangueras
 se columpiaba en el mundo profundo.
 El sol caliente, sin viento
 El sol, allá encima, las hojas en el medio,

el día era caliente.

Y como no tenía nada que hacer vivía enamorando
las piernas morenas de la lavandera.

Un día ella vino a la hamaca,
se enroscó en mis brazos,
me dió un abrazo,
me dió sus mamilas
que eran sólo mías.

La hamaca volcó,
el mundo se hundió.

Después fui para la cama,
fiebre de 40 grados, fiebre.
Una lavandera inmensa, con dos tetas inmensas
giraba en el espacio verde.

Murilo Méndez publicó un libro *Poemas*, que premió el Instituto Graca Aranha junto a la admirable novela *O Quince* de Raquel de Queiroz. Que extraña y maravillosa mezcla de ingenuidad y de ironía. Asistimos al nacimiento de una de las voces más puras de la nueva lírica. Yo anuncio en Murilo Méndez un auténtico... Perdón por meterme a pitonisa.

BIOGRAFIA DEL MUSICO

El pequeñín nació en el morro aniquilado de sambas
bebió leche condensada,
soltó cometas de tarde
aprendió el nombre de todos los donatarios de capitania
Agotó los criollos de la Ciudad Nueva
bostezó años y años en el Conservatorio
no sacó medalla de oro
—desgraciado!—
porque no tenía recomendación.

Un astro más que despunta en el horizonte del arte nacional
se puso zapato camuflage terno de ajedrez
casó con la hija del almacenero de la esquina
que se parecía con Carlos Gómez
hizo diversas músicas imitando el gorjeo de los pájaros,
murió víctima de pertinaz dolencia
que se burló de los recursos de la ciencia,
al entierro comparecieron personas de destaque,
llevando palmas con sentidas dedicatorias.
Llegando al cielo los angelitos de pantalón largo y de corbata mariposa,
dieron un concierto de ocarina donde figuraba la octava nota
y él se desmayó de conmoción.

LA FAMILIA Y EL MATRIMONIO DE COMPAÑÍA

NO constituirá novedad alguna decir que existen libros complementarios. Existen desde el momento en que la cultura empezó a transmitirse por medio del libro y ese existir ha sido condición favorable para su vida y desarrollo. Al decir que existen libros complementarios me he querido referir a dos libros de reciente publicación en castellano: *La familia* (1), por F. Müller-Lyer, y *Matrimonio de compañía* (2), por Ben B. Lindsey. Estos dos libros se completan de modo excelente. El segundo, escrito casi veinte años después, trae en sus páginas una confirmación de lo que el primero predecía: demuestra que la línea directriz geneonómica que el sabio alemán mostró en su estudio sobre la familia, ha seguido avanzando en la dirección que él indicó que avanzaría.

En su libro, Müller-Lyer pregunta.

¿Se encuentran, en definitiva, las formas geneonómicas en proceso de evolución? ¿O hay que contar con un estancamiento o con una involución? ¿En qué dirección se mueve el conjunto de los fenómenos geneonómicos?

Las respuestas a estas preguntas difieren substancialmente. Unos opinan que sobrevendrá una involución, es decir, que la familia retornará a antiguas formas; otros estiman que debe esperarse un estancamiento, y otros, finalmente, que la disolución de la familia actual conducirá a la humanidad a nuevas y más altas formas geneonómicas. Entre los últimos está Müller-Lyer, quien, en razonadas páginas, demuestra que el conjunto de los fenómenos geneonómicos se mueve hacia *una fase primaria individual*.

La antigua forma patriarcal del matrimonio, la monogamia forzosa indisoluble, aparecerá cada vez más anticuada. El matrimonio será un asunto *individual*—entre dos personalidades libres y jurídicamente equiparadas—que pugnará por alcanzar la forma superior del «matrimonio libre», con lo cual todas las formas inferiores del comercio sexual (concubinato, prostitución, amor libre, etc.), acabarán por no tener razón de existir.

Pero, para que este ideal fuera realizable, debían haber sucedido en el mundo muchos acontecimientos. Los principales son los siguientes:

(1) Revista de Occidente. Madrid, 1920.

(2) M. Aguilar. Madrid, 1930.

- 1.º Diferenciación de las mujeres.
- 2.º Desarrollo amplio de la cultura.
- 3.º Crecimiento eficaz del Estado.
- 4.º Aumento del sentido de asociación.
- 5.º Progreso económico.

Todos estos hechos, al suceder, favorecerían la implantación del matrimonio libre. (Por *matrimonio libre* entiende Müller-Lyer un matrimonio hecho sobre la base de un contrato privado, sin intervención estatal. El Estado sólo intervendría en el caso de que los padres descuidaran los deberes para con los hijos). Ahora bien: estos hechos, ¿han sucedido? ¿Están sucediendo? Veamos.

1.º *Diferenciación de las mujeres*.—Esto no necesita demostración. Política, social y hasta sexualmente, la mujer se ha diferenciado en grado sumo en los últimos tiempos. En el sentido económico, su diferenciación llega casi a su límite. Apenas si habrá un treinta por ciento de mujeres que no trabajan, treinta por ciento que acabará por desaparecer, sobre todo si llega a suprimirse algún día la sucesión hereditaria familiar, supresión que Müller-Lyer preconiza.

2.º *Desarrollo de la cultura*.—Avanza.

3.º *Crecimiento eficaz del Estado*.—Este crecimiento está (casi) detenido hoy día. Las crisis, económica y política, lo imponen así. El Estado moderno se preocupa, casi exclusivamente, de defender su existencia, lo cual le resta efectividad para otras actividades.

4.º *Aumento del sentido de asociación*.—Este hecho, en íntima relación con el anterior, crece por sus propias fuerzas. El sentido de asociación, por lo menos dentro de cada país, se impone cada día con mayor fuerza. Los arquitectos lo saben bien. André Lurçat, en su libro *Architecture*, (págs. 54-55), dice:

C'est ainsi que nous verrons prochainement les villes s'organiser sur des données toutes différentes. L'immeuble d'appartement, généralisé, y prendra une place prépondérante, et répondra aux besoins de toutes les classes de la société... La législation qu'il serait nécessaire d'établir, pour qu'une saine et logique répartition du logement puisse se faire entre les différentes classes de la société, est encore à déterminer. Un point cependant est clair: la propriété individuelle doit disparaître, laissant la place à des groupements collectifs très puissants, financièrement et techniquement.

El aumento del sentido de asociación trae aparejada la reforma del régimen doméstico, indispensable para el desarrollo de la fase primaria individual.

5.º *Progreso económico*.—Aquí está la raíz de todo. Cada avance de las formas económicas ha surgido de una variante (pro-

gresiva) de la economía. Cuando Müller-Lyer formuló su teoría, alrededor de 1910-1913, la economía marchaba hacia esferas más altas que las alcanzadas hasta ese instante por la humanidad. Pero al finalizar la guerra, en 1918, la familia humana se encontró con un paisaje distinto: el progreso de la economía estaba detenido. Y desde esa fecha hasta ahora parece que no hemos hecho sino descender. El panorama del mundo lo hace creer así. Se buscan nuevas formas; el comunismo presentó la suya y la ensaya; algunos sabios e industriales inventan la racionalización; el Estado se defiende, en algunas partes, con el fascismo; en otras recurre simplemente a la dictadura. Es un período de transición, tal vez, de disolución del sistema económico capitalista. ¿Tendrá que desaparecer éste para facilitar el advenimiento de la fase primaria individual? Es muy posible.

* * *

Del examen hecho de los cinco puntos que deberán favorecer la creación de la nueva forma geneonómica, se desprende que han progresado, aunque no en forma eficiente, sólo aquellos que obedecen en especial a razones de índole interior o individual: la diferenciación de las mujeres en sus varios aspectos; la cultura, cuyo avance es innegable, y por último, el sentido de asociación, este último limitado por los medios económicos. Los otros, que están fuera de la influencia directa del espíritu, el crecimiento eficaz del Estado y el progreso económico, están detenidos. ¿Qué sucede, entonces? Para mí, una cosa muy sencilla: el espíritu camina más de prisa que los hechos exteriores. Hasta 1914 el espíritu llevaba el mismo ritmo que la economía, si bien el extremo superior de ese ritmo estaba ocupado por el primero y el inferior por la segunda. Al detenerse ésta, ¿se detuvo el otro? No se detuvo; había llegado a un grado en que la detención de él, junto con la detención de la economía, significaba la muerte de la cultura occidental. Ha seguido irradiando, avanzando lentamente, según sus propios medios y el impulso que traía se lo permitían. Entre tanto, la economía lucha, busca una solución que la permita salvar de la ruina a la humanidad o, por lo menos, intenta establecer un sistema económico transitorio entre el mundo capitalista actual y el que viene, que no se sabe aún cuál será, pero en el que sin duda la fase primaria individual encontrará su atmósfera propicia.

Pero, mientras tanto, ¿qué hace el espíritu, o la cultura espi-

ritual, como quiera llamársele? Espera. Y mientras espera, para satisfacer sus exigencias, exigencias que la prosperidad económica contribuyó a crear, instaura formas geneonómicas que corresponden a este estado de transición y que preparan el camino a más altas modalidades. En la cita que hemos hecho anteriormente, Müller-Lyer, dice.

El matrimonio será un asunto individual—entre dos personalidades libres y jurídicamente equiparadas—que pugnará por alcanzar la forma superior del matrimonio libre.

Pues bien: ese matrimonio que será un asunto individual y que pugnará por alcanzar la forma superior del matrimonio libre, es el *matrimonio de compañía*, el puente entre la monogamia forzosa indisoluble y la fórmula matrimonial que regirá en la fase primaria individual. Y con esto entramos al libro del juez Lindsey.

¿Qué caracteres tiene el matrimonio de compañía? Los siguientes:

1.º Igualdad económica de ambos cónyuges: los dos trabajarían, aunque esto no sea regla fija. Puede que la mujer no trabaje o que el marido no quiera que lo haga. Es cuestión de temperamento y de posición económica (masculina). Pero sería preferible que ambos trabajaran, por lo menos en el primer tiempo.

2.º El matrimonio practicaría el control de natalidad. No tendría hijos hasta que no hubiera asegurado su bienestar económico y el de sus futuros hijos o hasta que juzgara haber alcanzado un grado de armonía y compenetración que asegurara por tiempo indefinido la estabilidad del hogar.

3.º Antes de casarse los cónyuges se someterían a un examen médico que fijaría la salud y las actividades sexuales de la pareja, indicando la oportunidad o no de tener descendencia. Al mismo tiempo se les iniciaría, si no estaban ya enterados, en el conocimiento de las prácticas contraceptivas.

4.º Si el matrimonio resultare naturalmente infecundo y esto fuera contra los deseos o inclinaciones de los cónyuges, o si, por diversas causas—temperamentos irreconciliables, costumbres antagónicas, extinción del cariño, etc.—no pudieran continuar casados, podría el matrimonio divorciarse por consentimiento mutuo. Si la causa de divorcio estuviera constituida sólo por el deseo de tal de uno de los cónyuges, se recurriría a un tribunal, creado exprofeso, que intentaría arreglar por todos los medios posibles la discordia suscitada.

Las ventajas de un matrimonio así son evidentes. En el primer punto la pareja se asegura contra la estrechez económica, causa muy frecuente de fracasos. En el segundo, procura a los hijos una infancia tranquila y luego una educación esmerada. En el tercero, se previene contra las enfermedades hereditarias. En el cuarto, evita la existencia de un matrimonio desgraciado. Por otra parte, el matrimonio de compañía permitiría el casamiento de hombres y mujeres jóvenes, sobre todo a aquellos que, siéndolo, no contarán con medios para sostener una familia de procreación, forma común del matrimonio moderno. El control de natalidad facilitaría esto. Además, el casamiento de hombres en edad juvenil reduciría grandemente la prostitución, las enfermedades venéreas y las uniones sexuales sin control legal.

Tal es, en breves palabras y prescindiendo de otros puntos interesantes, el matrimonio de compañía. Pero este matrimonio existe en Estados Unidos sólo a medias, no a medias en su verificación o en sus resultados, sino en sus condiciones, pues de esos cuatro puntos esenciales se cumplen solamente aquellos que pueden ser cumplidos de un modo personal, no legal, o sea, el 1.º, igualdad económica, y 2.º control de natalidad, este último ilegal, aunque esta ilegalidad sea inocua. Los restantes: examen médico y divorcio, quedan librados, el primero, al tino de los contrayentes, y el segundo a los abogados, quienes consiguen el divorcio basándose en diversos motivos, ya que el divorcio por consentimiento mutuo no existe en Norte América.

En general, este matrimonio encuentra en Estados Unidos oposición moral y legal; la primera se debe a la Iglesia, para quien el matrimonio sólo se disculpa en cuanto es un fin para procrear, de tal modo que un matrimonio que voluntariamente no procrea es inmoral; la segunda, a que el *birth-control* es considerado como antisocial. Esto último podría arreglarse, ya que el matrimonio de compañía practicaría el control de natalidad sólo en sus primeros dos o tres años, pero surge el peligro del *matrimonio de prueba*, especie de amor libre infecundo, que encontraría en una legislación de la índole que se requiere, ancho campo para ser practicado. Sólo el crecimiento de la cultura hará posible esa legislación. La cultura no avanza en línea recta, sino en línea quebrada, en ángulos podríamos decir; a unos pocos les toca el vértice superior de ellos y a los más el inferior. Y no se puede legislar para unos pocos. Hay que esperar que esos pocos aumenten en una medida que haga posible una menor infiltración de los peores o que, por lo menos, exista un equilibrio entre estos y los mejores.

* * *

El matrimonio de compañía se practica en Estados Unidos en escala ascendente. Cada día son más los que, aun inconscientemente, se acogen a sus condiciones. Así lo demuestra el libro de Ben B. Lindsey, juez del Tribunal de Menores y de Familia de Denver. El origen de este fenómeno debe buscarse en muchas fuentes: en el desarrollo económico de ese país y en su crisis actual (diferenciación económica por un lado y necesidad de restringir la familia, por otro), en el progreso cultural de cierta parte de la juventud, y, principalmente, en el admirable progreso espiritual y social de la mujer americana. Citaré a este respecto las siguientes hermosas palabras de Waldo Frank (*Primer Mensaje a la América-Hispana*):

Apareció en la escena americana un nuevo y joven animal hembra. Encrespado, casto, fresco, salvaje. Duro como un capullo primaveral. Se ha llamado *flapper* a esta hembra joven. . . Ha pasado, lo sé, el período de la *flapper*. . . La describo como el símbolo de un espíritu, que ha llegado a impregnar a la mujer americana de la generación más joven. . . Y hay en ella (en la mujer americana de la generación más joven), otro don extraordinario: la sed de verdadera camaradería. Este es, sobre todo, el reto de la nueva mujer americana a su hombre. No quiere ser inferior en su relación. Ni quiere ser ella el amo. Quiere ser su igual. O, mejor, quiere que él sea su igual. *Arriba y abajo, en las diferentes capas sociales de la vida americana, se libra esta nueva lucha: la muchacha busca un verdadero compañero: la mujer se esfuerza por lograr que su hombre la acepte como su igual compañera.*

Si se leen atentamente esas palabras, se notará que las de Müller-Lyer:

el matrimonio será un asunto individual entre dos personalidades libres y jurídicamente equiparadas,

no andaban desacertadas. La predicción del sabio alemán se cumple. Ahora, si esta forma de matrimonio llegará a generalizarse en el mundo, se constituirá al final un puente hacia el matrimonio libre o si sólo será una variante sin continuidad (cosa que no creemos); si los acontecimientos económicos y políticos agostarán este primer brote de la fase primaria individual, o si, por el contrario, esos mismos acontecimientos la fortificarán y harán prosperar, es cosa que sólo el tiempo dirá. Pero el hecho está ahí. *Quod erat demonstrandum.*—MANUEL ROJAS.

ESPONTÁNEOS Y LIBRESCOS

Niza de 1931.

OBSERVANDO por encima de las apariencias y los detalles, se puede decir que sólo hay, en realidad, dos clases de escritores: los espontáneos y los librescos. A los espontáneos se les conoce—basta una línea—por la clara diafanidad, por el altruísmo invariable, hasta por el desdén de la intriga y de las artes menores de la literatura. Les anima un sentimiento cordial para sus compañeros y para la juventud. Creen en un ideal. Llevan más o menos probabilidades en las alas, pero siempre tienden a levantar los ojos hacia el sol, a magnificarse en las cimas, a abrirse en luz sobre la eternidad.

A los librescos no es difícil tampoco clasificarlos. Conceden suprema atención a las preocupaciones corrientes. Invariablemente comparten la opinión que impera, lo mismo en política que en arte, sin perjuicio, claro está, de «evolucionar» así que asome otro matiz del éxito.

Son los que se precipitan a recoger las cosechas y hacen decir al observador:

—El triunfo de tal cosa debe estar próximo, porque se ha adherido Fulano...

Nunca se preguntan:

—¿Dónde está la verdad?

Prefieren indagar:

—¿Quién será el triunfador?

Porque dan mayor importancia a la estrategia que a la obra; y hay que admirarlos más como placeros que como creadores. Pero, por encima de todo, son mosaístas. En cada línea que escriben hallamos una referencia a sus lecturas. (con comillas o sin ellas) una reminiscencia, confesada o no. Parece que en vez de pensar, estuvieran pasando revista al pensamiento de los demás. Y es que, hay que confesarlo, no pueden dar un paso sin apoyarse en los muertos, muertos como se sienten ellos mismos antes de tomar la pluma.

En vano invocan para disimular su debilidad la exquisitez, la distinción, cuanto por ser artificio de invernáculo nace más del estudio que de la emoción, más del cálculo que de la espontaneidad, más de la destreza que del alma. En vano se proclaman los «supremos» y hacen la guerra a los «vulgares» servidores de la belleza y de la verdad. La diferencia se advierte en seguida. Son los vencidos.

Al señalar dos rumbos entiendo, sobre todo, separar a los que siguen las corrientes de los que las preceden, a los sinceros de los simuladores, a los que se hacen ellos mismos de los que se hacen hacer por los demás.

Los primeros, ocupados en su obra, no pueden mezclarse en la guerrilla «gendelettre». Y cuando lo intentan, han de reconocer su incapacidad.

Los segundos, tienen a menudo el genio de la intriga, suscitan complicidades, manejan el «bluff» son maquiavélicos o matones y utilizan las artes más diversas para suplir lo que les falta. Después de todo, son talentos «erzats», empleando la palabra pintoresca. Su destino suele ser amenizar fiestas mundanas, alcanzar el sufragio de pequeños cenáculos, perseguir la consagración de una Academia. Pero íntimamente saben—y éste es el castigo mayor—que nunca llegarán hasta el pueblo y que en el umbral de la muerte se abre para ellos el silencio sin fin.

Los otros, en cambio, sufrirán la pobreza, la negación, el destierro, pero llevan en sí el germen de las resurrecciones. Y bien ganado se lo tienen. Porque sólo cuando mueren se les permite vivir.

La juventud que siente la vocación de las letras debe saberlo de antemano. La notoriedad es como el pan: los que lo ven en la vidriera reluciente, no saben el trabajo que costó amasarlo, ni adivinan las materias deleznable que entran a veces en su composición. Pero, ¡cuán ineficaces son las conspiraciones para cerrar el paso a los que deben elevarse! Si una telaraña interrumpe el vuelo de una mosca, no detiene la marcha de un ferrocarril. Los nombres que hoy nos parecen indiscutibles, son, precisamente, los que fueron negados ayer. Cuanto más viva es la luz, más obliga a cerrar los ojos. Es bueno, acaso, que sea así. La reputación, que es el lujo del talento, nace de los choques, como la espuma, que es la gloria de las olas. Y la injusticia no es a veces más que el empujón necesario que hace saltar a ciertos hombres el valladar del triunfo.

Todo esto al margen de los fallos del supremo Magisterio de las Venganzas que suele ser la crítica. Porque la crítica toma ejemplo, a menudo, en los desocupados de figón que se divierten, más que jugando a los naipes, disputándose por ellos.

Creen algunos, por otra parte, que la mejor manera de llegar consiste en cerrar el paso a los fuertes y colaborar en la ascensión de los inútiles. Así nacen los ceros de la literatura, que nunca añaden valor intrínseco a su país o a su siglo. Para sostenerse pasajeramente, se ven obligados a agruparse a la derecha de

otros números. Al hacer, después, el recuento de las vidas, son la hojarasca que la posteridad ignora. Sin embargo, deslizaron su veneno. Si fuera posible podar el arte de los signos sin valor, tornaría a ser un campo augusto donde sólo florecerían corazones. Pero, fulminar contra el destino, es confesar una inferioridad. Y hay que aceptar la aventura con sus riesgos dolorosos y marciales.

No está exenta a ratos, después de todo, de cierta suave comicidad.

Una de las diversiones socorridas de los librescos consiste en decretar el entierro de los contemporáneos que estorban, para establecer, entre los presentes, un nuevo y glorioso escalafón. Lo primero es fácil, puesto que las víctimas se hallan lejos y no oponen resistencia alguna. Lo segundo presenta dificultades mayores, porque, en forma inconfesada u ostensible, todos se creen destinados a gobernar. La política que desgarrar a estos tribunales de la gloriola hace perder así el tiempo que todos pudieron emplear en conquistar el puesto apetecido mediante honrada labor. Tal será—y ellos lo saben—el fallo del porvenir. Pero el porvenir está lejos. ¡Y es tan vistoso, y tan cómodo, elevarse entre dos negaciones, echar a volar mariposas que duren lo que tarda el eco en morir!

La actividad de estos termitas de la literatura que se creen constructores de universos toma las formas más inesperadas. Unas veces parece indiferencia, otras virtud, otras celo de sacerdote que vela sobre la pureza del templo. Pero siempre apunta el mismo tábano aturdido—Dios nos preserve de llamarle envidia—que adopta disfraces sigilosos para no dejarse ver. Aquí adula, allá finge ignorancia, más lejos invoca pretextos para alejarse, y siempre vuela de un lado a otro, tan infatigable como infecundo, dejando en todas partes el recuerdo de su digestión.

Los que deben elevarse se muestran, en cambio, francos, enérgicos, seguros de las ramas, sin odio, que les da la superioridad. Esto exaspera a los rezagados. En cada movimiento de salud ven un ataque a su debilidad, en cada éxito una alusión a su impotencia. Pero el escritor, cuando realmente lo es, ve pasar los errores con la inmovilidad de las rocas. El mal mismo contribuye a su encumbramiento. Y hasta se podría decir que su habilidad—si la tuviera—estribaría en hacerse atacar, silenciar y calumniar con brío, porque todo ello, en vez de perjudicarlo, obedece a un determinismo supremo y contribuye a la armonía de la orquestación final.

Es célebre y por repetida se recuerda en síntesis, la anécdota de la marquesa que decía al escritor:

—Ya sé que tiene Ud. mucho talento porque he oído hablar muy mal de Ud. . .

Por encima de todas las escuelas literarias y por encima de todas las crisis periódicas, no ha habido nunca más que escritores que tienen talento y escritores que fingen tenerlo. Mejor diríamos, escritores que, sin dejar de ser clásicos, llevan en el alma todos los vientos nuevos, todas las estrellas ignotas, todo el azul turquí; y contorsionistas de las letras, galeotes de la trampa que todas las mañanas hay que rehacer porque todas las noches se desmorona, mísero bateleros del Volga dentro de su propia mistificación.

Así se bifurcan los caminos y así se crean las corrientes: unos van al sacrificio, otros a la comodidad, unos fingen, otros se interrogan, unos imitan, otros crean, unos confían en el presente, otros en el porvenir.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

IMPORTANCIA DEL OBJETO EN LA PINTURA DE HOY

EL papel que el objeto había desempeñado en las representaciones plásticas hasta el fin del siglo último era extremadamente reducido. Si observamos el pasado aún más remoto del hombre, comprobaremos que el objeto no ha constituido jamás una parte esencial de sus preocupaciones plásticas o gráficas. Desde que el hombre echó sobre el mundo una mirada inteligente, el juego de su imaginación se encontró excitado por todos lados por los grandes fenómenos de la naturaleza.

La ley que regla el perpetuo movimiento del cielo parece, a juzgar por las representaciones ideográficas del hombre primitivo, haberle comunicado la emoción más intensa. El curso del sol que distribuye las horas del día y las de la noche, ese curso del sol cuya desaparición provocaba la desesperación del primer hombre y cuyo levantarse le traía la alegría de una resurrección, le causaba una gran sorpresa. Con ayuda de signos ensayó figurar ese movimiento del sol que había golpeado su espíritu y cortado su marcha en secciones. De allí nacieron las primeras representaciones gráficas del hombre. Después, por la fuerza de atracción del misterio del mundo, agrandándose con la sucesión de las generaciones, los signos ideográficos se han enriquecido con otros signos reclutados en círculos del conocimiento cada vez más extensos.

Al mismo tiempo, las facultades de percepción y de emoción que había en el hombre primitivo lo empujaron a acercarse a las formas aparentes. Esta tendencia, que, por lo demás, respondía mejor a la plástica, cuyas exigencias se aclaran en las obras mismas del período magdalenense, muy pronto prevaleció en las aplicaciones ideográficas. El pensamiento estuvo cada vez más solicitado por el deseo de representar la imagen exacta del mundo fenomenal. Por otra parte, las experiencias inmediatas y repetidas del hombre lo aproximaron más todavía a lo real. Con el tiempo, la forma aventajará definitivamente a la significación espiritual, hasta hacer buscar al hombre en el mundo vivo el equivalente figurativo de sus primeras percepciones cósmicas. Vemos así a los signos ideográficos adoptar, poco a poco, formas humanas o animales cuya apariencia se acerca demasiado a la representación gráfica de los primeros signos. Ya antes del neolítico se había encontrado encerrado en los límites estrechos del mundo vivo.

Aproximados en principio a formas determinadas humanas y animales, los signos se han confundido progresivamente con sus formas y han terminado por ser una misma cosa. Pero el hombre aún ligado al animal, todavía medio animal el mismo, llamaba indistintamente a su propia forma y a la de los animales, de donde han resultado esas figuraciones híbridas, mezcla de hombres y animales, que han sobrevivido en el período histórico, especialmente en Egipto.

Siguiendo su marcha, gracias al desenvolvimiento progresivo de su conciencia, carga continuamente sus instintos con las distinciones más y más sutiles del pensamiento científico. Desde entonces las únicas formas que tienen interés a sus ojos son exclusivamente las suyas o las de los animales. Es el período clásico.

Sea en el extremo-Oriente o sobre los bordes del Mediterráneo, el hombre de este período se juzga digno de atribuir su forma a todas las fuerzas de la naturaleza, tanto como a sus concepciones religiosas. A partir de esta época sólo prevalecerá la figura humana o animal y muy escasamente se volverá a encontrar en las grandes civilizaciones clásicas, representaciones de objetos.

Habiendo devuelto todo el interés de la vida al hombre, el cristianismo debía continuar la tradición clásica de la representación humana. Por su lado el Renacimiento ha concentrado toda su atención sobre el hombre, no por su significación espiritual, como lo había hecho el Cristianismo de Oriente o el de Occidente, sino por su interés en cuanto a individuo.

No es sino más tarde, hacia el fin del siglo XVII, cuando el movimiento de intensa individualización creado por el Renacimiento venía extinguiéndose, cuando vemos los objetos, utilizados hasta entonces como elementos de pura decoración, tomar su importancia y llegar a ser a veces sujetos de pintura de caballete. Y todavía estas representaciones de objetos son de un número muy reducido en la Europa Meridional. Son tan raras en el arte italiano como en el arte español, pues la atribución a los pintores españoles, y particularmente a Velázquez, de cuadros de representación de objetos, nos deja perfectamente escépticos.

Es en los Países Bajos, en Flandes y entre nosotros, donde la representación de los objetos se encuentra particularmente favorecida, gracias a la inclinación a lo real, que en todos los tiempos ha caracterizado estos países.

Sin embargo, las representaciones holandesas de éstos se distinguen claramente de las francesas. De una parte, un afectuoso apego a la materialidad del objeto y a todas sus superficies. De otra una especie de inteligencia íntima del objeto. En Holanda es la entera sumisión del pintor a la naturaleza. En Francia, por el contrario, el artista busca ordenar lo real según las conveniencias de su espíritu. Mezcla su cuidado riguroso del orden, su gusto por la simplificación, su temor de las formas exageradas, esa especie de pudor que caracteriza constantemente las expresiones del arte francés.

Esto es lo que explica que los cuadros de Chardin sean a la vez sensuales e impregnados de un sentimiento profundo de intimidad, que, con la perfecta ordenación de la composición, hace que cada una de sus obras sea vasta como un mundo.

Pero cualquiera que sea la importancia que la representación de los objetos haya asumido en los Países Bajos como en Francia, queda siempre tachada por los defectos que el Renacimiento le había legado. En efecto, éste había dividido el dominio de la pintura en pequeñas propiedades en las cuales cada una debía emplear medios de explotación apropiados a cada género.

Los siglos XVII y XVIII han perpetuado este error capital. Es preciso llegar a Delacroix para oír proclamar que «todos los objetos son iguales ante la pintura». Manet ha aprovechado hasta cierto punto la enseñanza de Delacroix. Los pintores impresionistas, al contrario, satisfechos de reproducir el aspecto de los paisajes, tarea más fácil y donde la ausencia de ciertas cualidades profundas se hace sentir menos, han olvidado totalmente la lección de Delacroix. Además la representación de los objetos no les ha preocupado.

La gloria de Cezanne será haber examinado el primero el problema del objeto en su esencia y de haberlo introducido en la pintura en un pie de igualdad con los otros sujetos pictóricos. Examinando bien la obra de Cezanne, se nota que ella está en reacción, por una parte contra la fidelidad sentimental del impresionismo hacia la pintura y por otra, contra la tendencia al prosaísmo que se observa en la representación de los objetos hacia el siglo XVII.

Cezanne se había dado cuenta de que no es en el sujeto donde está el verdadero idealismo, sino más bien en la extensión de los efectos que el sujeto debe producir. Y se dedica a demostrar que el objeto contiene recursos emotivos infinitos, *tal como una figura*, que el principio y la función del pintor son poner en evidencia y en acción esos recursos que afectan las sensibilidad y el espíritu. Las mismas observaciones, las mismas ideas directrices se adaptan igualmente a las representaciones de sus figuras, de tal modo que ellas rigen todas las figuraciones de los objetos y su organización delicada.

Afirmar que los mismos métodos son válidos en todos los géneros de pintura, que son aplicables en la construcción de la figura o la representación del objeto, ese fué el don y la gloria de Cezanne.

Había llegado a un punto desde el cual dominaba todo el campo de la actividad pictórica y había entrevisto todas las posibilidades que allí estaban todavía en potencia, todos los dominios de la pintura aún inexplorados, todos los caminos que le quedaban por trazar, las relaciones por establecer, los procedimientos que perfeccionar. Su ejemplo ha provocado consecuencias profundas y un conjunto de rebuscas las más diversas y las más difíciles que la pintura haya jamás emprendido.

Así Cezanne ha enriquecido el arte con una belleza particular a nuestra época e inherente a una nueva concepción de la pintura. Es por eso que los principios de su obra han llenado todo el dominio pictórico y están todavía presentes en el espíritu de sus pintores, imposibles de desatender, reforzados por el número considerable de obras notables que han suscitado.

El esfuerzo de Cezanne hizo desaparecer definitivamente la absurda división de la pintura en géneros. En sus telas todos los sujetos requieren los mismos desenvolvimientos, y los géneros están confundidos desde el punto de vista del lenguaje plástico hasta responder en la memoria de manera idéntica. El más pequeño objeto, por insignificante que sea, contrapesa en su obra a los sujetos más ilustres y más vastos. Encare Cezanne una figura o un objeto, tiene la misma intuición del ca-

rácter del modelo y usa para con él los mismos artificios de generalización. Igual si se trata de una figura o de un objeto, la fisonomía está en ellos igualmente aumentada y su expresión plástica está obtenida de la manera más simple y más clara.

De aquí resulta para la pintura, después de Cezanne, que ya no hay categorías de sujetos, según se trate de expresar el ideal o la real. En nuestros días el objeto puede, tanto como la figura, expresar el ideal. Esta consecuencia ha sido tanto más fácil de realizar, cuanto que la pintura contemporánea mira ante todo a la objetividad. Hoy ya no existen las tiernas escenas sugeridas por el deseo del puro ideal. Los deseos de este orden, el pintor los contiene y los somete a la plástica. No hay ya escenas de expresión donde la pasión se revela bajo un aspecto fantástico o conmovedor.

Por otra parte la pintura de hoy día se muestra esencialmente imaginativa. Más que nunca el arte es una «mnemotecnia de lo bello». Más que en cualquier otra época, se trata para el artista mucho menos de copiar la naturaleza que de interpretarla en un lenguaje plástico, concepción nueva y que permite al objeto tomar la misma importancia que cualquier otro sujeto pictórico.

Por ser más difícil, la tarea de nuestros pintores no es sino más gloriosa. Ellos han podido crear el ideal con los objetos más humildes, incorporados por el pincel a la armonía universal ante la cual el hombre y el objeto son igualmente bellos.

En lo que los pintores de hoy difieren de los viejos maestros.

Aquéllos gastaban generalmente todos sus recursos en expresar la materialidad del objeto y empleaban toda su virtud en componer los objetos según cierto orden dado, como lo hace actualmente Derain que se ha dejado coger más de lo que es útil, por el ejemplo de los viejos maestros. Mientras tanto, pintores como Matisse y Picasso, por ejemplo, no buscan en ningún momento esa cosa insípida que trata de imitar la naturaleza, sino que quieren producir en el expectador un efecto semejante al que ellos experimentan ante los objetos y el mundo.

Examinemos ahora de más cerca a qué tiende la importancia singular, acordada en nuestro tiempo, al objeto. No es temerario responder que el favor en que es tenido está ligado al desenvolvimiento excepcional que ha tomado desde Cezanne el sentimiento pictórico hasta el punto de cambiar el destino de la pintura y de enriquecerlo. En nuestros días la naturaleza entera se encuentra sustituida en la pintura. Esta no necesita para satisfacer sus aspiraciones de un sujeto exclusivo a cada una de ellas. Es la razón por la cual la figura es intercambiable con el objeto,

el cual es susceptible de expresar toda la vitalidad del pensamiento del artista, sin disminuirle su extensión ni su intimidad.

La pintura está hecha esencialmente para el placer de los ojos. Luego nada tiene de raro que los pintores modernos se empeñen en hacer del objeto un poema plástico. En lo cual se distinguen todavía de los pintores del Renacimiento. Estos pintaron siempre sin poder liberarse de ciertas prevenciones. Una figura, un ropaje, una arquitectura, un mueble están pintados por ellos de una manera absolutamente diferente para cada categoría de sujeto. Para un mismo cuadro se servían de dos, tres o cuatro maneras de pintar. Para los paños, por ejemplo, no solamente la manera de pintar es diferente a la que se emplea para las figuras, sino que la elección misma de los colores es absolutamente exclusiva a su representación.

Los pintores de hoy día aplican, por el contrario, los mismos medios pictóricos, indistintamente, para todas las partes de un cuadro, y buscan la misma atmósfera colorante para cualquier sujeto. Disponen de un objeto y lo atormentan como lo habrían podido hacer con un modelo vivo. Se pinta hoy un objeto con los mismos cuidados y las mismas atenciones que se habrían puesto para pintar una figura, empleando en ello las cualidades más radiantes del talento y todos los recursos del arte de pintar.

Estos principios enunciados por Delacroix y puestos en obra por Cezanne han encontrado su expansión en las telas de Matisse, quien ha perseguido en su desarrollo las rebuscas formales y técnicas con respecto a las cuales las obras de Cezanne le habían comunicado la pasión y enseñado la importancia.

La formación de los principios de Matisse está apoyada en la disciplina de los maestros. Nadie ignora los estudios que ha realizado acerca de los pintores antiguos. Pero no ha tardado en sacudir el yugo. Demasiado materiales por lo figurativas en los tiempos de su frecuentación de los maestros holandeses, las pinturas de Henry Matisse iban muy pronto a transformarse radicalmente.

Su espíritu vigorosamente constituido le reveló en seguida una visión de los objetos que sobrepasaba su apariencia cotidiana. Las primeras tentativas de Matisse emanadas de su propia personalidad, expresan en efecto al hombre que domina el modelo natural y se sustrae a la imitación de la naturaleza.

De este estado de maestría ha salido toda una serie de cuadros donde el objeto es creado de nuevo con la fiera insolencia del instinto. Se comprende la soberanía de una gran pasión que se muestra libre, atrevida, inquieta. Lo que hay de profundamente amable en sus telas es el espectáculo de un temperamen-

to en su plena vivacidad, con sus violentas reacciones. Un centelleo numeroso del espíritu, una ruptura franca con el hábito, osadías que confirman el resorte del pintor, tales son los caracteres de las telas de Matisse en esta época. El objeto no es más que un pretexto para dar libre curso a la imaginación y a la poesía plástica.

En las telas en que Matisse penetra profundamente las intenciones de la naturaleza, trata de hacerlas sensibles por el lenguaje más apasionado. Se desprende que en sus representaciones de objetos las formas aparezcan menos decisivas que en la actualidad y los contornos más flotantes. Pero qué vigor y qué audacias en las telas en que el artista se muestra penetrado de ese algo vago e irreal que flota en torno de la vida.

Esa nueva orientación del instinto implicaba medios materiales de ejecución nuevos. Por torpes que puedan parecer a los que aman el estilo académico los medios de que Matisse se ha servido hasta este momento, son esencialmente creadores y tanto más sensibles cuanto que han sido sugeridos por esos estados en que el artista crea entre el orden y el desorden y donde se manifiestan todos sus poderes adquiridos, quizá si todos sus deberes. Así el expectador se regocija mucho más de esos relajamientos del instinto, confiando en él mismo, que de las ventajas que procurará más tarde al artista el poder conquistado. No es que yo quiera negar la calidad de sus obras de madurez, pero no puedo dejar de comprobar que las verdaderas virtudes de su obra están ya producidas en las telas anteriores. La obra de Matisse ha ganado luego en orden, suntuosidad y perfeccionamiento plástico, pero no podría sobrepasar el estilo incisivo de las obras de otro tiempo. Eso aparece claramente en el color. En su juventud, Matisse se había preocupado largamente de conquistar todos los secretos del color. Hizo con este motivo rebuscas muy complejas que lo condujeron a trabajos sensacionales. Pero la atmósfera quedaba todavía por conquistar. Sólo después de largos y laboriosos esfuerzos ha logrado, en estos últimos años, situar los objetos en la atmósfera, crear la combinación del objeto y el espacio. Hoy día se muestra maestro absoluto del color, conoce las relaciones más sutiles de los tonos, sus fusiones más íntimas y más densas. Pero el placer en mostrar su habilidad, la satisfacción de haber vencido lo que durante largos años se había escapado a sus pesquisas, no podía compensar para nosotros la línea melódica y las sonoridades de sus telas de otro tiempo. Sea como sea, gracias a Matisse, la representación del objeto ha conquistado definitivamente sus derechos en la pintura. Mediante su ejemplo, Matisse ha demostrado en

forma perentoria que en arte la belleza no viene del sujeto sino exclusivamente de la pasión del artista. La obra de Picasso confirmará el ejemplo de Matisse, dando al objeto tan vastas posibilidades de interpretación, que podrá en adelante traducir todas las resonancias de la pasión y sufrir la fatalidad del talento.

Habíamos constatado que el objeto ocupaba en Cezanne después más tarde en Henry Matisse, una posición plástica en todo diferente de la que le habían dado los pintores anteriores. Estos dos artistas comprendían que el fin del Arte no está en el sujeto sino más bien en el alcance de los efectos plásticos que el sujeto debe producir. Su obra demuestra de la manera más completa y más irrefutable que el objeto contiene, tal como una figura o un paisaje, recursos emotivos infinitos en el que el rol y la función del pintor consisten en poner esos recursos en evidencia por la acción del objeto sobre la sensibilidad y sobre el espíritu.

La absurda división de la pintura en géneros desaparece definitivamente en sus cuadros, todos los géneros están confundidos desde el punto de vista del lenguaje plástico, hasta evocar en el espíritu reacciones idénticas.

El cubismo ha llevado más lejos todavía el mismo problema, dándose por tarea, no solamente expresar todas las cualidades plásticas del objeto sino aun realizar todos los otros recursos y llevar a buen fin las combinaciones que la obra de Cezanne contenía en potencia. Lejos de dejarse seducir por la sola apariencia del objeto, el cubismo ha logrado transformarlo radicalmente a fuerza de hacérselo presente al espíritu y al corazón. Pero por más que se hayan dado cuenta que la naturaleza elimina todas las imágenes que se trata de obtener y por más que se hayan inspirado menos directamente de las formas, vistas o registradas, de sus recuerdos, Braque y Picasso han, sin embargo, conservado las relaciones de objetos o mejor dicho los lazos de los objetos: así por ejemplo, una fruta colocada sobre una mesa constituye para ellos un conjunto orgánico de sujeto.

Es contra esta actitud que Leger ha querido reaccionar. Hay en su obra una ruptura total y sistemática entre el objeto y el sujeto: una manzana, una flor, un desnudo, un manojo de llaves, un rostro, no son sino un objeto organizados de manera de crear un cuadro, sin sujeto y cuya sola condición es ser concebido según proporciones visuales dadas. Nunca el objeto es considerado por sí mismo. Para Leger, todo lo que admite un valor plástico es objeto, una cosa inanimada tanto como una

figura humana. Los objetos no están simplemente puestos en el espacio.

Esta manera de tratar los objetos en el espacio, ofrece a Leger un campo de posibilidades casi infinitas. Se ha llegado a decir que si él pusiese una manzana sobre una mesa, suprimiría toda sorpresa e impediría obrar a lo desconocido. No es que él deje a eso desconocido un rol de primera importancia. Sin duda, cuando concibe una obra e ejecuta una maquette hace un llamado a todas las fuerzas desconocidas e *inasibles* que hay en él; pero cuando prepara una tela se podría casi decir que gasta dos tercios de su esfuerzo en la organización del cuadro por un tercio solamente que reserva a lo desconocido, a ese algo indefinible que escapa a la voluntad y la sobrepasa y que hace que un cuadro parezca más pleno y más completo que otro, compuesto, sin embargo, de los mismos elementos.

El espacio en que Leger pone sus objetos comporta una atmósfera, pues él contrariamente a los que la suprimen por entero, sostiene que el objeto, tiene necesidad de una cierta atmósfera para conservar su estado plástico. La cuestión de atmósfera es para Leger, una cuestión de número de valores; así dos valores, no constituyen la atmósfera. Ella se crea a partir del número tres. A veces el número matices debe quedar muy constreñido, si se quiere atender a la verdadera síntesis. Las cosas fuertes exigen siempre una atmósfera muy despejada y muy severa. Es cierto que hace falta un mayor número de matices para las obras seductoras, las melodías picturales, pero la verdadera síntesis plástica es otra cosa. La historia del arte nos enseña que el gran estilo ha sido siempre tenido en muy poca atmósfera. Los mosaicos del siglo VIII por los cuales Leger tiene mucha admiración están casi desprovistos de ella. Entre los bizantinos como entre los primitivos de todos los países, sean italianos, alemanes, franceses o catalanes, la atmósfera está siempre reducida a sus elementos primeros. Además la característica esencial de toda gran época artística es cierto aspecto de sequedad.

Es el renacimiento el que, habiéndose equivocado sobre el sentido de los estilos griego y etrusco, ha introducido en el arte de los tiempos modernos la expresión y el amor de los matices que es su corolario. Este es el origen del error plástico moderno. Miguel Angel ha reemplazado la «forma» de un brazo griego por «músculos». Ahora bien los músculos no existen en ningún arte de gran época; los músculos no son sino expresión y matiz; ellos no constituyen jamás formas puras. Bien considerado, la era del Renacimiento es un arte de imi-

tación de la vida, imitación que manifiesta, a menudo, dones medios sorprendentes; arte de similitud, de un verismo más o menos disfrazado por demostraciones idealistas.

Acentuando la oposición de Cezanne a la expresión, el cubismo había ya corregido nuestra concepción del arte, pero había conservado el lado melódico de la pintura tradicional. En efecto, los cuadros cubistas de Braque y de Picasso, aunque dan la impresión de ser monocromos, están pintados con la ayuda de un gran número de matices. Sólo en las obras ulteriores de estos artistas, el número de tonos utilizados, se encuentra constreñido. Leger habría querido que ese número fuese toda vía más reducido y llevado a su estricto mínimun.

Al arte de similitud, Leger opone un arte de equivalencias. Es el punto de vista capital, la idea central de su obra, la que lo lleva a esta manera tan personal de considerar al objeto, que lo caracteriza.

Todas las obras de caballete realizadas por Leger, revelan la regla de los contrastes. El arte es para él una reserva inagotable de contrastes. Si le ocurre pensar que puede obtener de esto otra explicación del arte, no es menos cierto que las cosas no cuentan para él sino en la medida que éstas sitúan contrastes. Así en los últimos dibujos reproducidos aquí y que representan las más recientes exploraciones de Leger en el dominio pictural, no hay sino objetos traídos al primer plano para crear contrastes y las interpretaciones de figuras no son sino juegos de contrastes.

Estas oposiciones esenciales pueden aparecer bajo tres aspectos: sea como contraste de dibujo; sea como contraste de formas; sea, en fin, como contraste de colores. La predilección del artista por uno u otro de estos aspectos depende de sus aptitudes profundas. Pero una cosa que el artista no debe jamás perder de vista, es que no puede nunca realizar en el mismo diapasón los tres aspectos a la vez. Le es preciso necesariamente sacrificar o lo uno o lo otro. El artista más ricamente dotado, debe voluntariamente empobrecerse y abandonar por iniciativa propia lo superfluo de sus bienes. Así Leger ha sacrificado el dibujo al color, y es por el color que ha realizado sus contrastes. Aun, ha sacrificado todo lo que, en el color mismo, le parecía excesivo. Hace algunos años, a raíz de una exposición, Leger se había apercebido que en su obra la dominante amarilla, demasiado a menudo repetida, llegaba a ser fastidiosa. Aunque esta dominante contribuía mucho a hacer su obra seductora, él no dejó de sacrificarla y de reemplazarla por los equivalentes que su talento de colorista le originó.

Para crear contrastes, Leger comienza primero por poner, según su propia expresión el objeto en posición plástica. Éste es el trabajo que muestra sus *minas de plomo* y sus dibujos de trazo. En seguida, para organizar su cuadro, pone cerca del objeto estudiado las formas que contrastando con éste, crean el ritmo y la ligazón orgánica de la obra. Procede poniendo sobre fondos abstractos, es decir, no figurativos, objetos concretos, o bien oponiendo dos o tres clases de objetos animados o inanimados, de manera de hacerlos reaccionar las unas sobre los otros. Estas reacciones son naturalmente de intensidad diferente si se trata de un cuadro de caballete. Leger, busca siempre la intensidad; los objetos están siempre dispuestos de manera de formar contrastes muy acusados.

Por el contrario, en una pintura mural, para que esta pintura se acorde con la superficie que lo enmarca, para que allí abra una especie de ventana sin que esta ventana pueda llegar a ser un perpetuo espectáculo, Leger reduce la agudeza de los contrastes de las formas y atenúa las oposiciones de los tonos; reducción y atenuación que varían naturalmente con las dimensiones de la superficie mural que sirve de fondo a la obra y según esta superficie sea de sentido horizontal o de sentido vertical.

Así un cuadro de caballete y una pintura mural de Leger están pintados de una manera muy diferente. El cuadro del caballete es vida, pero como no puede darse constantemente la vida en espectáculo, Leger ha buscado el reposo en lo ornamental. Y es bien sensible que los artistas que se han inspirado en la pintura de Leger no hayan, en esto, seguido su ejemplo. La condición primera de lo ornamental les ha faltado hasta el punto que sus composiciones murales *no son sino* afiches que solicitan o mejor dicho, torturan sin consideración el ojo del transeunte. Lo ornamental *no es* sino sonoridades atemperadas de tonos inscritos en las formas geométricas; pero es en la dosificación de esos tonos y de esas formas por sus proporciones que se revela la calidad de alma del artista. La mayor parte de los pintores que se dicen abstractos abusan de la geometría y creen que eso basta. Si es una suerte para los artistas de nuestro tiempo tener una formación geométrica bien sólida, ellos no deben olvidar que la geometría sólo crea obra de arte cuando no es un fin por sí misma; ella no tiene más virtudes estéticas que las de la inspiración que la anima y la de la sensibilidad que se expresa a través de ella.

Por lo demás cuando se estudia el arte geométrico del pasado, uno se da cuenta que no fué en ningún momento un

arte realmente abstracto. El arte árabe, aun en su última época, en que la figuración geométrica fué llevada a un extremo refinamiento, no hizo de la geometría un uso abstracto en el sentido que se pretende dar al arte abstracto de hoy día. Nada hay de más intensamente plástico, nada de más vivo que esas formas geométricas en que la emoción personal domina el razonamiento y el cálculo y se impone. Y es esta calidad personal solamente lo que cuenta en el arte como en la vida. Un individuo o una raza que la ha perdido tiene que desaparecer.

Sin embargo es esta afirmación de su personalidad que algunos llaman con desprecio la fantasía egoísta del artista. Una pintura puramente abstracta no es sino un juego fácil que cualquiera puede lograr. Es más emocionante poner dos objetos juntos que hacer curvas y cuadrados, aun cuando las proporciones de las superficies y los valores de los tonos sean de un feliz resultado: emocionante por las dificultades, los riesgos y los peligros que implica siempre la presencia del objeto que hace en seguida resaltar los límites del artista. Pero la belleza de una obra no reside en la dificultad vencida. Es sólo la calidad de la obra lo que importa.—CHRISTIAN ZERVO S.

LA INFLUENCIA DEL MAR EN LA POESIA DE SALVADOR REYES

REALMENTE hay en nuestros poetas jóvenes una decidida pasión por la idea del mar. Esto no es nuevo, como creen algunos. Ya Pedro Prado, por ejemplo, hizo clásico hace diez años su poema en prosa *Los Pájaros del Mar*, admirable en su género. Es uno de los pocos poemas en prosa que sobreviven en nuestra literatura, gracias a su amplitud simbólica y por ser una intensa visión marina. Yo no sé a punto fijo cuántos poetas chilenos, después de Prado—que también en *Los Diez* crea bellas fantasías marinas—hallaron en el mar sugerencias e imágenes para sus versos y prosas. Sería largo y pesado verificarlo a través de tantas publicaciones, en diez años o más. Solamente, de refilón, recordemos que Víctor D. Silva—halló sus mejores entonaciones líricas en el mar para su composición *Por los Mares del Sur*, objeto de un premio en concurso. ¿Quién no recuerda aquello de

Crepúsculo. Alta mar. El viento frío
asaetea mis músculos. ¿Qué sueño
es el que viene, pájaro zahareño,
a revolar en torno del navío?...

También por aquella época Augusto Thompson escribió delicadas prosas de sus viajes transatlánticos. No es ocasión, sin embargo, de hacer aquí una larga bibliografía de nuestros escritores que se han ocupado del mar. Esa labor amedrentadora la dejamos para no muy distante ocasión. Tal vez adquiera la forma de una antología marítima, cosa que no se ha hecho nunca en nuestro país. Ya una vez, en 1927, el poeta Zoilo Escobar me expresó el deseo de reunir una biblioteca universal de poetas marinos. Pero no le fué posible ampliarla mucho por la crisis de librería que sufría el puerto y, en cuanto a nuestros poetas, porque la mayoría ha escrito y publicado sus versos marítimos aquí en Santiago, ciudad montañesa. . .

El mismo Escobar es uno de los primeros poetas chilenos que han reflejado el mar en sus versos. En *Girasoles de Papel* (1928), libro injustamente olvidado, publicó poemas como *Mar, Sol y Viento* y *La Canción de los navegantes*, inspirados en el auténtico mar chileno. Porque este literato, que cuenta 63 años de edad, ha vivido más de 40 en Valparaíso, mezclado, día a día, a la vida portuaria, por su empleo en la Gobernación Marítima. También ha escrito esmeradas y esmeriladas prosas marinas. El primero de los citados poemas es el tan conocido que empieza:

Me dijeron: ¡No he visto costa más desolada!
Si es que se llega a ella, no se ve nada, nada:
El agua, el sol y el viento fatigan la mirada.

Mas yo que admiro el agua, admiro el sol y el viento
me encaminé a la playa con el ardor que siento
por todo lo que brilla y esconde algún acento.

En el curso del poema hay interesante imágenes:

Por fin llegué. Las aguas en los negros breñales
batían sus espumas, rompían sus cristales
al son de cajas, trompas, dulzainas y atabales.

El sol desparramaba su vida en el crisol
de la inmensa llanura del agua tornasol,
y entre una y otra ola colocaba otro sol.

El viento, el viejo amigo y el músico viajero,—
de su órgano arrancaba quedas quejas primero. . .

Dice el mismo poeta, en su *Canción de los Navegantes*, de más libre forma:

«Para inflamarse el corazón de horizontes de ensueño,—hay que sentir la voz de los navíos locos y aventureros. . . —Hay que asomarse al gran mundo de los rumores y de las leyendas del mar;—hay que acordarse de las goletas desmanteladas, viejas y solitarias—y de las olas que se abrazan como serpientes enamoradas. . . ».

Al final del poema exclama:

Treinta años os conozco, lobos y lobeznos del mar;
treinta años he mirado a vuestros ojos perspicaces
y a vuestros rostros yodados por las algas...

Efectivamente es así, y todo aquel que quiera escribir sobre el mar chileno y sus poetas tendrá que recordar a este bondadoso y claro marino literario—como personaje de Conrad—que acuña y guarda en su corazón interminables crepúsculos marítimos.

Por lo demás, no es preciso mencionar a todos los Corbière y los Rimbaud que, directa o indirectamente, se han inspirado en el mar. Baste decir que en la obra de todos los mejores poetas nunca el mar deja de poner sus brillos metálicos, sus ruidos ortofónicos y sus admirables sugerencias. Es una tendencia general que, entre nosotros, se ha hecho escuela. No hay sino hurgar críticamente un poco en la poesía joven de Chile para darse cuenta de ello. Es indudable que la influencia del mar en nuestra literatura es un problema que no carece de interés. Y pienso estudiarlo en toda su extensión, para que se precise su magnitud y pierda el carácter de incipiente con que algunos escritores nuestros lo observan (1). Hay que reconocer en otros, no obstante, más certera apreciación de él (2).

Con todo, nuestro amor al mar lo hemos tomado de la literatura francesa, aunque Francia ha tenido pocos poetas del mar y sí muchos novelistas de los viajes. Brauquier mismo, «poeta de los puertos», a pesar de la admiración de «Lord Jim», carece de elevación. ¿Hay alguna sugerencia poética en las siguientes líneas citadas por él?

(1) Me refiero a «Lord Jim». Glosando al poeta francés Louis Brauquier (*Atenea*, N.º 63, Mayo de 1930) ha escrito: «En Chile comenzamos a darnos cuenta de que debemos ocuparnos del mar». Subrayo lo de comenzar porque en realidad, estamos al fin de ese comienzo, como es fácil probarlo. Es lógico, por otra parte, que Lord Jim crea eso, pues parece que llega al país después de estar buenos años ausente de él. La otra palabra la subraya «Lord Jim» seudónimo que, de pasada, recordemos es tomado de una novela del famoso marino y novelista Joseph Conrad.

(2) Por ejemplo, E. Solar Correa. Estudiando a Alonso de Ovalle como «descubridor de la cordillera» en nuestra literatura (*Atenea*, N.º 65, Julio de 1930) menciona a los prosistas y poetas Guillermo Labarca, Magallanes Moure, Pablo Neruda, Salvador Reyes y Mariano Latorre como continuadores de esta tendencia «marinista», porque en realidad los verdaderos «descubridores» literarios de nuestro mar—según el señor Solar Correa—son: Darío (en *Azul*), Isaías Gamboa, Pezoa Vélez, D'Halmar, Dublé Urrutia... Hace notar, en la época presente, como escritores y poetas interesados en el mar a: Edwards Bello, Garrido Merino, Casassús y Luis E. Délano. Yo pienso demostrar en este estudio que el «sommerscalismo» de nuestros poetas es más amplio.

Et la mer nous ayant repris,
Le trois mâts «Orlands» de Gênes,
Qui appareillait dans le port
Fût un instant tout notre amour.

(Y habiéndonos ganado de nuevo el mar—el velero de tres mástiles «Orlando», de Génova,—que aparecía en el puerto—fué en un momento todo nuestro amor).

En Inglaterra, al menos, John Masefield es menos ramplón, más marino y poeta. Pero para hallar verdaderamente dignificado el mar, en la literatura francesa, hay que volver a recorrer *Bateau Ivre de Corbière*, o percibir los resplandores como de soles matinales sobre el azogue líquido de las olas, de algunas *Illuminations de Rimbaud*. Además hay el mar de pesadilla y frenesí de Isidore Lucien Ducasse (*Canto al Viejo Océano*) y de Apollinaire (*El Viajero de Landor*). Con esto he citado las mayores fuentes en que se inspiran nuestros poetas «marinistas» (1). Porque es efectivo que algunos poetas jóvenes de este país, por diverso camino, han convergido curiosamente a hacer casi un culto de la idea del mar. Sea por seguir una tendencia, o no, siempre apelan a una imagen evocativa—color de puerto, recuerdo de un mástil o sombra de un barco—para reforzar sus demás sensaciones. Es como una evasión de la sensibilidad cuando ésta amenaza ahogarse dentro de las impresiones íntimas.

*
* * *

Salvador Reyes es el que más ha explotado el mar en sus versos. Lo ha hecho hasta el cansancio, en forma tal que ha llegado a influenciar a toda la restante poesía joven. No sé si ello será un mérito o un defecto. Es indudable que profusas lecturas de Marryat, Conrad, Mac Orlan, Fenimore Cooper y hasta de Salgari han influido en la movediza imaginación de Reyes, pudiendo crearse una visión especial de la vida marina. Pero su impresión total o conjunto de impresiones tiene que ser, por fuerza, libresca. Es libresco Reyes cuando evoca los piratas de Sabatini que asaltan o defienden—según le convenga a su contradictorio jefe, el capitán Blood—una imaginaria isla Tortuga, en el mar Caribe. Lo es cuando evoca las tripulaciones abigarradas de Mac Orlan y sus Marsellas ruidosas y sentimentales. Lo es también aun a través de los psicológicos pilotos y los complicados capitanes que novelizaron Conrad o Jack London, y

(1) Hubo una tendencia cultista así llamada, creación del poeta italiano Marini; pero nada tenía ella que ver con el mar. Ahora uso el término porque lo hallo más sencillo que «sommerscalismo» usado más adelante.

hasta a través de los sospechosos pioneers de Cooper. Mucho más falseada es la impresión cuando son los aventureros problemáticos de Salgari, en truculentas correrías por Africa y Oceanía, los que sugieren a Reyes un poema, o al menos una imagen o un cuento. Tal vez sea error, pero lo primero que uno cree es que Reyes no puede escribir si no lee de antemano una novela de los escritores ya citados. Una gran reserva de subconciencia imaginativo obra en su producción. Puede que hagan cinco años que no lee una novela del mar; pero no puede evitar que las sales del recuerdo, en la cámara oscura de la imaginación, obren sobre la placa virgen, de emulsión intocada. Lo que resulta es una fotografía reciente de una visión muy lejana. Rara será la vez en que nos dé algo tomado de la naturaleza, directamente. Tal es Reyes, cuentista.

Acaso su poesía es lo que salva más de esta influencia. Veamos, sin embargo. Empezó, en 1922, publicando un libro de versos con el título traducido del conocidísimo poema de Corbière: *Barco Ebrio*. No obstante, muchas visiones de ese libro me consta que proceden de la naturaleza: las sintió en puertos como Antofagasta y Valparaíso. De esa época, en que usaba Reyes el verso libre, corto y el medido, datan poemas como *Viaje* y *El Tesoro*. En todas sus evocaciones de entonces siempre ve

...más allá
la canción tumultuosa de los puertos:
Tolón, Shangay.

Sus mejores imágenes de entonces son por el estilo de éstas.

«El timonel va abriendo un surco—que nadie ha de sembrar». «La noche ondula ante el navío—y una estrella filante—la parte por mitad».

El Tesoro es tanto o más conocido. Se ha vuelto a publicar buenas veces (1):

Lo mismo que una barca a la deriva,
mi corazón va por los mares grises.
Lo tripulan mujeres pensativas.

Reyes dice que a igual que un capitán desventurado—va echando tesoros por la borda». Sus tesoros son naturalmente, los recuerdos, cuyos «vagos estandartes» «en los largos ocasos marineros—el viento agita entre las jarcias de oro». Y el mar recibe sus tesoros «como recibe a los marinos muertos»... «¡El mar que un día acogerá mi cuerpo!», agrega, emocionado y

(1) La última vez lo fué en 1929, en la revista *Nautilus*, dirigida por Oreste Plath, en Valparaíso. Allí mismo se reprodujo *Mar, Sol y Viento* de Escobar.

convencido. Este capitán romántico dice que lleva dormida en la popa de su barco «rosas fastuosas y crepusculares». Y habla de ataviar de seda con cantos indolentes a las mujeres que le acompañan en su viaje, con la conciencia de que la última riqueza que tendrá que botar al agua serán los cuerpos blancos de esas mujeres. Una melodiosa sensualidad decadente, mejor dicho, una decadencia marinera, predomina en los primeros poemas de Reyes. Iguales imágenes, aunque con leve cambio de tono, se advierten en la última cosecha de sus versos, *Las Mareas del Sur*, publicada el año pasado.

Como antes, siempre decadente, para escribir sus poemas escoge

La hora
de la cual se desprenden
las lágrimas de las mujeres
que amaron a los marinos.

Ama especialmente ese momento «cuando la noche aparece—junto al viejo muelle». Ese muelle, no sé por qué—¿acaso en homenaje al Príncipe de Gales?—siempre está lleno de fardos ingleses... (Véase el poema *Mensaje*). Idea que tiene insistencia notoria:

Te veo indecisa en el muelle nocturno
donde los fardos de mercaderías inglesas
alzan los vericuetos de una ciudad trágica...

¿Por qué inglesas, no más? ¿Por qué ese monopolio? Podían ser también noruegas, italianas, yanquis, japonesas.

De vez en cuando surgen de los poemas de Reyes imágenes más o menos agradables y legítimas, más o menos creadas:

el acordeón
—bomba neumática de la tristeza—
achica el agua de los portones.
.....
Todo el tabaco del marinero de guardia
se ha ido al cielo.

(*Mensaje*).

La pipa, bien equipada, parte hacia el país de lo inútil.

.....
Mi pipa enciende un faro a los fantasmas

.....
Y la ciudad echa el ancla en los espejos.

(*Límite*).

Esta última imagen recuerda demasiado a Vicente Huidobro, de quien Salvador Reyes fué muy próximo discípulo en sus primeros tiempos.

Hay veces también en que todo el ambiente de un poema suyo gira, como en un pivote, y se tiñe de color marítimo a la simple aparición de una imagen marinista. Así sucede, por ejemplo, en el titulado *Tiempo*. Empieza:

Yo soy el viejo hombre de las tormentas
a quien el invierno
lame obstinadamente la mano.

Pero no tarda en surgir la evocación, mejor dicho la manía de la evocación marina, y a los pocos versos dice:

A veces me despierto
cubierto de sangre y de blasfemias,
porque el mar, en la noche, arroja sobre mí sus muertos.

Estamos, como se ve, en el polo opuesto de la vida de este piloto mental. Ayer gobernaba, como en un *Embarquement pour Cythère* de Watteau, decadentes barcas llenas de mujeres soñadoras. Hoy sufre, en la sombría playa, la fatalidad del mar. Este joven Capitán abandonado a causa de su misma condición, llega a hacer declaraciones algo cómicas:

Yo soy el viejo hombre.
Mi alma y mi barba me molestan
y parece que me crecen juntas.

¿Tenía entonces razón Pedro Sienna cuando, en unas greguerías de su *Caverna de los Murciélagos* consideraba postiza la barba de capitán de barco de Salvador Reyes? . . . ¿Y el alma? Ya él lo ha dicho: le molesta. Debe ser fastidioso, en realidad, a causa de esa alma, no poder escribir ni un poema ni un cuento en que el mar no se haga presente: *Barco Ebrio*, *El último pirata*, *El Matador de tiburones*, *Las Mareas del Sur*, etc. En toda su producción predomina la nota del mar, a veces nota falsa del mar auténtico, a veces metáfora muy lograda que le inspira un mar leído. . . . Ello es casi una obsesión. Aun cuando quiera reflejar un ambiente inmóvil, una visión contemplativa. En su poema *Velada* dice que.

El gran viaje inmóvil a través de los días
tiene aquí su descanso.

Y pocos versos más allá no puede dejar de ver, después de los «astros que flotan en el *agua* de la noche»,

grandes navíos pálidos. tripulaciones etrias.

Igualmente en su poema *Límite*:

Permanezco tendido. Me arrastra la *marea* del sueño.
Soy el cadaver del *náufrago*
de cuyo barco jamás se supo el nombre.

En esta composición es donde está la imagen de «la pipa, bien equipada. . .» Huidobro decía que éstas eran las metáforas exclusivas de su Creacionismo; pero la verdad es que los expresionistas alemanes, los cubistas franceses, los imaginistas británicos y yanquis, los futuristas rusos y los ultraístas españoles los hacían iguales, antes y después de Huidobro.

Hasta cuando Reyes viaja por tierra, muy lejos del mar, no puede olvidarlo. En su poema *Auto*, reflejando sensaciones de movimiento, no puede dejar de notar que

«uno roza todo lo que encuentra al paso;—siente cómo se filtra en las rendijas de las maderas,—cómo avienta las polvaredas,—cómo hace *cantar las ramas—con voz de niño o de mar*».

La inspiración de Reyes, como en el caso de Rimbaud, está siempre en movimiento. Es enemigo de las visiones sedentarias. Y su fantasía se evade siempre hacia la gran libertad sonora del mar, hastiado de las estrecheces urbanas. Sólo que hubiera sido maravilloso que ello no le absorbiera tanto hasta aparecer como monomanía.

Así como en Reyes aunque en mucho menor grado, la influencia de mar se nota en los demás poetas jóvenes de Chile. Tenemos sólo cuatro o cinco poetas exclusivos en sus tendencias Juan Marín y Diego Barros O., son los cantores de la aviación; Alejandro Vásquez A., de los temas médicos; Angel Cruchaga, de los asuntos cristianos. El resto divide sus preferencias entre la mujer y el mar. Raimundo Echeverría y Larrázabal, M. Munizaga Iribarren, Luis Enrique Délano, Carlos Casassus, Moisés Moreno y otros han hallado sugerencias atractivas en la idea del mar, en la visión de los puertos, unos habiendo viajado y otros no, unos librescamente y otros realistamente. El hecho es que poseyendo el largo banjo de plata del Mar Pacífico, necesitábamos tener sus poetas. Y ya los tenemos.—NEFTALÍ AGRELLA.

UN LIBRO GENIAL

LOS españoles se quejan de no ser comprendidos. Pero la queja que debieran formular es la de no comprenderse a sí mismos. Frecuentemente su historia, sus monumentos, sus paisajes, sus obras literarias, y hasta sus hombres, les son revelados por los extranjeros.

Tenemos, para demostrarlo, si es que esto necesita demostración, el caso de Gracián. Al escritor aragonés le conocen, por afición y trato, más del otro lado de los Pirineos, que en España. Y el relativo desconocimiento no se debe sólo a desdén sino a una suerte de inhabilidad que hasta hoy han tenido los españoles para la presentación de lo que producen, ya sean libros o naranjas. Saben que su fruta es excelente por la aprobación de Inglaterra. Y lo mismo pasa con algunas obras maestras.

Cuando se piensa en la suerte póstuma que ha corrido Baltasar Gracián, extraña menos el total olvido de un tiempo, subsiguiente a la boga europea, que la insuficiencia de la rehabilitación. El autor del *Discreto* no está hoy desestimado como cuando escribía Quintana, pero ni es un favorito de la erudición, ni vemos que sus libros corran de mano en mano, aun cuando sólo sea dentro del círculo que se asigna a los clásicos. En España se le estudia menos que en cualquiera otro país. Sus obras apenas tienen público. Para encontrar una biografía del portentoso creador, tenemos que acudir a la del francés Coster. Si se quiere dar con apreciaciones críticas de cierta extensión, el curioso necesita buscarlas en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Francia y hasta en Polonia.

Los españoles no han hecho una sola edición de páginas escogidas, como la que publicó en 1925 el *Mercure de France*. Las reimpresiones de Gracián, todas parciales, no son numerosas. Rodríguez Serra dió el *Héroe* y el *Discreto* en un tomo que tuvo dos ediciones defectuosas y distanciadas. Una es de 1900 y la otra de 1909. En 1918 sacó a luz Calleja los mismos tratados, añadiéndoles el *Oráculo Manual* y la carta sobre la batalla de Lérida. El tomito, notable por su primor, buen gusto y respeto a los cánones de la crítica, fué obra de don Alfonso Reyes. La empresa *Renacimiento* había publicado en 1913 el *Criticón*. Desgraciadamente el magnífico papel y la buena impresión sólo sirvieron para recibir un vaciadizo de puntuación anárquica y de heterografía. El texto puede entenderse con voluntad y a punta de lápiz. Aun sin esto, no sería temerario afirmar que parte de la edición estaba de antemano condenada a quedarse en los almacenes, y que la mayoría de los compradores adquirió el libro para adornar sus estantes.

El *Criticón* es de poca ventura. Los gracianistas más convencidos escriben de un modo que asusta al público. Coster, especialista consagrado, piensa que no se puede leer el *Criticón* desde el principio hasta el fin. Le llama novela de cajones. Uno de los prologuistas de la popular colección formada por Rivadeneyra, ha contribuído también para mantener en su ignorancia a los que

huyen de libros difíciles. En el tomo segundo de novelistas posteriores a Cervantes, dice don Eustaquio Fernández de Navarrete, que la lectura del *Criticón* es obra de paciencia, por la frialdad, compañera de la alegoría, y por la falta de claro oscuro en el estilo. Fernández de Navarrete, como Coster, admira a Gracián, y cree que cada capítulo, leído de por sí, es un encanto.

Tal vez lo que haría falta para popularizar el *Criticón*, hasta donde puede entrar en la corriente este género de escritos, sería aligerar la materia, aun siendo alegórica, la novela no fatiga. Lejos de ello, cuando el creador se manifiesta, el lector queda subyugado. Los caracteres tienen tanto relieve y las situaciones se dramatizan con tanto ímpetu, que la sucesión de los hechos nos apasiona. Gracián conmueve. Suprimiendo, pues, o aislando con tipo menor los giros de retórica cultista, los excesos de conceptismo y los pasajes añadidos, aportación desdichada del mal gusto que domina un siglo decadente, la fábula conserva toda la fuerza de su hechizo. Cualquier lector seguiría con anhelo las cuarenta y ocho *Crisis*. Sin creer que la segunda parte del *Criticón* sea superior a la primera, y la tercera a la segunda, pues en todas el vuelo de la fantasía toca las mismas alturas, hay progresión verdaderamente novelesca en la ficción y se va por lo mismo de sorpresa en sorpresa, desde los primeros pasos de Critilo y Andrenio en el *Valle de los Vicios* y cerca de la *Fuente del Engaño*, hasta la *Cueva de la Nada* y la *Rueda del Tiempo*.

No es de extrañar que al hacerse el citado tomo de páginas selectas para la biblioteca del *Mercure de France*, prologada por André Rouveyre, y traducidas y anotadas por Víctor Boillier, dieran mayor espacio al *Criticón* que al *Héroe*, al *Discreto*, al *Oráculo* y a la *Agudeza*. Se trataba de presentar *Pages caractéristiques*, y si las hay se hallan en el *Criticón*.

Ya desde la traducción francesa del libro hecha en el siglo XVII, y reconocida como clásica, se ve la importancia dada al *Criticón*. Su título—*l'Homme detrompé*—expresa con exactitud la peregrinación del desengaño. No sorprenderá que habiendo sido inspirador, y aún algo más que inspirador de La Rochefoucauld, Gracián entusiasmase a Schopenhauer, inducido acaso por Goethe para que estudiara las obras del pensador aragonés. Schopenhauer concibió el proyecto de traducir el *Criticón*, y buscaba editor que no pudo encontrar. Conocía todos los tratados de Gracián y si se fijaba en el *Criticón*, era no sólo porque allí está íntegro su pensamiento filosófico, sino también porque el poeta expresa mejor con alegorías lo que el hombre de abstracciones procura encerrar en apotegmas.

Menéndez Pelayo dió a la potencia imaginativa de Gracián su más justa estimación y el sitio que le corresponde. Siendo, como la describe, varia, amena y prolífica, por ella podía «maravillar, y deslumbrar, atando de pies y manos el juicio». Se le toma por el escritor más seco, y todo lo dice Gracián con imágenes. ¿Qué expresión de las suyas no se graba? La vanidad, miseria de nuestro destino, aparece en una visión: «aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma, y el clarín con que este Hombre-Rey entra en el Mundo, no es otro que su llanto, señal que su reinado todo ha de ser de penas». (*Crisis* V, I). Y en la IX dice de la lengua que siendo «una fiera, bien es que esté entre rejas de dientes y puertas tan ajustadas de los labios».

Podría formarse un tomo de quinientas páginas con el Gracián luminoso, de palabra directa y de estilo tan llano como el de una carta confidencial; un Gracián sin las sutilezas, sin los rodeos y confusiones de estilo que para el expositor Marimée hacen difícil y torturadora la lectura de sus libros. Pero ese tomo debería estar acompañado de una crítica para definir las facultades que colocan a Gracián entre los genios de la creación literaria, superándolas de las perturbadoras influencias con que las maleó el tiempo.

Como un ejemplo de sencillez, oigamos las palabras que pone en boca de la Adulación: «Yo, aunque miento, no engaño, porque echo las mentiras tan grandes y tan claras, que el más simple las conocerá. Bien saben ellos que yo miento; pero dicen que con todo, se huelgan, y me pagan». «Aun la concisión lapidaria de la conclusión, trabajada a martillo, es perfectamente accesible. «No hay engaño donde ya se sabe que le hay».

A veces la metáfora y el juego de palabras coinciden con la limpidez. El artificio se diluye. Hablando de las tapadas, dice que se cubren contra su natural inclinación de ser vistas, para correr el velo a sus obligaciones. Cubrirse es señal de la desvergüenza. Cuanto más descaradas, esconden más la cara. Todo lo hace la moda. Ayer iban descotadas, que descubrieran más si más pudieran.

Ordinariamente no se ocupa en estas predicaciones de moral menuda. Sus alas le llevan sobre las cimas de los eternos problemas. El que más le atrae y que trata con variedad, es el de la pequeñez humana. En la penúltima *Crisis* de la tercera parte hay una gradación emocionante de nuestra insensatez. Nada son las audacias del equilibrista, y no piensan los hombres en el peligro del propio destino. «Admíranse de ver al otro temerario andar sobre una gruesa y asegurada maroma, y no se espan-

tan de sí mismos que restriban sobre una, no cuerda sino muy loca confianza, de una hebra de seda; menos: sobre un cabello; aun es mucho: sobre un hilo de araña; aun es algo; sobre el de la vida, que aun es menos. De esto sí que deberían andar atónitos. Aquí sí que se les habían de erizar los cabellos, y más reconociendo el abismo de infelicidades donde los despeña el gran peso de sus muchos yerros».

A Gracián le pasa lo que al indiano de las esmeraldas, cuyo lance cuenta en una sátira del *Discreto*. Conocemos tantas excelencias gracianescas que al dársenos lo óptimo de su producción, creemos que es algo trivial. «El indiano de las esmeraldas» expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiración. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el orden de agradar; pero bajóle éste por mitad la estimación, y con esta proporción fué prosiguiendo con la tercera y con la cuarta. Al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporción, oyó la causa con enseñanza nuestra: que la misma abundancia de preciosidad se hacía daño a sí misma, y al paso que se perdía la raridad, se disminuía la estimación».

Contra su propio consejo, Gracián jugó menos del basto que de la malilla.

Prodigó tanto las joyas, que éstas se pierden, y hay que buscar con esmero en la abundancia del tesoro.

Por eso es de recomendarse que las ediciones de Gracián se multipliquen, y así cada público tendrá el Gracián adecuado a sus aficiones. Se dará el fantástico para la adolescencia; el novelesco para la juventud; el filosófico para la madurez. Pues para todos escribió, todos debiéramos leerle.—CARLOS PE-
REYRA.

(Exclusivo para *Atenea* en Chile.)
Madrid, 1931.

NOTAS AL FASCISMO

EN un libro del Conde Sforza—ex-Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, en períodos anteriores al advenimiento de Mussolini—se consagran algunos capítulos al estudio de los orígenes y transformaciones del fascismo. El libro del Conde Sforza analiza las convulsiones sociales y políticas de la Europa posterior a la guerra. La alta situación que el autor tuvo en Italia y las comisiones diplomáticas que desempeñó en diversos países,

le permitieron conocer de cerca a los políticos más representativos de Europa. Por lo demás, el Conde Sforza es un observador sagaz y hombre de una vasta cultura histórica. Su libro *Les Batisseurs de L'Europe Moderne*, es una magnífica galería de retratos psicológicos y un luminoso documento de las corrientes del pensamiento político y social de Europa en los últimos veinte años.

Para el Conde Sforza, los orígenes inmediatos del «fascismo» hay que buscarlos en la debilidad del Ministro Facta, oscuro abogado de provincia y Primer ministro en el momento en que las masas fascistas decidieron actuar en la política italiana. Facta era el tipo del político sin carácter que equilibra siempre sus posibilidades de éxito entre dos bandos en lucha. Crecido a la sombra de Giolitti intentó, en el momento mismo en que lo halagaba, contemporizar con los fascistas en cuyo primer ministerio aspiraba o creía alcanzar una cartera o la jefatura. El 24 de Octubre de 1922, los fascistas se reunieron en Nápoles. Ese mismo día, Mussolini se dirigió a Milán. El día 27, los fascistas notificaron a Facta que debía renunciar, cosa que ocurrió la noche del mismo día. Entre tanto, estando ausente Mussolini, se organizó la «marcha sobre Roma». Por su parte el ministerio dimisionario, se reunió esa misma noche y decidió con la voluntad concertada de tres Ministros, los más enérgicos del gabinete—Amendola, Alessio y Tadey—resistir a la presión de los fascistas y acordaron proclamar la Ley Marcial en todo el reino. La mañana del 28 de Octubre, Facta se dirigió al palacio del Rey para someterle el decreto, pero regresó sin la firma. Los ministros insistieron en la necesidad de proclamar la Ley Marcial y obligaron a Facta a volver de nuevo donde el Rey. Pero Facta regresó una vez más sin la firma real. Existe el convencimiento de que Facta aconsejó al Soberano que no firmara el decreto, alegándole que el gabinete carecía de autoridad, por el hecho de ser un gabinete dimisionario. Lo cierto es que la noticia de que el decreto no había sido puesto en vigor, se esparció con rapidez y las masas fascistas aumentaron. De tal modo aumentaron, que la noche del 28 de Octubre, Mussolini, que aun se encontraba en Milán, fué llamado desde Roma, para formar Ministerio. De este modo el Conde Sforza, coloca en su verdadero terreno, la célebre leyenda de la «marcha sobre Roma».

Pero esto constituye la parte externa en la estructura fascista; la parte que el historiador futuro deberá tomar para darle a los acontecimientos que trastornaron a Italia, el carácter que en realidad tuvieron. El Conde Sforza es, ante todo, un crítico del fascismo; un crítico que procede con absoluta serenidad que

juzga de acuerdo con datos inmediatos, con un conocimiento profundo de la psicología del dictador italiano y de los sucesos de la historia italiana. No desconoce que el movimiento fascista del primer tiempo, estuvo sacudido por un real impulso de renovación. Le concede fervor idealista. Por lo demás en casi todas las revoluciones históricas intervienen elementos ideales y materiales; y en casi todas las revoluciones históricas, los impulsos ideales de origen son supeditados o aniquilados por las fuerzas materiales que se corrompen y sepultan lo mejor del pensamiento que les dió vida. Así ocurrió con el fascismo. Las contradicciones entre los sufrimientos padecidos durante la guerra por los hombres jóvenes que formaron más tarde en las huestes del *fascio* y las realidades precarias de la paz, movieron a esas masas a intervenir de un modo efectivo en la vida política del país. Acudieron con la esperanza de modificarlo todo. Los programas con que se les llamó a estrechar filas, eran muy nobles en sus fines; pero no se cumplieron. El fascismo sufrió las transformaciones que le impusieron las circunstancias y de un estado de idealismo casi mesiánico, pasó a un estado de violencia o mejor a un estado policial. Mussolini quiso unir el fascismo con los *popolari*—demócratas cristianos—pero la unión no pudo verificarse. A su alrededor crecía el descontento por las medidas que se empleaban—hay que recordar los primeros tiempos trágicos del fascismo, con su cortejo de persecuciones, deportaciones y su sistema del aceite de ricino para ganar voluntades—y contra este descontento, Mussolini consideró que para afirmar su prepotencia no había otro camino que barrer con los obstáculos que se le oponían. El Conde Sforza incluye en su análisis, el famoso borderau, con que a modo de programa el «duce» se presentó ante las masas y cuyos ejemplares fueron más tarde, confiscados, hasta el punto que hoy es tarea imposible encontrar uno. Vale la pena conocerlo:

1.—Una Asamblea Constituyente Nacional, procederá a una transformación radical de las bases políticas y económicas de la vida de la comunidad.

2.—Proclamación de la República Italiana. Descentralización del poder ejecutivo: administración autónoma de las regiones y comunas, confiadas a sus órganos legislativos respectivos. Soberanía del pueblo, ejercida por el sufragio universal de todos los ciudadanos de ambos sexos, conservando el pueblo la iniciativa del referendum y del veto.

3.—Abolición del Senado. Abolición de la policía política. Magistratura elegida independientemente del poder Ejecutivo.

4.—Abolición de todos los títulos de nobleza y de todas las órdenes caballerescas.

5.—Abolición del servicio militar obligatorio.

6.—Libertad de opinión y de conciencia, de religión, de asociación y de prensa.

7.—Un sistema de educación, abierto a todos, en las escuelas generales o profesionales.

8.—La mayor atención en la higiene social.

9.—Supresión de las sociedades anónimas, industriales o financieras. Supresión de toda especulación de los bancos y de las bolsas.

10.—Control y taxación de la riqueza privada. Confiscación de las tierras improductivas.

11.—Defensa del trabajo en los menores de 16 años. Jornada de 8 horas de trabajo.

12.—Reorganización de la producción sobre una base cooperativa y participación directa de los obreros en los beneficios.

13.—Abolición de la diplomacia secreta.

14.—Una política internacional basada sobre la solidaridad de los pueblos sobre su independencia en el seno de una federación de Estados.

Pero como afirma el Conde Sforza, las transformaciones se operaron en el fascismo a medida que el descontento crecía y por la contradicción entre una esperanza de elevación que se buscaba ansiosamente y con sinceridad y una realidad violenta que en nada se parecía a las anteriores promesas. Esta realidad había suprimido la libertad, es decir, la esencia del estado democrático y liberal, que Mussolini considera degeneración del Estado. Para él, el individuo es apenas una sombra ante el Estado organizado. Lo que debe primar es el «derecho dinámico» de la colectividad. Por eso ha hecho suya la fórmula de Georges Sorel: «La violencia no es inmoral». En donde hay un nudo, lo corta; un obstáculo, lo barre, una protesta, la acalla. Quiere sumisión y silencio, como en otro tiempo, Felipe II exigía de España para gobernar. Que distante estamos de la concepción de Benedetto Croce, que ha repudiado el fascismo por lo que tiene de tiránico. «Los regímenes autoritarios—escribió—sólo duran en los pueblos en decadencia, no así en aquellos en movimiento y progreso». Y refiriéndose al liberalismo, que según él, es el partido de la cultura y del porvenir, decía:

Es una idealidad que requiere meditaciones y experiencias, sentido de la historia y de las cosas complicadas y, en suma, fuerza mental y moral.

Mussolini revive en cierto modo, la fórmula política que dominó en otras épocas toda la cuenca del Mediterráneo: el instinto de la tiranía. La libertad no tiene sentido para él. Por lo menos no admite un orden diverso al que él es capaz de imponer. Siente quizá desprecio por los hombres. Por eso las grandes figuras del pensamiento liberal, aun siendo hombres de resonancia europea en el orden de la cultura, o se han alejado del fascismo voluntariamente o han sido perseguidos. Croce, Ferrero, Bracco, Nitti y muchos más, confirman esta verdad.

El Conde Sforza en su ceñido análisis del fascismo le niega

asimismo originalidad, no obstante que la fórmula nacionalista del fascismo se encuentra en Corradini quien desde 1910 expresó en una serie de ensayos que dentro de veinte años Italia sería imperialista. Corradini pedía sólo cien hombres dispuestos a morir para transformar Italia. Corradini combatía el liberalismo, la democracia, el socialismo contra los cuales, el fascismo ha lanzado sus más violentos dardos.

Buscando la génesis del fascismo, el Conde Sforza, la encuentra en la legislación francesa del tiempo de Napoleón III:

Napoleón III conservó—escribe—la apariencia del Parlamento, pero le quitó toda fuerza; y así procedió el fascismo. El Decreto-Ley del 25 de Mayo de 1852 dió vida a la prepotencia de los Prefectos, destruyendo las diferentes autonomías locales; y así procedió el fascismo. En 1855 los Alcaldes fueron nombrados por los Prefectos; del mismo modo, el fascismo se reservó el derecho de nombrar los *podestá*, en lugar de los *síndicos* que eran elegidos por el pueblo. Napoleón III, podía desprenderse de los Magistrados republicanos y una ley idéntica permite al gobierno fascista expulsar a los magistrados independientes. Por lo demás, la psicología de los dos regímenes, es por muchos aspectos, idéntica: el silencio de la nación destruido cada vez que se puede, por grandes espectáculos, por exposiciones y conmemoraciones destinados a excitar la imaginación mientras el espíritu de crítica permanece, inerte, inactivo.

Los capítulos dedicados por el Conde Sforza al análisis del fascismo, están llenos de grandes sugerencias, de fina ironía, de un profundo fervor hacia Italia. No se encuentra en ellos el ciego espíritu del apasionamiento que vela la verdad o la transforma según la fuerza de la antipatía. El autor que conoce bien la historia política de su patria, traza la del fascismo con la penetración de un historiador y de un psicólogo. Por eso estas páginas están destinadas a servir en el examen futuro, como una de las pruebas documentales más serias que se han escrito sobre la corriente política que hoy domina en Italia.

La Historia de un país—escribe el autor—pasa a través de todas las pruebas y todas sirven al desenvolvimiento de una nación: lo mismo los dolores que las afrentas. La Italia fué librada de la dominación austriaca y papal, gracias a los sacrificios de una minoría liberal e intelectual, que a través de tres generaciones, luchó heroicamente en medio de la indiferencia de la Italia rural. Por la primera vez, bajo el pesado silencio de la vida italiana, se perciben los síntomas de una solidaridad universal que se forma en nombre de la Libertad. Si el movimiento silencioso de los espíritus concluye por afirmar y crear una democracia verdadera en la que todo el mundo haya comprendido lo que significa la pérdida de la libertad, los sufrimientos del período fascista, no habrán sido inútiles.—JULIÁN SOREL.

ARCO PARA QUE PASE REVERDY

París, Febrero de 1931.

FRANCIA sufre en estos momentos una crisis poética que está consternando a los espíritus sensibles. En los agujeros literarios, en las revistas, en todos los rincones donde se esconde la inteligencia, sólo se oye esta lamentación: ¡Francia no tiene un gran poeta! En vano los dos partidos en que siempre se divide la opinión en todos los países, es decir, el de los viejos y el de los jóvenes, intentan erigir ciertos nombres. Entre los primeros, suélese citar a Paul Claudel, Paul Valery y León Paul Fargue. Los tres Paul cuentan más o menos con el mismo número de partidarios. En cambio los jóvenes parecen estar uniformados en la creencia de que el que mejor los representa es el superrealista Paul Eluard. Pero es evidente que ninguno de ellos, ni siquiera el que a mí mismo me parece el más interesante, el cuarto Paul, tiene envergadura suficiente como para que se le considere el poeta de Francia, el gran poeta francés de nuestro tiempo.

Los críticos y los lectores están buscando al gran poeta de Francia en los bulevares, y ese es su yerro. Metido en el silencio de un refugio católico, en París o en una aldea, que sé yo dónde, hay un hombre que un tiempo atrajo sobre sí la atención de toda la gente, y al que la gente ha olvidado quizá en castigo de haber desertado del ruido civil, del ingenuo bullicio de las calles anchas y las vidrieras luminosas. Ese hombre se llama Pierre Reverdy, y yo me pregunto si ahora, extinta ya su escuela, no será preciso volver los ojos hacia él.

* * *

Yo no he estado nunca con Reverdy, sino en sueños. Me lo encontré una tarde, al volver de un poema. De uno de los suyos. O de uno de los míos. O de cualquier otro. Porque en todos está. Su significación, entre las otras que tiene, es de presencia en los libros que unos cuantos hombres hemos escrito desde 1916 hasta ahora. Mi amigo Huidobro me perdonará que afirme haber reconocido esos grandes ojos ardidados de hombre vestido de luto que debe ser Reverdy, atisbando el paisaje justamente por encima de la cuadratura de su horizonte. De su hermoso horizonte cuadrado. Esto es tan evidente como las naranjas. Por lo cual insisto. Y de pronto me callo.

En seguida del punto final que no hay en cada poema de Reverdy, aparece siempre éste, según he dicho, vestido de negro, con unos ojos exploradores de abismos, unos ojos negros también, pero sin párpados, equilibrándose no sé cómo en unas cuencas del tamaño de un día.

Sería inútil palparlo, pues su corporeidad es de palabra contenida. Está, y se le vé, sin que se le oiga. Es intangible, como la presencia. Hay hombres, yo acaso sea uno de esos, que entran en todas partes como un viento; Reverdy es como un aire. Reposado y viviente como una voz, aunque nacida, que no llega a lanzarse. Pienso que he escrito en estas líneas la anatomía de un poeta. Y ahora digo que no hubiera podido lograrla con otro. Pues Reverdy es la poesía misma. La poesía en persona.

Sólo de tiempo en tiempo la humanidad ve crecer hombres cuya estatura se extiende de un extremo a otro de la poesía. Su dimensión es difícil como un reloj para el inexperto. Pero como al reloj, lo sabe cualquiera en cuanto marcha, o sea en cuanto canta. Siempre es grande lo no sabido. De allí que el amor de los jóvenes está separado por tantos kilómetros de promesa. Pues es enorme la distancia de la palabra *siempre*. Reverdy tiene la altura de este jugoso vocablo. ¿Y por qué no llamarlo Pedro Siempre?

Cualquiera de sus poemas, aun el más lejano de su esperanza, es toda la poesía. Toda. Podrá el lector quedar insatisfecho alguna vez, le parecerá quizás que pudo dilatarse la emoción, o aprisionarse con más justeza el encanto soñado; pero indefectiblemente reconocerá que siempre el artista lo pone frente a la única posible, a la exacta versión poética de la cosa. Sabe como nadie descubrir el lado interno de lo que parece que sólo tuviera exterior, ese contorno oculto, ese revés íntimo de los objetos y de las sensaciones en el que reside todo el secreto de la poética eterna. De la única poética posible.

Tan cierto es ello, tan efectivo, que al no avisado podría inducirlo a error respecto a la naturaleza de la emoción en sí. Pues no es que él ennoblezca el asunto, que como Cristo purifique cuanto toca. El simplemente lo ve del lado del camino que hay que tomar para no perderse en el viaje a Roma. Porque no hay asunto innoble para el artista verdadero. Si la poesía no es traducción, ni copia, ni reflejo, que por supuesto no es nada de eso, reconozcamos qué es una pura versión de lo sentido o de lo soñado. Versión, en este sentido, es sinónimo de creación. Y Reverdy es el hombre que mejo: sabe verter sus sensaciones. Toma de lo pequeño, lo grande; de lo aparente, lo escondido. Vier-

te, o sea vuelca, el dictado, lo crea. Verter, volcar y crear; todo es lo mismo.

No es fácil, ni difícil, la gustación reverdiana. Se llega a ella, pero no se alcanza. Es decir que su paladeo no es voluntarioso y ni siquiera acomodaticio. Ni por la costumbre de leerlo, ni por el afán de descubrirlo, se llega nunca a gustarlo. No es potestativo del lector desentrañar el valor recóndito del poeta, sino dijérase por el contrario que es otro atributo de éste determinar por propio arbitrio las personas que podrán admirarlo. Reverdy, pues, otorga el derecho de entenderlo, y sólo quienes estén munidos de ese salvoconducto traspasarán airoso las fronteras de sus libros. Solamente lo comprenderá y amará el que él quiera que lo comprenda y ame. Inútil será pretender lo contrario. Los que leyendo sus poemas no descubran desde el comienzo lo «grande», esos ya no podrán nunca captarlo. Para ellos está cerrada, como para los réprobos, la puerta de este cielo.

Esa es una versión de la cosa. Mas hay otra igualmente interesante. No es que Reverdy conceda la merced de admirarlo. No. Sino que ya se nace con ese don: el de entenderlo a él o a cualquier otro. Se es naturalmente o no se es admirador de un poeta. Jamás se consigue serlo. Todavía no se ha dado el caso de que un poeta que no nos gusta, llegue un día a gustarnos. Se viene a la vida con eso, que es como venir con un órgano más. Así resulta posible agregar una nueva división a las muchas que se ha hecho de la humanidad: los hombres se dividen en admiradores y no admiradores de Reverdy.

Yo soy justamente de los primeros. No lo conocía, y ya en el pavor de mis noches de principiante, supe sentir como un adormecimiento en quién sabe qué lóbulo cerebral. El cual vibró, años después, al contacto de sus primeras imágenes.

¿Imágenes? ¿Qué no es imagen en Reverdy? Todas sus palabras tienen un poder estupendo de evocación y de conjuro. Lo que en cualquier otro no tiene señalada importancia, en él adquiere una investidura jerárquica de las más elevadas que hay en el decir. No emplea un solo vocablo en blanco. Aun sus adverbios, sus participios, sus preposiciones, sus artículos y hasta sus conjunciones, están ungidos de añoranzas, de una fantasía sugestiva que yo he podido comprobar con acelerado asombro. Esos «de», esos «el», esas «y» que pueblan sus poemas, tienen de pronto una grandeza semejante a la de las más bellas palabras del idioma. Aun creo que si Reverdy se propusiera escribir un poema con vocablos pobres, con esa indigencia de las lenguas que son los artículos, las preposiciones y las conjunciones, su poema sería por propia naturaleza ingente de maravillas y

emociones. Es que el «un», el «la», la «o» de Reverdy, no son la «o», el «la» ni el «un» míos, o del lector, o de cualquier otro. Mas hay que saber, o sea hay que haber nacido con la capacidad necesaria para interpretar el espíritu escondido aún en las minucias (sólo aparentes) del poeta. A mí, por ejemplo, nacido para su goce, una simple conjunción copulativa, colocada en cualquier punto de la estrofa reverdiana, suele entregarme el camino de las mejores sensaciones estéticas.

Maravilloso destino de escritor el de este hombre. En la conquista de lectores que es la vida literaria moderna, su inaccesibilidad lo señala como el que no los busca. Hay que ahondar este rasgo de su juicio. Es el poeta de las admiraciones previas. Sus lectores son suyos antes todavía de haber abordado su conocimiento. Y jamás podrá decirse que hace concesión alguna. Reverdy es un árbol, una planta: estos dan su fruto y su flor, igual que él, dice su mensaje secreto, sin importársele por quien lo recoja.

¿Dónde suceden los poemas de Reverdy? En el intervalo de las palabras, en esa angustia de la expresión que marca la última letra del más rico vocablo, en ese espacio supraterreno donde no están sino que son ausentes los puntos y las comas. ¿Y por qué no en el cuadro de luz de las ventanas, en el clamor de amparo que llena los cielos vacíos, en el silencio gelatinoso, espeso, de las habitaciones donde ha muerto alguno? Acaso en las dimensiones ignoradas, en la abstracción de los números puros, en el reino de las miradas y de los atisbos.

No se sabe cómo ni dónde terminar el capítulo de su loa. Yo sé perfectamente que lo he empezado en esto, pero es muy posible que sólo lo termine en el cielo.—ALBERTO HIDALGO.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LOS LIBROS

BIOGRAFIA

FOUCHÉ, por *Stefan Zweig* (1).

El arte de ser traidor, un arte que exige total dominio del sistema nervioso, cierto don matemático, una perfecta frialdad política, podría titularse este libro de Stefan Zweig. Muy bien observa el escritor alemán en un hermoso prólogo que si son las naturalezas apasionadas y heroicas, calmadas de voluntad vital, las que trazan las grandes trayectorias históricas (Alejandro, César, Napoleón), la política — esta cosa menuda y cotidiana que se llama la política, — suele exigir otras personalidades más cautas y mañosas que al lado de aquellas, son la comparsa del fondo. En la Guerra Europea, observa Zweig, donde no se destacó ningún hombre genial, la vida pública de los más grandes estados de Occidente estuvo confiada a esos hombres de gabinete, fríos y astutos, frecuentemente mediocres, pero adornados con esa pequeña condición de la reserva y el disimulo. El historiador también tiene que observar estos hombres; el hombre

genial puede explicarle la peripecia culminante, pero lo cotidiano y usual, los pequeños hechos que van sedimentando una época histórica, hay que buscarlos en otro linaje de hombres escondidos en la penumbra de las antesalas o gabinetes. En la carrera napoleónica hombres así fueron Talleyrand y Fouché; pescadores de río revuelto, hombres que se salvaban mientras que los apasionados y heroicos perecían. La gran aventura de la Revolución francesa, rompiendo la jerarquía feudal, ensanchando caminos, permitió la novela ambiciosa e ilimitada de estos hombres. Así el insignificante seminarista que fué Fouché sabiendo virar de acuerdo con la ocasión, se convierte en el «ametrallador» de los aristócratas en los días del Terror; en el conjurado contra Robespierre cuando la roja estrella de Robespierre se eclipsa; en el Ministro del Directorio, en el traidor al Directorio y Ministro de Policía de Napoleón; en el Duque de Otranto, cuando Napoleón ha olvidado sus comienzos democráticos y necesita una aristocracia; en el traidor a Napoleón cuando Fouché olfatea la vuelta de los Borbones. Este hombre cuya gran fuerza son sus ner-

(1) Editorial España. Madrid, 1930.

vios fríos, sus secretos policiales, el conocimiento cabal de la debilidad humana, se reserva siempre su hueso. Sus contemporáneos caen y él queda. El jacobino de 1793 es Ministro realista en 1815. Sólo cuando los «ultras» presionan mucho a Luis XVIII; y la nerviosa princesa, hija de Luis XVI, siente horror de saludar como Ministro del Rey cristianísimo, al jacobino que firmó la muerte de su padre, la larga fortuna del viejo e inamovible Fouché termina quebrantándose. Fouché tiene que salir de Francia. Ya es inmensamente rico y si son melancólicos sus últimos días en una provinciana ciudad austriaca, es porque le falta aquello que ha llegado a serle consustancial: el poder. Ese poder obscuro, retorcido y siniestro de un Ministro de Policía. Es decir, no el poder ejercido por sí mismo, sino proyectado sobre los poderosos a quienes les sabe secretos y a quienes aparenta proteger de aquello que también los poderosos sienten: el miedo.

Los riesgos de este extraño juego, la frialdad y objetividad que exige, la absoluta falta de escrúpulos y la rápida decisión aventurera, corresponden a la psicología del hombre moderno, especialmente del hombre del siglo XIX; y el personaje de carne y hueso que fué Fouché se parece a otros personajes de la ficción contemporánea como son los de Balzac o Stendhal. ¿No hay mucho de Julián Sorel en este Ministro de Policía?

En tal sentido la hermosa biografía escrita por Zweig es otro de

los apasionantes estudios suyos sobre el espíritu del hombre europeo en las dos últimas centurias. Así como en sus «*Tres Maestros*» (Balzac, Dickens, Dostoyevski), Zweig fijó la «tipología» del hombre escritor, en Fouché estudia el «hombre político». El paralelo que hace entre Taylleraud y Fouché, como dos arquetipos del diplomático, constituye una admirable lección objetiva. Mucho más escribiríamos sobre este apasionante tema si no nos quedara el escrúpulo de parecer inmorales.

M. P. S.

EL REY BARBA AZUL.—ENRIQUE VIII Y SUS SEIS MUJERES, por *Francis Hackett*.

La psico-análisis puede ser un método de aproximación y más claro entendimiento de los personajes históricos, cuando como en el caso de Enrique VIII el historiador dispone de una amplia documentación y de un personaje de erotismo tan exuberante como el famoso monarca inglés. En realidad, la investigación psico-analítica, ha sido aprovechada en este caso con insuperable maestría y sin caer en ningún momento en lo pedantesco científico,—tan peligroso en manos de un escritor,—por el magnífico autor de biografías que es Francis Hackett. Nos hace entender muy bien Hackett que un alma tan desorbitada por la carne y el mundo y el infierno como la del rubicundo Tudor, no puede entenderse bien con los cánones de nuestra ética actual. En una sociedad como la

nuestra un personaje como Enrique VIII no pasaría de ser un monstruo, digno de señalada atención en las clínicas psiquiátricas o de ciencia sexual; en la aurora del siglo XVI es también un monstruo pero bien ubicado en el medio, en el clima moral y biológico de entonces. Más que un hombre moderno como ya lo eran otros personajes del siglo XVI: los humanistas Tomás Moro y Erasmo, el arzobispo y canciller inglés Woosley, hasta el frío estadista Fernando de Aragón, Enrique es en muchos rasgos de su carácter un personaje medioeval. A todos sus desmanes sexuales, a sus insaciables urgencias de macho incontenido, busca una explicación teológica.

Reclama de la mujer—como otros donjuanes—no solo una virginidad biológica sino también metafísica. Ocupa a los teólogos del Reino en estudiar ese problema de la virginidad, antes de materializarse en acción sexual. Cuando ya ha tenido cinco esposas que pagaron con el divorcio o el patíbulo el hecho de haber gozado de tan comprometida jerarquía, hace promulgar una ley sobre las condiciones morales y biológicas que debe poseer la esposa del Rey. Ella debe ser absolutamente insospechable, tan insospechable que no parezca persona humana. Ya las damas inglesas tiemblan de pavor cuando el Soberano se fija en ellas. La conducta de la esposa del Rey, es el más eficaz procedimiento para hacer política que tienen los cortesanos. Impulsando al Rey para que envíe sus mujeres al patíbulo ascienden

en influencia palaciega personajes como Tomás Cromwell, Norfolk o el Obispo Crammer. Dignos Ministros y funcionarios de tan extraño soberano, Francis Hackett retrata con destreza de gran novelista los rostros de esas amadas del Rey: Catalina de Aragón, la altiva española, que lleva al lecho del Rey sus largas camisas y su recio recato; la bella Ana Bolena que paga su espiritualidad y su gracia adquiridas en la corte de Francia, muriendo en el patíbulo; Juana Seymour, la delicada y suave figura que muere dulcemente y con oportunidad, antes de que el Rey tenga tiempo de aburrirse; la divertida Ana de Cleves, que cuando observa el hastío real accede a un rapidísimo divorcio antes de que llegue el hacha del verdugo; Catalina Howard, una de las mujeres que el Rey amó más y que por eso mismo, como vengando a las otras, le fué realmente infiel, y por último Catalina Parr, abnegada compañera de su vejez, que, sin embargo, estuvo a punto de caer también troncada. Una corte que vive en el sobresalto; un rey, dueño de una naturaleza demasiado abundante, excesivo en la mesa, el amor y los deportes, un rey para quien no parecen regir las reglas, de ética y de sociabilidad de los demás hombres, porque los cortesanos le reconocen su misión divina; una política de delación, sospecha e intriga que hubiera encantado a Maquiavelo, pero a la que se le agrega la rudeza inglesa, este es el cuadro rico en plasticidad y expresivos detalles que reconstruye Fran.

cis Hackett. Como en casi todas las épocas de la historia humana muy poco puede la inteligencia ordenadora contra aquella monstruosa fauna de instintos: en ese mismo tiempo Erasmo recorre la Europa luchando por crear una «razón europea»; se admira su hermosa prosa latina, pero no se le hace caso; Tomás Moro, el que había construido una ciudad ideal, un «Reino de Utopía» donde el porvenir de la Inteligencia pareciera más claro, paga sus escrúpulos, su don de análisis, en el patíbulo. Con soberanos como Enrique VIII no se puede analizar.

Francis Hackett anuncia un nuevo libro sobre Francisco I y Carlos V que integrará con el que comentamos, un animado panorama de la Europa del siglo XVI.—*M. P. S.*

PSICOLOGIA

LA PSICOLOGIA DEL LLANTO, por *Baldwin Schwartz.*

Es un librito de breve formato, con no más de cien páginas de texto. No obstante la vivacidad del análisis y cierta elegancia del discurso, acaba la lectura con una sensación de dificultad y monotonía. Defecto de nuestra disciplina. Nos perturban ciertas insistencias de Schwartz hasta el punto de que quisiéramos borrarle, con todo respeto, algunas. Su tranquila minuciosidad no nos contagia.

Comienza examinando los fenómenos de expresión en general y dejando constancia de su enorme variedad y de la gran amplitud

de la esfera que los abarca. En resumen, expresión es la exteriorización, sumamente peculiar y misteriosa de un interior. Luego alude al problema de si la expresión sirve en algún sentido o no sirve a la comunicación interpersonal. Distingue algunos fenómenos expresivos que se hallan necesariamente ligados a dicha utilidad y otros que no lo están necesariamente. El llanto pertenece al número de los fenómenos de expresión puros, es decir, no ligados a la esfera del contacto interpersonal.

Los fenómenos emocionales—actos de alegría, tristeza, indignación, entusiasmo, desprecio, admiración, ira, ternura, odio, amor, etc., designados tradicionalmente con el nombre de afectos—poseen una relación peculiar con el cuerpo. Su carácter fundamental consiste en que son temas de posición por parte de la persona respecto a los objetos que tiene delante. Para ello, estos objetos necesitan poseer cualidades capaces de afectar al alma de una manera determinada. Ahora bien, el sector entero que comprende los fenómenos emocionales tiene, como es sabido, una múltiple conexión con el fondo fisiológico que suele llamarse esfera vital. Sobre éste la vida emocional ejerce sus determinadas influencias, por ejemplo presión o tensión. Si en este caso lo emocional se intensifica, crece también su efecto sobre la base vital y, por último, surgen manifestaciones fisiológicas acentuadas, palpitaciones, respiración rápida y llanto.

Alguien experimenta intenso pesar

a causa de una desgracia. Ello repercute en la base vital, se deja sentir como interna tensión que puede elevarse hasta lo intolerable. Entonces la atmósfera interior se desata, se descarga como en una tempestad; la tensión interna se afloja y el automatismo fisiológico se dispara con movimientos convulsivos, sollozos y lágrimas. La atmósfera interior queda libre, despejada, pero también exhausta. Por el llanto en sí mismo no se ha desarrollado, entre tanto, ningún cambio del contenido espiritual, ni ha sobrevenido un consuelo, ni la actitud inmediata del llanto puede ser considerada como un «sobrepone». El llanto no ha sido más que una contrarreacción de los efectos físicos, una válvula de seguridad. Esta es su función fisiológica fundamental, cualesquiera que sean las diferencias que en sus distintas especies se manifiestan.

Van, pues, confundidas de un modo especial en el llanto sus dos funciones: la expresiva y la de descarga vital.

Schwartz entra a continuación al análisis de las distintas especies del llanto, que agrupa en tres tipos capitales: el llanto afectivo, el llanto de las peripecias y de las alegrías y el llanto de las puras respuestas a valores.

Finalmente, en el tercer capítulo, después de haber tratado de la significación funcional del llanto, advierte que sus dos funciones, la expresiva y la de descarga vital, no pueden considerarse como el «que», como la sustancia propia y cons-

titutiva del fenómeno entero. Intenta, pues, llegar hasta ella.

Se llora por los más opuestos motivos, de suerte que pudiera parecer que las distintas especies del llanto no representan un solo género. Pero no es así. Todo llanto participa de una misma sustancia, de una actitud fundamental. Como supuesto de ella, hay que reconocer un determinado modo fundamental de presencia del objeto y una forma específica de conducta intencional. En la vida psíquica ordinaria, los objetos se nos presentan a cierta distancia, y desde ella pueden hablarnos con sus cualidades y nosotros podemos atenderlas, sin que por ello la distancia desaparezca. Pero en todo acto que conduce al llanto se opera simultáneamente una especie de captura por parte de la cosa. La distancia queda suprimida, la cosa nos invade y nos hallamos plenamente sometidos a ella, bien porque no podemos escaparle a causa de que sus cualidades tienen para nosotros gran importancia, como en una desgracia que nos alcanza, bien porque nos rendimos y entregamos enteramente a la elocuencia del objeto, como en la compasión y en el amor. Entonces, y sólo por este proceso que elimina la distancia, adviene la actitud fundamental del llanto; la capitulación ante la superioridad de fuerzas con que la cosa nos invade. Dentro del mismo capítulo, Schwartz expone las diferencias que la actitud fundamental deja ver en las distintas especies del llanto.

Cierra el libro un apéndice en el que se describe el proceso fisiológico

del llanto y se hace una exposición crítica de las teorías que, respecto de él se han propuesto hasta el presente.—R. C. M.

HISTORIA

LA TRADICIÓN DE AMÉRICA, por *Enrique Ruiz Guiñazú*.

La historia americana comienza a dejar su índole erudita y a trocar el pasado detallismo por la síntesis y la concreción. En Argentina esta tendencia ha logrado últimamente dos o tres éxitos innegables: el libro de Ibarguren sobre Rosas, el de Palcos sobre Sarmiento y el de Schoo Lastra sobre los indios de la pampa. En tales obras se descubre la filiación inconfundible de un gran pueblo y se aporta mucho al sólido sentimiento de la nacionalidad.

El crisol de sangres y razas que es la Argentina, contra lo que creen algunos tiende a unificar esos caracteres antagónicos en un denominador común. El gran experimento de fusión étnica ha producido un tipo definido.

El argentino de hoy es nacionalista como los son pocos americanos.

A ello ha contribuido, en gran parte, la literatura interpretativa, en que los historiadores como Ricardo Rojas, Levène, Levillier y Lugones han tenido primordial participación.

Ruiz Guiñazú, en la obra que motiva este comentario (1) presenta las ventajas e inconvenientes

de la argentinidad. Muéstrase seguro y, a ratos, pedante. Manifiesta una tendencia visible a escribir de un modo engolado y arbitrario. Las síntesis, que suelen ser feciles, tienden otras veces a lo obscuro y a lo exagerado. No falta ni el brillo ni la vulgaridad. En suma, el tema resulta de una intención muy vasta para el autodidactismo del historiador. Pero de sus datos y referencias, de su intención honrada y documental, surgen llamaradas vivísimas que aclaran la genealogía de nuestra fecunda tradición americana, de esta busca de nosotros mismos en que se empeñan los hombres del Caribe como los hijos de la Patagonia.

América nace entre un tumulto de sangre y de visiones. El vellocino de oro empujaba hazañas desmesuradas y hechos fabulosos. Fernández de Oviedo fija las razones de la conquista en la «pobreza de los unos, la codicia de los otros y la locura de los demás».

Conviene precisar que en el fermento de la compleja población española de América hay un rico caudal: la inadaptación al medio. Los hombres de la conquista eran no conformistas. Entre ellos solían mezclarse el judío que eludía los tabús cristianos, el ambicioso, rico de sangre aventurera, el militar, encendido de codicia y el segundón despechado.

Causas religiosas y económicas alejaban de España a estos hombres, cuya verdadera genealogía solo ahora comienza a escrutarse. Gentes disconformes y ricas en recursos escribieron la gesta más vasta de

(1) Buenos Aires. El Ateneo 1930.

la historia de las colonizaciones.

A ese momento siguió otro de fijación: el instante místico de los evangelizadores que, según Ruiz Guiñazú, es paralelo al feudal de los encomenderos y a ambos, el municipal de las ciudades.

El número relativamente crecido de hidalgos que toma parte en estas empresas da la explicación de un carácter común a la psicología sudamericana: la fanfarronería nobiliaria, el deseo de atropello, la arbitrariedad, ese toque de andalucismo o de extremeñismo que se refleja en sucesos estruendosos de la vida colonial. El pueblo chileno, por ejemplo, tiene una encendida nota andalucista en sus gustos y predilecciones. La alta clase, severa y dominante, caracterízase por un vasco empaque. El roto, por el contrario, busca la disonancia y admira a tipos audaces, ya sea al guerrillero como Manuel Rodríguez, al agitador sempiterno que es Carrera o al disconforme aristócrata Balmaceda, cuya ruptura con la oligarquía parlamentaria aun es galardonada con retratos en las habitaciones populares. Así se explica que el tipo más grande en la literatura chilena sea el Huaso Cámara, fijado por Blest Gana, en *Durante la reconquista*.

Muy bien se observa otro de los caracteres de la psicología americana en el libro de Ruiz Guiñazú, cuyo valor consiste más bien en lo que sugiere por sus referencias a lo que precisa por su conclusión. Nos referimos a la exaltación personal.

El primer período de la colonia,

el anterior al vasco manso y especulador, se caracteriza por la falta de espíritu práctico. Los conquistadores, más que codiciosos vulgares, eran pródigos a quienes alucinaba una fiebre de oro y de poderío. Bunge anotaba en ellos una prodigalidad invertida, una prodigalidad de adquisición. Así fueron dilapidados los tesoros del Perú. En cada acto se ponía orgullo y deseo de deslumbrar a los otros. Se buscaban los tesoros incaicos y se iba tras el mito de la Ciudad de los Césares con el fin de adquirir caudales para echarlos por el cauce pródigo de esas vidas. Hay que separar, pues, en una reconstrucción del carácter americano esos dos períodos: el de la conquista, que crea un tipo fanfarrón y dilapidador; y el de la colonia, que aconcha las ansias y suaviza las asperezas de los soldados orgullosos. De entonces también queda en los americanos una sed de riqueza rápida, la fiebre minera, el orgullo del linaje y cierto tinte dilapidador que no abandona al criollo hasta hoy.

Con esta inundación de descontentos entró a América un sinnúmero de costumbres y danzas que, más tarde, se desfiguran y vuelven a Europa con diversos y hasta irreconocibles matices. Los toros andaluces pasan a América, y las corridas de Caracas, Lima o Bogota se diferencian en pequeños y típicos adornos. El *roto* y el *pelado* muestran su andalucismo en tradiciones y gallardías diversas, pero con un fondo idéntico. Así, con el tiempo, algún músico ingenuo se explica el origen de la cueca en la zambra,

baile moro, descartando su innegable carácter africano.

La conquista pasea por América una inquietud violenta. De un extremo se alza Lope de Aguirre, comparado a Nerón y a Heliogábalo por Ercilla. No menos audaz es Pedro Chamijo, andaluz cuya estampa ha fijado en eternidad el Padre Lozano. Y a su lado se yerguen, fecundos en audacias y disonancias, esos progenitores del feudalismo criollo que fueron Francisco de Aguirre y el no menos curioso Juan Fernández de Potosí, que quiso ser jurado por rey. Razón tenía Cervantes para decir que América era

Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados y salvaconducto de los homicidas...

Ruiz Guiñazú se detiene poco y sin felicidad en los rasgos sombríos del carácter conquistador. Hace leves observaciones sobre la escultura religiosa del Cuzco y de Quito y dice que en sus trazos se percibe una nota dolorosa. El carácter religioso de la época española de América aun no ha sido profundizado por un intérprete moderno. Bastarían las obras de Medina sobre la Inquisición en Lima, Cartagena de Indias, Santiago y Méjico para devolvernos rasgos profundos de la sensualidad y del sentido religioso de entonces, que muy a menudo se fundían y confundían.

El feudalismo americano también es un aspecto curioso que se estudia en *La tradición de América*. Hernán Cortés armó caballeros, y el Duque

de la Palata se arrogó facultad de crear títulos nobiliarios de nuevo cuño. No es raro, pues, que después quienes carecían de tales noblezas las buscaran en la compra y en la alianza con gentes alcurniadas.

Del complejo individuo que era el encomendero nació, más tarde, el cacique, típico ejemplar de la fisonomía americana. Don Juan Manuel de Rosas hizo el Reglamento de las Estancias y preparó así al violento estadista que trataría feudalmente a los argentinos. En la encomienda se hallan las ocultas raíces de la organización política americana. En Venezuela, en nuestro siglo, vemos todavía que un hombre pastoril, un tipo ruralista prepotente, salta del Táchira a gobernar la patria: Juan Vicente Gómez. El encomendero fija su mentalidad en un culto egolátrico. Hipertrofia su yo. Así, más tarde, el hombre que dirige arreos gigantes o que cosecha trigo, azotando esclavos o explotando labriegos, quiere dar el salto hasta la silla presidencial o, en otros estados, a la gobernación, especie de cacicazgo pequeño que delegaba el Primer Mandatario.

La afición al lujo surgió en América en sitios lejanos a la guerra. El poderío se mancomunaba a la altivez; y juntos hacían el compuesto de la psicología de hijodalgos y señorones.

Mientras leímos el libro de Ruiz Guiñazú, rico en sugestión a pesar de sus innegables defectos y generalizaciones, nos vino a la mente más de una idea explicatoria de la

índole actual de la sociedad americana.

Todos esos capitanes de empresa: hidalgos, letrados a medias, oidores y clérigos; todas esas mujeres abnegadas de la Conquista y dueñas plácidas y preñadas de buen sentido en la Colonia, parecen todavía su pervivir en el seno de nuestras sociedades americanas. El progreso evidente, el despertar de lo sexual, la libre vida de hoy, no bastan a derrocar todo lo que acumuló Santa Colonia en millares de días espesos e impenetrables. En libros como el de Ruiz Guiñazú puede mirarse, en fino y plateado espejo ese pasado, del que aun subsisten muchas tradiciones y por cuya causa todavía se tejen muchos dramas.

Aprenderemos así a buscar la verdadera filiación del criollo, que si mucho debe a España en gallardía y nobleza, en ambición y falta de espíritu práctico, no poco de su desgracia también. ha logrado de esos antepasados. América sigue en muchas cosas aferrada a lo colonial, y lo español, tan rico y colorista, nos ha transmitido espantosos defectos por la herencia pesada de prejuicios y falsas tradiciones.

Resumiendo, diremos que en el presente de América, sobre todo en lo político, la tradición española aun hinca su garra. Si España produjo más leguleyos que políticos y más juristas y teólogos que hombres de gobierno en el genuino sentido de la palabra, no es menos cierto que América ha sido más rica en tipos de caudillo y en generalotes ávidos que en estadistas.

De España heredó nuestro pueblo su andalucismo, su limitado sentido del progreso, su resignación dolorosa ante el mal. España se queja durante decenas de años de los daños del caciquismo y aun sigue soportando a los herederos del cacique civil, a los espadones estóridos que reemplazan a los Lerroux, a los Dato y a los Albas de ayer.

El momento, propicio a las revisiones y revaluamientos de la Historia, puede dar una obra definitiva en que nuestro debe y haber con respecto a la Península quede grabado con definidos caracteres. Hora es ya de estrangular a la Leona de Castilla, de echar a pique las carabelas de Colón y de aventar las cenizas del Cid para dar paso a otro sentido de las cosas pretéritas. Ni hispanismo de Ateneos apolillados y Uniones Iberoamericanas ni historia empapada en prejuicios a lo Robertson y a lo Raynal.

Con aportes como el que motiva nuestro comentario, tal labor será posible en un futuro que deseamos.
—*Ricardo A. Latcham.*

NOVELA

LEPRA DE ORO, por *Victoriano Lillo*

En otra ocasión he notado en estas mismas páginas la escasa repercusión que tienen entre nuestros novelistas las transformaciones que la técnica de la novela ha sufrido en los últimos años. La mayoría de los novelistas chilenos siguen cultivando una manera de hacer novela que alcanzó su culminación

hacia la segunda mitad del siglo pasado, con Flaubert en Francia, Dostoyevsky y Tolstoy en Rusia, Pérez Galdós en España, etc. Los nuevos módulos novelescos no les alcanzan todavía, y por eso siguen apegados a una fórmula novelesca que ya hizo su época.

En el caso de este libro (1), esta observación puede hacerse otra vez, aun cuando no revista precisamente un sentido puramente peyorativo. En efecto, en *Lepra de oro* hay valores dignos de mención, aunque la forma en que han sido vertidos no responda ya a la sensibilidad actual. Contrariamente a la tradición general de la novela chilena, *Lepra de oro* no pinta costumbres sino almas. En su esencia, presenta el conflicto entre un hombre de vida apacible, por ser campesino, y una mujer compleja, de raza forastera en todas las tierras—raza hebrea—y en la cual hay oscuros y desorientadores atavismos.

La solución de la novela—la muerte de la mujer por el hombre en un momento de arrebató que resulta difícil explicarse, a pesar de todos los antecedentes que acumula el autor—no parece la más satisfactoria. Esto no quita validez a las páginas, y en ellas debemos buscar otro interés.

Fuera del caso mismo que motiva la narración, hay en *Lepra de oro* una suma de personajes episódicos que tienen subido relieve. Patricio Rebolledo, desde luego, espíritu volteriano, ameno destructor de todos los valores, nietzscheano frustrado (ya que es empleado, moreno

y enteco y nada en él puede hacer pensar en la «bestia rubia» de Nietzsche). En seguida, el cura del pueblo, don Miguel, hombre santo y bueno, de pelo en pecho por lo demás, tolerante y comprensivo, que soporta con paciencia la turbulenta paganía de su grey y no vacila en hacer la vista gorda ante el amor de Arturo Salas, el protagonista. En un plano de menor realización, Mademoiselle Lemonnier, la amiga y compañera de Ester Hansen, una vividora entusiasta que coge «la flor del instante» y no dice nunca que no a la vida.

Al lado de esto, conviene destacar, como el reverso de la medalla, algunas escenas pintorescas, que dan el color local a la obra y que parecen postizos. Contar nuevamente en una novela, y sobre todo en una novela de introspección como es esta, una trilla, algunas topeaduras, y cierta procesión popular, resulta casi pura majadería. De esta manera la novela parece a ratos escrita para dar a conocer a los extranjeros cándidos que en Chile, como en cualquier parte, buscan lo exótico, algunas costumbres que el lector nacional ya conoce bien, tanto por la literatura como por la vida.

Dejando de lado estos elementos adjetivos, digamos algo sobre el nudo mismo de la novela. Hemos dicho ya que Arturo Salas se enamora violentamente de Ester Hansen, una misteriosa mujer que llega un día cualquiera a Quillota a vivir una temporada de vacaciones. Em-

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1930.

pujado por su amigo Rebolledo, que tiene de la mujer un concepto menos medioeval que Salas, éste se atreve a llegar a las últimas consecuencias. Una noche que ha sido excitado violentamente por la vampiresa, da el paso decisivo y obtiene éxito.

Si la novela se redujera después a contarnos lo que pasó entre ambos amantes, habríamos tenido simplemente una novela de alcoba más. Pero el señor Lillo se exige mucho más, y en los capítulos que siguen trata de desnudarnos las almas de los dos enamorados. La de Salas es muy simple: primitiva y rectilínea, parece escrito que el primer choque sentimental habrá de destruirla. La de Ester Hansen, en cambio, simboliza la riqueza emotiva y el apetito de conocer la vida y apurarla hasta sus últimas consecuencias, que parece distintivo de las razas viejas. Hay algunos rasgos en esta pintura que revelan fina y penetrante observación; otros, en cambio, son insuficientes y parecen reflejo de lecturas. Pero, en suma, Ester Hansen es curiosa mujer y se clava en la memoria del lector. El último capítulo del libro, que cuenta la muerte de la mujer asesinada por su amante, está escrito con una frialdad de buen tono que el autor seguramente aprendió en Stendhal y sobre todo en Dostoyevsky. En *Crimen y Castigo* Raskolnikof no se analiza menos, no se contempla con más objetividad como este Salas de *Lepra de oro*. La mayor grandeza del primero estriba, entre otros antecedentes, en que su crimen fué

cometido por móviles filosóficos, mientras que a Salas se le ve aquí como simple víctima de una añagaza del instinto.

Sea como fuere, hay en esta novela algunos fragmentos dignos de la más atenta lectura. Uno de ellos es la carta que Patricio Rebolledo dirige a don Miguel, el cura de Quillota, para persuadirlo de que debe desprenderse de un viejo sillón de baqueta, que es una pieza de museo. Esta carta respira Anatole France por todos sus poros y es un trozo de buen humorismo. Otro fragmento interesante es el de la página 125, especie de análisis proustiano del enamorado que siente llegada su pasión a ese gélido punto en que las sensaciones ya no dan más de sí:

Sentía paradójicamente que la amaba más, sin dejar de *saber* al mismo tiempo que la separación se acercaba, lenta y segura.

En otras partes, sobre todo en los capítulos en que Ester Hansen cuenta su vida y especialmente cuando da a conocer sus viajes, el autor ha seguido muy fielmente la receta de Flaubert en tantas páginas como las que se enfilan en *Salambó* y en otros libros. No quiere decir esto que el señor Lillo disponga de un estilo primoroso como el que sostenía al vigoroso maestro de *Mme. Bavary*. Por lo contrario, su expresión es un poquito difusa y a veces cae en la impropiedad (en diversos parajes del libro, se ofrece *habían* por *había* como en la primera página y en la primera línea del volumen:

Amarrados a la vara de topear habían dos caballos enjaezados a la usanza campesina;

más el autor ha sabido introducir en su lenguaje cierta música, cierta cadencia feliz, que arrastra al lector a leer como con los ojos entornados.

Lepra de oro, si no por otros valores de que indudablemente no está dotada en abundancia, es una novela que marca en la literatura chilena una pista nueva: la pista del análisis psicológico ante un conflicto pasional. Y esto es insólito en letras como las nuestras, excesivamente externas y reducidas a temas campesinos en que los caracteres diferenciadores parecen haber sido amputados con dedicación ejemplar.—R. Silva Castro.

EMIGRANTES, por *Ferreira de Castro*.

El problema vasto y complejo que afrontan los que abandonan el solar nativo en busca de las soñadas tierras de promisión ha dictado más de una página y movido la pluma de no pocos escritores. Gama polícroma de sensaciones, mundo variado de matices, el emigrante, con su bagaje de ilusiones y proyectos ensueños e hipótesis, caídas y dolores, derrotas y triunfos, es un filón inagotable, rico para el buril del hábil forjador de ideas y engarzador de motivos y paisajes. En general, las obras de este jaez ofrecen un común denominador evidente. El dolor y la fe, la tristeza y la angustia, el triunfo acariciado y la derrota cruenta, actúan con idéntico

cortejo de sensaciones en la casi totalidad de los individuos de una misma capacidad sentimental y emotiva, como lo son la mayoría de los que emigran envueltos en la dulce y suave túnica de la ilusión. De aquí que para denunciar el valor potencial de una obra realizada con estos recursos básicos, ella ha de poseer el complemento de valores accesorios de fuerza indiscutible, de tal suerte que desglosándolos de sus méritos naturales—argumento y desarrollo—, estos pueden de por sí mantenerse, con agilidad y vigor, afrontando la responsabilidad de su propia marcha.

Emigrantes, de Ferreira de Castro, bien puede, por el acierto de sus trazos generales, por la fuerza de su espíritu, por la envergadura de su construcción y por la indiscutible realización del conjunto, ser separada del rimero de producciones divulgadas con argumentos semejantes.

Ya hemos dicho que el motivo central de la novela poco dista de parecerse a ésta o aquella de igual filiación.—Manuel Bouza, el personaje protagónico, abandona sus tierras de un lejano poblado portugués, con la misma emoción, ensueño y esperanza con que se lanzan hacia las regiones doradas de América, italianos y rusos, españoles y polacos, serbios y croatas. El proceso es idéntico en la infinita gama de sucesos episódicos. Vencedor o vencido, el emigrante lleva auestas un tesoro de inquietudes y sensaciones. El escritor que se aboque a desenrañar estos matices complejos,

que los persiga en su hilván, que los interprete, que los asocie y que con ellos constituya un todo homogéneo, habrá llevado a cabo un esfuerzo de indiscutible mérito. Su obra tendrá, además, un valor continental. Franqueará los estrechos límites de una época y los contornos localistas de un medio ambiente determinado. Afectará los sentimientos de la gleba y ésta es idéntica en cualesquiera de los extremos de la tierra. Separados por el idioma, alejados por la diferenciación de seculares hábitos y costumbres, los emigrantes de todos los pueblos habrán de sentirse, en cierto modo, descriptos en el retrato del paria humilde y triste que lleva a costas el bagaje de su angustiada fe.

Ferreira de Castro ha sabido ver, con pupila despierta, la realidad amarga y doliente que escolta a una caravana castigada por la miseria, la ignorancia y el desengaño. Ha escrutado el fondo lóbrego de sus espíritus ensombrecidos por el dolor y ha logrado fijar, sin torpeza ni estilo chirle, sus facetas más íntimas, sus pliegues más recónditos.

Si esto fuera tan sólo el armazón o el andamiaje de *Emigrantes*, su autor lo ha rodeado, de ese soplo de verismo humano que surge de todo documento vivo, real sin ficción, sin leyenda. La existencia de los emigrantes en los cafetales de San Paulo, en las inmensas haciendas de Matto Grosso, en los latifundios de la selva enmarañada, son relatos en los que la obra creadora de la imaginación nada tiene

que hacer, cediendo el empuje de una pluma que narra, pinta y describe con la dolorosa simpleza de las tragedias cotidianas.

En estas páginas radica la fuerza de esta novela por la que desfila una sucesión de angustias y amarguras, dolores que carecen de toda literatura, de toda ornamentación, ya que su enjundia se desprende irrefutable de los sucesos mismos, comunes y trágicos a fuer de simples y grotescos. Ferreira de Castro no denuncia sólo la explotación del hombre por el hombre. Este flagelo, aclimatado en todas las latitudes, ocupa un rol secundario en el reparto de esta obra. Lo que cobra animación, lo que se agiganta, es el dolor de todos los que como Manuel Bouza han visto destruir su vida, guillotinar sus ilusiones, despedazar sus esperanzas, en una existencia estéril y miserable. Este es el drama de millares de emigrantes que desde todos los pueblos del orbe convergen hacia donde la fantasía les señala la presencia de El Dorado; drama que no requiere escenas macabras o truculentas para cobrar intensidad y emoción.

Emigrantes es el diario de un hombre bueno que sin más recursos y armas que su fe y su confianza en el poder de la fuerza de sus brazos, se lanza a luchar contra una legión de potendados y poderosos. Lucha desigual de débil a fuerte. En Manuel Bouza, derrotado, se encarna un símbolo: el de todos los parias del mundo enfermos de ilusiones, pletóricas de esperanzas.

Se ha discutido y polemizado en torno de esta obra. Se ha prohi-

bido su difusión en el Brasil por ligeras interpretaciones en cuanto a su fondo social. Si bien es cierto que el argumento tiene por escenario de desarrollo regiones brasileñas, el problema y la tragedia no tienen, en cambio, limitación alguna; pertenecen al universo, son continentales, subsisten en todos los pueblos mientras la sociedad se ajuste a la actual diferenciación de clases sociales. Lo que Ferreira de Castro descubre en los cafetales de San Paulo, podría transportarse a las explotaciones de algodón del Chaco, a los yerbales de Misiones, a las minas bolivianas, a las salitreras chilenas o a las regiones mineras de cualquier región de América.

Documento vital cuyo vigor se excede de los límites de la novela deja en el espíritu un sedimento de amargura. Su lectura constituye el desfile doloroso de la caravana heterogénea y confiada, en marcha, marcha incesante hacia el porvenir.
—*Salomón Wapnir.*

FILOSOFIA

PLOTINO, (1) por *Jorge Mehils.*

Pocas etapas históricas tan abundantes de sugerencias eficaces para una mejor comprensión de la actualidad occidental, como aquella que abarca el esplendor de Alejandría. Es fácil advertir notables semejanzas de forma y sentido entre las realidades de entonces y las de ahora, sobre todo en la es-

fera de los problemas espirituales. Alejandría es una ciudad cuyo máximo florecimiento corresponde a la declinación del mundo cultural greco-latino. Es una ciudad cosmopolita que realiza el tipo de vida civilizada. Corrientes étnicas, económicas, y espirituales, venidas de todas partes, se mezclan, coexisten y, a veces, se confunden. Oriente y Occidente intercambian en ella y sus productos, sus costumbres, sus ideas, sus vicios.

Esfumado el poderío intelectual de Atenas, pasó a ser Alejandría el centro de la actividad filosófica. Su Museo reunía las producciones del genio antiguo. Numerosos investigadores desentrañaban, en pacientes esfuerzos de interpretación histórica y filológica, el sentido de los textos magistrales. Había un continuado fervor en el estudio del pensamiento clásico.

Por lo demás, todas las escuelas griegas, desde la pitagórica hasta la epicúrea, tenían maestros y discípulos en Alejandría. Y del contacto de estas escuelas griegas con las tendencias orientales, del choque de opuestas concepciones del mundo y de la vida, resulta una atmósfera de extraña y fecunda complejidad espiritual, donde prosperan audaces pensamientos de vasta amplitud metafísica y magníficos síntesis de ideas clásicas y visiones religiosas.

El estado de ánimo inquieto y escéptico, propio de una urbe civilizada de gran esplendor material, era un buen terreno para toda clase de tentativas filosóficas. Como en nuestros días, el hombre buscaba

(1) Revista de Occidente.—Madrid.

afebradamente un camino que lo llevase a la verdad de sí mismo. La inquietud de las postrimerías dominaba en las clases usufructuarias de los beneficios superiores de la cultura. Sobre las magníficas construcciones políticas, ideológicas y artísticas del genio antiguo se abatía un irremediable crepúsculo.

Lo mismo que hoy día, un indefinible malestar, una desazón íntima angustiaba a las almas y las empujaba hacia el misticismo. Pero las religiones oficiales no satisfacían a nadie. Nacían cultos misteriosos. Extraños personajes como Apolonio de Tyana predicaban verdades esotéricas. Otros intentaban conciliaciones arbitrarias entre las ideas filosóficas tradicionales y las complicadas elaboraciones del pensamiento religioso oriental.

La gran contienda se libra entre el helenismo, cuyo contenido vital aparece empobrecido y desprovisto de significación histórica, y el cristianismo, nueva potencia espiritual que, titubeante y confusa todavía, se desparramaba sobre el área del mundo romano. Aunque el cristianismo tomó muchas de sus ideas de la filosofía griega, representa, desde su aparición, un sentimiento de la vida y una actitud ante el destino irreductible a la verdadera esencia del espíritu clásico.

El carácter predominante de la actividad filosófica de Alejandría es su fuerte tendencia a lo religioso que le da junto a una innegable y, en ocasiones, magnífica profundidad, cierta vaga y exaltada poesía. «Es general—escribe Mehlis,— el intento de unir y conciliar el

conocimiento filosófico especulativo con la fe religiosa». Como en todas las épocas de decadencia se busca una vasta doctrina capaz de satisfacer las inquietudes de la conciencia. Muchos intentan construirla, utilizando elementos de distintas épocas y distintas culturas, pero sólo consiguen un vago sincretismo.

Dentro del ciclo de Alejandría el pensador de más relieve fué, sin duda, Plotino (205-270). Su filosofía encarna el espíritu de su época conturbado por oscuros pensamientos, sacudido por intensas aspiraciones trascendentales. Representa una manifestación postrera de la fuerza acreedora del alma griega. Frente al cristianismo triunfante, el neoplatonismo de Plotino encarna una potencia espiritual que era—como dice Mehlis—«digno rival de aquel en la fuerza y en la sublimidad de la intención».

Pero había sonado para la cultura grecolatina la hora de la disolución histórica. Algunas de sus formas políticas y espirituales continuarían sobreviviendo, pero el contenido que les daría eficacia, en su alma activa y creadora, iba a ser otra, impregnada de inéditos designios. Plotino llegaba demasiado tarde. «Con razón se ha dicho de él—escribe Mehlis—que su filosofía era el último y desesperado esfuerzo de un luchador que sentía ya la muerte en su propio pecho. Este héroe moribundo es el helenismo y la doctrina de Plotino, la más pura expresión de este heroica alma moribunda».

La traducción del alemán, del libro de J. Mehlis, editada por la

Revista de Occidente en la colección Los filósofos, tomo VI, constituye una interesante síntesis de la filosofía de Plotino, hecha en un estilo animado y claro, especial para una divulgación eficaz de las materias que desarrolla, por lo común escasamente conocidas aun entre las personas aficionadas al estudio de las evoluciones del pensamiento filosófico. — E. G. R.

EDUCACION

ESCUELA PARA LA ADOLESCENCIA,
por Arturo Piga.

Este *ensayo de psicopedagogía juvenil* (1), como la subtitula su autor, trata de la enseñanza secundaria en todas sus fases, y constituye un vasto plan de reforma de esta enseñanza, que es sin duda la que tiene mayor importancia en países como Chile. La base del estudio del señor Piga está postulada en el *Prólogo*, donde se lee:

Desde que la escuela ha dejado de ser institución de tendencia cultural intelectualizada, para identificarse con el hogar amenazado de muerte por fuerza de las circunstancias económico-sociales de nuestra época, el grave problema de la enseñanza no puede ser ya la instrucción, a base de una determinada materia y metodología, sino, en forma rigurosa, la creación del nuevo espíritu de la institución que debe hacerse cargo íntegramente de las generaciones jóvenes. (Pág. 10).

Esta proposición encierra su grano de verdad, pero es también muy

exagerado. No puede afirmarse de buenas a primeras que el hogar esté amenazado de muerte: hay clases sociales en las cuales el hogar pasa por un período de transformación que tal vez sea de disolución; eso no podría ser negado. Pero el hogar de forma tradicional persiste en otros estratos sociales, y en él las nuevas costumbres infligen un daño no esencial. Esto, naturalmente, por lo que se refiere a nuestro país. Y es natural que el autor haya querido hacer sus observaciones atañaderas a Chile antes que a cualquier otra nación.

Por lo que se refiere al estudio mismo que da título al volumen, el señor Piga lo divide en los siguientes capítulos: *La escuela juvenil como institución social*, *Educación de la adolescencia*, *Cultura de la adolescencia* y *Experimentación y ensayos en la escuela juvenil*. Cada uno de ellos contiene observaciones originales y puntos de vista novedosos sobre el liceo en cuanto organismo tradicional y también sobre el esquema ideal de liceo que el autor propone para sustituirlo.

Enrolado voluntariamente en la corriente de la innovación pedagógica, el autor hace la apología de las nuevas tendencias educativas y sostiene como fundamentales los principios del interés, de la actividad, etc. Pero en él queda un pequeño escrúpulo. Parece temer que en su entusiasmo por las nuevas doctrinas pedagógicas los lectores puedan ver ausencia de discernimiento personal y efervescencia de neófito. De allí entonces una actitud reflexiva, que nutre las

(1) Imp. Universitaria, Santiago, 1931.

páginas de este libro de muchas reservas sobre las nuevas tendencias educacionales. Naturalmente, estas reservas van siendo triunfalmente destruidas por el autor, a la luz de las adquisiciones de una psicología y una pedagogía novísimas, que para todo tienen respuesta. Lo que permanece en el autor es un visible respeto por el cuadro clásico de los conocimientos culturales. Descendiente de razas dotadas abundantemente por la naturaleza de aptitud creadora y de fervor artístico, el señor Piga cree ser infiel a sus antepasados si hace abstracción de la cultura y se entrega a la corriente anti-intelectualista de la nueva pedagogía no sin dejar estampado su testimonio de protesta. La verdad es, sin embargo, que mal se pueden compadecer el respeto a la inteligencia y esa pedagogía de la mera actividad vital, tan ciega y tan desorbitada como puede ser todo impulso humano no controlado suficientemente por la razón.

Hacia el final de su libro, el señor Piga esboza un plan de liceo experimental en que se consultan las necesidades que el autor ha postulado a lo largo de este estudio. Las finalidades esenciales de este liceo son las siguientes:

Mostrar en todos los detalles del trabajo instructivo y educativo el nuevo espíritu de la pedagogía actual. Que la enseñanza secundaria debe ser una obra *unitaria*. La comunidad escolar, una familia. El establecimiento, un verdadero hogar para los alumnos. La enseñanza debe partir, en lo

posible, de las experiencias propias del alumno, del ambiente del niño de Chile; el profesor debe ser guía responsable de sus discípulos. Es necesario buscar y aprovechar todas las relaciones posibles de los ramos científicos entre sí, de los ramos técnicos entre sí y de los ramos científicos con los ramos técnicos. En todos los ramos debe procurarse cultivar profundamente la lengua madre o castellana. (Pág. 232).

Esto define suficientemente el proyecto de liceo nuevo que auspicia el señor Piga; en lo que se refiere al contenido de la enseñanza de este nuevo liceo, el señor Piga propone un esquema de horario en que se puede ver la cuota que se ha dispensado a cada ramo en los diversos años del desarrollo liceano. Todo esto es de gran importancia y muestra el interés que el autor siente por hacer más eficaz la enseñanza secundaria.—R. S. C.

LEYENDAS POLACAS, reunidas por
Susana Strowska.

La colección «Musas Lejanas» de la Biblioteca de la *Revista de Occidente* acaba de enriquecerse con dos nuevos volúmenes: *Leyendas Polacas* y *Chung-Kuei, domador de demonios*. Forman la colección inaugurada con el tomo admirable de *El Decamerón Negro*: los números XIII y XIV, respectivamente. El que tenemos a nuestra vista es el de *Leyendas Polacas*, trozos de folklore seleccionados por Susana

Strowska y traducidos al español por Benjamín Jarnés.

Nos ocurre con algunas de estas leyendas que al punto las reconocemos. Es que el material en que ha trabajado la autora parece tener variadas procedencias en el folclore de los países europeos. Es verdad que muchos elementos de éste se han mezclado y extendido mediante una asimilación que luego hace muy difícil la investigación del primer origen. De esta suerte, gran número de leyendas más o menos iguales aparecen como pertenecientes a pueblos distintos y hasta lejanos. Otras, en cantidad ciertamente menor, se encuentran incorporadas ya a la literatura universal. Entre estas cabe recordar la leyenda de Bartek, cuya celebridad como doctor debíase a su pacto con la muerte. Figura en los Cuentos de Andersen. Otros advierten su procedencia de Rusia, de Alemania o de Italia. El diablito Chernucha, por ejemplo, héroe de varios cuentos polacos tiene grandes semejanzas con el Chernogof de los relatos populares rusos. En realidad se trata del mismo personaje y de un repertorio aproximadamente igual de aventuras.

Pero, claro está, nada de eso quita importancia al libro de Susana Strowska. El lector informado o curioso hallará en él una documentación animada, extraordinariamente sugestiva e interesante. En cuanto libro de imaginación, satisface no menos que los que lo han precedido en la ilustre colección mediante la cual se incorpora a la lengua española.—R. C. M.

ENSAYOS

FERNANDO GONZÁLEZ: *Mi Simón Bolívar*, Vol. I. (Lucas Ochoa). Medellín, Colombia 1930.

El primer libro del ensayista colombiano Fernando González titulado «Viaje a pie», mereció los mayores honores que en Colombia puede lograr una obra literaria: los honores de una Excomunión. El Arzobispo de Medellín y el Obispo de Manizales, en luengas cartas pastorales precavieron a sus ovejas del peligro «lascivo y volteriano» que constituía aquella presa, y extremando la nota, fundándose en la irrecusable doctrina de los Padres de la Iglesia y en los testimonios de los Concilios, llegaron a decir que la obra de González hasta atentaba contra el Derecho Natural. Porque para los obispos de Colombia que no parecen saber Etnología, el Derecho Natural es algo claro e indudable y enteramente conforme a los usos y costumbres que ellos recomiendan a sus diocesanos en las pastorales. En realidad, mirando las cosas con un criterio menos parroquial, no merecía Fernando González el descompuesto epíteto de «lascivo». Más bien en su obra que es una saludable homilía contra los prejuicios colombianos que naturalmente ofenderá a Telésforo, Obispo de Manizales, hasta se propicia cierto sistema de continencia fuerte y de portiva que no tiene por qué envolverse entre el incienso de la castidad jesuítica. Contra la lascivia simiesca del mulato que a

veces es sólo mala alimentación, pereza física, recreación en los pensamientos solitarios, abuso del ají, la pimienta y el onoto, siesta en la hamaca e influencia del medio telúrico, iba dirigido el libro polémico de Fernando González. Pero no hay salvación fuera de la Iglesia ni otra higiene física y mental que las de los jesuitas, dirían los Obispos colombianos.

La Excomunión «iatae» o «ferende» saententia, no arredró a Fernando de González, y con motivo del centenario de la muerte de Bolívar lanzó un nuevo libro.

El título engaña. En realidad González se propone escribir una biografía de Bolívar, pero antes de abordarla le parece interesante describir la reacción que en un hombre criollo produce la figura del Libertador, partir de ese hombre criollo y sus prejuicios para entender y situar mejor la peripecia del genio. Y este primer volumen es la biografía del futuro biógrafo del Libertador, que Fernando González vela bajo el criollísimo nombre de Lucas Ochoa.

Lucas Ochoa, educado por los jesuitas, como todos los jóvenes colombianos de alguna fortuna, se siente ahogado por los prejuicios de su parroquia; siente una instintiva repulsión por ese tipo medio de colombiano, «pequeño», de uñas amoratadas y amigo de los congresos», viaja por Norte América y compara el hombre tropical con el hombre yanqui; está otra vez en Colombia en un período de elecciones, los vecinos discuten sobre los méritos de Guillermo Va-

lencia y Vázquez Cobo; un político colombiano va a Norte América a hacer un empréstito para el ferrocarril de Antioquía, el empréstito que es por dos millones y medio de dólares se descompone en dos millones para el político y sus intermediarios y medio millón para el ferrocarril. La Retórica, la impresionabilidad, el leguleyismo y otros vicios criollos quedan en el libro de Fernando González muy mal parados. Y deseando superar la oscura realidad nativa, buscando el arquetipo de hombre en quien nuestra informe vida sudamericana se haga por primera vez acción y cultura, recuerda que en Santiago de León de Caracas nació un día de julio de 1783, el gran criollo que se llamó Simón Bolívar. Tratará a este Bolívar como un contemporáneo; lo pondrá frente a los mismos problemas que ofuscan a Lucas Ochoa, franqueará osadamente ese zona de henchida retórica que sus panegiristas han puesto entre nosotros y Bolívar, y descubrirá en su sentido pristino ese ser extraordinario y escaso que se llama UN HOMBRE. Todo un hombre como diría Unamuno.

La actitud realista de Fernando González no puede ser sino digna de loa... Para ser escritor de gran influencia en la zona más joven y comprensiva del pensamiento hispanoamericano, le sobran condiciones. Como si estuviera halagado por las censuras eclesiásticas que ha merecido su obra, extrema el empleo de ciertas palabras muy cervantistas y reciamente castizas

que hoy tienen escaso empleo literario. Tiene cierta predilección por lo escatológico. Creemos que esto es lo externo y temporal de su temperamento, el gusto del escándalo aldeano a que muy pocos escritores jóvenes saben renunciar. Pero cuando esta transitoria etapa de su vida de escritor, cese, quedará el escritor jugoso, viril y altivo que supo situarse directa y valientemente frente a la realidad. Su patriotismo pleno de vigilancia civil y desnuda crítica, que es la mejor cooperación de un escritor joven al progreso y mejoramiento de nuestra turbia vida criolla.—*M. Picón Salas.*

EL ANGEL AZUL, por *Heinrich Mann.*

Conocíamos ya esta novela a través de la película alemana de igual nombre estrenada hace poco en el país; pero este conocimiento era sólo parcial, un conocimiento a medias, ya que entre novela y película no hay sino escaso parecido. Los cinematografistas aprovecharon la figura del profesor Raat y una parte de la obra de Mann; lo demás, como sucede en casos parecidos, quedó librado a la inventiva del director, que no siempre es de la mejor calidad. Sin embargo, en aquella ocasión la inventiva no anduvo del todo desacertada y la cinta gustó a pesar de sus transiciones entre tragedia y el sentimentalismo barato. La novela, ahora, nos ofrece la verdadera historia del profesor Raat o del profesor Basura, como quiera llamársele, ya que por los dos nombres se le conoce en el libro de Heinrich

Mann. (Raat, apellido; Unrat, basura, juego de palabras intraducible en castellano).

Heinrich es hermano de Thomas Mann, el conocido autor de *La muerte en Venecia*, y se diferencia de él en el objeto de sus novelas. Mientras Thomas se dedica a obras de construcción ideológicas, de ideas puras, o, como en el caso *Alteza Real*, a novelas sin alcance social alguno, Heinrich toma por fin de sus obras la crítica social. Así *El súbdito*,

la novela del burgués a quien el Imperio se le sube a la cabeza y que se pasa la vida mimando en triste caricatura los grandes gestos de su Kaiser,

y así este libro que comentamos (1), en el que el autor desmenuza la personalidad psicológica de un profesor alemán de Instituto, representante de un sistema educacional que va desapareciendo. El libro resulta raro. Ese profesor de griego, conocedor de todos los valores de la literatura antigua, que se sabe de memoria todas las variantes de las obras de Homero, y que un día, llevado de una pasión rompe con su posición social y moral y llega a ser, alternativamente, jugador, vividor, respetando las infidelidades de su mujer porque cree que de esta manera se venga de los que le odiaban, ya que se arruinan por su esposa. Y que termina en ladrón, resulta demasiado raro casi increíble.

Pero el libro interesa; se lee con agrado la desgraciada historia del

(1) Cenit. Madrid, 1931.

profesor Raat, aunque se hubiera preferido menos crítica social y más calidad artística o, por lo menos, un discreto equilibrio, ya que una cosa no impide la otra.—*M. R.*

LA ISLA DE LOS SANTOS, por *Ricardo Baeza*.

El cultísimo escritor español Ricardo Baeza, después de muchos años de literatura activa, se decide a ser escritor de libros y no sólo de revistas y diarios, como hasta ahora. Quienes seguían, de lejos e imperfectamente por cierto su carrera literaria, se asombraban de que un talento tan claro, un espíritu crítico tan sutil no encontrara facilidades o no tuviese ambición—no sé cual es el motivo culpable en esta caso—para reunir en volúmenes sus trabajos. Pero esto ya toca a su fin. En poco tiempo Ricardo Baeza ha dado a luz dos trabajos, de muy desigual extensión, pero de parejo interés. Uno de ellos, un folleto, *Clasicismo y romanticismo*, el otro, un libro, *La isla de los santos*.

Esta isla de los santos no es otra que Irlanda, la infortunada nación que ha sufrido durante tantos siglos el odio y la incomprensión de su hermana mayor, o hermanastra si se quiere, Inglaterra. Ricardo Baeza, admirador entrañable de Irlanda, no sólo por razones sentimentales sino también por otras intelectuales, ha estado en Irlanda tres veces. La que le dió margen para escribir este libro le permitió conocer con cierta intimidad la guerra civil que finó con la conso-

lidación de la actual situación política irlandesa, de autonomía mitigada, pero de autonomía al fin. En efecto, el señor Baeza permaneció en Irlanda desde Septiembre hasta Noviembre de 1920, en plena efervescencia *sinn-feiner* y bajo el máximo de intolerancia de las autoridades inglesas encargadas de poner paz en la isla rebelde.

Metódico y lleno de datos, el libro del señor Baeza ha sido escrito, sin embargo, en días agitados y a medida que las horas y los personajes que frecuentaba le iban proporcionando temas y datos. Me parece difícil que haya en cualquier lengua que no sea la inglesa, un libro que tan ampliamente como éste informe el lector sobre uno de los hechos más tenebrosos de la historia contemporánea. No es el libro vulgar que escribe el periodista, a fuerza de ramplonas referencias y después de manejar lugares comunes baratos. Es el libro del pensador, del escritor concienzudo, del crítico literario eficaz y—más que todo eso—de una conciencia libre que se aplica con decisión a estudiar un angustioso problema de libertad y no vacila en calificarlo libremente.

Hay en este libro muchos pasajes interesantes, tanto de la historia de Irlanda como de la vida contemporánea, que podrían citarse de preferencia. Pero la lectura total produce una impresión de equilibrio, de información segura y ágil, de inteligencia penetrante, que sólo podría sostenerse mediante la frecuentación de todos los capítulos en que se divide la obra.

Es grato anunciar que el autor prepara la edición de varios de sus libros, de los cuales algunos han sido, como este Itinerario en Irlanda, escritos para revistas y diarios y otros nacidos de la extraordinaria versación que el señor Baeza tiene en diversas literaturas europeas, de la cual son prueba elocuente las numerosas traducciones que él ha amparado con el prestigio de su firma. Con la publicación de estos libros el autor de tantas páginas notables ocupará de una vez por todas la plaza eminente que le cabe en toda justicia en las letras españolas y que hasta hoy no le había sido concedida seguramente debido a la fragmentación periodística de su labor.—*R. Silva Castro.*

POESIA

GLOSA AL CANTAR DE LOS CANTARES. POEMAS (1) por *Rosaura Giacone.*

Otro nombre femenino que asoma en la poesía uruguaya, Primer libro, estas glosas líricas tienen todos los defectos propios de la iniciación: expresiones vulgares, pobreza de adjetivos y una vacilación general en el tono. Pero entre todos los reparos que pudieran hacerse, siempre quedará viva la frescura emocionada de muchas estrofas.

(1) Editorial Albatros. Montevideo 1931.

«Ei de ojos de paloma y castañas guedejas,
manojito de mirra que reposa
[en mi pecho
y apacienta entre lirios su re-
[baño de ovejas»,
dice en una evocación al amado distante.

por la época en que aparece la voz lírica de Rosaura Giacone, claro es que debía rendir también su homenaje al vanguardismo; y si bien es cierto que no logra apresarla del todo, en la segunda parte de su libro la hace decir algunas cosillas de no muy fácil comprensión. Ojalá que se interne definitivamente en el laberinto, o que cambie de ruta. O turbión o remanso. Es difícil juzgar una obra que tiene resabios de tan opuestas tendencias.

¿Qué podrá darnos la obra futura de Rosaura Giacone? Enemigo de vaticinios que casi siempre fracasan y reconociendo, como reconozco, sus aptitudes nada vulgares, prefiero guardar un discreto silencio sobre su labor de mañana. Son raros los profetas que logran el fruto en sazón.

POESÍA (1909 1929) (1) por *Enrique González Martínez.*

Estuvo hace años en Chile este gran poeta mejicano como Ministro de su patria entre nosotros, y no fueron muchos los que supieron la calidad artística del diplomático que teníamos. Enemigos de exhibiciones y sonajerías que tanto contribuyen en todos los países a la

(1) Espasa-Galpe, Madrid, 1930.

nombradía del escritor, ha paladeado su retraimiento, sin visitar redacciones ni cenáculos, y hoy representa a su patria ante el Gobierno de Alcalá Zamora.

Cosecha de veinte años bellamente vividos, este libro de González Martínez tiene lo mejor de su obra. Si alguna vez se le tildó de parnasiano, creo que no puede encasillársele en esa escuela, representada con tanta justeza por Herrero y Reissig. Tiene su canto una emoción que no conoció el lírico de Montevideo, siempre a la caza del símil extraño y la rima estupenda. La sonoridad de su verso puede ser al de cualquier parnasiano de renombre; pero el contenido de su estrofa, sugestiva y pictórica a la vez, es suyo únicamente, y le sitúa entre los grandes poetas modernistas de España y América.

De un misticismo sereno y doloroso—no el misticismo llorón y femenino de Amado Nervo—tiene su verso la gracia señorial de un noble desencanto. Pasó el amor enturbiando las aguas de su fuente, y el poeta ha seguido viviendo con los ojos desvanecidos, entregando las notas de su elegía interminable a la caravana sin rumbo. Agradecidos le serán cuantos lloran una esperanza malograda o una alegría que se retrasa.

Edición de doscientos ejemplares, de los cuales ciento setenta y cinco están fuera de comercio, este libro de González Martínez no es contribución a su popularidad. Es edición destinada a circular únicamente entre sus amigos escritores.

No quiero terminar estas líneas volanderas sobre un libro de méritos tan ciertos, sin copiar aquí la poesía «Casa con dos puertas», que la juventud mejicana sabe de memoria.

¡Oh, casa con dos puertas que es la
[mía,
casa del corazón vasta y sombría
que ha visto en el desfile de los años
llena a veces de huéspedes extraños
y otras veces—las más—casi va-
[cías!..

Casa que en los risueños
instantes de la vida, miró absorta
la fila interminable de los sueños,
de arribo fácil y de estancia corta...

¡Cuán raro fué el viador que en la
[partida
dejó, para los tránsitos futuros,
una hoguera encendida
en la piadosa puerta de salida
o una noble inscripción sobre los
[muros!

Los más dejaron, al fulgor incierto
de un prematuro ocaso,
algún jirón en el umbral desierto,
el alma errante de algún himno
[muerto
o un desgaste de piedras a su paso.

Sólo al silencio de la paz nocturna
prende su lamparilla taciturna
huésped desconocido...

Y se pregunta mi inquietud cobarde
si es un cansado amor que llegó
[tarde
o es un viejo dolor que no ha salido.
—P. R.

POLITICA

EL DINERO EN LA POLÍTICA, por
Richard Lewinsohn (1).

¿Cuánto cuesta la política? ¿Con
que recursos y con recursos de

(1) Id. Cenit, Madrid.

quién se hace política? ¿Qué reporta la política a los políticos? Para responder a estas preguntas en forma sistemática, Richard Lewinsohn ha escrito un libro lleno de interesantes datos sobre aspectos íntimos de la política europea. Es una obra de utilidad para adquirir referencias documentales sobre la gestación y el funcionamiento de los poderes públicos en las democracias y dictaduras contemporáneas.

Como dice el autor, aun sin admitir la teoría materialista de la Historia hay que reconocer «la enorme fuerza impulsiva del dinero». Para ningún observador desapasionado de la actualidad esto puede ofrecer dudas. Vivimos un momento álgido del capitalismo en su forma más tiránica, más sutilizada, más estratégica: el capitalismo financiero. El dinero determina el ritmo y las complicaciones de la vida mundial.

La política está sujeta a su imperio, y aunque éste no siempre se manifiesta de modo exterior y terminante, nunca deja de actuar detrás de las causas secundarias que suelen aparecer en primer plano.

Trátese de esos regímenes llamados democracias o de las francas dictaduras, es el dinero quien valiéndose de mil recursos tortuosos dirige la voluntad de los hombres y de las camarillas gobernantes hacia fines de su conveniencia.

Los pueblos aceptan con fácil ingenuidad las ilusiones políticas que les ofrecen sus dirigentes—personalidades o partidos—sin reparar en las fuerzas financieras

que obran a la sombra de las instituciones tradicionales, ejerciendo un dominio sordo, pero no por eso menos violenta, sobre la sociedad. Mientras los políticos hablan, el dinero actúa. Los primeros están, consciente o inconscientemente, al servicio del segundo. Y es buen político—como diría aquel político austriaco citado por Lewinsohn—aquel que sabe presentar los intereses personales como intereses de la comunidad.

Esta realidad de la política es uno de los aspectos paradójicos del predominio de las masas en el Estado. Mientras la política fué ejercida por la nobleza, dentro de una ordenación tradicional invariable, la lucha de las influencias económicas estuvo circunscrita en zonas subalternas y sólo en forma indirecta y bastante atenuada, se hacía presente de vez en cuando, en las altas esferas públicas. La posesión de la tierra era la fuerza económica de la nobleza.

Cuando la revolución burguesa rompe las jerarquías de la sociedad feudal y da libertad a los instintos mercantiles de las clases urbanas el dinero, símbolo e instrumento del nuevo poderío, entra a regir el mecanismo gubernamental. El sufragio universal anunciado por los ideólogos se transforma en un restringido sufragio censitario. Vota, en suma, el dinero. Más tarde, cuando las exigencias democráticas, extienden al mayor número los derechos electorales, siempre es el dinero quien determina la composición de los Parlamentos por intermedio de sus agentes.

La democracia que teóricamente debe conducir a la extinción del poderío político del dinero, ha sido y es su mejor aliada. Aparentemente es la voluntad mayoritaria la que domina en las gestiones públicas y da rumbos al Estado, pero, en realidad, son las fuerzas económicas las que determinan la elevación y la caída de los ministros, la acción de los partidos, la naturaleza de las elecciones, etc.

La plutocracia, el gobierno del dinero, es un fenómeno característico de la vida contemporánea. Los Estados Unidos, nación de vanguardia en la civilización, han simplificado los trucos electorales, poniendo a la vista el carácter mercantil del sufragio. Recordemos lo que significa Tammany Hall.

Los partidos renovadores han transigido con el vicio fundamental de la democracia parlamentaria y aspiran a vencer el predominio plutocrático con las armas del voto. También utilizan el dinero en sus empresas políticas, sin reparar en que, aun consiguiendo las mayorías necesarias en los Parlamentos, su acción tendrá que amoldarse a los intereses de las altas finanzas que controlan el mecanismo estatal. Este ha sido el caso de la social democracia alemana y de todos los partidos obreros de carácter reformista.

Después de la guerra, se acentuó la rebeldía de las masas obreras contra el régimen capitalista y las instituciones políticas y sociales que son sus instrumentos. Una activa propaganda, animada desde Rusia por la Tercera Internacional,

minaba los cimientos del orden burgués. Los Parlamentos se hundían en el más absoluto descrédito. La mentira democrática se ponía en la picota de una crítica violenta.

Pero no sólo los partidos de extrema izquierda combatían a las organizaciones de la democracia capitalista, sino que también a los partidos de extrema derecha, en nombre de la salvación nacional y del orden histórico, emprendían contra ella campañas decisivas. La política europea y mejor dicho occidental,—empezó a oscilar entre el comunismo revolucionario y la reacción nacionalista. El dinero tomó posiciones, como es natural, al lado de las fuerzas hostiles al imperialismo rojo de Moscou.

Así los poderes financieros han estimulado y amparado los movimientos que, como el facismo, tienden a resguardar el desarrollo orgánico de la economía capitalista. El partido de Mussolini, siendo en el fondo revolucionario, no pretende torcer violentamente el curso de la evolución económica. Tampoco es el de Hitler, en Alemania, a pesar de sus declaraciones contra la tiranía internacional de los banqueros judíos, un partido adverso al régimen vigente.

El dinero ocupa las posiciones más fuertes en el campo de la política. Dictaduras como la de Italia o democracias como la de Estados Unidos están a su servicio. Los grupos de acción directa de los partidos de estilo parlamentario obran movidos por las fuerzas sutiles del dinero. Y los mismos adversarios del mundo capitalista,

los poderes de la Internacional de Moscou, tienen que valerse también de las influencias del dinero para combatir el imperio del dinero.

Extraña situación del mundo actual:—el dinero, emancipado de sus formas materiales, reducido a una expresión cada vez más espi-

ritual, sutilizado al máximo, movilizadado con fantástica rapidez a travez de los centros financieros, gravita sobre la civilización contemporánea, impidiendo toda evasión a la voluntad humana. Como un mágico poderío rige la sociedad y el Estado.—*E. G. R.*

LAS REVISTAS

En uno de los últimos números de la «Revue de Philosophie», que se edita en París, y que en ausencia de Levy-Brugl, dirige Emond Peilaube, encontramos un estudio interesante y profundo de Georges Dwelshauvers, sobre la ATENCION. Extractamos de ese estudio los párrafos más interesantes:

«La moda reina entre los psicólogos. No está solamente reservada a los trajes o a los amoblados. Las disciplinas filosóficas que no son cerradas y fijas, sino al contrario abiertas a todas las sugerencias extrañas siguen sus caprichos. Hasta la psicología experimental. Se creería a esta al abrigo de las fluctuaciones del momento. Pero los aspectos que tienen son muy complejos para ser catalogados en un método seguro, unificado. Es el mismo caso de la biología, la más fluctuante y la menos estable de las ciencias.

A continuación el autor hace extensivo sus palabras iniciales a las teorías que existen y se enseñan en la actualidad para estudiar el problema de la atención en el sentido filosófico que tiene.

Después de examinar las teorías que sobre la atención, han dado los principales filósofos, desde la ex-

puesta por Malebranche en su obra «En busca de la verdad»; continuando con la de Condillac en su «Tratado de las sensaciones», y pasando por las explicaciones de Laromiguiere, «Lecciones de Filosofía», Herbart «Psicología», Wundt Bibot y Spencer «Tratados de Psicología», expone su propio modo de pensar frente al problema filosófico de la atención:

«Hoy día después de recientes experimentos, hechos entre otros en el Laboratorio de Psicología del Instituto Católico de París por mis alumnos, no se trata en estos fenómenos de oscilaciones de la atención, que se dice central o accidental o periférica, sino de un proceso mucho más complejo, de una estructura tal que la interpretación no está ausente.

Volvamos a Ribot. Las dos ideas esenciales que dominan e informan su teoría de la atención son el alcance accidental o periférico de uno de los elementos constitutivos esenciales, los movimientos; en seguida de la importancia de los sentimientos para mantención de la atención. Hasta entonces abíamos observado el efecto de la atención en las ideas, en la observación, en el razonamiento. Pero lo que la sostiene ante todo, son los estados afectivos; es el interés que le prestamos a una cosa o a una idea

para que llegue a fijar nuestra atención. También la atención, es en ocasiones, espontánea. Es una adaptación de nuestro organismo a cosas que nosotros deseáramos observar y esta adaptación en su estado primario y esencial, se hace espontáneamente, sin esfuerzos. La atención voluntaria es derivada y artificial.

Después de referirse a la teoría de Ribot, y de fijarla con sus ideas que no son las del maestro, el articulista, concluye:

«Decir que la intensidad de la atención está en relación inversa del número de representaciones que se presenta en la conciencia no es formular una ley valedera: porque si puede ser útil, en ciertos casos de aislar el objeto de la observación, es indispensable en otras circunstancias, de no perder de vista sus relaciones con todo lo que lo rodea, y desde luego y desde ese momento, la ley ya no es verdadera.

En el camino la ciencia abandona las hipótesis; porque estas no son sino andamios, que se desplazan según las necesidades de la construcción. Pero de estos ensayos, de estas tentativas, subsiste una adquisición: se fijan puntos de vista nuevos, se remarcan hechos. Sería vano e ilusorio pedir a los investigadores científicos una filosofía. No hay filosofía científica. Así no es necesario dirigirse a los trabajos experimentales para conocer lo que hay de efectivo, la esencia de las cosas. No nos lo enseñarán ni la observación ni el laboratorio. Nos suministrarán a lo sumo, datos, leyes aisladas, locales: hablo aquí para la biología y la psicología; se tratarán de juntar estas leyes, bien que mal, por medio de hipótesis. No elevemos estas a la categoría de teorías, porque desaparecerán y darán lugar a otras. Guárdemonos de tomarlas como definitivas porque pasarán como la moda. Tenía un día entre mis oyentes de un curso práctico uno de estos primarios un egresado del Instituto con

espíritu dogmático como tantos entre ellos. Había explicado no recuerdo cual problema, y el institutano me preguntó. «¿Esta es la última palabra, de la ciencia?» Le contesté que la ciencia carecía de «última palabra», y que para conocerla debía dirigirse a otra parte. ¿Si la ciencia resuelve todos los enigmas, de que serviría entonces la reflexión filosófica? y si se transforma sin cesar, pretenderemos decir que posee todos los secretos ¿A menos de admitir que el mundo no sea otra cosa que un constante devenir. Pero ni el mismo Heráclito se hubiera atrevido a sostener una tesis tan extremista, ya que tuvo que recurrir al logos, para escapar a las dificultades de las cosas sensibles.

Como se ve el distinguido psicólogo francés, sin darnos nuevas luces sobre el problema de la atención que lo ocupa, se muestra escéptico de la ciencia, deidad a la que ha consagrado, sus mayores esfuerzos.

CINE PARLANTE

El último número de la «REVUE DE PARIS,» llegado a nuestro poder trae entre otros, un interesante artículo de Jean Tedesco, escritor franco-rumano, sobre el film parlante y las variaciones que en la técnica cinematográfica ha introducido. Como ATENEA, se ha preocupado de este problema y ha tratado ya, ciertos aspectos de la innovación que respecto de la antigua técnica cinematográfica tiene la introducción de la voz humana y de los sonidos en la película, daremos una síntesis del artículo a que nos referimos, con las citas

consiguientes de sus partes principales.

Después de hacer una historia breve de la innovación del cine parlante en la industria cinematográfica, el autor se refiere a la marcha misma de este nuevo aspecto industrial, en Europa:

Se ha podido ver en los comienzos del film parlante, una seria posibilidad de liberar el mercado francés de la empresa norteamericana. En efecto los americanos, se ven aquí en la imposibilidad de colocar sus «talkies». El público parisién se ha encargado de fijar sus ideas respecto de la acogida que le ha merecido dichas vistas, silbando estruendosamente. Los productores de Hollywood, se han visto en la obligación de tornar en silenciosas sus películas parlantes, suprimiendo el sonido original que significa el diálogo yanqui y reemplazándolo por una música de acompañamiento adecuada. El espectador sigue el hilo de la vista por trozos de texto impresos en la película misma o intercalados en el film. El efecto obtenido ha sido desastroso. Se concibe en efecto, que el ritmo de las escenas tenga que ser mucho más lento en un film hablado que en una pantomima. Le es necesario a los actores el tiempo indispensable para expresarse en palabras; este gran defecto que antes, en la versión original, le quitaba al cinema su principal atractivo, el movimiento, hace la proyección de una vista muda en estas condiciones totalmente imposible. América se ha encontrado de esta manera con una fuerte desventaja. Pero la energía de su productores no se ha desalentado. Estos, ante los hechos, se han encargado de llevar de París, directores de escena franceses, como Jacques Feyder, autores, como Yves Mirande, y comediantes como Mauricio Chevalier y Andrés Luguet. Y he

aquí que fabrican en el lugar del cine parlante francés, uno generalmente superior al que fabricamos nosotros en nuestra propia casa.»

Más adelante el autor se refiere a la técnica misma del cinematógrafo y a las variantes que ha tenido:

En los comienzos del cinema, en los tiempos de las comedias de vaqueros, la fotografía de la película era simple, clara y nítida. El trabajo de los actores, los trucos del director, los esfuerzos de los decoradores no tenían ninguna importancia. Después, pasados algunos años, los técnicos inventaron lo que llamaron la bella fotografía, es decir la fotografía, enfática, rebuscada, con contrastes violentos, con efectos llamativos. Resultó de este sistema, que los actores no pensaron sino en presentarse bien en una claridad fotográfica muy estudiada, y los directores sacrificaron el sentido de la acción a la plasticidad falsa de las fotografías. Después, más recientemente, el técnico ha comenzado dentro de la fotografía cinematográfica una nueva era, la del colorido. En la realidad, se dice el técnico, las cosas no son sino blancas o negras, pero este argumento no tiene valor ante los ojos del artista, que se encuentra en el mundo para interpretarlo y no para calcarlo. El técnico se asombra de que el fabricante o director de films pueda pasarse sin el color, y le obliga ayudado por el comerciante, a utilizarlo. Hemos visto los resultados; los afrentosos cromos que abundan en las películas americanas (El rey vagabundo, Río Rita, etc.), esos horribles tonos que hacen de los interpretes, hombres o mujeres, rubicundos muestrarios de salchichería. Pero esto no es todo, el técnico no descansa, y prepara la película en relieve, y esto dice que será la vida misma.

En realidad, no habrá más cinema, será la vida, toda la vida!».

Como se ve el autor tiene ideas bien claras con respecto al problema cinematográfico, y la opinión que le merece el cine yanqui, en sus últimos aspectos sonoros y hablados, no puede ser más justificado.

UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA
RECORDADA

En el mismo número de la revista de París, viene un artículo recordatorio del general A. de Chambrun, sobre la primera exploración de Brazza, en las fuentes del Níger, el río africano, que ha costado tantas víctimas a la ciencia. El articulista, hace un elogio merecido del explorador, y con documentos no conocidos hasta su publicación, deja en claro ciertos detalles que

se refieren a la forma cómo se inició la expedición, detalles sobre los que se ha discutido hasta la exajeración.

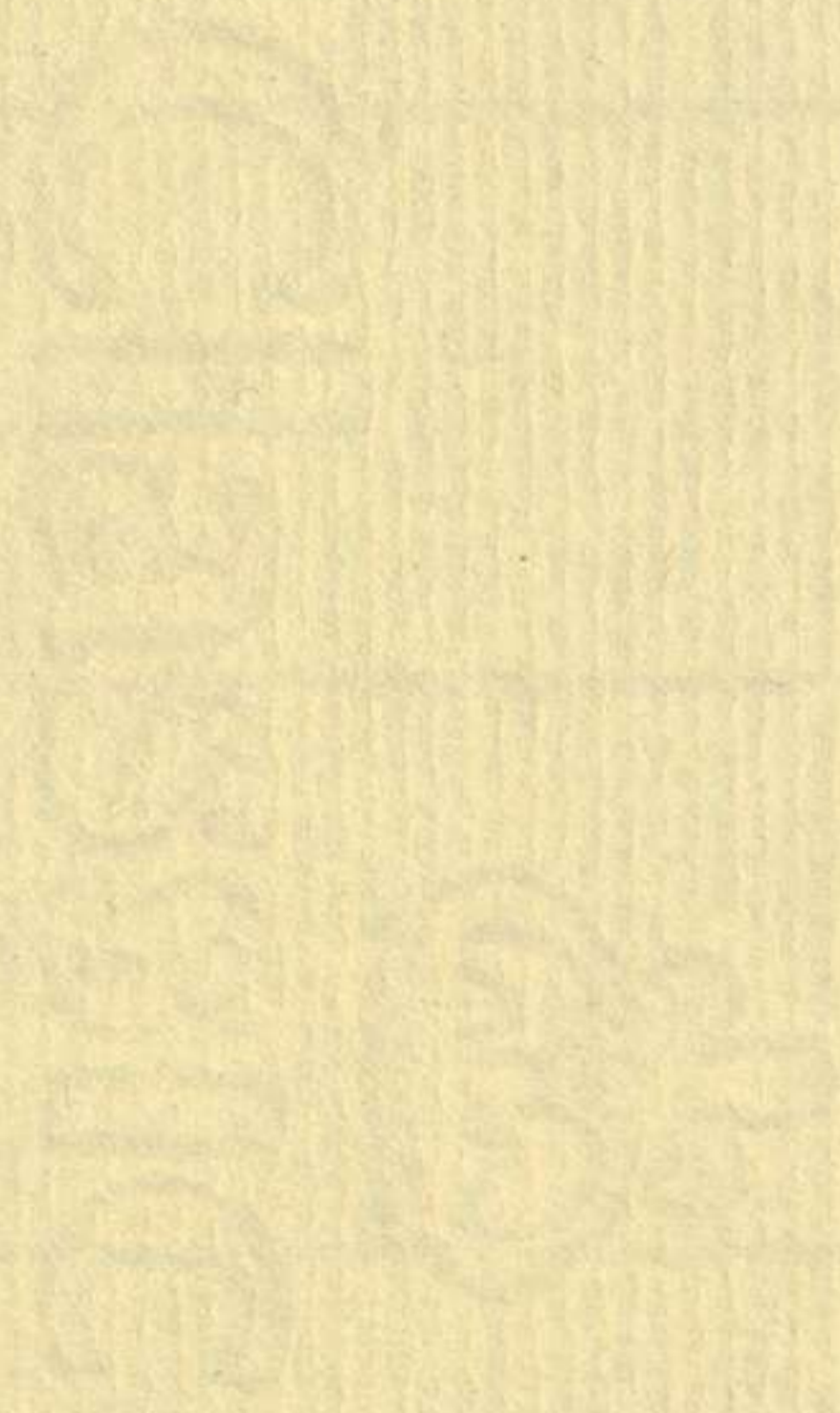
MEMENTO

En el número de Noviembre último de REVUE DE FRANCE, el coronel Herbillon se refiere con acopio de documentación, a lo ocurrido en el frente guerrero, durante la ofensiva Nivelles en 1917; la intromisión de los políticos en el alto comando francés, y los desastrosos resultados de esta intromisión.

En el mismo número, Raymond Recouly, publica un artículo titulado EL PARLAMENTO Y LAS VACACIONES, en que se refiere con mucha ironía a la utilidad del Congreso, en la época en que no se trabaja.—*Ariel*.



libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago
DISTRIBUIDORES



BI

MCD 2018